Francisco Valdez
compilador

ARQUEOLOGÍA AMAZÓNICA

Las civilizaciones ocultas del bosque tropical



ARQUEOLOGÍA AMAZÓNICA

Las civilizaciones ocultas del bosque tropical

Francisco Valdez, compilador

ARQUEOLOGÍA AMAZÓNICA

Las civilizaciones ocultas del bosque tropical

ACTAS DEL COLOQUIO INTERNACIONAL
Arqueología regional en la Amazonía occidental:
temáticas, resultados y políticas











2013

Este volumen corresponde al tomo 35 de la Colección «Actes & Mémoires de l'Institut Français d'Études Andines» (ISSN 1816-1278)

ARQUEOLOGÍA AMAZÓNICA
Las civilizaciones ocultas del bosque tropical
Francisco Valdez, compilador

Primera edición: 2013

UMIFRE 17, MAE-CNRS
Av. Arequipa 4500, Lima 18, Perú
Teléf.: (51 1) 447 60 70 Fax: (51 1) 445 76 50
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Pág. Web: http://www.ifeanet.org

Institut de Recherche pour le Développement, IRD
Misión Ecuador
Whymper 442 y Coruña
Quito

Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson bloque A
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: (593-2) 2 506-267 / (593-2) 3962 800
e-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-09-157-4

Diseño, diagramación e Impresión: Editorial Abya-Yala

Quito-Ecuador, septiembre 2013

Índice

POLÍTICAS

Prefacio

Francisco Valdez

El presente libro reúne las intervenciones más destacadas del coloquio internacional *Arqueología regional en la Amazonía occidental: temáticas, resultados y políticas*, realizado en Quito entre el 8 y el 10 de agosto del 2011, bajo los auspicios del Ministerio Coordinador de Patrimonio, el Institut de Recherche pour le Développement (IRD ex Orstom), el Instituto Francés de Estudios Andinos y la Oficina Regional para los Países Andinos de Cooperación Francesa. El coloquio surgió como respuesta a una necesidad que se ha venido sintiendo en el transcurso de los últimos diez años sobre el estado de las investigaciones arqueológicas efectuadas en la parte occidental de la Amazonía de los países andinos. Por increíble que parezca en la era de la informática, los investigadores que se dedican al estudio de la vertiente oriental de los Andes viven un aislamiento insólito, que no solo se debe a la ausencia de vías de comunicación modernas en la selva. El problema real es la falta de intercambio de información básica sobre las pesquisas y los nuevos datos que se generan en la ceja de montaña. Los colegas que trabajan en esta área reconocen el gran vacío que existe en la información regional sobre los avances alcanzados en la investigación de los países vecinos.

Desafortunadamente la alta Amazonía sigue siendo el *patito feo* de la arqueología sudamericana, pues desde hace muchas décadas, esta región intermedia entre las tierras altas andinas y la cuenca amazónica han sido consideradas culturalmente como *tierra de nadie*. La pobre-

za supuesta de sus suelos, la estrechez de sus valles y lo empinado de sus inclinaciones se unen a la poca navegabilidad de sus ríos para hacer pensar que estas tierras eran muy poco aptas para el surgimiento y el desarrollo de manifestaciones culturales significativas. Este prejuicio se ha visto alimentado por la aparente pobreza de la cultura material que se observa superficialmente en gran parte de su territorio. La ausencia aparente de construcciones monumentales, la falta de grandes espacios culturalmente transformados en el paisaje y la presencia ancestral de minas o depósitos auríferos han hecho suponer a los investigadores que estas áreas vivían en un aislamiento cultural o que eran territorios de paso, exclusivamente dedicadas en los últimos tiempos del periodo prehispánico a la extracción de recursos bióticos y minerales. No obstante, hoy se sabe que durante la época preincaica, los pueblos de la alta Amazonía mantenían nexos constantes con la Sierra y eventualmente hasta con la Costa (Cody 1941 citado en Francisco 1971: 213). Al momento de la conquista incásica la interacción regional fue parcialmente cortada por el poco interés que los señores del Tahuantinsuyo prestaron a estos territorios, considerándolos malsanos y poblados por gente inculta e indómita. En los territorios de lo que es hoy el Ecuador, las yungas orientales no fueron codiciadas por los Incas hasta la época de las guerras fratricidas entre Huáscar y Atahualpa, en que este último efectuó una incursión exitosa hasta la región del Coca. Las tropas de Huáscar, al mando de su hermano Guanca Auqui fracasaron aparatosamente en la conquista de los bracamoros (Cabello de Balboa 1945 (1586): 405-408). Al parecer los españoles heredaron esta noción temerosa de las tierras orientales (de Francisco 1971: 207) y luego de las incursiones iniciales hechas para buscar las supuestas ciudades de oro y las minas de este mineral, la vertiente oriental de los Andes fue abandonada, quedando solo al ahínco evangelizador de los misioneros católicos. En su mayor parte fueron los jesuitas quienes mantuvieron abiertas las rutas de comunicación tradicionales con la Amazonía. Luego de la expulsión de los jesuitas en 1767, las vías se volvieron a cerrar y las sociedades selváticas volvieron a vivir en un aislamiento más o menos completo hasta mediados del siglo XIX, en que la joven república intentó sacar algún provecho del inmenso territorio que era parte de su heredad colonial.

La reunión regional ha sido un primer paso hacia el cambio de mentalidad y a través de ello, hacia la normalización del flujo de información y diálogo entre los investigadores. Aunque las problemáticas que se enfocan en los distintos países de la región andina sean diferentes, todos los participantes concordaron en que lo que se logra en un país, beneficia necesariamente al conocimiento y a las estrategias que se deberían implementar en la región. Una ciencia joven debe construirse con el aporte de todos sus actores y una perspectiva regional multiplica las oportunidades de avanzar a un ritmo más acelerado. En el pasado reciente, dos conferencias internacionales especializadas en la arqueología de la baja Amazonía (Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica: Belem 2007, Manaus 2010) han demostrado las ventajas que el diálogo internacional aporta a la investigación de una temática común. No obstante, la experiencia de estas reuniones demostró que la investigación en la región occidental estaba aún poco desarrollada. La alta Amazonía tuvo simposios que no lograron convocar a los investigadores de los países andinos y aunque trataron de esbozar algunas problemáticas comunes, se limitaron a señalar la necesidad de integrar a un mayor número de integrantes a fin de agrupar esfuerzos y enfrentar el reto de manera más coherente.

El evento de Quito contó con la presencia de veinte especialistas en arqueología y la antropología de la alta Amazonía provenientes de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Canadá y Francia. Estos investigadores se reunieron durante tres días para compartir sus experiencias, presentar los resultados de las últimas investigaciones efectuadas en sus respectivos países y tratar de identificar los puntos comunes que se deberían implementar en la política de investigación amazónica a nivel regional.

Los conferencistas participantes al coloquio internacional fueron:

- *Dra. Carla Jaimes Betancourt* (Bolivia)
- *Dra. Sonia Zarrillo* (Universidad de Calgari, Canadá)
- *Dr. Alexander Herrera* (Universidad de los Andes, Colombia)

- *Dr. Roberto Pineda Camacho* (Universidad Nacional de Colombia)
- *Dr. Gaspar Morcote-Ríos* (Universidad Nacional de Colombia)
- *MSc. Ernesto Salazar* (PUCE, Ecuador)
- *MSc. Catherine Lara* (Ecuador)
- *Egrsda. Myriam Ochoa* (Ecuador)
- *Lcdo. Fernando Mejía* (INPC, Ecuador)
- *Dra. María Soledad Solórzano* (INPC, Ecuador)
- *Lcda. Amelia Sánchez Mosquera* (Ecuador)
- *Lcdo. Estanislao Pazmiño* (Ecuador)
- *Dr. Jorge Gómez Rendón* (Ecuador)
- *Dr. Antonio Fresco* (Ministerio de Cultura, Ecuador)
- *Lcda. Alexandra Yépez* (Ministerio Coordinador de Patrimonio, Ecuador)
- *Dr. Francisco Valdez* (IRD convenio INPC, Francia-Ecuador)
- *Dr. Geoffroy de Sauliue* (IRD, Francia)
- *Dr. Stéphen Rostain* (CNRS-IFEA, Francia)
- *Dr. Daniel Morales Chocano* (Universidad San Marcos, Perú)
- *Dr. Quirino Olivera Núñez* (Asociación Peruana de Arqueología y Desarrollo Social de la Amazonía, Perú)

Los artículos que aquí se muestran tratan mayoritariamente de los resultados alcanzados en la investigación arqueológica amazónica a nivel regional. En muchos casos se trata de la presentación de evidencias novedosas que cambian radicalmente la imagen que se tenía de una región específica (Jaimes, Olivera, Zarrillo); en otras de hacen síntesis razonadas de los trabajos efectuados en los últimos años (Lara, Saulieu, Rostain y Pazmiño, Morales, Valdez) y en otras se discuten las realidades que deben influenciar en la formulación de políticas de investigación en la región amazónica (Pineda, Gómez, Yépez, Ministerio de Cultura, Colectivo de Profesionales Arqueólogos del Ecuador). Una mención especial merecen los trabajos sobre paleobotánica que se presentaron en el evento, esta disciplina es novedosa en el medio amazónico y la exposición y discusión de los resultados de los trabajos presentados cambian radicalmente la visión que se tenía del papel y del potencial antiguo y

presente de la agricultura en el bosque tropical. Es lamentable que el Dr. Morcote-Ríos no presentara una versión escrita de su ponencia, pues la novedad de sus trabajos debería difundirse para sustentar muchas de las suposiciones que circulan en la actualidad. Los trabajos de Zarrillo replantean la importancia que tuvieron tanto la Sierra como la vertiente oriental de los Andes en el origen de la domesticación de productos tan importantes como el maíz, los tubérculos y rizomas. Por ello, se estima que el presente volumen es una contribución importante a la discusión antropológica de lo que es y de lo que debería ser la investigación regional de la primera historia de la Amazonía.

A nivel nacional, el evento tuvo una trascendencia inusitada, pues a pesar de que en el año 2004 el IRD organizó en Quito el Primer Seminario sobre Arqueología Amazónica (Gondard 2007), desde entonces no se había vuelto a tratar sobre esta temática de tanta actualidad. En esta ocasión se brindó, además, la oportunidad a los investigadores y al público interesado de enfocar la investigación a nivel regional. En la práctica los estudios arqueológicos en la Amazonía ecuatoriana han tenido un seguimiento inconstante y desproporcionado. De hecho la historia de la investigación amazónica se puede dividir en tres etapas[1] "A) los trabajos pioneros: Bushnell (1946), Jijón y Caamaño (1952{1997}), Rampon (1959), Evans y Meggers (1956/1968), Porras (1961); B) los trabajos sistemáticos (Porras 1971; 1975a y b; 1978; 1981; 1985; 1987; 1989); (Athens 1984; 1986; 1997); (Piperno 1990); (Moncayo 1994); (Ledergerber-Crespo 1995; 2007 a y b; 2008); (Rostoker 1996; 1998; 2005); (Newson 1996); (Salazar 1993; 1998 a y b; 1999; 2000; 2008); (Rostain 1997a y b; 1999 a, b y c; 2005; 2006; 2008; 2010; 2011; 2012); (Carrillo 2003); (Guffroy y Valdez 2001ms); (Valdez *et al.* 2005); (Valdez 2007 a, b y c; 2008; 2009; 2010; 2011); (Guffroy 2006); (Saulieu y Rampon 2006); (Saulieu 2006 a y b; 2007); (Saulieu y Duche 2007); (Pazmiño 2008); (Cuellar 2006; 2009); (Duche y Saulieu 2009); (Lara

1 A través de la bibliografía citada se pretende dar una visión rápida de la historia de la investigación arqueológica de la Amazonía ecuatoriana. Como se podrá apreciar esta es limitada y a veces repetitiva en sus temáticas.

2009 ms; 2010 a, b y c; 2011) y C) los trabajos calificados de "contrato de saneamiento ambiental" efectuados desde fines de la década de los años noventa. Estos han gozado de un financiamiento insospechado, pero han tenido una producción de resultados de valor muy desigual y lo que es más grave, sin la difusión de sus resultados en publicaciones significativas (Valdez 2010: 16-21). La mayor parte de estos reposan en el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural y en principio se los puede consultar previo el permiso de la Dirección.

Desde el punto de vista geográfico, la mayor parte de los estudios se han realizado en las franjas norte y central de la Amazonía ecuatoriana, caracterizadas por bosque tropical húmedo, con alturas situadas entre los 800 y 200 m s. n. m. Este territorio incumbe en su mayor parte a lo que se denomina la selva baja, con cordilleras regionales entrecortadas, que dan la posibilidad a que los ríos sean navegables sobre trechos considerables. Muchas de las tierras más planas están sujetas a inundaciones periódicas que podrían ser calificadas de varseas estacionales. La intervención arqueológica en esta área ha sido efectuada mayoritariamente con la modalidad de contrato en saneamiento ambiental y por ello la información sobre sus resultados es de difícil acceso y hasta la fecha no ha sido sistematizada por ningún profesional de contrato o por ninguna institución contratante. El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, que es el depositario legal de los informes técnicos producidos en la Amazonía, tampoco ha efectuado una sistematización de los datos patrimoniales que incumben a la primera historia regional. Esta carencia resulta dramática ya que el conocimiento arqueológico amazónico, acumulado en los últimos treinta años no cumple su primera función social, esto es llegar a la comunidad detentora de ese patrimonio para instruirle sobre su importancia y su utilidad histórica. Mientras esta situación no encuentre un remedio eficaz, la comprensión de la historia social de la baja Amazonía será una entelequia que obstruye el conocimiento de los procesos sociales que influyeron la conformación de las diversas sociedades selváticas. En este contexto, hay que reconocer que la parte sur del Oriente ecuatoriano ha sido menos estudiada; en parte porque hasta hace poco fue una zona fuertemente afectada por el

conflicto limítrofe con la república del Perú. Esta región sufrió durante décadas la ausencia de vías de comunicación modernas; las pocas que había eran de segundo o tercer orden y solo penetraban en una mínima parte de la vertiente oriental de los Andes.

La arqueología de Colombia tiene una historia parecida en lo que se refiere a los estudios amazónicos. El artículo de Roberto Pineda da justamente una visión muy clara de cual ha sido este proceso. Para este autor la arqueología amazónica sigue siendo marginal en el contexto colombiano. A pesar de algunos aportes brillantes a la etnología selvática (i. e. Desana) pocos trabajos incursionaron en la historia antigua del bosque oriental. Pineda (en este volumen) dice que a partir de la segunda mitad de los años ochenta, un equipo de arqueólogos colombianos efectuó investigaciones en la región amazónica con una perspectiva paleobotánica, que brindó muchos frutos en el plano de la cronología, mostrando, además, la dinámica entre las pautas de poblamiento, la utilización de palmas y la formación de las *terras pretas*. El aporte de estos colegas abriría las puertas a toda una serie de estudios apasionantes que encuentran en las últimas décadas un campo fértil de estudios innovadores en la Amazonía brasilera. A pesar del interés significativo que presenta este campo, Pineda nos dice que en Colombia también la arqueología de las tierras bajas orientales tiene patronos petroleros que limitan actualmente su ámbito de acción. Sin embargo, él piensa que podría lograr un nuevo estatus (con fondos y más recursos) cuando entre a formar parte de una:

> "arqueología nacionalista o cuando se convierta en un recurso de la memoria indispensable para el reconocimiento de los derechos de sus pueblos ancestrales o de otros pobladores que también han vivido allí, o se enlace de manera más clara con la comprensión de los regímenes de historicidad de las sociedades actuales y sus funciones políticas y de identidad de los mismos".

Este cambio en la mentalidad de los investigadores fue justamente lo que se buscó discutir en la segunda temática del coloquio: *Políticas de investigación* en la región amazónica. El artículo de Jorge Gómez Rendón probablemente abarca de una manera global lo que debería ser

la base para la conceptualización de las políticas de investigación que se debería manejar dentro de un espacio donde viven comunidades que ejercen aún un modo de vida tradicional, distinto del que se practica en la sociedad occidental globalizada. Gómez Rendón aboga por un proceso de investigación más horizontal y participativo, a partir del concepto de *comunidades de práctica*, donde son fundamentales algunos aspectos éticos del trabajo antropológico. La comunidad de práctica es todo grupo de personas que participan de manera continua en una o más actividades que persiguen un fin determinado. Para el funcionamiento de una comunidad de práctica dos condiciones son fundamentales: una experiencia compartida a lo largo del tiempo y un compromiso mutuo por comprender. Para una definición más amplia de lo que se debe entender por comunidad de práctica ver Gómez Rendón en este volumen.

Resulta evidente que toda intervención externa va afectar a los actores sociales involucrados en los procesos de investigación. Esto implica contemplar *nuevos enfoques de trabajo, menos impositivos y más cooperativos, menos intrusivos y más respetuosos, menos egoístas y más solidarios, en el trabajo con las comunidades.* Aunque tengan la mejor voluntad posible, los investigadores se inmiscuyen en la vida íntima de la comunidad y en ese proceso de interacción generan o provocar cambios en el desempeño social cotidiano. No hay que olvidar que estas comunidades, por más aisladas que parezcan, han sufrido ya las consecuencias de la llegada de colonos mestizos venidos de diferentes rincones del país. Lo que ha significado "*una reducción ostensible de los territorios ancestrales amazónicos y la presión sobre sus recursos forestales y cinegéticos, pero también un contacto más directo con la sociedad hispanohablante*". Por otro lado, el contacto con el mundo exterior ha provocado que ya desde hace varios años las comunidades tengan nexos o estén abiertamente insertas en el mercado laboral,

> "con una alteración de sus patrones tradicionales de asentamiento, producción, intercambio y consumo, y los consabidos daños ambientales, sin contar otros que por su naturaleza bien pueden ser tipificados de actos etnocidas". Por ello, este autor sostiene que 'el trabajo de campo debería basarse sobre todo en tres puntos de inflexión: el primero tiene

> que ver con el tipo de técnicas etnográficas que utilizamos irreflexivamente en nuestro trabajo de campo y sus protocolos asociados, precisamente los que hacen de nuestra investigación una "actuación-para-el-investigador'; el segundo gira en torno a las relaciones de poder que vienen dadas o se crean en los contextos de investigación, y que precisamente se ven oscurecidas cuando nos limitamos a seguir sin más los protocolos que exigen nuestras técnicas; y el tercero, quizás el más decisivo de todos, la necesidad de superar la concepción positivista del trabajo de campo antropológico hacia una de tipo constructivista, en la cual no solo se reconoce sino que se promueve la performatividad de los sujetos involucrados –esto y no otra cosa es, a mi juicio, el verdadero concepto de "investigación participativa"– en la construcción de sentido para ambas partes".

No obstante, la discusión de las políticas de investigación no solo incumbe a los practicantes, sino sobre todo al Estado. Entre sus obligaciones sociales, este debería plantear los objetivos y las problemáticas, trazar las estrategias y organizar sus recursos para lograr las metas que pretende alcanzar. Debe trazarse una línea base para comprender el medio y constatar las carencias reales que tiene la Región Amazónica, solo así podrá fijar las problemáticas y establecer las prioridades que debe enfrentar. La investigación debería regirse por un plan socializado y coherente que englobe el estudio, la conservación y la difusión de los recursos patrimoniales (naturales y culturales), pues sin estos pasos previos no es posible ponerlos en función social. Las políticas de Estado deben guardar coherencia con el plan de gobierno y en materia patrimonial debe fijarse como objetivo a corto plazo la recuperación de la identidad ancestral y la construcción de un sentido de unidad dentro de la pluriculturalidad que caracteriza al Ecuador actual. El estudio de la historia antigua es el fundamento del buen manejo de los recursos patrimoniales, con una visión real de los valores humanos que los sustentan. Hay que subrayar que en la preparación del evento, la Subsecretaria de Gestión Cultural del Ministerio de Cultura (de agosto del 2011) solicitó a un grupo de sus investigadores esbozar algunas líneas de acción para que sirvan a la discusión de las políticas de investigación durante el coloquio. La propuesta fue presentada por un experimenta-

do arqueólogo del Ministerio y fue bien acogida por la mesa de trabajo. De la misma manera, el Colectivo de Profesionales Arqueólogos del Ecuador presentó un documento con varias propuestas concretas para la definición de las políticas de investigación arqueológica. Estos documentos fueron discutidos durante el evento y se propuso su publicación para que sirvan de base a cualquier iniciativa gubernamental, por ello hoy se presentan aquí como parte integrante de las actas del coloquio.

Por último, la ponencia de Alexandra Yépez hace un balance real de lo que han sido los resultados de la política gubernamental ejercida desde la promulgación del Decreto de Emergencia Patrimonial. En base a estos textos, el lector podrá hacerse una idea de lo que son las tendencias actuales en materia de políticas públicas de la investigación (o de la falta de ellas).

Quito, octubre 2011

Referencias

Athens, Stephen

1984 Pumpuentsa 1, un sitio arqueológico cerca del río Macuma en el Oriente ecuatoriano. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 4(4): 129-140.

1986 The site of Pumpuentsa and the Pastaza phase in Southern Lowlands of Ecuador, *Ñawpa Pacha* 24: 111-124.

1997 Paleoambiente del Oriente ecuatoriano: resultados preliminares de columnas de sedimentos procedentes de humedales, *Fronteras de Investigación* 1: 15-32.

Burger, Richard

1984 Archaeological Areas and Prehistoric Frontiers: The case of Formative Peru and Ecuador. In *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes*, ed. D. Browman *et al.*, p. 31-71, Bar International Series, 194, Oxford.

Bush, Mark B., Paul A. Colinvaux

1988 A 7000-year pollen record from the Amazon lowlands, Ecuador, *Vegetatio* 76(3): 141-154.

Bushnell, G. H. S.
1946 An archaeological collection from Macas, on the eastern slopes of the Ecuadorian Andes, *Man* 46: 2-6.

Bruhns, K., Burton J. H. & Rostoker A.
1994 La cerámica "incisa en franjas rojas": evidencia de intercambio entre la Sierra y el Oriente en el Formativo tardío del Ecuador. *Tecnología y Organización de la Producción Cerámica Prehispánica en los Andes*, Shimada (ed.), Pontifica Universidad Católica del Perú, Lima: 53-66.

Cabello Balboa, Miguel
1945(1586) Miscelánea Austral, En *Obras*, Vol. 1, p. 199-451, Editorial Ecuatoriana, Quito.

Carrillo, Antonio 2003, El Señorío de los Cuyes. *Cuenca ilustre*, p. 77-79.
n/d El Señorío de los Cuyes. *Cuenca ilustre*, p. 59-61.

Cody, Bertha Parker
1941 Gold ornaments of Ecuador, *The Masterkey* Vol. XV, N.° 3: 87-95, Los Ángeles.

Costa von Buchwald, Gustavo
2010 *Otto von Buchwald, sabio alemán en tierras ecuatorianas y peruanas. Siglos XIX-XX*, Poligráfica, Guayaquil.

Cuellar, Andrea M.
2006 The Organization of Agricultural Production in the Emergence of Chiefdoms in the Quijos Region, Eastern Andes of Ecuador, Tesis doctoral presentada en la Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh.
2009 *The Quijos chiefdoms: social change and agriculture in the Eastern Andes of Ecuador. Los cacicazgos quijos: cambio social y agricultura en los Andes orientales del Ecuador*. Memoirs in Latin American Archaeology, vol. 20. Edición bilingüe español-inglés. University of Pittsburgh, Department of Anthropology, Pittsburgh.

Duche Hidalgo, Carlos y de Saulieu, Geoffroy
2009 *Pastaza precolombino. Datos arqueológicos preliminares con el catálogo del Museo etno-arqueológico de Puyo y del Pastaza*. Abya-Yala, Quito.

Evans, C., Meggers, Betty
1968 *Archaeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador*. Smithsonian Contributions to Anthropology N.° 6, Smithsonian Institution Press, Washington.

Francisco, de Alicia
1971 Factores culturales en la historia de las relaciones entre Sierra y Oriente del Ecuador, *Cuadernos de Historia y Arqueología* N.° 38: 202-228.
Gondard, P.
2007 *IRD, 30 años en Ecuador, Actas de los Seminarios y talleres científicos*, p. 37-88, IRD, Quito.
Guffroy, Jean
2006 El Horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales. *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines* 35 (3): 347-359.
Guffroy, Jean y Francisco Valdez
2001ms Resultados de la etapa de reconocimiento (1999-2000) y proyecto de investigación arqueológica (2001-2004) en la provincia de Zamora Chinchipe, 15 p. Quito: Convenio INPC/IRD (manuscrito).
Jijón y Caamaño, Jacinto
1952 [1997] *Antropología Prehispánica del Ecuador*. Editorial Prensa Católica, Quito.
Lara, Catherine
2009ms "Aportes y Facetas del Reconocimiento Arqueológico: El caso del valle del Río Cuyes", Tesis en Antropología con mención en Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.
2010a Delimitación e investigación de sitios arqueológicos monumentales en el valle del río Cuyes. *Revista del Patrimonio Cultural del Ecuador* 2: 57-72.
2010b Nuevos aportes y perspectivas en la arqueología del valle del río Cuyes. In *I Encuentro de Arqueólogos del Norte de Perú y Sur del Ecuador: Memorias*, editado por Universidad de Cuenca, p. 121-136. Universidad de Cuenca, Cuenca.
2010c *Investigación arqueológica en el área concerniente al eje noreste/sureste del yacimiento Santa Ana-La Florida: Proyecto "investigación del sitio Palanda*", Informe final, INPC.
2011 Hacia un afinamiento de la secuencia cronológica mayo Chinchipe: Resultados de la temporada de excavaciones 2010 en Santa Ana-La Florida (cantón Palanda, Zamora Chinchipe, Ecuador) *Evidencia Ancestral* 3: 66-71.
Ledergerber-Crespo, P.,
1995 Factores geográficos en la localización de sitios arqueológicos. El caso de Morona-Santiago, Ecuador, un informe preliminar. *Cultura*

y medio ambiente en el área andina septentrional, Colección Biblioteca Abya-Yala, 21, Quito: 343-375.

2007a Relaciones Culturales. *Pueblos y Paisajes Antiguos de la Selva Amazónica*, editado por G. Morcoter Ríos, S. Mora Camacho y C. F. Calvo, p. 131-155. Univ. Nacional, Bogotá.

2007b Investigaciones arqueológicas en los valles del cantón Gualaquiza (provincia de Morona-Santiago), in www. arqueo-ecuatoriana. ec

2008 "Suroriente Ecuador: apropiación de paisajes a partir del Periodo Formativo Temprano", en *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, Segunda Época, Año 1, N.° 1, Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador. Guayaquil, .

Leonard, K.

1997 *Huapula site archaeological report 1*, IFEA, Department of Anthropology, University Mount Allison, Canada, Quito. 21 p.

Liu, Kam-Biu; Paul A. Colinvaux

1988 A 5200-year history of Amazon rain forest. *Journal of Biogeography* 15(2): 231-248.

Lumbreras, Luis

1981 *Arqueología de la América Andina*, Editorial Milla-Batres, Lima.

Moncayo Echeverría, Patricio

1994 Nuevas estructuras piramidales truncas en la margen izquierda del río Upano, provincia de Morona Santiago. *Sarance* 20: 147-154.

Newson, Linda A.

1996 The Population of the Amazon Basin in 1492: A View from the Ecuadorian Headwaters, Transactions of the Institute of British Geographers 21 (21): 5-24.

Ochoa, M., S. Rostain & E. Salazar

1997 Montículos precolombinos en el Alto Upano. *Cultura*, revista del Banco Central del Ecuador, segunda época, 2, Quito: 54-61.

Pazmiño, E.

2008 *Análisis Cerámico del Sitio La Lomita, Morona Santiago, Ecuador*, Disertación de grado no publicada, PUCE, Quito. 110 p.

2010 Desarrollo cultural prehispánico en el valle del Alto Upano. Análisis cerámico del sitio "La Lomita", Morona Santiago, Ecuador. *Cuaderno de Investigación*, 8, PUCE, Quito: 149-165.

Piperno, Dolores R.

1990 Aboriginal Agriculture and Land Usage in the Amazon basin, Ecuador, Journal of Archaeological Science 17: 665-677.

Porras Garcés, Pedro I.
1961 *Contribución al estudio de la arqueología e Historia de los valles Quijos y Misahuallí (Alto Napo) en la región oriental del Ecuador*, Editorial Fénix, Quito.
1971 Reseña histórica de las investigaciones arqueológicas en el Oriente ecuatoriano. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 54(117): 133-145.
1975a *Supervivencia de la tradición cerámica común a las culturas del Alto Amazonas y de manera especial a las de la zona oriental del Ecuador en Sudamérica*, Universidad de Panamá, Imprenta Universitaria, Panamá.
1975b El Formativo en el valle amazónico del Ecuador: fase Pastaza, *Revista de la Universidad Católica* 3(10): 74-134.
1978 *Arqueología de la Cueva de los Tayos*, Universidad Católica, Quito.
1985 *Arte rupestre del Alto Napo*. Artes Gráficas Señal, Quito.
1981 Sitio Sangay "A". Informe preliminar de la Primera Etapa, *Revista de la Universidad Católica*, N.° 29. Quito.
1987 *Investigaciones arqueológicas a las faldas del Sangay*. Artes Gráficas Señal, Quito.
1989 Investigations at the Sangay mound complex, Eastern Ecuador, *National Geographic Research & Exploration* 5(3)374-381.

Rampon, Lino
1959 Sitio Arqueológico F. P., *Cuadernos de Investigaciones Científicas*, N.° 1, Arqueología, Misiones Católicas de la Amazonía, Quito.

Rostain, S.
1997a El Complejo XI del sitio de montículos de Huapula, nuevos datos sobre la prehistoria del Alto Upano. 49 Congreso Internacional de Americanistas, simposio *Intercambio y Comercio en los Andes: Tierras Altas-Tierras Bajas vista desde la arqueología y la etnohistoria*, Quito, multigr. 20 p.
1997b *Arqueología del río Upano, Amazonía ecuatoriana*. IFEA, Quito, 12 p.
1999a Excavación en área de un montículo de Huapula, proyecto Sangay-Upano. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, vol. 3, Simposio de Arqueología, E. Salazar (ed.), Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito: 227-256.
1999b Secuencia arqueológica en montículos del valle del Upano en la Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 28(1): 1-37 y 53-89, Lima.

1999c Occupations humaines et fonction domestique de monticules préhistoriques en haute Amazonie équatorienne. *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, 63, Neuchâtel: 71-95.

2005 Archéologie de la haute Amazonie équatorienne. *Archéologies. 20 ans de recherche française dans le monde*, Ministère des Affaires Etrangères, Maisonneuve & Larose, ADPF/ERC, Paris: 698-700.

2006 Etnoarqueología de las casas Huapula y Jibaro. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 35 (3): 337-346.

2008 Les tertres artificiels du piémont amazonien des Andes, Équateur. *Les nouvelles de l'archéologie*, 111-112, número temático "Des mers de glace à la terre de feu. L'archéologie française en Amérique", S. Rostain (ed.), éditions de la Maison des Sciences de l'Homme/éditions Errance, Paris: 83-88.

2010 Cronología del valle del Upano, alta Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 39(3), número temático "Culturas y pueblos del Ecuador prehispánico" M. Guinea & J. -F. Bouchard (eds.), Lima: 667-681.

2011 Ethnoarchaeologogy of the Amazonian house: pre-Columbian and Jivaro continuity in Ecuador. *Communities in contact. Essays in archaeology, ethnohistory & ethnography of the Amerindian circum-Caribbean*, C. L. Hofman & A. van Duijvenbode (eds.), Sidestone Press, Leiden: 455-475.

2012 "Between Sierra and Selva: Landscape transformations in upper Ecuadorian Amazonia", *Quaternary International.*

Rostoker, Arthur G.,

1996 An archaeological assemblage from Eastern Ecuador. *Treganza Anthropology Museum Papers*, N.º 19. San Francisco State University.

1998 Recuerdos de la montaña mágica, revisitados. En *Intercambio y comercio entre la Costa, Andes y Selva: Arqueologia y Etnohistoria de Sudamerica*, Felipe Cárdenas-Arroyo y Tamara L. Bray, eds., p. 155-162. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.

2005 *Dimensions of prehistoric human occupation in the southern Ecuadorian Oriente.* PhD, The City University of New York. 613 p.

Salazar, Ernesto

1993 Huellas del pasado. Arqueología y etnohistoria de la Región Amazónica ecuatoriana. En *Mundos Amazónicos. Pueblos y Culturas de la*

Amazonia Ecuatoriana, Noemí Paymal y Catalina Sosa, eds., p. 22-30, Fundación Sinchi Sacha, Quito.

1998 De vuelta al Sangay: investigaciones arqueológicas en el Alto Upano, Amazonía ecuatoriana, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 27(2): 213-240.

1998b Naturaleza y distribución de los montículos precolombinos de la cuenca del Alto Upano, Ecuador. *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva,* Cárdenas-Arroyo & T. Bray (eds.), Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá: 185-211.

1999a De vuelta al Sangay: investigaciones arqueológicas en el Alto Upano. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, vol. 3, Simposio de Arqueología, E. Salazar (compilador), Museo Jacinto Jijón y Caamaño/PUCE/MARKA, Quito: 183-225.

1999b Simposio de Arqueología. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, vol. III. Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Departamento de Antropología, Marka, Quito.

2000 *Pasado precolombino de Morona Santiago.* Casa de la Cultura Ecuatoriana, Macas.

2008 Pre-Columbian mound complexes in the Upano River Valley, lowland Ecuador. En *Handbook of South American Archaeology*, Silverman, Helaine, y William Isbell, eds., p. 263-278, Springer, New York.

Saulieu Geoffroy de

2006 "Revisión del material cerámico de la colección Pastaza (Amazonía ecuatoriana)", Journal de la Société des Américanistes, 92, París: 279-301.

2007 "Apuntes sobre el pasado precolombino de la Amazonía ecuatoriana", Arqueología Ecuatoriana, hhp: //www. arqueo. ecuatoriana. ec

Saulieu, Geoffroy de, y Lino Rampón Zardo

2006 *Colección arqueológica de Morona-Santiago del Museo Amazónico de la Universidad Politécnica Salesiana. Una introducción a la Amazonía Ecuatoriana prehispánica*, Abya-Yala, Quito.

Saulieu, Geoffroy de, y C. Duche Hidalgo

en prensa "La tradición Muitzentza y el Periodo de Integración (700-1500 d. C.) en la alta cuenca del río Pastaza, Amazonía ecuatoriana", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines.*

Taylor, Anne Christine
1988 Las vertientes orientales de los Andes septentrionales: de los bracamoros a los quijos. En *Al este de los Andes. Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII,* eds. F. M. Renard-Casevitz, Th. Saignes y A. C. Taylor, Tomo II, Abya-Yala-IFEA, Quito.

Valdez, Francisco
2007a El Formativo Temprano y Medio en Zamora Chinchipe, en *Reconocimiento y excavaciones en el sur andino del Ecuador*. (D. Collier y J. Murra), Malo, B. ed, p. 425-465, Casa de la Cultura, núcleo Azuay, Cuenca.
2007b Un Formativo insospechado en la ceja de selva: El complejo cultural Mayo Chinchipe, en *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década : Aportes, retos y nuevos temas*, García, F., p. 549-576, FLACSO, Quito.
2007c Mayo Chinchipe: une porte ouverte, en *Equateur. L'Art Secret de l'Equateur Precolombien*, D. Klein et I. Cruz eds., 5 Continentes, p. 321-349, Milano.
2008 Inter-zonal relationships in Ecuador. En *Handbook of South American Archaeology*, Silverman, Helaine, y William Isbell, eds., p. 865-888, Springer, New York.
2009 Arqueología en la cuenca Mayo Chinchipe, In *Antiguas Civilizaciones en la Frontera de Ecuador y* Perú, *una propuesta binacional para la integración andina*, Olivera, Q. ed. Can-AAMS, p. 19-23, Lima.
2010 Uso social de la arqueología en el sitio Santa Ana-La Florida, cantón Palanda, *Encuentro Arqueólogos del norte del Perú y del sur del Ecuador*, Universidad de Cuenca: 23-46, Cuenca.
2011 La cerámica Mayo Chinchipe, el Formativo Temprano de la ceja de selva oriental. III Congreso de Antropología y Arqueología ecuatoriana, Ecuador, territorio de contacto y convergencias: resignificaciones del pasado y el presente, *Revista Nacional de Cultura* 15-16, tomo III: 685-705.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez
2005 Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes. *C. R. Paleovol* 4: 369-374.

TEMÁTICAS Y RESULTADOS



Estructuras defensivas y frontera cultural

El caso de las estribaciones andinas surorientales del Ecuador

Catherine Lara[1]

Resumen

Dentro del conjunto de sitios arqueológicos situados en las estribaciones andinas orientales del Ecuador, la arquitectura defensiva precolombina constituye una particularidad característica de la zona sur del país. Esta se plantea así como un marcador arqueológico que refleja tres problemáticas interrelacionadas y latentes en los debates actuales inherentes a la arqueología de la Amazonía occidental: la presencia inca en el sector, el origen étnico de los grupos pre-incas que lo ocuparon y, finalmente, la naturaleza de su organización social. En términos generales, la información arqueológica y etnohistórica no aboga por una presencia inca contundente y/u homogénea en la alta Amazonía. A su vez, los argumentos invocados en los diferentes escenarios propuestos por los estudiosos del tema están estrechamente vinculados a temáticas etnológicas precisas propias de cada área de investigación. Partiendo desde una perspectiva comparativa tanto arqueológica como etnohistórica, el siguiente trabajo se propone primeramente sintetizar a breves rasgos los diversos posicionamientos sobre la dominación inca de las estribaciones orientales, antes de ilustrar empíricamente las pautas e implicaciones del debate a través de dos casos de estudio precisos.

1 Arqueóloga; estudiante de Posgrado de la Universidad de París I - Panthéon Sorbonne

Abstract

Among the archaeological sites located in the eastern Andean slopes of Ecuador, pre-Columbian defensive architecture is a hint specific to the south of the country. This architecture poses itself as an archaeological marker that reflects three related problematics latent in the current debates inherent to the archaeology of western Amazonia: the Inca presence in the sector, the ethnic origin of the people who inhabited it, as well as the nature of their social organization. Generally speaking, archaeological and ethnohistorical data do not support a strong and/or homogeneous Inca presence in western Amazonia. Moreover, the arguments mentioned in the different hypothetic historical sequences suggested by scholars are strongly linked to ethnological topics specific to each geographical area. Based on a comparative perspective (archaeological and ethnohistorical), the following paper seeks to sum up the principal points of view currently evoked about the Inca domination of the eastern Andean slopes, before empirically illustrating the elements and material consequences of the debate through two specific cases of study.

Introducción

El concepto de frontera evoca barrera, obstáculo, separación, guerra, pero también intercambio, contacto, mestizaje, enriquecimiento. Desde este punto de vista, la evidencia arqueológica y etnológica revela que el límite cultural entre Andes y Amazonía significó un vaivén constante entre estas dos dimensiones –al parecer paradójicas– para los pobladores precolombinos del sector. La llegada de los incas a la zona evidenció esta realidad de manera palpable. En la región sur del país más particularmente, este fenómeno es especialmente latente a través de los vestigios de estructuras defensivas que de alguna u otra forma llegaron a relacionarse con la dominación incásica. No obstante, no existe consenso entre los investigadores en torno a la naturaleza de esta última.

En términos generales, las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas abogan por una escasa presencia inca en la alta Amazonía, aunque los motivos invocados al respecto varían de un autor o de una zona a otra: corta duración de la dominación inca en los Andes sep-

tentrionales, adopción de estrategias de control indirecto, existencia de limitaciones físicas e ideológicas propias a todo proceso de contacto en zonas de frontera ecológica…

La ceja de selva o zona de estribación corresponde efectivamente a un medio muy particular, caracterizado por un fuerte contraste de temperaturas que define una diversidad de microambientes (Lippi, 1998: 41). Desde el punto de vista geológico, los suelos son relativamente fértiles en este tipo de regiones, debido a la presencia de depósitos aluviales (Barragán *et al.*, 1991: 28), aunque frágiles, por la escasez de fósforo y la fuerte erosión causada por el accidentado relieve. Este está generalmente conformado por valles jóvenes encañonados, así como quebradas, ubicados entre los 3000 y los 600 m s. n. m. (*Idem*: 32), que abren el paso a cuantiosos cursos de agua provenientes de las cordilleras andinas. En lo que se refiere a la flora y fauna, los medios de foresta tropical cuentan con una gran variedad de especies, pero pocos individuos que las representan (Ekstrom, 1981: 333). Adicionalmente, las estribaciones orientales del sur del Ecuador/norte del Perú son conocidas por sus minas y placeres auríferos y cúpricos. La presencia de estos recursos, como se verá más adelante, es sin duda alguna decisiva desde el punto de vista cultural, y tuvo un papel de primer orden en las diversas expresiones sociales de los grupos humanos que habitaron estos medios.

Si bien es innegable que el entorno natural incide en manera decisiva sobre la trayectoria sociocultural de un colectivo, esta influencia no es determinante ni unidireccional: de lo contrario, todos los núcleos poblacionales asociados a un mismo tipo de medio fueran idénticos entre sí, lo cual desde luego no es el caso en la zona que nos ocupa aquí. Las características ecológicas de las estribaciones orientales en general tampoco son exactamente idénticas de una región a otra, y muchas veces, el accionar humano tiene mucho que ver en esta diversidad… Desde esta perspectiva, si bien –en términos generales–, el carácter limitado de la presencia inca en los medios de estribación australes del país parece confirmarse, es preciso tener en cuenta que las particularidades históricas subyacentes a este hecho desembocaron en escenarios distintos según las zonas involucradas.

Desde luego, al ser la Amazonía una zona relativamente nueva en la investigación arqueológica nacional, temáticas como estas recién están siendo abordadas de manera un poco más específica. Dos de los escenarios más recurrentes en lo que se refiere al proceso de contacto entre el incario y las culturas de estribaciones surorientales del actual territorio del Ecuador, parecen haber sido el rechazo total del invasor por parte de los guerreros locales por un lado, y la presencia inca indirecta mediante alianzas estratégicas y comerciales por otro… Partiendo de una perspectiva comparativa tanto etnohistórica como arqueológica, este trabajo se propone primeramente sintetizar a breves rasgos los diversos posicionamientos teóricos sobre estos dos escenarios, antes de ilustrar empíricamente las pautas e implicaciones del debate a partir de dos sectores concretos: los valles de los ríos Palanda y Cuyes.

El valle del río Palanda se encuentra en el cantón homónimo, en la actual provincia de Zamora Chinchipe. El sitio más famoso del sector es sin duda alguna Santa Ana-La Florida, asociado a la cultura Mayo Chinchipe (2500 a. C. [4500 a. p. aproximadamente]), cuyo alto grado de desarrollo cultural ilustra de la manera más elocuente. Santa Ana-La Florida consiste efectivamente en un complejo arquitectónico de piedra organizado, caracterizado por una necrópolis, un sector reservado a espacios domésticos, una gran plaza circular y un posible espacio ceremonial. La complejidad estructural de este centro se suma a la riqueza de los ajuares hallados en la necrópolis, en donde se encontraron objetos de cerámica, cuencos de piedra y cuentas de turquesa de un asombroso refinamiento tecnológico y estético. Se descubrieron, además, evidencias de agricultura y de intercambio a larga distancia con culturas de la Costa ecuatoriana y del norte del actual territorio del Perú, lo cual termina de confirmar el nivel de perfeccionamiento político, tecnológico, económico e ideológico alcanzado por los Mayo Chinchipe (ver Valdez 2008a; 2008b; 2009; 2010 y Valdez *et al.,* 2005).

Se cita menos el yacimiento de San Agustín, situado en el caserío homónimo, en la cordillera de Numbala, al frente del pueblo de Palanda. Este fue descubierto casualmente en el 2004 a raíz de la construcción de un camino vecinal, por lo que el yacimiento fue notoriamente des-

truido. Sin embargo, los investigadores del convenio IRD/INPC lograron rescatar algunos contextos de cara al planteamiento de una identificación funcional y cronológica del sitio. Este yacimiento –sobre cuyas características específicas volveremos más adelante– consiste en un conjunto de terrazas separadas por zanjas, que habrían sido el escenario de un enfrentamiento entre un ejército de Huáscar y guerreros bracamoros (ver Valdez, 2007 y Valdez, en prensa).

Por su parte, el valle del río Cuyes se encuentra en el cantón Gualaquiza, al sur de la provincia de Morona Santiago. Si bien el estudio arqueológico en la región ha sido relativamente escaso, los esfuerzos pioneros de los investigadores Ekstrom (1975, 1981), Taylor (1988), Salazar (2004, 2009), Ledergerber (2006, 2007) y sobre todo, Carrillo (2003, n/d), sacaron a relucir el valor patrimonial y arqueológico del sector. A raíz de los aportes de estos autores, surgió la pregunta del origen étnico de quienes construyeron las estructuras arquitectónicas del valle del río Cuyes (¿incas, cañaris, "amazónicos"?), y de la época de su construcción. En el año 2009, las excavaciones realizadas en el marco del "Proyecto Arqueológico Valle del Río Cuyes (INPC Regional 6/Ilustre Municipalidad del Cantón Gualaquiza)", aportaron luces adicionales al respecto (ver Lara, 2010).

Así, los resultados del trabajo revelaron que hacia el primer milenio antes de Cristo (Periodo formativo tardío), un grupo humano se habría asentado en la parte alta del valle (sector de san Miguel de Cuyes). La cerámica encontrada ahí se asemeja a la tradición Tacalshapa (proto cañari). Al parecer, la zona fue luego abandonada. Entre los siglos XIV y XVII, surge una "ola" de monumentalidad en los sectores La Florida, El Cadi, Buenos Aires (parte baja del valle), y también, en la zona de Espíritu Playa (parte alta). Desde un punto de vista etnohistórico, se trata de un contexto agitado, pues corresponde a la época de las guerras incaicas y de la conquista española. Por otra parte, en las terrazas de San Miguel de Cuyes y Nueva Zaruma, se identificaron también actividades de cultivos relacionadas al maíz, entre otras especies (*Idem*).

Los incas y la Amazonía

Si bien la dominación inca ha sido etnohistóricamente documentada en la mayoría del territorio ocupado por este Imperio, se conoce poco acerca de su impacto en las fronteras del Tawantinsuyo, incluyendo a la actual Amazonía ecuatoriana. En su investigación entre los quijos, Oberem (n/d: 202) señala (de acuerdo al testimonio de Ortiguera), que los incas estaban interesados en las minas de oro de la región, oro que obtenían de las poblaciones locales a cambio de sal y hachas. Oberem acota que se conoce además de actividades de intercambio entre los incas y los llamados "jíbaros" (*Idem*: 206). De hecho, el oro es común en los medios andinos de estribación, lo cual muy probablemente no pasó desapercibido para los incas, tanto en el Ecuador como en el vecino país del sur. Luego, como veremos a continuación, según los estudiosos del tema, las estrategias de abastecimiento del valioso metal por parte de los invasores, parecen haber oscilado entre intentos directos de conquista, tentativas de intercambio e inclusive, de alianzas.

Las investigaciones de Pärssinen y Siiriäinen (2003) y las de Berthelot (1986), llevadas a cabo en zonas de las estribaciones orientales peruanas, representan un aporte considerable a la temática de las estrategias de ocupación incas de este tipo de medio. Pärssinen y Siiriäinen señalan así que los incas dependían tradicionalmente de los recursos provenientes de las regiones de montaña y de selva, razón por la cual penetraron en los bosques, buscando asentar sus intereses al imponer su poder sobre las tribus bajas que ahí habitaban. Respecto a las estrategias desplegadas por el imperio inca en sus fronteras, D'Altroy señala:

> Las plazas fortificadas no son abundantes en la mayor parte del Tawantinsuyu. Las fortalezas eran construidas cerca de las fronteras hostiles, pero el territorio inca no contaba con una frontera fija tal como se la conoce entre las naciones actuales. En vez de esto, mantenían relaciones flexibles con las sociedades que rebasaban su control, al permeabilizar las fronteras o reforzarlas si el caso lo ameritaba. Los límites de los territorios totalmente regidos por el control inca se definían a menudo por puntos de atrincheramiento, hacia las cuales las tropas se retiraban

> luego de expediciones de exploración. De hecho, Morris (1988) ha señalado ya que la mayoría del Imperio se ubicaba en o cerca de una frontera (en algún punto) y que la integración de territorios nuevos era un proceso irregular, por lo cual algunas de las fortalezas fronterizas se ubicaban a 1000 km (o más) de los límites del imperio. El uso restringido de fortalezas cobró sentido en términos del carácter considerablemente ofensivo de la guerra inca. (…)
>
> Las fortalezas eran usadas como bases delanteras de operaciones de campañas, campamentos en territorio hostil, puntos limítrofes utilizados como bases de los avances bélicos, fortalezas defensivas, puntos de control, y cuarteles ocasionales (D'Altroy, 2008: 209, mi traducción).

No existe consenso entre los estudiosos del tema sobre la amplitud general de esta expansión. Para Rowe, no fue mayormente significativa, mientras que para Pärssinen y Siiriäinen, fue un fenómeno de importancia que se extendió desde las estribaciones andinas ecuatorianas hasta la Argentina (Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 72). En el Perú al menos, las evidencias existentes al respecto son especialmente marcadas en las regiones del valle del Urubamba, de los ríos Madre de Dios y Beni, y del Chaco (D'Altroy, 2008: 261; Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 73). D'Altroy (2008: 260) agrega la evidencia de diversas entradas incas a los territorios Chachapoyas y Huánuco (en este último caso, se conoce inclusive de la existencia de pequeños fuertes incaicos).

A manera de estudio de caso, se citará el trabajo de Berthelot (1986: 69) en la zona de Carabaya, situada en la ceja de selva oriental de Perú, al noreste del lago Titicaca. En lo que se refiere al oro más particularmente, Berthelot (*Idem*: 74) observa aquí que las cantidades de metal recaudadas por los españoles, dan cuenta de un sistema de extracción impresionante y altamente organizado, fenómeno que de entrada demostraría la intervención inca en los puntos de abastecimiento del metal. De acuerdo a las fuentes etnohistóricas consultadas, Berthelot acota que en tiempos precolombinos, los pobladores del sector obedecían a dos autoridades: el Inca y los curacas. Estos tenían derecho a una parte del oro extraído, el cual era entregado al Inca bajo la forma de tributos u ofrendas, y también usado en los flujos locales de circulación

de bienes suntuosos. Berthelot (*idem*: 71) encontró efectivamente dos tipos de minas en la región de Carabaya: las del Inca, y las de los señores regionales.

Las minas del Inca funcionaban en centros bien establecidos y eran trabajadas por sujetos locales –sus tributarios–, así como por poblaciones forasteras. Por su parte, las minas de los caciques eran mucho más dispersas, y su explotación se asociaba claramente a las dinámicas de reciprocidad local. No obstante, en ambos casos, el trabajo era organizado desde lo regional, a partir de las exigencias fijadas por el Inca mediante sus agentes imperiales (Berthelot, 1986: 73-75).

Los estudios de Berthelot revelan, además, otra variable de interés, esta vez acerca de las técnicas de extracción del metal: al parecer, antes de la conquista inca, las poblaciones locales obtenían su oro a través de lavaderos principalmente, así como de canales y acequias que les permitían controlar con mayor facilidad el flujo del agua cargada de pepitas. Esta actividad era llevada a cabo en la estación seca, época de menor intensidad en las faenas agrícolas (*Idem*: 78), al igual que en la actualidad (Salazar-Soler, 2002: 77). Con la llegada de los incas, se comienzan a explotar las minas de oro, gracias a técnicas aparentemente desconocidas para los pobladores locales antes de la dominación incaica (Berthelot, 1986: 78).

En la región oriental del Cuzco en cambio, hasta ahora no se ha logrado definir con certeza el alcance del control inca, aunque se ha destacado la existencia de tramos del Qhapaq Ñan en el sector, en referencia de los cuales la evidencia etnohistórica señala expediciones llevadas a cabo por los incas, y más particularmente, actividades de intercambio entre poblaciones amazónicas y serranas. Este sector ilustraría luego el escenario propuesto por D'Altroy (*Idem*: 261), al indicar este que luego de sus fallidos intentos de conquista en la Amazonía, los Incas se "resignaron" a mantener contactos pacíficos con las poblaciones orientales del Imperio.

Desde este punto de vista, no se descarta que los incas hayan llegado hasta el actual territorio del Ecuador por el Marañón, pero de ser

el caso, esta no sería una región que habrían logrado conquistar "permanentemente" (Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 74). Estos últimos autores señalan que en el Ecuador más particularmente, los incas no se habrían aventurado mucho en las regiones de ceja de selva. D'Altroy (2008: 260) precisa de hecho que ellos encontraron una fuerte resistencia hacia el este de la cordillera de los Andes, en lo que corresponde al actual territorio del Ecuador.

> Después de todo, como Lathrap ha demostrado, los comerciantes amazónicos cubrieron largas distancias con sus expediciones comerciales, y no es de descartar que los incas hayan seguido a estas expediciones con el fin de asegurar sus propios intereses en el área. Algunos jefes incas individuales pueden haber permanecido en ciertos puntos claves, y es también concebible que los jefes locales fueran persuadidos de actuar como intermediarios entre los incas y la población local. Al cumplir tal función, dichos jefes habrían empezado a ser considerados como "incas" por sus propios súbditos y serían descritos como tales en las tradiciones subsiguientes. De igual manera, conviene recordar que el control político indirecto fue también muy típico en la costa del Tawantinsuyu, donde los incas dejaron solo unos pocos vestigios arqueológicos de su presencia (Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 75).

Existen evidencias de la alianza entre los incas y la tribu más poderosa del sector de Ucayali, la cual aseguraba un vínculo indirecto entre los incas y las demás tribus locales, a cambio de su protección (*Idem*). Así, la práctica inca de mantener las unidades políticas locales a través de matrimonios y alianzas ha sido documentada (Murra, 1986: 51).

Según Pärssinen y Siiriäinen (2003: 83), la garantía de protección ofrecida por los incas a las tribus de ceja de selva frente a las amenazas de invasiones de tribus amazónicas, facilitó su apoderamiento del sector. Esta protección se materializó efectivamente en la construcción de fortalezas levantadas y mantenidas a través de la mano de obra local, la cual se integró, además, al sistema de *mitimaes* y a la economía imperial. La presencia inca en esta frontera difusa se habría luego plasmado en una red militar caracterizada por la presencia de fortalezas, algunas

de ellas anteriores a la presencia de los incas y readecuadas por ellos, o construidas por mano de obra local o *mitimaes* (*Idem*).

Desde esta perspectiva, la zona de ceja de selva habría así asegurado a los incas una base sólida para eventuales expediciones pacíficas o bélicas hacia la selva baja.

> A la luz de esta dualidad de funciones, la zona fronteriza se convirtió en una especie de zona difusa, donde no había límites definidos. Tal como Pärssinen ha anotado, aquí no hubo una demarcación lo suficientemente exacta como para poder trazarla en un mapa. Esto explicaría algunas de las particularidades que caracterizan a la zona y a la distribución espacial de los sitios incaicos en la periferia oriental del Estado (Pärssinen y Siiriäinen, 2003: 83).

Pärssinen y Siiriäinen (*Idem*) subrayan que estas fortalezas han sido poco exploradas en el Perú, pero mencionan su existencia en el Ecuador (afirman que son de forma circular, sin precisar una ubicación exacta). Proponen que estas construcciones habrían sido utilizadas como medida de protección de los dominios incas frente a posibles amenazas venidas de las tierras bajas. En términos generales, los autores mencionados indican que las zonas de ceja de selva se caracterizaron por la presencia de sociedades organizadas, prácticas de cultivo intensivo y una fuerte influencia de las serranías. En el Perú, el registro material da cuenta de cerámicas amazónicas poco conocidas, así como de material serrano y de hachas incas o locales (*Idem*).

Se nos presenta luego un panorama bibliográfico en que, dependiendo de las zonas y de los intereses en juego, la presencia inca en las estribaciones orientales se da de forma difusa, mediante dominación directa o prácticas de intercambio con las agrupaciones locales. Desde un enfoque arqueológico, se colige que cada uno de estos escenarios se plasmó de manera distinta en el registro material de las zonas en juego. ¿Qué nos dice al respecto la evidencia precolombina de las dos zonas de estudio de referencia escogidas aquí, a saber, los valles de los ríos Palanda y Cuyes?

San Agustín: ¿un sitio defensivo inca en las estribaciones orientales?

El yacimiento de San Agustín consiste en tres aterrazamientos de aproximadamente 57 metros de ancho por 47 de largo, con dos zanjas de dimensiones variables (tomado de Valdez, en prensa). Entre los rasgos antrópicos característicos del sitio, valga mencionar una serie de manchas ovaladas de 60 cm por 1 m, conformadas por una arcilla anaranjada (Valdez, 2007: 582) y diseminadas en el yacimiento, así como una acumulación de piedras posiblemente perteneciente a una estructura destruida por la maquinaria que intervino accidentalmente en el sitio (*Idem*: 584). La cerámica encontrada en esta zona corresponde a una cultura no-local (en menor medida), así como a material corrugado (*Idem*: 583-584).

La cerámica no-local fue encontrada en el entierro de un señor posiblemente originario del pueblo de Tallán –al norte del Perú–, tal como parece indicarlo el ajuar de la tumba (*Idem*: 600), la cual presentó, además, piezas de metal (*Idem*: 584). Se plantea que la presencia de este individuo en la zona podría deberse a motivos comerciales (*Idem*: 601). De hecho, desde el Periodo formativo, la región del valle de Palanda da cuenta de una intensa actividad de intercambio, respaldada por la presencia de recursos naturales sumamente apreciados a nivel social, y un paisaje cultural característico de una zona de paso de montaña.

Por su parte, el "horizonte corrugado" se asocia al periodo de Integración amazónico, iniciándose más concretamente a partir del siglo VII de nuestra era (Saulieu de y Rampón Z., 2006: 19). Guffroy (2006: 349) atribuye este horizonte a la familia lingüística jíbaro-candoa; en el sector de Palanda, se lo asimila más concretamente al grupo cultural etnohistóricamente conocido como bracamoro. En la Amazonía del sur del Ecuador, la cerámica corrugada se caracteriza por su aspecto tosco, lo cual a menudo la vincula con una elaboración de tipo doméstico (Saulieu de y Rampón Z., 2006: 82; Valdez, 2009a: 104, 2006b: 86). Su rasgo decorativo más representativo consiste en acordelados de arcilla intencionalmente evidenciados cerca de los bordes de los recipientes

(Saulieu de y Rampón Z., 2006: 82), y/o en el cuello u hombro de las vasijas (*Idem*; Valdez, 2009a: 104, 2009b: 88).

La evidencia etnohistórica es un punto de referencia clave aquí de cara al entendimiento de la posible naturaleza funcional e histórica del yacimiento de San Agustín. Según la narración de Cabello Balboa, Huáscar intentó conquistar el llamado "país bracamoro", tarea que encargó al general Pingu Shimi. Este construyó una "fortaleza hecha de repente, de céspedes y ramas", llamada Moronomá, en el valle de Palanda (Valdez, 2007: 594-597). Esta zona marcaba el "límite" territorial entre la agrupación de los "palandas" y aquella de sus enemigos, los bracamoros (Hocquenghem, 2009: 115). Las huestes de Pingu Shimi fueron engañadas y finalmente derrotadas por los bracamoros (Valdez, 2007: 594-597).

Cuatro aspectos del registro material identificado en San Agustín apoyan la hipótesis según la cual este sitio y el de Moronomá mencionado por Cabello Balboa son uno solo. El primero es la indicación del cronista acerca de la ubicación de Moronomá en el valle de Palanda. El segundo radica en la presencia de un camino antiguo en San Agustín, el cual sigue el mismo trayecto descrito por Cabello Balboa respecto a la ruta tomada por Pingu Shimi en su campaña de conquista del país bracamoro (Valdez, 2006: 597). El tercero se refiere a la presencia de armas encontradas en San Agustín, la cual confirma que el sitio fue la sede de una batalla, tal como lo especifica la fuente etnohistórica. El cuarto elemento se reporta a la presencia de las manchas arcillosas descritas más arriba, las cuales podrían corresponder a los entierros de las víctimas de la contienda. Lastimosamente, el nivel de descomposición del material posiblemente contenido en estas manchas arcillosas no permite identificarlo con precisión: la acidez de los suelos en esta zona es en efecto un factor altamente destructivo del registro arqueológico en general (*idem*: 598).

En términos generales, el paisaje cultural de la zona del valle de Palanda se presenta a manera de numerosas terrazas ocupacionales diseminadas a lo largo de las pendientes del accidentado relieve de la re-

gión. La presencia de material bracamoro (doméstico *Idem*: 599) indica que San Agustín fue un sitio multi-funcional que ha sido reocupado sucesivamente. Cabe asimismo resaltar que este sitio está atravesado por un camino antiguo que baja desde la serranía. Valdez (comunicación personal) agrega que su peculiaridad arquitectónica, así como la presencia de la tumba alóctona en este sector concreto, sugieren su estatuto de punto de contacto cultural entre pueblos diversos, contacto que, como se lo mencionó ya, existía al menos desde épocas formativas en esta zona. En definitiva, estamos frente a un yacimiento situado en una zona estratégica de paso tanto por su ubicación como por sus recursos naturales, sede de contactos comerciales pero también de pugnas, de las cuales el rechazo de los incas por parte de los pobladores locales es un ejemplo elocuente; sin duda no fue el único. Veamos qué sucedió más al norte, en otro valle similar: el del río Cuyes.

Las fortalezas del valle del río Cuyes

Tal como lo revelan la etnohistoria y la arqueología, la historia precolombina del valle del río Cuyes es inseparable de aquella del llamado "país cañarí", grupo lingüístico caracterizado por una diversidad de agrupaciones políticas (Hirschkind, 1995: 18) que poblaron la zona sur del Ecuador, desde la Costa hasta la Amazonía, pasando por la serranía. Si bien los llamados cañaris florecieron durante el periodo de Integración (esto es, inmediatamente anterior a la conquista inca), la ocupación humana de su territorio se hace presente al menos desde la época pre-cerámica, dando cuenta de una diversidad de contactos entre espacios geográficos.

Los episodios de la conquista inca del actual territorio del Ecuador son materia de controversia, y más aún en el caso del territorio cañari. Según Oberem (1974-76: 264), no se sabe con certeza si hubo una sublevación de los cañaris luego de que su territorio haya sido anexado por los incas. Lo que sí se conoce con seguridad, es que poblaciones cañaris fueron llevadas a distintas regiones del Tahuantinsuyu (especialmente al Cuzco), y que *mitmakunas* de otras localidades llegaron a

tierras cañaris (*Idem*). Si bien se ha establecido que los incas reubicaban generalmente a los *mitmakunas* en medios similares a los de su asentamiento de origen (Ogburn, 2001: 62), existe poca evidencia arqueológica del "fenómeno *mitmakuna*" (*Idem*: 41). Luego de la victoria de Atahualpa, Oberem (1974-76: 265) plantea también la hipótesis de la huida de grupos cañaris hacia "regiones remotas" del imperio (¿el Cuyes por ejemplo?)

Según las crónicas, un grupo de cañaris viajó hasta Túmbez y luego, Piura, para pedir ayuda a los españoles contra los incas, incorporándose luego al ejército de los conquistadores en sus campañas en las provincias del norte (Oberem 1974-76: 266), lo cual les valió algunos privilegios frente a la administración española, que no tardaron en perder, razón por la cual se aliaron a los quijos en el levantamiento de 1578 (*Idem.*). De hecho, para Hirschkind (1995: 23), la dispersión de los asentamientos cañaris dificultó la anexión inca, la cual debió enfrentarse a un fenómeno de tipo "guerrilla". Siendo así, Hirschkind observa que los incas lograron finalmente implementar un control eficiente sobre los centros más densamente poblados de la familia cañari (a través del sistema de *mitimaes* por ejemplo), contrariamente al caso de aquellos asentamientos dispersos y alejados de los núcleos poblacionales más densos.

Existen varias referencias etnohistóricas acerca del pasado bélico del valle del río Cuyes, siendo los protagonistas de los enfrentamientos registrados los cañaris, los incas (Taylor, 1988: 56), los "zamoranos" y sobre todo, los jíbaros (De los Ángeles, 1991: 379; Chacón, 1989: 50; Carrillo, comunicación personal). Estas referencias no son tan explícitas como en el caso de Palanda, pero apuntalan la presencia de pucaráes en el valle del río Cuyes, la cual es motivo de debate. Según los rasgos definidos por Topic en la caracterización de los pucaráes (ver Brown-Vega, 2010: 175), proponemos que Trincheras y Buenos Aires corresponderían claramente a esta categoría, mientras que La Cruz, Nueva Zaruma II y Río Bravo se asociarían más bien a miradores, retomando las características propuestas por Almeida (1999: 10). Cabe recordar aquí que el manejo de tipologías exige cautela, pues un solo sitio puede haber

cumplido varias funciones, ya sea desde un punto de vista sincrónico o diacrónico. En el mundo andino en general, se plantea así que los pucaráes cumplían también funciones ceremoniales (Brown Vega, 2010: 174), o que eran inicialmente sitios ceremoniales que fueron adaptados a usos guerreros con la llegada de los incas, en el caso cañari por ejemplo (Idrovo, 2004: 107).

El sitio de Trincheras se localiza al sureste del poblado actual de Ganazhuma, a un kilómetro al sur del río Cuyes. Se trata de una inmensa estructura ovalada de piedra laja, de 178 metros de largo por 184 de ancho (incluyendo una profunda zanja) asentada en la loma Ganazhuma. En su extremo noreste presenta una construcción de piedra circular de 17 metros de ancho por 20 de largo que marca hoy la entrada al sitio, mientras que en su lado suroeste aparece un conjunto de muros de forma vagamente rectangular, de 26 metros de ancho por 35 de largo, con dos entradas. Lastimosamente, no fue posible recuperar muestras de carbón o de material cultural significativo como para poder contar con una posible datación de esta estructura. El antropólogo Peter Ekstrom (1975: 31) señala el hallazgo de un aríbalo burdo hallado en este sector… El sitio Buenos Aires (1440 a 1640 d. C. –fecha calibrada en dos sigmas–) es a su vez una estructura de tierra y piedra (basalto y cangahua), delimitada por quebradas y conformada por cuatro niveles de piedra y dos zanjas, extendiéndose el yacimiento sobre una distancia de 139 metros de largo por 69 de ancho. Valga acotar aquí que Ledergerber (2006: 140) encontró una fecha similar (1450 a 1640 d. C.) en el sitio de El Remanso (valle del Cuchipamba), situado al norte del curso inferior del valle del río Cuyes. Entre los miradores, La Cruz está conformado por una estructura de piedra ovalada de 18 metros de largo por 13,5 de ancho orientada en dirección noreste suroeste, así como por tres niveles de aterrazamiento. Si bien no se pudo datar esta estructura, el tipo de arquitectura y el material que arrojó es idéntico al de sitio Espíritu Playa, situado justo al frente, y que dio fechas calibradas en dos sigmas de 1430 a 1530 d. C. y 1560 a 1630 d. C. Por su parte, Nueva Zaruma II consiste en un montículo natural de tierra bien conservado y una zanja, de 227 metros de largo por 0,95 de alto. Por último, Río Bravo es una estructura

de piedra prácticamente semicircular de 34 metros de ancho por 56,7 de largo, rodeada en su lado noreste por una zanja de 70 metros de largo, la cual se cruza a través de un "puente" de tierra. Esta zanja está separada de la estructura por una distancia de 15 metros aproximadamente. Nuevamente, si bien no se logró obtener una fecha radiocarbónica aquí, las similitudes arquitectónicas, cerámicas y estratigráficas permiten vincular este yacimiento al de El Cadi y La Florida, entre los cuales este último dio una datación calibrada en dos sigmas de 1410 a 1470 d. C. (ver Lara, 2010: 140).

El material cultural de estos sitios y su arquitectura difieren notoriamente. No son de tipo inca, aunque este indicador no sea necesariamente sinónimo de su ausencia. Las fechas de La Florida (y quizás de El Cadi) no parecen estar asociadas la época de la llegada de los incas. Buenos Aires y Espíritu Playa sí podrían estarlo; inclusive se los podría vincular a la época de la guerra entre Huáscar y Atahualpa o por qué no, a la ruptura de alianzas entre cañaris y españoles, y hasta a la incursión jíbara etnohistóricamente documentada en el valle según referencias del siglo XVI (Chacón, 1989: 50). El material cerámico de estos sitios no corresponde a ninguna de las diferentes tradiciones cerámicas cañaris identificadas para el Periodo de Integración, ni al llamado "inca local" de la zona. La arquitectura tampoco sugiere parecido alguno con las pocas construcciones cañaris conocidas en la Sierra ni mucho menos con cánones incaicos. ¿Se podría hablar de estilos cañaris amazónicos? De momento, esta constituye la hipótesis de trabajo más viable.

En términos generales, las referencias ligadas al hallazgo de objetos asociados a la cultura inca en las fuentes bibliográficas existentes sobre el valle del río Cuyes son sumamente limitadas, lo cual *a priori* no abogaría por una fuerte presencia inca en la zona (dichas piezas podrían inclusive haber sido el fruto de intercambios), o por una presencia directa. Valga asimismo recalcar el hallazgo de un tumi de bronce, en el sitio El Cadi (ver Ledergerber, 2007: n/p), que recuerda rasgos característicos de la costa norte del actual territorio del Perú.

Discusión y conclusiones

Como se vio, tanto el valle del río Palanda como aquel del río Cuyes pertenecen a un entorno ecológico muy particular, a saber, la ceja de montaña, zona de paso natural estratégica entre Amazonía y Sierra, caracterizada por la presencia de recursos ecológicos de alto valor cultural. De hecho, las dos zonas dan indicios de procesos de contacto comercial: la zona de Palanda, más directamente, a través del hallazgo de objetos de concha provenientes de la Costa por ejemplo, o del entierro del señor Tallán (Valdez, 2007: 600). En el caso del Cuyes, no se han encontrado de momento evidencias directas de productos que demuestren un intercambio comercial directo, –salvo quizás el tumi hallado en El Cadi–, aunque la bibliografía etnohistórica así como la evidencia arqueológica dan cuenta de la coexistencia de al menos dos etnias: la cañari y un grupo posiblemente asociado a la familia shuar.

A pesar de estas similitudes, las trayectorias socioculturales parecen haberse manifestado en formas diferentes en cada caso:

Así, el valle de Palanda fue la sede de la brillante cultura Mayo-Chinchipe (Periodo formativo), la cual al parecer desaparece, y luego de un hiato cultural, es reemplazada por los bracamoros, grupo proto-shuar representante del llamado horizonte corrugado. Valga precisar que este horizonte está también presente en el valle del río Cuyes, aunque en menores proporciones que en Palanda, y junto a materiales de distintas características, posiblemente algún tipo de cañari amazónico local, como se vio. Los datos etnohistóricos estipulan claramente que la ofensiva inca en el valle de Palanda fue frontal; sin embargo, la organización de los bracamoros fue superior, tal como lo confirma la evidencia arqueológica. Es preciso acotar que el relato de Cabello-Balboa menciona brevemente a la agrupación de los “palandas”, cuyo territorio se habría extendido entre los valles de Valladolid y Palanda (Hocquenghem, 2009: 115). Hocquenghem (*Idem*) apuntala que los palandas eran aliados de los incas, aunque Valdez (en prensa), expresa dudas al respecto.

A partir de las hipótesis de Anne-Christine Taylor, este último investigador aboga más bien por un origen étnico común entre los dos grupos, siendo los palandas el resultado de un flujo de expansión occidental de un grupo bracamoro, que se habría luego culturalmente acercado a la Sierra. De hecho, los valles de Valladolid y Palanda resguardan huellas de monumentalidad de origen desconocido (Valdez, en prensa), aunque quizás menos imponentes que la del Cuyes. ¿Corresponderían estas a la "manifestación serrana" de los enigmáticos palandas? Por cierto, a nivel general, el material cerámico visible en superficie en la zona –en mayoría corrugado– (Hurtado y Valdez, comunicación personal), iría en el sentido del parentesco étnico entre palandas y bracamoros…

El Cuyes por su parte corresponde a una zona ligada a los cañaris, un grupo cultural complejo de orígenes diversos (aunque tradicionalmente considerado como serrano), que abarcó un territorio comprendido entre la Costa y la Amazonía. Por el momento, el valle del río Cuyes ha arrojado una limitada presencia formativa (en las inmediaciones del actual poblado de San Miguel de Cuyes). La evidencia monumental más ostentosa aparece a partir del siglo XIII de nuestra era. De acuerdo a las últimas investigaciones efectuadas en la zona, estas estructuras se asociarían a un "estilo" cañari amazónico propio de la zona, cuyas características ameritarían ser definidas con mayor precisión a través de más amplios estudios.

Según las dataciones obtenidas, los sectores que podrían estar directamente relacionados con los sucesos ligados a la conquista inca son Espíritu Playa (alto Cuyes) y Buenos Aires (cuenca baja del río). El tipo de material cerámico y la arquitectura de estos yacimientos difieren, en tanto que no se asocian ni a lo inca, ni al cañari de la sierra, ni –a diferencia del valle de Palanda– a un estilo propiamente amazónico (el corrugado se encuentra en los sitios de El Cadi y San Juan, en el bajo Cuyes). Adicionalmente, la información etnohistórica existente sobre el valle del río Cuyes es muy limitada en comparación con el caso de Palanda: fray Domingo de los Ángeles (1991: 379) hace referencia a imprecisas guerras con los "ingas". Sin embargo, la analogía etnohistórica y arqueológica iría más bien en el sentido aquí de una posible presencia

inca indirecta en el sector, sellada mediante alianzas, tal como sucedió al parecer también con los llamados palandas (Hocquenghem, 2009: 115).

Por ende, no es de descartar que, a la hora de la conquista inca, la diversidad de los procesos históricos, étnicos y sociales subyacentes a estas dos zonas explique las diferencias de "respuestas" tanto por parte de los incas como de los pueblos invadidos. Cutright (2010: 27) señala que la flexibilidad de las estrategias de control desplegadas por los estados sobre poblaciones locales depende en gran medida de los intereses de dicho estado en las zonas en cuestión (presencia de recursos estratégicos por ejemplo), o del nivel de complejidad social de las agrupaciones locales. Los denominados palandas o bracamoros sugieren los rasgos de una sociedad tribal amazónica, lo cual *a priori* no correspondía con los intereses políticos incas. La zona, sin embargo, resguardaba importantes recursos auríferos, por lo que los incas optaron por intentar conquistarla, con el resultado que conocemos.

El sector del Cuyes es también reconocido por sus placeres auríferos. Desde una perspectiva arqueológica, Cuyes reúne, además, las características de un señorío (por ende, pontencialmente "conquistable" dentro de la lógica imperial inca), ligado a la vez a lo amazónico y a lo cañari. Se recordará que los cañaris conformaban una unidad lingüística más que política, lo cual implica que cada núcleo gozaba de cierto grado de independencia. Si el valle del río Cuyes correspondió a unos de estos señoríos cañaris locales (amazónico en este caso), se entiende luego que haya logrado resistir a la hegemonía inca (contrariamente a sus vecinos de la Sierra), la cual quizás habrá preferido optar por una presencia indirecta en la zona, sellada mediante relaciones de intercambio o alianzas. En resumen, pese a "configuraciones sociales" distintas, ninguno de los dos casos de estudio parece haber sido totalmente dominado por los incas. De momento, estas son desde luego hipótesis que sin duda ameritarían un mayor estudio de terreno, pero que al menos afinan las afirmaciones generales acerca de una "escasa presencia inca en la alta amazonía".

Frente a la complejidad de los procesos culturales e históricos que caracterizaron el desarrollo sociopolítico de los grupos amazónicos, y más concretamente, de la alta Amazonía, estas reflexiones son nada más un ejemplo para ilustrar el imperativo epistemológico de matizar los escenarios teóricos homogeneizadores –por cierto necesarios, en su justa medida–. Los fenómenos de migración, mestizaje, contacto comercial, así como los acontecimientos históricos propios de cada zona incidieron en forma distinta en las adaptaciones y creaciones culturales de cada espacio. Por otra parte, los "requisitos" contemplados por la noción de "complejidad social" exigen sin duda alguna ser revisados y enriquecidos; el desarrollo –esperemos– fulminante de la arqueología amazónica aportará sin duda alguno con sólidos elementos de análisis dentro de esta redefinición conceptual.

Bibliografía

Almeida Reyes, Eduardo

1999 *Estudios arqueológicos en el pucará de Rumicucho. II Etapa.* Museo del Banco Central del Ecuador, Quito.

Barragán, G. Jorge; Carlos Ortiz; Michel Z. Merlyn

1991 Gisements alluviaux d'or, La Paz, 1-5 de junio. Tomado de www. ird. fr

Berthelot, Jean

1986 The extraction of precious metals at the times of the Inka. In *Anthropological history of Andean polities*, editado por John V. Murra, Nathan Wachtel y Jacques Revel, p. 69-88. Cambridge University Press & Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Estados Unidos.

Brown-Vega, Margaret

2010 Regional Patterns of fortification and single forts: evaluating the articulation of regional socio-political dynamics with localized phenomena. In *Comparative Perspectives about the Archaeology of Coastal South America*, editado por Alexander Martín, Enrique López-Hurtado, y Robyn E. Cutright, p. 169-190. Co-edición del Center for Comparative Archaeology/Department of Anthropology, University

of Pittsburgh; Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica de Lima; Ministerio de Cultura del Ecuador, Estados Unidos.

Carrillo, Antonio
2003 El Señorío de los Cuyes. *Cuenca ilustre*, p. 77-79.
n/d El Señorío de los Cuyes. *Cuenca ilustre*, p. 59-61.

Chacón, Juan
1989 Historia de las minas de oro y plata, de la antigua provincia de Cuenca. En *La sociedad azuayo-cañari: pasado y presente*, editado por Leonardo Espinosa. Editorial El Conejo, Quito.

Cutright Robyn E.
2010 Food, Family, and Empire: Relating Political and Domestic Change in the Jequetepeque Hinterland". In *Comparative Perspectives about the Archaeology of Coastal South America*, editado por Alexander Martín, Enrique López-Hurtado, Robyn E. Cutright, p. 27-44. Coedición del Center for Comparative Archaeology/Department of Anthropology, University of Pittsburgh; Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica de Lima; Ministerio de Cultura del Ecuador, Estados Unidos.

D'Altroy, Terence N.
2008 *The Incas*. Blackwell Publishing, Hong Kong.

De los Ángeles, Domingo
1991 Relación que envió a mandar su majestad se hiciese de esta ciudad de Cuenca y de toda su provincia. En *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*, editado por Pilar Ponce Leiva, t. I, p. 372-406. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, Madrid.

Ekstrom, Peter J.
1975 Responding to a new ecology: adaptations of colonists in eastern Ecuador. *Papers in Anthropology* 16 (1): 25-38.
1981 Colonist Strategies of verticality in an eastern valley. In *Cultural Transformations and ethnicity in modern Ecuador*, editado por Norman Whitten, p. 327-355. University of Illinois Press, Estados Unidos.

Guffroy, Jean
2006 El horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales. *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines* 35 (3): 347-359.

Hirshkind, Lyn
1995 Cañar incásico. *Universidad Verdad*, oct., p. 15-54.
Idrovo, Jaime
2004 *Aproximaciones a la historia antigua de la bio-región del Chanchán*. Municipalidad de San Pedro de Alausí, Quito.
Lara, Catherine
2010 Nuevos aportes y perspectivas en la arqueología del valle del río Cuyes. In *I Encuentro de Arqueólogos del norte de Perú y sur del Ecuador: Memorias*, editado por Universidad de Cuenca, p. 121-136. Universidad de Cuenca, Cuenca.
Ledergerber-Crespo, Paulina
2006 Ecuador amazónico-andino: Apropiación de paisajes y relaciones culturales". En *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*, editado por G. Morcoter Ríos, S. Mora Camacho y C. F. Calvo, p. 131-155. Univ. Nacional, Bogotá.
2007 Investigaciones arqueológicas en los valles del cantón Gualaquiza (Provincia de Morona Santiago), en www. arqueo-ecuatoriana. ec
Lippi, Ronald
1998 *Una exploración arqueológica del Pichincha occidental, Ecuador*. Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito.
Murra, John V.
1986 The expansion of the Inca state: armies, war and rebellions. In *Anthropological history of Andean polities*, editado por John V. Murra, Nathan Wachtel, Jacques Revel, p. 49-58. Cambridge University Press & Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Estados Unidos.
Oberem, Udo
n/d *Los quijos: historia de la transculturación de un grupo indígena en el Oriente ecuatoriano*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
1974-1976 Los cañaris y la conquista española de la Sierra ecuatoriana, otro capítulo de las relaciones interétnicas en el siglo XVI. *Journal de la Société des Américanistes*, vol. LXIII, p. 263-274.
Ogburn, Dennis E.
2001 *The Inca occupation and force resettlement in Saraguro, Ecuador*. Disertación de Ph. D. inédita, Departamento de Antropología, University of California, Santa Bárbara.

Pärssinen, Martti; Ari Siiriäinen
2003 *Andes orientales y Amazonía occidental, ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. Producciones CIMA, La Paz.

Salazar, Ernesto.
2004 Cuenca y su región: en busca del tiempo perdido. En *Cuenca, Santa-Ana de las Aguas*, editado por Ernesto Salazar, Diego Jaramillio, Juan Martínez, Ana Abad y Felipe Aguilar, p. 18-85. Ediciones Libri-Mundi, Quito.
2009 Caminos del suroriente. En *Los caminos en el Ecuador. Historia y desarrollo de la vialidad*, editado por Macshori Ruales, p. 81-99. Hidalgo e Hidalgo Constructores, Anaconda Comunicación, Quito.

Salazar-Soler, Carmen.
2002 *Anthropologie des mineurs des Andes, dans les entrailles de la terre*. L'Harmattan, Francia.

Saulieu, Geoffroy de; Lino Rampón Zardo.
2006 *Colección arqueológica de Morona-Santiago del Museo Amazónico de la UPS. Una introducción a la Amazonía ecuatoriana prehispánica*. Abya-Yala, Quito.

Taylor, Anne-Christine.
1988 *Al este de los Andes*, t. II. Abya-Yala, Quito.

Valdez, Francisco.
2007 Incursiones en el país bracamoro, documentando la historia regional. In *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década: Aportes, retos y nuevos temas*, editado por Fernando García, p. 577-602. FLACSO, Quito.
2008a Inter-zonal relationships in Ecuador. In *Handbook of South American Archaeology*, editado por Helaine Silverman y William Isbell, p. 865-887. Springer, Estados Unidos.
2008b Mayo Chinchipe, el otro Formativo temprano. *Miscelánea antropológica ecuatoriana,* Segunda época 1: 170-197.
2009a *Informe final de los trabajos arqueológicos realizados en el marco del proyecto UTPL-IRD/Ministerio de la Cultura*. Disponible en http://palanda.arqueo-ecuatoriana.ec
2009b *Informe final de la intervención arqueológica asociada con la ejecución de los Programas de Emergencia patrimonial efectuados por la Unidad de Gestión del Ministerio Coordinador de Patrimonio Natural y Cultural en el yacimiento Santa Ana-La Florida*. Disponible en http://palanda.arqueo-ecuatoriana.ec

2010 Uso social de la arqueología en el sitio Santa Ana-La Florida. En *I Encuentro de Arqueólogos del norte de Perú y sur del Ecuador: Memorias*, editado por Universidad de Cuenca, p. 23-40. Universidad de Cuenca, Cuenca.

En prensa Evidence of the Inca presence in the Bracamoro country (South Eastern Andes of Ecuador). *Ñawpa Pacha.*

Valdez, Francisco; Jean Gufroy; Geoffroy de Saulieu; Julio Hurtado; Alexandra Yépez

2005 *Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes.* En www. ird. fr

Foto 1
Vista del perfil de aterrazamientos correspondientes al sitio de San Agustín



Foto 2
(F. Valdez): Piezas de metal encontradas en el ajuar de la tumba hallada en San Agustín



Foto 3

Mapa general de las estructuras monumentales del valle del río Cuyes

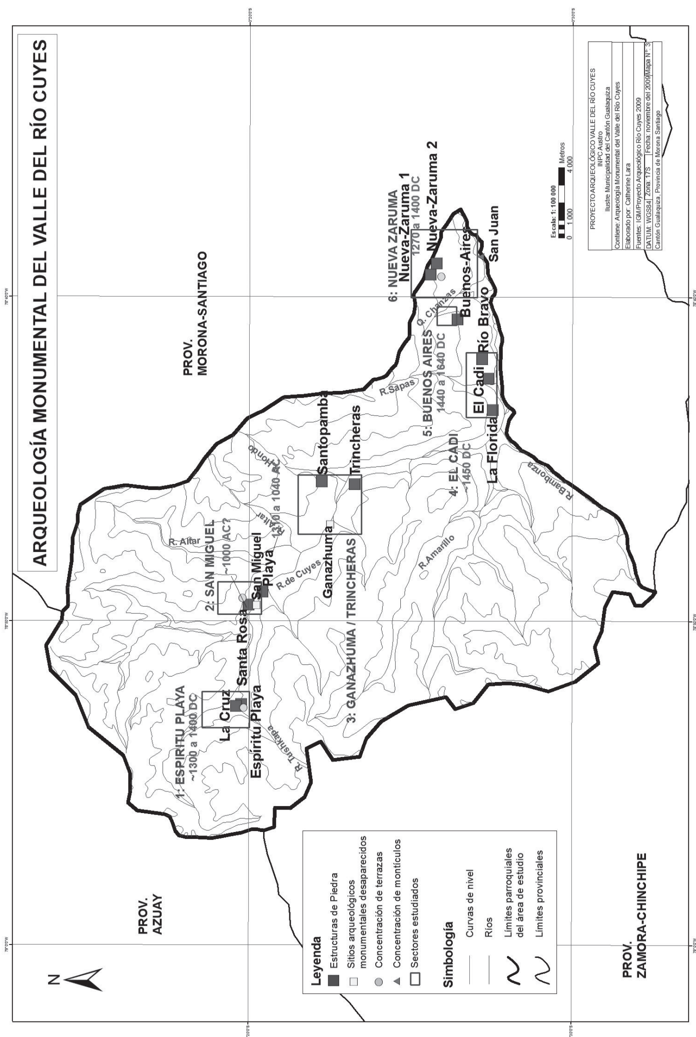
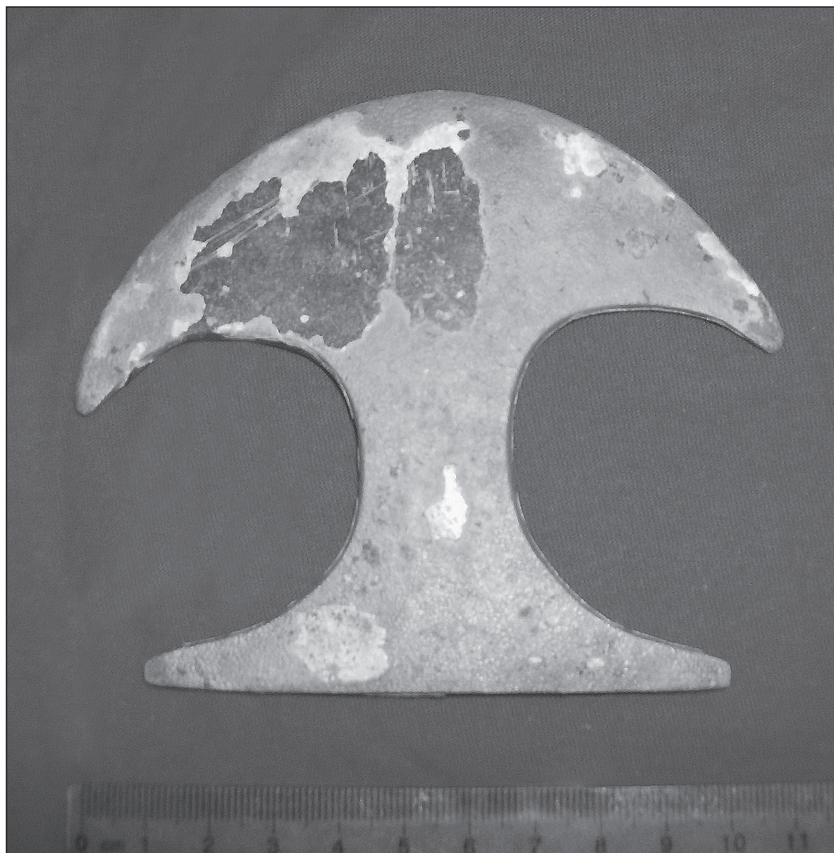


Foto 4
Estructura circular ubicada en el extremo septentrional del pucará de Trincheras



Foto 5
Tumi encontrado en el sitio de El Cadi



Treinta años de investigación a las faldas del Sangay

Stéphen Rostain & Estanislao Pazmiño[1]

Introducción

La región del Alto Upano, en el piedemonte oriental de los Andes ecuatorianos, destaca por la evidencia de una presencia prehispánica excepcionalmente fuerte en la Amazonía occidental (Porras 1979, 1985, 1987, 1989; Salazar 1998a & b, 1999, 2000, 2008; Ochoa *et al.* 1997; Rostain 1997a & b, 1999a, b & c, 2005, 2006, 2008, 2010, 2011a & b, 2012). Aunque inicialmente se estableció una larga permanencia de una única tradición denominada Upano en el valle (Porras 1987), recientes investigaciones (Rostain 1999b, 2006) confrontan esa información y plantean la existencia de una dinámica cultural más variada.

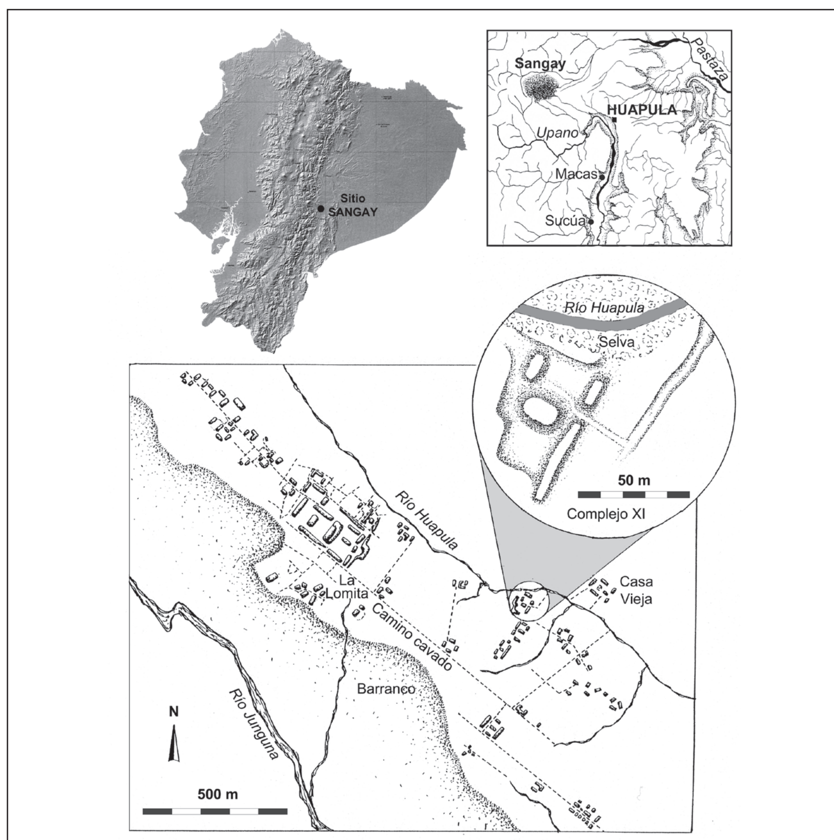
En este contexto, las investigaciones realizadas en el sitio arqueológico de montículos artificiales Sangay[2] a partir de su descubrimiento al final de la década de 1970, han generado valiosa información sobre

1 (Universidad de Lethbridge, California, EE.UU.)

2 Porras denominó al complejo como "Sangay", debido a la relativa cercanía del volcán epónimo que domina la cordillera al oeste del valle. Durante el proyecto "Sangay-Upano", Ernesto Salazar renombró al sitio bajo el nombre de Huapula en relación a un pequeño arroyo que corre al este del recinto, pero preferimos conservar aquí el nombre original.

la complejidad de los sistemas culturales ocurridos en la región (Figura 1). Una historia marcada por notables transformaciones en los niveles de organización política y social, nos aproxima a las particularidades de cada uno de las cuatro culturas que se asentaron en el sitio de Sangay entre 700 a. C. y 1200 d. C.: Sangay, Upano y Huapula.

Figura 1
Mapa del Ecuador con el sitio arqueológico de Sangay (adaptado del IRD); mapa del valle del Upano con el sitio de Sangay (dibujo Rostain); mapa de los montículos artificiales de Sangay con el detalle del Complejo XI (adaptado de Porras 1987 y del levantamiento topográfico de 1996)



Por lo tanto, el presente artículo revisa la trayectoria de las investigaciones llevadas a cabo en el sitio Sangay durante las tres últimas décadas y profundiza en su proceso de ocupación prehispánico.

30 años de investigación arqueológica en Sangay

Una mirada hacia las aproximadamente tres décadas de investigación en la cuenca del Alto Upano, descubre un notable cambio en el enfoque interpretativo utilizado para explicar el desarrollo cultural precolombino en la región. En los años anteriores a 1980, la arqueología del valle del Upano se limitaba en pequeños sondeos realizados en diferentes sitios y al estudio tipológico de colecciones cerámicas provenientes de sitios con montículos (Collier & Murra 1943; Bushnell 1946; Harner 1978; Athens 1984; Rampon 1959; Herod 1970; Moncayo Echeverría 1994; Ledergerber-Crespo 1995; Rostoker 1995). Además de un proyecto en Sucúa (Rostoker 2005) y otro a lo largo del barranco del Upano al norte de Macas (Rostain 2010, 2012), una buena parte de la información disponible proviene de diferentes proyectos efectuados especialmente en atención del sitio de Sangay (Figura 1).

La monumentalidad del complejo, compuesto por decenas de montículos artificiales (Figura 2), fue uno de los aspectos que capturó la atención del misionero josefino Pedro Porras quién inició los primeros estudios del sitio entre 1978 y 1984. Durante este periodo se realizaron varias excavaciones que incluyeron segmentos de los principales montículos del recinto. Las excavaciones fueron acompañadas de un levantamiento topográfico de casi la totalidad del área que terminó por acaparar la atención de Pedro Porras. Su preocupación sobre la distribución de los montículos acorde a un supuesto patrón iconográfico que representaba la imagen de una hembra jaguar en trance de cópula con un hombre (Porras 1985, 1987), volvió famoso a este sitio. No obstante, a pesar de que el plano de Pedro Porras reproduce con alguna precisión la distribución de muchos montículos, la existencia de una representación iconográfica ha sido desechada por nuevos levantamientos topográficos (Rostain 1997b; Salazar 1999).

Las excavaciones en varios montículos si bien permitieron comprobar que las plataformas fueron construidas artificialmente, no aportaron mayormente en el análisis de los procesos de construcción y ocupación del sitio. Pedro Porras reconoció una sola tradición cultural en toda la región a la que denominó Upano con una duración de 3500 años, pero su clasificación cerámica estaba basada únicamente en aspectos decorativos y morfológicos, sin hacer referencia a la estratigrafía. Consecuentemente, la clasificación presentó un número similar de tipos como atributos decorativos identificados. El gran número de tipos definidos y las superposiciones de algunos de ellos impiden el uso de esta tipología. Este aspecto apareció reflejado en su cronología dónde la confusa presentación de los contextos de excavación no permiten una correlación entre la secuencia estratigráfica y los fechados C-14.

Una década más tarde de concluidos los primeros trabajos en Sangay, nuevas investigaciones se enfocaron en la dinámica de ocupación del lugar. Esta vez principalmente dos lugares fueron excavados en el sitio: el primero en el área llamado "La Lomita" y el segundo en el Complejo de montículos número XI.

Después de haber hecho algunos sondeos sobre un montículo de los complejos centrales del sitio, Ernesto Salazar empezó un sondeo de 7 m^2 en el sector de "La Lomita", localizada en la sección oeste del recinto junto a la quebrada del río Junguna que desemboca en el Upano. La Lomita se encuentra compuesta por pequeños montículos y un camino corto que finaliza en una depresión que desciende hacia el barranco del río Upano (Salazar 1999). En La Lomita, se identificó una importante acumulación de materiales sobre lo que habría sido una pequeña depresión usada probablemente como basural. Las excavaciones estratigráficas realizadas determinaron un depósito cultural de 2,20 metros de profundidad, aunque no presentaron mayor detalle sobre su perímetro.

La estratigrafía del sondeo de La Lomita se compone de tres capas de deposición apenas diferenciables entre sí (Pazmiño 2008). El estrato inferior (capa III), corresponde a un depósito de tierra amarilla con pequeñas concreciones de arcilla dispersas en todo el nivel. Este estrato

en algunas unidades presenta una subdivisión en dos capas (capas IIIa y IIIb) establecida a partir de pequeñas diferencias en el grado de uniformidad y compactación de la tierra. La poca uniformidad del depósito se destaca por la presencia irregular de concreciones de arcilla y el aparecimiento de materiales de cultura Sangay mezclados con algunos fragmentos de cultura Upano. Por su parte el estrato superior (capa II) es descrito como un depósito con mayor uniformidad en cuanto a su constitución y una muy baja presencia de concreciones de arcilla. La mayor parte del material cerámico recuperado proviene de este nivel por lo que se lo asocia con un momento de intensa ocupación Upano. El estrato superior (capa I) es caracterizado por un depósito de tierra café oscuro mucho más uniforme. En este nivel se recuperaron unos pocos fragmentos de cerámica corrugada asociada a la ocupación Huapula.

Para este sitio existen tres fechados de C-14 que corresponden con cada uno de los estratos señalados. A primera vista la dinámica de deposición de los artefactos y las fechas C-14 obtenidas en diferentes estratos sugiere una continua deposición de materiales por un prolongado periodo de tiempo. No obstante, el amplio margen temporal asignado para el presunto basural, aproximadamente 700 años, merece mayor cautela. Esta característica torna compleja la correlación temporal con el material cerámico. La amplitud de los depósitos estratigráficos y las ambiguas diferencias entre los mismos dificultan el manejo de la información en términos temporales y manifiesta cierta duda sobre la naturaleza del depósito como basural.

Paralelamente a los trabajos en el sector de La Lomita, Stéphen Rostain inició sus excavaciones en el Complejo XI que bordea el río Huapula y se extiende en un área de 3500 m^2 (Figura 3). Este complejo se encuentra organizado según el modelo espacial característico de los sitios del Upano con una plaza central dividida en dos por una plataforma central y rodeada por seis elevaciones periféricas. En el lugar, además de varios sondeos, se realizaron algunas excavaciones bajo el sistema de decapado sobre la cima del montículo central y en una plaza (ca. 130 m^2). El registro estratigráfico de los perfiles de excavación presenta algunos rasgos interesantes en torno a la secuencia de construcción y

ocupación de los montículos. Sobre el nivel de suelo estéril, se encuentra evidencia de una primera ocupación seguida por un depósito de relleno de construcción en cuya cima se distingue la presencia de un suelo quemado y una nueva ocupación; luego de ello aparece un nivel espeso de cenizas volcánicas precedido por un último nivel de ocupación.

Una gran colección de fragmentos cerámicos fue recolectada durante las excavaciones y prospecciones del sitio, proporcionando una muestra bastante completa de la secuencia cerámica del valle del Upano. El estudio del material cerámico permitió establecer una nueva tipología definida en base al análisis de la pasta, la decoración y la forma de la cerámica, en correlación con la estratigrafía y las fechas de radiocarbono. Además, varias colecciones museográficas fueron estudiadas, ayudando a la reconstitución de las formas cerámicas. Gracias a la colaboración del museo del Banco Central de Guayaquil, los recipientes recogidos durante las excavaciones fueron restaurados.

2000 años de presencia humana en Sangay

Luego de varios años de incertidumbre con respecto a la tipología y cronología establecida por Pedro Porras para la tradición Upano, nuevos estudios han permitido clarificar la secuencia de ocupación para el sitio de Sangay.

A partir de una nueva tipología cerámica en conexión con los datos estratigráficos y de fechas C-14 existentes para el sitio, es posible establecer un cuadro cronológico acorde con las dinámicas culturales regionales (Rostain 1999b, 2010; Pazmiño 2008). La división establecida conjuga los aspectos formales y estilísticos de los recipientes con la información estratigráfica y radiocarbónica. Los resultados sugieren de manera contundente la presencia de tres ocupaciones sucesivas en el sitio. Los marcos temporales ofrecen una secuencia de ocupación de aproximadamente 2000 años durante los cuales florecieron tres culturas distintas: Sangay (700 a. C.), Upano (500 a. C. -400 d. C.) y Huapula (800-1200 d. C.).

La cultura Sangay

Alrededor de 700 a. C., algunas comunidades de la cultura Sangay se instalaron a orillas del Upano. Los primeros pobladores ocuparon directamente el espacio edificando sus viviendas sobre el suelo del valle sin realizar terraplenes. Los restos de la cultura Sangay particularmente se encuentran en la base de las estratigrafías, lo cual es consistente con una ocupación previa a la construcción de montículos. De la misma manera los escasos vestigios recuperados de esta cultura no presentan una densidad homogénea por lo que es probable que mantuvieron asentamientos dispersos en toda la región.

Pese a la escasa información obtenida sobre la naturaleza de esta ocupación es posible destacar algunos detalles sobre su alfarería (Rostain 2005, 2010; Pazmino 2008). La cerámica Sangay generalmente se presenta burda y frágil (Figura 4). La pasta de color gris-blanco en el que se aprecia un desgrasante grueso de grava lisa y paredes finas presenta huellas de una mala cocción que destacan entre el color de su pasta. La decoración es sencilla y la más común es la aplicación de cordones ondulados o botones aplicados e incisiones simples. Las formas reconocidas son ollas redondas de boca cerrada y a veces con abultamientos de la pared, platos de boca restringida, cuencos de boca restringida y cuerpo ligeramente carenado. Uno de los recipientes descritos por Porras se asemeja en forma general a una calabaza y en cuyos lóbulos incisos verticalmente aparecen representados rostros de animales.

Aunque la mayor parte de esta cerámica ha sido encontrada en el sitio de Sangay, Pedro Porras (1987) reportó cerámica con estos rasgos en los poblados de Chiguaza y Paulo VI, hacia el norte del valle. No obstante, Arthur Rostoker (1996, 2005), en sus trabajos en la zona de Sucúa, en el sur del valle, no ha reportado material semejante; lo que probablemente define el área de asentamientos Sangay entre el río Palora y el cauce alto del río Upano.

La cultura Upano

Los grupos de la tradición Upano probablemente se asentaron en el valle alrededor del 500 y 200 a. C. La llegada de estas nuevas comunidades produjo cambios significativos en la forma de organización política en la región. Para este periodo se estima una mayor densidad poblacional que contribuyó a la transformación paulatina del paisaje con el establecimiento de importantes poblados. Los numerosos asentamientos distribuidos a lo largo del valle reflejan una fuerte inversión de trabajo en la construcción de montículos de tierra, plazas bajas y caminos cavados, distribuidos en complejos con un modelo espacial preciso. Los montículos se encuentran generalmente distribuidos alrededor de una plaza central que en ocasiones incluye una pequeña plataforma central. En varios casos, se aprovechó el relieve natural del lugar para edificar las estructuras. Los complejos se encuentran atravesados por una red de caminos que conectan algunas plazas entre sí, permiten un acceso a fuentes de agua como arroyos cercanos, o incluso conectan con otros complejos.

La función de las plataformas hasta el momento no ha sido resuelta con claridad. Algunos datos provenientes de las excavaciones realizadas por Stéphen Rostain en Sangay parecen indicar que la primera función de algunos montículos era habitacional (Rostain 1997a, 1999a & c). Sin embargo, la existencia de montículos con una superficie pequeña como para albergar una casa en la cima, indica que no todos los montículos tuvieron un carácter habitacional (Rostain 1999c). De ello se desprende que los complejos probablemente hayan albergado al mismo tiempo áreas de uso doméstico y ceremonial.

La cerámica Upano tiene una contextura bastante homogénea (Figura 5 & 6). La pasta es de color beige claro o café oscuro con desgrasante de arena fina, y generalmente presenta una buena cocción. Estas características la diferencian claramente de la cerámica Sangay. El análisis de Pedro Porras (1987) sobre esta cerámica definió una multitud de tipos basados en aspectos decorativos que impidieron una visión clara del material. Adicionalmente, las lagunas ocasionadas por la confusa

relación de los tipos definidos con la estratigrafía y las dataciones de radiocarbono generaron dudas con respecto a la cronología organizada por Pedro Porras. No obstante, la atención dirigida en los últimos años sobre la cerámica Upano permite reconocer varios aspectos de interés. A pesar de la gran variedad de motivos presentes en esta vajilla, el tipo de bandas rojas entre incisiones se reconoce inmediatamente como el elemento diagnóstico de la cerámica Upano. Este tipo de decoración se caracteriza por la pintura roja entre líneas incisas que forman motivos geométricos en la superficie exterior de los recipientes (Figura 5). Excepcionalmente, se encuentra pintura negra, café y blanca entre las incisiones. La incisión sin segmentos pintados aparece como el segundo tipo de decoración más común de la cerámica Upano formando motivos geométricos o segmentos achurados. Los motivos geométricos son muy diversos incluyendo bandas rectas, triángulos, rectángulos, espirales, etc. En algunos casos, la sección interior de la incisión aparece pintada de rojo, detalle que se aprecia especialmente en algunos platos. Otros motivos decorativos tales como puntuaciones, botones aplicados, o solamente pintura roja aparecen con cierta frecuencia. Entre la cerámica también se ha identificado varios fragmentos con decoración negativa sobre la superficie pintada de rojo y pulida. Los diseños generalmente se componen por bandas negras paralelas formando motivos triangulares o en rombos. Este tipo de decoración aparece principalmente en cuencos globulares o vasos, encontrándose probablemente asociada a los periodos terminales de Upano.

En lo que respecta a las formas de los recipientes existe una mayor variedad con la presencia de platos, cuencos, ollas, cazuelas, y fuentes. Algunos recipientes presentan formas muy complicadas indicando la habilidad que alcanzaron los alfareros para conseguir vasijas bastante elaboradas. La mayoría de las formas corresponden a recipientes para comer y beber, mientras que otras se relacionan con la conservación de líquidos (probablemente agua o chicha), así como con la preparación y cocción de alimentos. La forma cerámica más popular es el plato del que se conocen algunas variaciones (Figura 6). Puede ser redondeado o con fondo plano y paredes verticales rectas o sinuosas. El diámetro

varía entre 15 y 30 cm. Se encuentran decorados ya sea con una simple incisión horizontal, motivos pintados o bandas rojas entre incisiones. Estos platos, probablemente usados para comer o tomar, fueron producidos en enormes cantidades. A pesar de que aparecen generalmente en la literatura como platos con fondo plano y sin base, tienen en realidad varios tipos de base: anular, pie troncocónico o con tres botones. Como en otros recipientes Upano, y sobretodo del tipo de bandas rojas entre incisiones, los platos tienen el interior bruñido que resalta un color negro brillante. El borde interior presenta generalmente de una a tres incisiones anchas paralelas y a veces el fondo tiene incisiones anchas poco profundas con motivos simples, y eventualmente con botones. Otra forma recurrente es la olla con cuerpo globular abierto, cuello cerrado y borde largo fuertemente abierto en sentido horizontal. La cara interna del borde está típicamente decorada por una serie de triángulos pintados de rojo que la circundan.

De acuerdo a la información obtenida a partir de las investigaciones desarrolladas en el complejo de Sangay, se ha estimado que la ocupación del valle por parte de los grupos Upano vivió al menos dos fases distintas. La primera fase matizada por los asentamientos iniciales y la segunda marcada por la consolidación de importantes centros poblados y la construcción de montículos de tierra. Es posible que tras ir consolidando su dominio en el valle los grupos Upano paulatinamente incrementaron su poder político y económico caracterizado por contactos comerciales con otras regiones. Entre el 400 y 600 d. C., una fuerte erupción del volcán Sangay depositó una gruesa capa de cenizas en el valle del Upano provocando el ocaso de esta cultura (Rostain 1999b, 2006).

La cultura huapula

Luego de un periodo en el que al parecer el valle del río Upano permaneció deshabitado, llegaron al valle producto de una nueva migración grupos de cultura Huapula entre 800 y 1200 d. C., asentándose en algunos casos sobre los montículos dejados por los Upano. En todo el

valle se encuentra evidencia de la ocupación huapula, aunque es mucho menos densa que la Upano. La excavación por decapado de la Tola Central del Complejo XI en el sitio de Sangay reveló un suelo habitacional muy bien conservado, prueba de la presencia de una casa asociada a esta cultura en la cima del montículo (Rostain 1999a & c, 2006).

La cerámica huapula se caracteriza por la pasta de color gris oscuro o café oscuro con un desgrasante de arena gruesa y granos de cuarzo. Las formas conocidas corresponden a cuencos globulares, así como ollas globulares de diferentes tamaños con cuello largo y recto (Rostain 1997b). Los dos tipos principales de decoración son el corrugado, así como la pintura roja y blanca aunque excepcionalmente aparece también pintura negra y blanca (Figura 7). La decoración con pintura roja y blanca presenta motivos con bandas finas paralelas y puntos asociados generalmente a recipientes pequeños. La calidad de la pasta de estos recipientes se diferencia de las grandes ollas corrugadas. Las paredes son más finas y de color beige, mientras que el desgrasante arenoso es más fino. El corrugado en cambio se distingue por su alineación regular en bandas logradas con la impresión del dedo o la uña. Grandes ollas globulares con un cuello recto y corrugado fueron descubiertas en varios sitios del valle del Upano. La mejor muestra de esta cerámica como parte de un contexto claro proviene de la Tola Central del Complejo XI de Sangay, donde se recuperaron cinco ollas Huapula completas o casi completas. El exterior de estas ollas estaba cubierto por una espesa capa de hollín, producto de diversos pasos por el fuego. Un residuo de alimento pegado en la pared interna de un fragmento de olla, presentaba microestrías características de la superficie de los granos de maíz, lo que demuestra que el maíz era uno de los componentes de los alimentos que este recipiente contenía (Leonard, 1997; Gómez de la Peña, 1998; Rostain 1999c, 2011a). Si bien el maíz se cocina de múltiples formas, al parecer los huapulas lo utilizaban sobre todo para la elaboración de la chicha.

Debido a la inestabilidad por su base redonda, las ollas debían ser aseguradas al piso para no voltearse. Al igual que ahora en las casas amerindias, las ollas se hallaron parcialmente enterradas en una de las cuatro fosas encontradas en la casa. En la boca de una fosa, se encontró

solamente la parte superior de una gran olla fragmentada horizontalmente debajo de la espalda del recipiente (Rostain 2006). Se supone que esta mitad de cerámica cerraba un pozo probablemente usado para conservar productos alimenticios.

La decoración corrugada tiene una extensa difusión, incluyendo Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y hasta el sur de Brasil (Guffroy 2006). Pero en nuestro caso, la afiliación de la cerámica huapula y jíbara no tiene duda. La comparación etnográfica de un contexto doméstico y las viviendas achuar de la amazonía ecuatoriana dejan entrever que los grupos huapulas no habrían sido muy distintos a los grupos de la familia jíbara contemporáneas (Rostain 2006, 2011a). Las ollas corrugadas y los recipientes pintados con bandas blancas y rojas son claramente los antecesores de la cerámica jíbara actual.

Las culturas intrusivas: Cosanga, Kilamope, "Rostro"

Además de la evidencia que caracteriza las ocupaciones descritas, en el sitio se han encontrado varios restos cerámicos con distinta filiación cultural. La evidencia de cerámica de filiación Cosanga encontrada en Sangay sugieren algún tipo de contacto con los grupos asentados en el norte (Pazmiño 2008). De cualquier modo el hallazgo de esta cerámica, sugiere que los grupos Upano habrían extendido sus contactos tanto con la región interandina como con los del piedemonte septentrional en el valle del río Quijos. Ya anteriormente la investigación llevada a cabo por Tamara Bray (1996) dejó relucir que la cerámica panzaleo fue producida en la Amazonía y que la presencia de ella en contextos serranos obedece a dinámicas de intercambio. La aparición de esta cerámica en el entorno de La Lomita (Figura 8) no solo es un indicio de su amplia distribución, sino que puede tal vez ayudar a explicar la presencia de cerámica Upano en ambiente serrano (Bruhns *et al.* 1994).

Además de la cerámica Cosanga presente en el material de La Lomita, se han encontrado restos cerámicos intrusivos que no han podido ser identificados con otros conocidos en la región (Pazmiño 2008).

Entre estos restos se encuentra un recipiente pequeño de profundidad media, de base plana, boca ligeramente cerrada y borde abierto (Figura 8). Llama la atención la pasta fina de tonalidad negra y contextura distinta a la tradicional Upano. El recipiente está decorado con apliques en pequeñas tiras verticales. En un segmento destaca la presencia de un rostro formado por pequeños apliques en los que se ha realizado incisiones para definir los detalles de los ojos y boca. La superficie externa está caracterizada por un acabado en negro pulido. Los otros materiales intrusivos registrados se componen por unos pocos fragmentos con una decoración combinada de líneas incisas, puntos y estampado de uñas. La calidad de la pasta difiere de la de los grupos anteriormente mencionados, en la que se distingue el uso de un desgrasante grueso con inclusiones de pómez, baritina, granito, y óxido de hierro. El color de la pasta varía significativamente del resto de las cerámicas analizadas y corresponde al gris luminoso.

En algunos sitios, la cultura Kilamope reemplaza a la cultura Upano en los primeros siglos de nuestra era. Está poca representada en el sitio de Sangay pero es importante en el sitio de Kilamope. Su cerámica presenta la misma pasta que aquella de la Upano al igual que una gran variedad de formas. Hay muchos casos de mezcla de motivos y formas Upano y Kilamope en un mismo recipiente, lo que conduce a pensar que esta última resulta de la influencia y la integración de otra cultura externa a la Upano.

La decoración más común de la cerámica Kilamope es la incisión, pero tiene muchas técnicas asociadas y una multitud de motivos geométricos más elaborados que aquellos Upano (Figura 9). La decoración más típica del estilo Kilamope es la impresión cordelada. Es una línea ancha y profunda hecha con la impresión de una cuerda o con el vaivén de un punzón que imita el dibujo de una cuerda. Los motivos son líneas cortas y largas paralelas. La decoración cordelada está generalmente asociada a otras técnicas decorativas: incisión, puntuación y pintura. Las bandas anchas forman motivos paralelos rectos y curvos. Los platos Upano desaparecen en la cerámica Kilamope para ser reemplazados por vasos con base plana y paredes rectas verticales. Como en el estilo

Upano, hay muchas formas muy elaboradas y originales. La cerámica Kilamope no se ha reportado fuera del valle del Upano.

Tres ocupaciones, tres sociedades

Los datos registrados a partir de los estudios registrados en Sangay recrean una historia caracterizada por tres ocupaciones distintas. Aunque la secuencia presenta una sucesión cultural, los contextos que involucran a cada una de las ocupaciones establecen una transformación importante de los patrones de asentamiento así como de su estructura política y social. La distancia marcada por las comunidades Upano respecto de los antiguos asentamientos Sangay, así como de la posterior ocupación Huapula, representa un hito en el desarrollo cultural del valle. Una reorganización del patrón de asentamiento, de la mano del surgimiento de una jerarquía política con mayor participación de las esferas socioeconómicas, sugiere de esta manera un modelo intermitente de desarrollo.

Los escasos elementos Sangay presentes en el registro arqueológico probablemente son consecuencia de una baja densidad poblacional y un sistema de asentamientos dispersos. A ello podemos sumar una limitada variedad en la alfarería en la que apenas se han logrado reconocer unas pocas ollas de tamaño medio así como algunos cuencos. La utilización de desgrasantes gruesos y el poco tratamiento superficial en la cerámica conducen a pensar en una vajilla principalmente de uso doméstico. Estas características describen un modelo de organización probablemente con una estructura política simple, aunque también es cierto que los exiguos datos a nivel regional no permiten una aproximación más clara sobre este asunto.

En todo caso la distancia que la ocupación Sangay guarda con respecto a sus sucesores Upano es significativa. La presencia temprana de asentamientos dispersos durante la época Sangay posteriormente se ve irrumpida por un proceso de agrupamiento que deriva en el aparecimiento de varios poblados. Esta transición señala el inicio del desarrollo

de los grupos Upano en la región y llega a su punto más álgido con la construcción de montículos.

La construcción de los montículos debió incluir una transformación en la estructura misma del asentamiento. La tendencia de ocupación se adecua a un modo de habitación organizado acorde a un patrón espacial bien definido y una diferenciación tanto en la forma como en el tamaño de los montículos. Los cambios en el modelo de ocupación resaltan una fuerte inversión de trabajo así como una clara diferenciación jerárquica entre sitios. No obstante, la evidencia recabada hasta el momento, especialmente en Sangay, sugiere que la llegada y consolidación de los grupos Upano en el valle formó parte de un proceso paulatino del que se han identificado al menos dos etapas. En la primera etapa se produce el establecimiento de los primeros pobladores en la región entre el 500 y el 200 a. C. Para ese momento es posible que los nuevos habitantes se asentaran ya sea en pequeñas aldeas o en viviendas dispersas en la selva. La información obtenida en el nivel basal de la Tola Central (Rostain 1999b) apunta a que el sitio de Sangay fue ocupado previa a la construcción de los montículos durante su periodo inicial. La cerámica típica con bandas rojas entre incisiones aparece desde los inicios de la ocupación Upano. Ollas medianas así como algunos platos y cuencos también son recurrentes.

La segunda etapa se ve representada por el aparecimiento de los montículos. El inicio de la construcción de la plataformas artificiales sugiere un despunte en la economía política de los asentamientos. Los datos estratigráficos de algunos montículos en Sangay señalan que los montículos fueron construidos en varias etapas. Así por ejemplo, la estratigrafía de la Tola Central representa cuatro etapas sucesivas (Rostain 1999a) sugiriendo que la configuración de los poblados formó parte de un proceso continuo de crecimiento y transformación. Notamos que para esta segunda fase también ocurren algunos cambios que se perciben en el material cerámico.

El análisis del material proveniente de La Lomita, describe un notable incremento en la cerámica, especialmente en los cuencos y las

ollas. Por otro lado se percibe un aumento en el tamaño de los recipientes destinados al almacenamiento o cocción de alimentos (Pazmiño 2008, 2010). La cerámica decorada con bandas rojas entre incisiones continúa siendo popular en este periodo aunque se observa que algunas formas ya existentes tienen más variantes. Los datos de La Lomita también evidencian el aparecimiento tardío de fuentes y la decoración negativa (Pazmiño 2008). Si bien aún no se han encontrado elementos contundentes para ligar los cambios en la cerámica, especialmente almacenar y servir, con la construcción de montículos, no se puede descartar alguna asociación entre los mismos, considerando la existencia de costumbres que vinculan la organización de grandes fiestas comunales con la construcción de obras que requieren de bastante mano de obra.

La disposición de los montículos en razón de un patrón específico en torno a las plazas y caminos cavados, manifiesta un sistema de organización social mucho más complejo que el de sus predecesores. Numerosos asentamientos con monumentales plataformas han sido ubicados desde las inmediaciones del río Palora en el norte hasta la cuenca baja del río Upano como testimonio de la fuerte interacción social que se vivió en toda la región. Este despliegue político y económico debió estar sostenido por la actividad agrícola y los contactos interregionales. El reporte de cerámica Upano encontrada en contextos serranos (Bruhns *et al.* 1994) y fechada entre el 400 a. C. y el 100 d. C, sugiere un temprano contacto con los grupos andinos. Para ese entonces es posible que las comunidades Upano se encontraban ya distribuidas en toda la región con una creciente población y un jerarquizado sistema político. Toda esta dinámica se vería interrumpida debido a un periodo de fuerte actividad del volcán Sangay (Rostain 1999b, 2011b). Como consecuencia el valle entró en un ocaso que terminó con la desaparición de las comunidades Upano entre el 400 y el 600 d. C. No es claro cuál fue el destino final de este grupo. Sin embargo, cerámica de bandas rojas entre incisiones del estilo Upano ha sido reportada en la cuenca del Ucayali (Lathrap 1970), con lo que se abre la posibilidad de una migración de varios años que habría terminado en esa región (Rostain 2010).

Con el despoblamiento del valle este habría quedado abandonado hasta que grupos de la comunidad Huapula empezaron nuevos asentamientos en la región. Con un patrón de asentamiento disperso, algunos de ellos aprovecharon los montículos dejados por los Upano para levantar sus casas. Como ya ha sido señalado existe una gran similitud de algunos elementos huapula con la de las contemporáneas comunidades de la familia jíbara. El piso de habitación de la Tola Central del Complejo XI representa una vivienda de estructura ovalada con áreas de actividad y división de espacios (Figura 10) parecidos en muchos aspectos con la de los grupos achuar (Rostain 1999c, 2006). La variedad de formas y decoraciones es bastante limitada incluyendo vasijas para contener líquidos y cocinar de características netamente domésticas. Se presume un modelo de organización disperso basado en linajes familiares dedicados a las labores agrícolas en pequeñas chacras.

Conclusión

Desde una perspectiva diacrónica la secuencia de desarrollo presente en el sitio de Sangay, ilustra la compleja dinámica que se vivió en la alta Amazonía. Mas allá de establecer un continuo evolutivo, la información recopilada nos ofrece un escenario de intermitente desarrollo, matizado por la ocupación alternada de sociedades con un distinto nivel organizativo y diferentes respuestas culturales. La consolidación regional de los grupos Upano va más allá de los lineamientos tradicionales con los que frecuentemente se identifican a los grupos amazónicos. La transformación del modelo de asentamiento con la constitución de grandes poblados con un claro trazado proto-urbano debió de traer consigo cambios significativos en la organización política de la región. A diferencia de la cultura Sangay, la influencia de los Upano ha podido ser rastreada hasta la zona interandina evidenciando la extensión de sus contactos con otros pueblos y regiones. De manera similar, la extensión de la cultura huapula (o corrugada), sus prolongaciones históricas y su paternidad del mundo achuar fueron comprobados.

La ruptura, evidenciada por la sucesión dispar de asentamientos, no admite la idea de un continuo evolutivo ni la de un desenvolvimiento casi estático de las formas sociales en la Amazonía. Muy por el contrario nos permite reflexionar sobre la gran variedad de estructuras sociales en un escenario de amplia movilidad y fluctuaciones políticas.

Referencias

Athens, S.
1984 Pumpuesta 1, un sitio arqueológico cerca del río Macuma en el Oriente ecuatoriano. *Miscelána Antropológica Ecuatoriana,* Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador, Guayaquil, 4: 129-140.

Bray, T.L.
1996 El problema panzaleo: una cerámica no-local en la sierra norte del Ecuador. Langebaek, C. & F. Cardenas Arroyo (eds.), *Caciques, Intercambio y Poder: Interacción Regional en el Área Intermedia de las Américas,* Universidad de Los Andes, Bogotá: 197-228.

Bruhns, K., J.H. Burton & A. Rostoker
1994 La cerámica "incisa en franjas rojas": evidencia de intercambio entre la Sierra y el Oriente en el Formativo tardío del Ecuador. *Tecnología y Organización de la Producción Cerámica Prehispánica en los Andes,* Shimada (ed.), Pontifica Universidad Católica del Perú, Lima: 53-66.

Bushnell, G.H.S.
1946 An archaeological collection from Macas, on the Eastern slopes of the Ecuadorian Andes. *Man,* 46(2): 2-6.

Collier, D. & J.V. Murra
1943 *Survey and Excavations in Southern Ecuador,* Field Museum of Natural History, Anthropological Series, 35, Chicago. 213 p.

Gómez de la Peña, A.
1998 *Sitio arqueobotánico Huapula, reporte sobre macrorestos,* Fundación Erigaie, Santafé de Bogotá. 39 p.

Guffroy, J.
2006 El horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines,* Lima, 35(3), número temático «Avances de investigación en el Ecuador prehispánico» M. Guinea & J.-F. Bouchard (eds.): 347-360.

Harner, M.J.
1978 *Shuar: Pueblo de las cascadas sagradas,* Ediciones Mundo Shuar, Quito. 237 p.
Herod, D. D.
1970 *The Versus style, a question of comparability,* Thesis of the degree Master of Arts, Faculty of San Francisco State College. 136 p.
Lathrap, D.W.
1970 *The Upper Amazon,* Thames & Hudson, London. 256 p.
Ledergerber-Crespo, P.
1995 Factores geográficos en la localización de sitios arqueológicos. El caso de Morona-Santiago, Ecuador, un informe preliminar. *Cultura y medio ambiente en el área andina septentrional,* Colección Biblioteca Abya-Yala, 21, Quito: 343-375.
Leonard, K.
1997 *Huapula site archaeological report 1,* IFEA, Department of Anthropology, University Mount Allison, Canada, Quito. 21 p.
Moncayo Echeverría, P.
1994 Nuevas estructuras piramidales truncas en la margen izquierda del río Upano, provincia de Morona Santiago. *Sarance,* Revista del Instituto Otavaleño de Antropología, 20, Otavalo: 147-154.
Ochoa, M., S. Rostain & E. Salazar
1997 Montículos precolombinos en el Alto Upano. *Cultura,* revista del Banco Central del Ecuador, segunda época, 2, Quito: 54-61.
Pazmiño, E.
2008 *Análisis cerámico del Sitio La Lomita, Morona Santiago, Ecuador,* Disertación de grado no publicada, PUCE, Quito. 110 p.
2010 Desarrollo cultural prehispánico en el valle del Alto Upano. Análisis cerámico del Sitio "La Lomita", Morona Santiago, Ecuador. *Cuaderno de Investigación,* 8, PUCE, Quito: 149-165.
Porras, P.
1979 Scoperta recente di una 'citta perduta' sulle pendici del Sangay (sud est dell'Ecuador). *Incontro tra due civilta. Passato storico e prospecttive future,* Universita degli studi di Cassino: 18-32.
1985 *Arte rupestre del Alto Upano, valle del Misagualli, Ecuador,* Artes Gráficas Senal, Quito. 393 p.
1987 *Investigaciones arqueológicas a las faldas del Sangay,* Artes Gráficas Senal, Quito. 432 p.

1989 Investigations at the Sangay mound complex, Eastern Ecuador. *National Geographic Research,* 5(3), Washington: 374-381.

Rampon, L.M.

1959 *Sitio arqueológico F.P.,* Cuadernos de Investigaciones Científicas, Misiones Católicas de la Amazonía, 1, Quito.

Rostain, S.

1997a El Complejo XI del sitio de montículos de Huapula, nuevos datos sobre la prehistoria del Alto Upano. 49 Congreso Internacional de Americanistas, simposio *Intercambio y comercio en los Andes: Tierras altas-tierras bajas vista desde la arqueología y la etnohistoria,* Quito, multigr. 20 p.

1997b *Arqueología del río Upano, Amazonía ecuatoriana.* IFEA, Quito, 12 p.

1999a Excavación en área de un montículo de Huapula, proyecto Sangay-Upano. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología,* vol. 3, Simposio de Arqueología, E. Salazar (ed.), Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito: 227-256.

1999b Secuencia arqueológica en montículos del valle del Upano en la Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines,* 28(1), Lima: 1-37.

1999c Occupations humaines et fonction domestique de monticules préhistoriques en haute Amazonie équatorienne. *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes,* 63, Neuchâtel: 71-95.

2005 Archéologie de la haute Amazonie équatorienne. *Archéologies. 20 ans de recherche française dans le monde,* Ministère des Affaires Etrangères, Maisonneuve & Larose, ADPF/ERC, Paris: 698-700.

2006 Etnoarqueología de la casa Huapula y Jíbaro. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines,* 35(3), número temático "Avances de investigación en el Ecuador prehispánico" M. Guinea & J.-F. Bouchard (eds.), Lima: 337-346.

2008 Les tertres artificiels du piémont amazonien des Andes, Équateur. *Les nouvelles de l'archéologie,* 111-112, número temático "Des mers de glace à la terre de feu. L'archéologie française en Amérique", S. Rostain (ed.), éditions de la Maison des Sciences de l'Homme/éditions Errance, Paris: 83-88.

2010 Cronología del valle del Upano, alta Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines,* 39(3), número temático "Culturas y pueblos del Ecuador prehispánico" M. Guinea & J.-F. Bouchard (eds.), Lima: 667-681.

2011a Ethnoarchaeologogy of the Amazonian house: pre-Columbian and Jivaro continuity in Ecuador. *Communities in contact. Essays in archaeology, ethnohistory & ethnography of the Amerindian circum-Caribbean,* C.L. Hofman & A. van Duijvenbode (eds.), Sidestone Press, Leiden: 455-475.

2011 Los edificadores de la selva: obras precolombinas en Amazonía. *Por donde hay soplo,* J.-P. Chaumeil, Ó. Espinosa de Rivero & M. Cornejo Chaparro (éds.), Actes & Mémoires 29, IFEA, Lima: 69-87.

2012 Between Sierra and Selva: pre-Columbian landscapes in the upper Ecuadorian Amazonia. *Quaternary International,* 249, special issue "Human Occupation of Tropical Rainforests" Norm Catto (ed.), Elsevier: 31-42.

Rostoker, A.G.

1995 Souvenirs from the Magic Mountain? *27th Annual Conference of the Archaeological Association of the University of Calgary,* multigr. 15 p.

1996 *An Archaeological Assemblage from Eastern Ecuador,* Treganza Anthropology Museum Paper, 18, San Francisco State University. 89 p.

2005 *Dimensions of prehistoric human occupation in the southern Ecuadorian Oriente.* PhD, The City University of New York. 613 p.

Salazar, E.

1998a De vuelta al Sangay. Investigaciones arqueológicas en el Alto Upano, Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines,* 27(2), Lima: 213-240.

1998b Naturaleza y distribución de los montículos precolombinos de la cuenca del Alto Upano, Ecuador. *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva,* Cárdenas-Arroyo & T. Bray (eds.), Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá: 185-211.

1999 De vuelta al Sangay: investigaciones arqueológicas en el Alto Upano. *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología,* vol. 3, Simposio de Arqueología, E. Salazar (compilador), Museo Jacinto Jijón y Caamaño/PUCE/MARKA, Quito: 183-225.

2000 *Pasado precolombino de Morona Santiago,* Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Macas. 84 p.

2008 Pre-Columbian Mound Complexes in the Upano River Valley, Lowland Ecuador. *Handbook of South American Archaeology,* H. Silverman & W. Isbell (eds.), Springer/Kluwer/Plenum, New York: 263-278.

Figura 2
Montículo del Complejo de Casa Vieja en el sitio de Sangay (foto Rostain)



Figura 3
Excavación por decapado en área en la Tola Central
del Complejo XI de Sangay en 1997 (foto Rostain)



Figura 4
Cerámica de cultura Sangay del sitio de Sangay. Arriba = olla de La Lomita (dibujo Pazmiño). Abajo = recipiente con decoración aplicada de las excavaciones de Pedro Porras (Museo Weilbauer, Quito; foto Rostain)

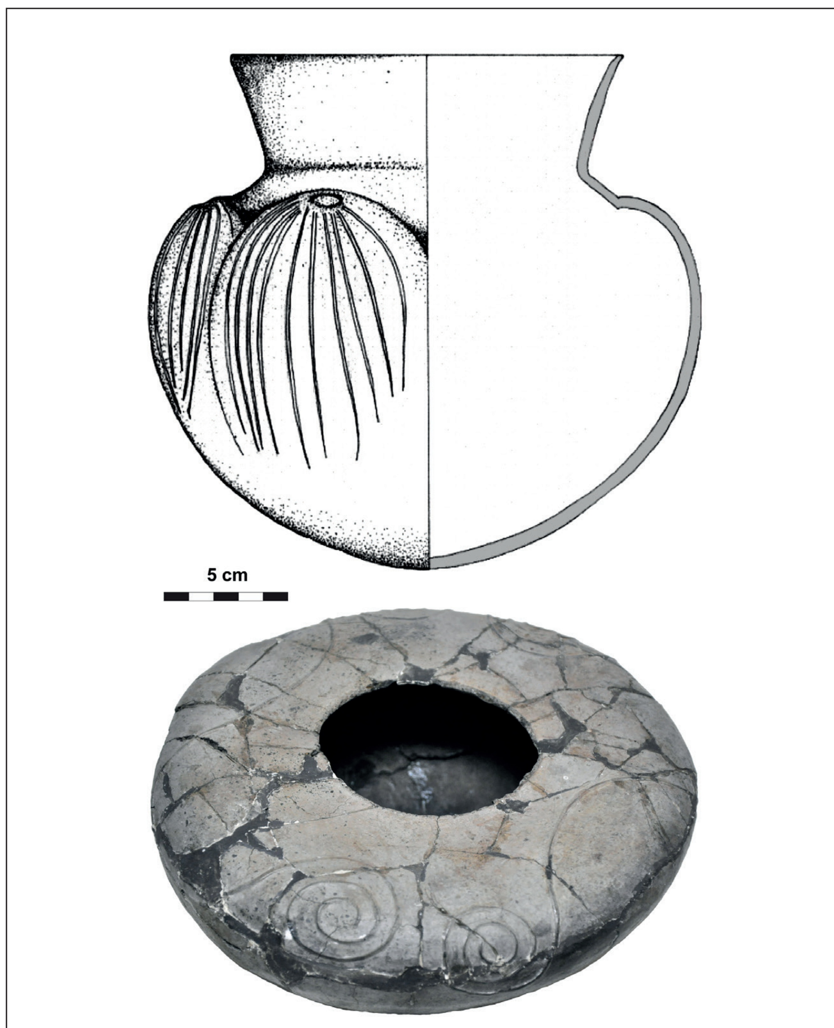


Figura 5
Fragmentos de olla de cultura Upano pintada de "bandas rojas entre incisiones" (también llamada "RBI" en inglés) de La Lomita (foto Jones)



Figura 6
Cuencos de cerámica de cultura Upano sencillos, con incisiones o con "bandas rojas entre incisiones" (áreas achuradas) del Complejo XI (dibujo y foto Rostain)

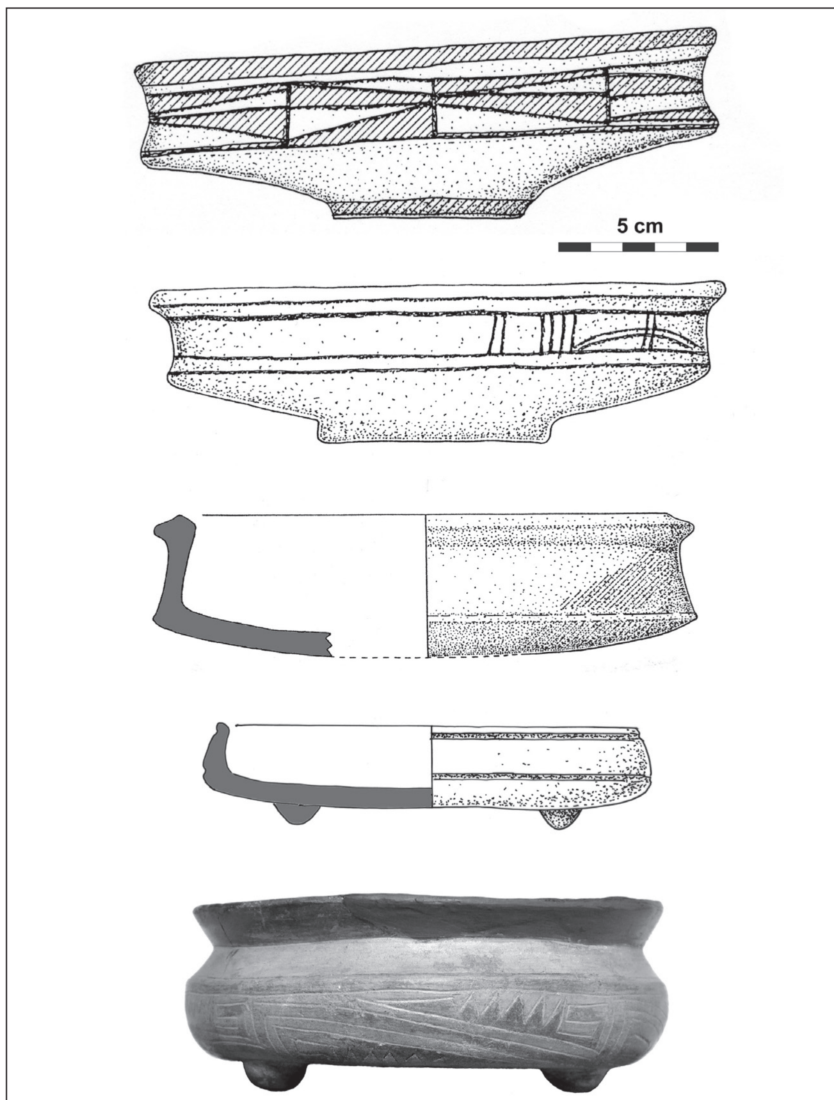


Figura 7
Ollas de cultura huapula del Complejo XI, pintadas con blanco sobre rojo (áreas achuradas) y con corrugado (dibujo y foto Rostain)



Figura 8
Cerámica de culturas intrusivas en La Lomita en Sangay.
Olla de cultura panzaleo y cuenco con un rostro aplicado (dibujo Pazmiño)

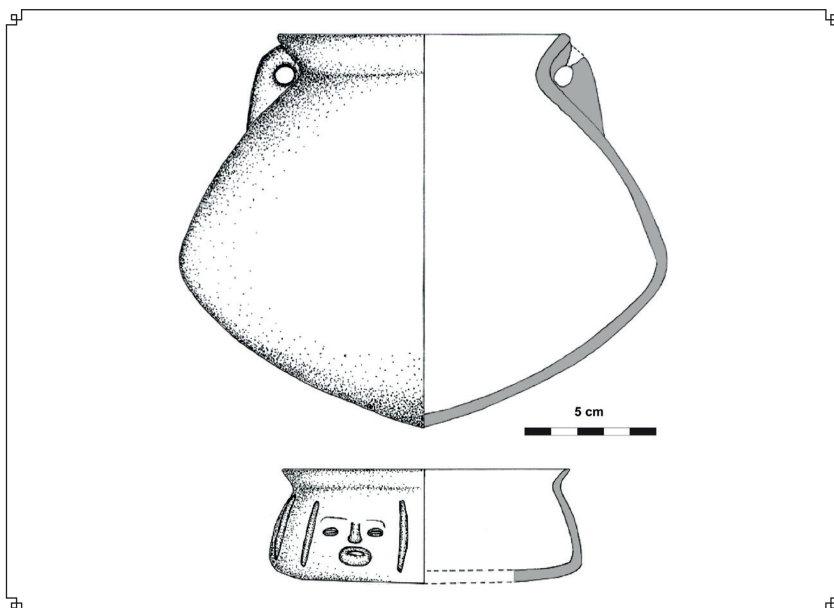


Figura 9
Cerámica de cultura Kilamope del sitio de Kilamope con decoración cordelada, incisa, excisa y pintada en rojo (áreas gris) (dibujo Rostain)

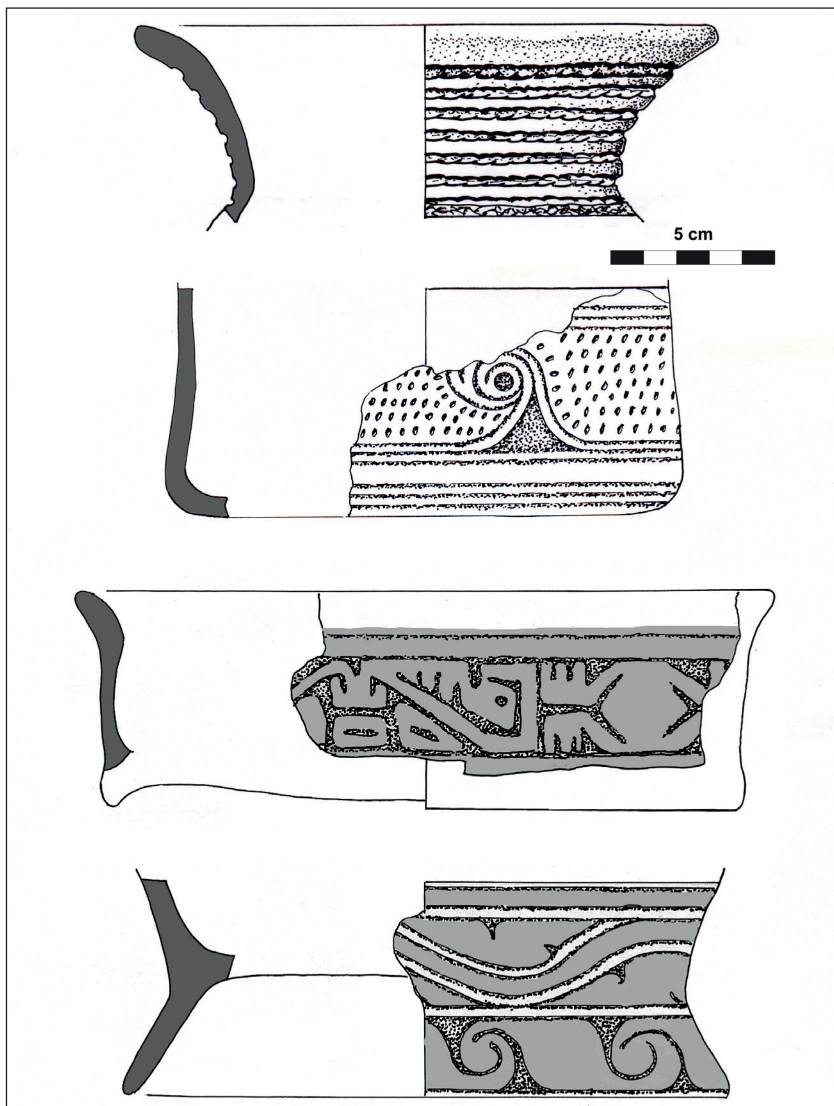
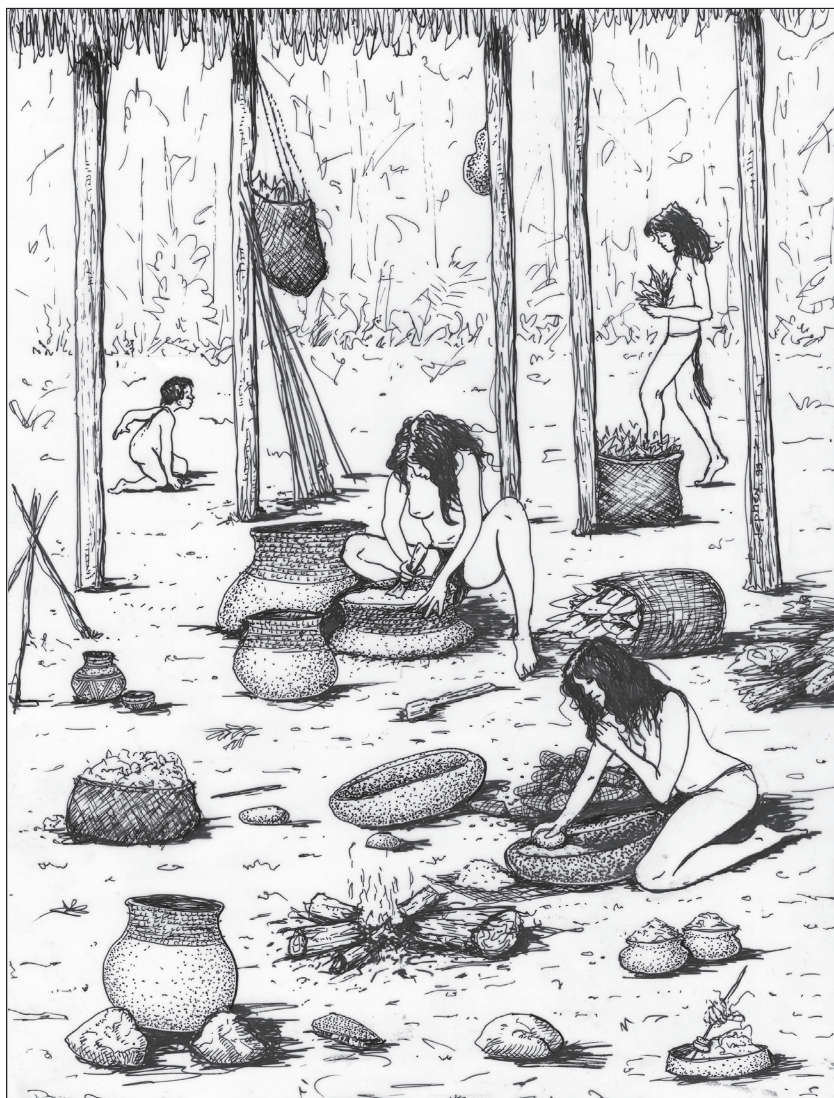


Figura 10
Reconstitución de la casa huapula (800-1200 d. C.) sobre
la Tola Central del Complejo XI de Sangay (dibujo Rostain)



Sobrevuelo de las cerámicas antiguas del curso alto del río Pastaza

Reflexiones e hipótesis

Geoffroy de Saulieu[1]

1. Introducción

La cronología cultural de la provincia de Pastaza es mal conocida. Para los arqueólogos, el término Pastaza recuerda sobre todo la "fase Pastaza", descrita y publicada por Pedro Porras en 1975, proveniente de la base militar de Huasaga a la orilla del río Huasaga en la provincia de Morona Santiago.

No obstante, varias novedades han sido aportadas por la investigación desde esa época, varios datos han salido a la luz, han sido revisados y publicados. Nuestro conocimiento del Pastaza ha cambiado. Los ceramios que los moradores de esta zona, traen esporádicamente a los museos de la región son numerosos y diversos. A tal punto que hoy la situación es paradójica: se comienza a conocer relativamente bien los materiales provenientes del alto Pastaza, pero desgraciadamente, casi no han habido exploraciones arqueológicas. Esta situación resulta ser algo banal en la historia de la arqueología.

1 Arqueólogo IRD, UMR 208 "Patrimoines Locaux", IRD-MNHN, geoffroy. desaulieu@ird. fr

Podríamos seguir quejándonos de la pobreza de la investigación en la alta Amazonía; podríamos también prohibirnos cualquier intento de reflexión sobre estos materiales, dada la falta de contextos, e ignorar voluntariamente un inmenso sector del territorio ecuatoriano. Sin embargo, no lo haremos, pues en nuestra opinión siempre tendremos que "seguir arando con este buey". Es necesario seguir tratando de entender el pasado, pese a nuestras limitaciones y a la pobreza material e intelectual. Entonces, que el lector nos permita arriesgarnos una vez más. Quisiéramos preguntar: ¿Cómo seguir pensando científicamente sobre la alta Amazonía, y especialmente sobre el Pastaza, pese a esta diversidad y pese a la falta de contextos?

Para cumplir con este propósito, en el material proveniente de varias colecciones recientemente estudiadas o revisadas, decidimos agrupar a los ceramios más frecuentes con relación a sus formas y sus decoraciones. Las principales fuentes directas de nuestra reflexión son las colecciones de los museos etnoarqueológicos de Puyo y de Pastaza, publicada en 2009 (Duche Hidalgo, Saulieu 2009), la colección de Morona Santiago de la Universidad Politécnica Salesiana de Quito, publicada en 2006 (Saulieu, Rampón Zardo 2006), la colección de Huasaga de Pedro Porras, revisada en 2006 (Saulieu 2006) y el material del reconocimiento arqueológico en la comarca de Muitzentza, provincia de Pastaza, publicado en 2009 (Duche Hidalgo, Saulieu 2009).

No podremos ser más exhaustivos. Al contrario, vamos a dejar de lado los numerosos tiestos que se quedan aislados y que no son susceptibles de ser comparados con ningún grupo actualmente conocido. Para ser breves, mencionaremos solamente cuatros grandes conjuntos de tradiciones cerámicas. Dos grupos son probablemente anteriores al siglo VIII d. C.:

- un *grupo con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo*, o asociado con pintura roja;
- un *grupo con incisiones y/o excisiones sobre pasta fresca y fondo natural* (sobre ante).

Los dos otros grupos son seguramente posteriores al siglo VIII d. C.:

- un grupo con pinturas en bandas anchas sobre fondo de engobe rojo, o sobre ante (hasta ahora se trata solamente de la tradición Muitzentza);
- un grupo con decoraciones corrugadas sobre los cuellos de tinajas y ollas, y sobre los cuencos. Se trata de diferentes materiales locales pertenecientes al Horizonte corrugado, tal como lo define Guffroy (2006).

Empezaremos por las *tradiciones con incisiones-excisiones sobre engobe rojo* para luego describir las *tradiciones con incisiones-excisiones sobre ante*. Hablaremos luego de los ceramios posteriores. Por último haremos comparaciones con regiones vecinas y discutiremos sus implicaciones.

2. Descripción e hipótesis

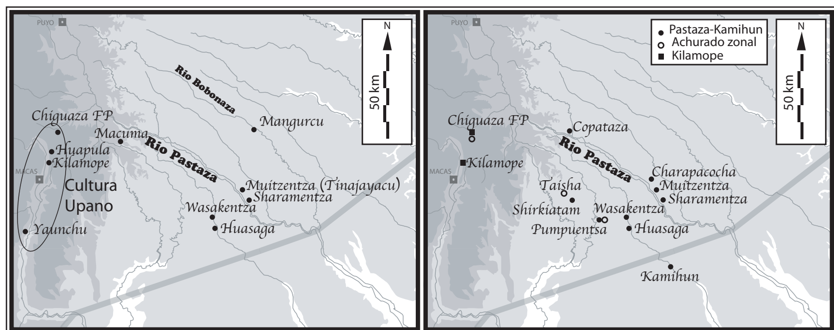
Las riberas del río Pastaza, entre 600 y 250 m de altura, corresponden a una región de transición entre la alta y la baja Amazonía (Fig. 1). La distinción entre lo alto y lo bajo no se hace únicamente con base a la geografía física, sino también tomando en cuenta el papel de los caminos y de los ríos. En lo alto, los caminos tienen una importancia crucial porque los ríos son poco navegables. En lo bajo, los ríos constituyen el lazo fundamental en los intercambios a larga y a corta distancia, siendo el Marañón el que ocupa el primer lugar. En este sentido, el paso entre lo alto y lo bajo resulta definitivo a nivel de la actual frontera con el Perú. En realidad, la parte alta del río Pastaza, aguas arriba de esta zona, constituye una zona de transición, pues el Bobonaza, un afluente del Pastaza, es navegable desde Canelos hasta su desembocadura, ubicada cerca del piedemonte andino. Su curso es paralelo al del Pastaza, así que atenúa el hecho de que el Pastaza no es navegable. Por otro lado, la ribera sur del Pastaza es en este tramo más empinada que la otra. Esta configuración se explica por la geología y tiene por consecuencia que la mayor parte de

los afluentes provienen de la ribera norte. En teoría, eso favorecería una circulación humana desde el norte, pero en realidad todo depende de las circunstancias: los datos etnohistóricos recientes (siglos XVII-XVIII) muestran que el Pastaza marca la frontera entre los grupos etnolingüísticos jíbaros y zaparoanos (frontera que se confirma por la oposición entre grupos cerámicos corrugados y pintados), pero en los periodos anteriores encontramos tradiciones cerámicas comparables como le veremos luego, en las dos riberas del río.

Hasta hoy nuestra hipótesis, basada en los resultados de las investigaciones arqueológicas en Loja (Guffroy 2004), en Zamora Chinchipe (Valdez 2009), y en Morona Santiago (Rostain 2010, 2011), enfatiza la existencia de dos grandes periodos, caracterizados por dos tipos de desarrollos distintos (Saulieu 2007). La primera empieza temprano, en el Formativo y sigue hasta el periodo de Desarrollo Regional. Vistas desde la óptica de las tradiciones cerámicas, las sociedades amazónicas de este periodo mantienen una continuidad con las de los Andes y de la Costa. Entre el final del primer milenio d. C. y el inicio del segundo, ocurre una ruptura cultural muy importante. Después, las sociedades son muy distintas a las de los Andes y de la Costa. Las tradiciones cerámicas anuncian las del periodo moderno, conocidas gracias a las fuentes históricas y etnográficas. Todavía es difícil explicar tal ruptura, pero me parece claro que hubo una nueva composición étnica, una nueva fusión cultural, por lo que no se trata de una evolución sencilla y progresiva, sino más bien de un nuevo patrón de desarrollo cultural (ibídem).

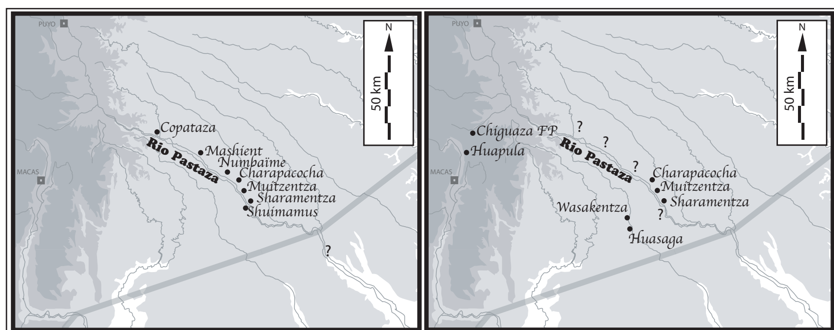
Hoy, nos preguntamos si es posible tener más precisiones sobre el momento de la ruptura: ¿Se dio acaso de un solo golpe o fue la consecuencia de varios eventos?

3. Tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo (Fig. 1.1)



1.1 Sitios con tiestos pertenecinetes al grupo de las tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo

1.2 Sitios con tiestos pertenecientes al grupo de las tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre ante



1.3 Sitios con tiestos pertenecientes a la tradición Muitzentza

1.4 Sitios con tiestos pertenecientes al Horizonte corrugado

En 2006 con autorización del INPC, realizamos, con Carlos Duche Hidalgo, un reconocimiento de la comarca de Muitzentza (Fig. 1.1). La falta de financiamiento y los límites de la carga en avioneta limitaron el alcance de nuestras investigaciones de campo. A pesar de ello, fue posible constatar y describir una tradición de cerámica incisa sobre engobe rojo, fechada por C-14 entre los siglos II y VI d. C., que llamamos Tinajayacu (Duche, Saulieu, 2009, p. 32-33) (Fig. 2 y 3). Las formas decoradas son en mayoría cuencos carenados con aperturas que varían entre 5 y 28

cm. de diámetro (Fig. 2.1 hasta 2.9 y 2.12 hasta 2.18). Existen también cuencos con pared curva convexa (Fig. 2.4), pequeños recipientes cerrados con cuello recto, y botellas asimétricas con asa puente (Fig. 2.10 y 2.11). En el material no decorado, se encuentran cuencos y recipientes con cuello recto o divergente (la apertura de los cuencos mide entre 17 y 23 cm, y la de los recipientes con cuellos entre 20 y 34 cm). La decoración se compone de líneas rectas incisas, a veces muescadas (excisas o esgrafiadas), y otras modalidades, entre las cuales podemos mencionar: bandas de pintura roja entre incisiones, grecas incisas, motivos en escalón ("chacanas"), círculos con punto en el centro, zonas achuradas (Fig. 3). A veces los motivos aparecen como representaciones que podrían ser interpretadas como serpientes enrolladas (Fig. 3.11, 22, 23, 24 y 25).

En la colección del museo etnoarqueológico de Puyo, es posible observar otra tradición cerámica muy semejante, proveniente de Sharamentza, pueblo vecino a Muitzentza, algunos kilómetros aguas abajo (Fig. 1.1). Se encuentra material de esta tradición también en la pista aérea de Muitzentza. El material conocido proviene de recolecciones selectivas de superficie, y por consecuencia tenemos hasta ahora una visión algo sesgada. Las pocas formas que pudimos reconstruir eran cuencos con pared convexa (bocas de 6 hasta 25 cm de diámetro), y un tecomate (16 cm de diámetro) (Fig. 4.1 hasta 5). Los labios de los recipientes son sencillos, directos y de perfil redondo. Algunos muestran un adelgazamiento interior (por ejemplo Fig. 4.1, 6 y 7). Las decoraciones más corrientes están hechas a base de incisiones sobre engobe rojo. Hay que subrayar que aquí las líneas muescadas típicas de la tradición Tinajayacu están ausentes. Los motivos más corrientes son los espirales incisos con el centro exciso (Fig. 1, 2, 5, 9, 14, 15), pequeñas puntuaciones triangulares (algunos mm de ancho, Fig. 4.2, 3, 4 y 5), triángulos excisos y/o achurados puestos en línea, o de manera perpendicular (Fig. 4.1, 10, 13, 17). Para ser breve, Sharamentza es distinto de Muitzentza, pero tiene cosas que se parecen: incisión sobre fondo rojo, líneas rectas debajo del lado, círculos con un punto central.

En Mangurcu (Fig. 1.1), sitio que domina el Bobonaza cerca de Montalvo, hemos visto y dibujado un fragmento de cuenco inciso y ex-

ciso sobre fondo rojo, con un diámetro de 24 cm (Fig. 4.19). Tiene varias similitudes con la tradición de Sharamentza: pues se trata de un cuenco con paredes convexas, decoradas con motivos triangulares excisos y dispuestos de manera perpendicular, podemos ver también motivos de círculos incisos con un punto en el centro, líneas incisas debajo del labio, un labio directo sencillo adelgazado al interior. Pero hay también diferencias, la más llamativa es la ausencia del espiral. La disposición de la decoración se hace en marco rectangular, y hace pensar en la organización de la decoración de algunos tiestos de Tinajayacu (por ejemplo Fig. 2.16).

La colección de Huasaga (Fig. 1.1), usada por Porras para definir la "fase Pastaza", tiene un material cerámico muy diversificado que, en realidad, no forma una sola fase (Saulieu 2006, Duche y Saulieu 2009). Hay numerosos tiestos que hacen pensar en las tradiciones que hemos mencionado, y que en 2006 habíamos agrupado bajo el término de "cerámica incisa y excisa con engobe rojo" (Saulieu 2006: 289). Varios tiestos probablemente perdieron su engobe, pero hacen pensar en la tradición de Sharamentza (Fig. 5.1, 3 y 4). Se trata también de cuencos, cuya decoración tiene espirales (Fig. 5.1, 3 y 4) y triángulos realizados por incisión y excisión (Fig. 5.2, 5 y 10). Al mismo tiempo toca subrayar algunas diferencias: hay menos líneas incisas dispuestas debajo del labio (una o dos, en lugar de dos o tres), y las puntuaciones triangulares están ausentes (ver Fig. 4.1 hasta 18).

En la misma colección se encuentra otro material semejante a los que Galo Sarmiento, Benigno Malo y Catherine Lara han reportado para Wasakentza en Morona Santiago (Fig. 1.1). Se trata de recipientes engobados, con el borde a veces ensanchado al interior (Fig. 6.4), y con incisos sobre un labio aplanado (Fig. 6.3 y 4). Los motivos decorativos tienen numerosas semejanzas con otras tradiciones: círculos con punto central, espirales (Fig. 6.2), triángulos excisos dispuestos de manera perpendicular, zonas achuradas (Fig. 6.1). Hay, sin embargo, un rasgo decorativo propio que no se encuentra en otras tradiciones: grupos de tres segmentos verticales incisos agrupados, de un centímetro de largo, dispuestos entre los otros motivos (Fig. 6.1).

4. Tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre pasta fresca y fondo natural

Un conjunto de tradiciones tienen decoraciones incisas sobre pasta fresca y fondo natural, especialmente cuencos. Los motivos geométricos son a veces muy complejos y detallados. Nunca se ve engobe o pintura. Pese a algunos problemas de probable contaminación, las fechas más seguras para estas dos tradiciones han sido publicadas por Athens (Athens 1984, 1986, Saulieu 2006), e indican un periodo que podría ubicarse entre los siglos II a. C. y VIII d. C.

A. Mencionaremos primeramente el "Pastaza achurado zonal" (Athens 1984 y 1986, Duche y Saulieu 2009): los cuencos tienen paredes convexas, y diámetro de apertura de alrededor de 20/30 cm (Fig. 7.1, 2, 10 y 11), con labio simple directo, perfil redondo o con el labio aplanado (es interesante resaltar el hecho de que los labios aplanados en Fig. 7. 2 y 10, provenientes de Taisha y "Chiguaza FP" (sitio descubierto por Lino Rampón Zardo, cf. Saulieu y Rampón Zardo, 2006) presentan el mismo tipo de decoraciones: grecas al exterior, zigzag en el interior). También existen, como lo demuestra Athens (Athens 1986, fig. 32), recipientes hondos con paredes cóncavas. La decoración está dominada por líneas incisas (rectas o en zigzag), bandas incisas de 1 cm de ancho, achuradas en el interior (Fig. 7). Los motivos tienen formas triangulares, con las extremidades orientadas hacia arriba o hacia abajo. A veces, las bandas achuradas dibujan grecas. Las líneas en zigzag están incisas debajo del labio, al interior y en el exterior del recipiente (Fig. 7.1, 2, 10 y 11). Otras modalidades conocidas son bandas alternas con achurados orientados de manera diferente, círculos impresos con carrizo (Fig. 7.4 y 5). Esta tradición cerámica ha sido vista, únicamente hasta ahora, en la provincia de Morona Santiago (ribera derecha del Pastaza) desde el piedemonte en la región del Chiguaza, hasta Pumpuetza (Fig. 1.2).

B. Lo que llamamos la tradición Pastaza-Kamihun (antiguo "Pastaza inciso y punteado" de Porras 1975, y "Pastaza Incised and Punctate" descrito por Athens 1984, 1986) que se hizo famosa por las fechas formativas que Porras le atribuyó (Porras 1975). Desafortunadamente hay

que ponerlas en duda (para detalles ver Saulieu 2006, Duche y Saulieu 2009). La tradición Pastaza-Kamihun se caracteriza por una inversión decorativa muy importante sobre cuencos con paredes convexas, labio simple directo y perfil redondo (Fig. 8). Sobre estos se puede decir que, con relación a la alta calidad de la decoración, el tiempo invertido en decorar los cuencos ha sido muy importante. Los cuencos son a veces pulidos en el interior y en el exterior. La pasta es fina y homogénea. Las técnicas decorativas utilizan y asocian el inciso, el exciso, la puntuación, el muescado, el achurado (Fig. 8). Los motivos son muy diversos y es difícil conocerlos de manera entera dado que los cuencos completos son muy raros. En unos de ellos, la decoración es a primera vista abstracta, pero parece tener un nivel simbólico que nos permite ver, con el juego de la asociaciones, la cabeza de un depredador carnívoro: la muescas se vuelven colmillos, los motivos geométricos son los ojos, y el achurado, la piel arrugada de algún un reptil (Duche y Saulieu, 2009: 56). La distribución del Pastaza-Kamihun es mucho más amazónica que la tradición del Pastaza achurado zonal, pues no se encuentra en el piedemonte. Esta es mucho más extensa en la región amazónica que la tradición Pastaza achurado zonal que se limita al piedemonte (Fig. 1.2)

5. La tradición Muitzentza

La tradición Muitzentza, refleja un grupo con pinturas en bandas anchas sobre fondo de engobe rojo, o sobre ante, definido en el sector del pueblo de Muitzentza (Duche y Saulieu, 2009: 39-47). Vemos cuencos con formas sencillas o compuestas (Fig. 9.8, 9 y 10), y tinajas con cuellos divergentes, decorados con motivos en bandas de 5 cm de ancho, pintados en blanco sobre fondo rojo (Fig. 9.2, 3 y 4), o pintados en rojo o blanco sobre ante (Fig. 9.1). Las modalidades decorativas para los cuencos son iguales (Fig. 9.8, 9 y 10). Existen también materiales no decorados: ollas con cuellos divergente y convergente, así como cuencos con formas compuestas. Las tinajas que son decoradas pueden alcanzar un tamaño de 60 cm de alto con una boca de 40 cm de diámetro. Se puede notar a menudo la presencia de un canal de 3 cm de alto, con

0, 5 cm de profundidad entre el cuello y el hombro del recipiente (Fig. 9.1 y 4). Los cuencos pintados alcanzan 10 cm de alto y 20 cm de diámetro. Una tinaja, sin decoración alcanza un tamaño de casi 70 cm de alto con una boca de más de 50 cm. La distribución geográfica de la tradición Muitzentza muestra una concentración en las orillas del río Pastaza (Fig. 1.3).

Algunos tiestos llevan decoración con incisiones (Fig. 9.5), otros pocos, corrugado sencillo (Fig. 9.6 y 7). La única datación disponible indica un periodo entre los XI-XII siglos a.D (Duche y Saulieu, 2009: 32).

6. El Horizonte corrugado

La colección de Huasaga traída por Porras tiene un material corrugado bastante numeroso y variado (Saulieu 2006): recipientes (ollas o tinajas) con cuello recto (Fig. 11.9), divergente (Fig. 11.12), convergente (Fig. 11.11), con labio de poco hasta muy evertido (Fig. 11.7, 8 y 9), cuencos con labio simple directo con perfil redondo (Fig. 11. 10). Se encuentran las mismas formas en otros sitios del sector, así como también en Chiguaza FP (Fig. 11.1 hasta 6) que se ubica en el piedemonte, o en el sector de Charapacocha, ubicada en las orillas del Pastaza (Fig. 10.1 hasta 9). Las modalidades decorativas son diversas pero repetitivas, porque no se trata de crear motivos, solo de modular la superficie de la cerámica: corrugado sencillo (con bandas regulares y nada más) (Fig. 10. 6 y 7, Fig. 11.9 y 12), corrugado obliterado (bandas aplastadas de tal manera que se borran) (Fig. 10.8, Fig. 11.8 y 10), corrugado con impresión de dedo (Fig. 10. 2,9 y 11, Fig. 11.24) corrugado pellizcado (bandas onduladas por la presión de dos dedos) (Fig. 10.10), corrugado con impresión de uña (Fig. 10.5 y 14, Fig. 11.2 y 11). Hay recipientes que no llevan la modalidad corrugada, pero parecen pertenecer a los mismos conjuntos, por las pastas y las modalidades decorativas que enfatizan las impresión de uñas (Fig. 10.13, Fig. 11.2, 4, 6 y 7). Hay que mencionar en las colecciones de Huasaga y Chiguaza FP, la presencia minoritaria de algunos tiestos con pasta gruesa y friable, con engobe rojo y pintura blanca, que podría ser parte de los ceramios del Horizonte corrugado de

la tradición Huapula descrita por Stéphen Rostain y fechada entre 800 y 1200 en el valle del Upano (Rostain 1999, 2010). Allí se encuentran recipientes rojos con pintura blanca asociados a la cerámica corrugada. Para concluir, toca subrayar que la distribución del corrugado es ubicua, pero parece mucho más dominante al sur del río Pastaza (Fig. 1.4).

7. Discusión y conclusión

Tenemos la impresión de que los diversos agrupamientos corresponden a una antigua realidad bastante variable en filiación, parentescos, modas, influencias… Evidentemente no se conoce la zona lo suficiente para ser más precisos. Pese a eso, las indicaciones de cronología relativa y las pocas fechas que hay, muestran que las *tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo*, y las *con incisiones y/o excisiones sobre pasta fresca y fondo natural* se ubican dentro del supuesto Periodo de Desarrollo Regional. Además, nos parece probable que algunas sean herederas de una larga trayectoria cultural que remonta hasta el final del Formativo. En esta perspectiva, nos parece que los mejores candidatos serian las *tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo*. Se piensa esto porque se puede hacer comparaciones con otras regiones vinculadas con el sur de la Amazonía ecuatoriana, y especialmente con el valle del Upano cuya cronología relativa y absoluta es ahora clara (Rostain 1999, 2010, 2011, Rostoker 2005, Pazmiño 2008).

Ya sabemos que la modalidad corrugada aparece, en Zamora Chinchipe y en Loja, en los periodos tardíos, después del 800 d. C. (Guffroy 2004), (Valdez 2009, Lara 2010); al igual que en el Upano, piedemonte amazónico de la provincia de Morona Santiago (Rostain 1999, 2010, 2011). De esta manera, no es sorprendente encontrar tiestos corrugados en la tradición Muitzentza, alrededor de los siglos XI-XII. Podemos concluir también que los corrugados de Huasaga pertenecen a este periodo.

La arqueología del valle del Upano muestra que antes de la llegada del Horizonte corrugado, hubo un cambio estilístico interesante.

Según Rostain (ibídem), a la cultura Sangay, le sigue la cultura Upano desde el 500 a. C. (Fig. 1.1). El material cerámico se caracteriza por varias modalidades decorativas distintas: Upano bandas rojas entre incisiones, Upano exciso sobre fondo rojo, Upano inciso sobre fondo natural, Upano negativo sobre fondo rojo. La cultura Kilamope se desarrolla luego, desde una fecha aún desconocida, pero que se presume anterior al 400/600 d. C., (Fig. 1.2). Allí se recupera la herencia del Upano, pero se da más importancia a las decoraciones incisas o impresas (cordeladas) sobre fondo natural.

Este cambio en el valle del Upano entre la tradición Upano (dominada por el color rojo) y la cultura Kilamope (donde se da más énfasis a las decoraciones sobre ante) hace pensar en el Pastaza a la oposición entre las tradiciones *con* y *sin fondo rojo*.

Por otro lado, varios rasgos que encontramos en las *tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo* hacen pensar en las culturas del Formativo tardío del otro lado de los Andes: espirales excisos como en Chaullabamba, escalones y chacanas como en Cerro Narrío, presencia de botellas asimétricas con asa puente, y motivos asociando espirales y puntuaciones, como en Chorrera. Pero para decir la verdad, podríamos multiplicar también las comparaciones puntuales con las culturas del Desarrollo Regional de los Andes y de la Costa.

El grupo *con incisiones y/o excisiones sobre pasta fresca y fondo natural* es más problemático. Tiene varios puntos oscuros entre los cuales toca recordar el hecho de que ha tenido menos investigaciones, y que sus dataciones son mal establecidas:

- Es verdad que la cultura Kilamope es menos conocida que la Upano. Su fin está marcado por la erupción del Sangay hacia 400/600 d. C., pero no sabemos si permanece en otras partes del valle del Upano.
- el Pastaza-Kamihun, y el Pastaza Achurado Zonal, fechados por Athens, tiene algunas imprecisiones, que ya se ha destacado en otros trabajos (Athens 1984, 1986, Saulieu 2006).

- Las dos tradiciones ya mencionadas del Pastaza comparten semejanzas con la técnica decorativa y la ausencia de fondo de engobe o pintura. Pero es verdad que se podría dudar de una verdadera filiación entre las dos tradiciones (podrían ser homologías sencillas), dada la pobreza de todos los estudios. Si miramos los motivos decorativos, uno se impacta por el exotismo barroco del Pastaza-Kamihun que no recuerda ninguna otra tradición, mientras que los motivos del Achurado zonal son sencillos y pocos originales, con formas sencillas.

Pese a todas estas limitaciones, globalmente podemos ver en la cronología una notable diferenciación con los mundos andinos y costeños:

1. Probablemente las más antiguas, las *tradiciones sobre fondo rojo* (Fig. 1.1) aún de manera muy aproximada, pueden ser comparadas con las del piedemonte de los Andes y de la Costa.
2. Las *tradiciones sobre fondo natural* no se comparan con las de los Andes y de la Costa, pero podrían tener vínculos directos o indirectos con una cultura del piedemonte (Fig. 1.2).
3. Las culturas recientes, sea Muitzentza o las del Horizonte corrugado (Fig. 1.3 y 1.4), no tienen ningún punto en común con los mundos andino-costeño (salvo el asentamiento en Loja de grupos amazónicos portadores de material corrugado, cf. Guffroy 2004).

La conclusión lógica de estos comentarios es que la ruptura cultural y adaptativa entre el Desarrollo Regional y el Periodo de Integración en la alta Amazonía ecuatoriana, que fue nuestra hipótesis de trabajo desde hace algunos años (Saulieu 2007, Duche y Saulieu 2009, Saulieu y Duche, *en prensa*) fue más compleja que lo que se pensaba. Nos preguntamos ahora si en realidad no se trató de un "doble evento", para decirlo de alguna manera. En esta perspectiva las *tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre pasta fresca y fondo natural*, que indican una primera diferenciación con los Andes, serían los signos precursores de los cambios profundos que van a ocurrir al inicio del supuesto Periodo de Integración.

Bibliografía

Athens S.

1984 “Pumpuentsa: un sitio arqueológico cerca del río Macuma en el Oriente ecuatoriano”, *Miscelánea antropológica ecuatoriana*, 4, 129-140.

1986 “The site of Pumpuentsa and the Pastaza phase in Southeastern lowland Ecuador”, Ñawpa Pacha, 24, 111-124.

Duche Hidalgo C., Saulieu G. de

2009 *Pastaza Precolombino. Datos arqueologicos preliminares con el catálogo del Museo etnoarqueológico de Puyo y del Pastaza*, Abya Yala, Quito.

Echeverría J., Schejllerup I., Morales P.,

1996 *Informe de observación de asentamientos antiguos en Oyacachi-El Chaco (provincia de Napo), Canelos-Chapeta (provincia de Pastaza), Macuma-Mutiats y área de San Luis de Ininkes (provincia de Morona Santiago), región amazónica ecuatoriana*, Informe INPC, Quito.

Guffroy J.

2004 Catamayo precolombino. Investigaciones arqueológicas en la provincia de Loja (Ecuador), IRD-IFEA-UTPL-BCE, Loja.

2006 “El Horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 35 (3), 347-359.

Lara C.

2010 *Investigación arqueológica en el área concerniente al eje noreste/sureste del yacimiento Santa Ana-La Florida: Proyecto “investigación del sitio Palanda*”, Informe final, INPC.

Pazmiño E.

2008 *Análisis cerámico del Sitio La Lomita, Morona Santiago, Ecuador*, tesis de licenciatura, Pontifica Universidad Católica del Ecuador, Quito.

Porras P.

1975 Fase Pastaza. El Formativo en el Oriente ecuatoriano, Separata de la Revista de la Universidad Católica, año III, N.º 10, Quito.

Rostain S.

1999 “Secuencia arqueológica en montículos del valle del Upano en la amazonía ecuatoriana”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 28 (1), 53-89.

2010 “Cronología del valle del Upano (Alta Amazonía ecuatoriana)”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 39 (3), 667-681.

2011 "Between Sierra and Selva: Landscape transformations in upper Ecuadorian Amazonia", *Quaternary International.*

Rostoker A.

2005 *Dimension of Prehistoric Human Occupation in the Southern Ecuadorian Oriente.* Ph. D., City University of New York.

Saulieu G. de

2006 "Revisión del material cerámico de la Collection Pastaza (Amazonía ecuatoriana)", *Journal de la Société des Américanistes*, 92-1.279-301.

2007 "Apuntes sobre el pasado precolombino de la Amazonía ecuatoriana", Arqueología Ecuatoriana, http: //www. arqueo-ecuatoriana. ec/

Saulieu G. de, Rampón Zardo L.

2006 *Colección arqueológica de Morona-Santiago del Museo Amazónico de la Universidad Politécnica Salesiana. Una introducción a la Amazonía ecuatoriana prehispánica*, Abya Yala, Quito.

Saulieu G. de, Duche Hidalgo C.

en prensa "La tradición Muitzentza y el Periodo de Integración (700-1500 d. C.) en la alta cuenca del río Pastaza, Amazonía ecuatoriana.", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines.*

Valdez F.

2009 *Informe final de los trabajos arqueológicos en el yacimiento Santa Ana-La Florida. Investigación y puesta en valor de los recursos patrimoniales en la frontera sur: Palanda, Zamora Chinchipe. Proyecto UTPL/IRD Ministerio de cultura*, Informe final, INPC.

Figura 2
Tradición de cerámica con incisiones y/o excisiones sobre engobe rojo (Tinajayacu)

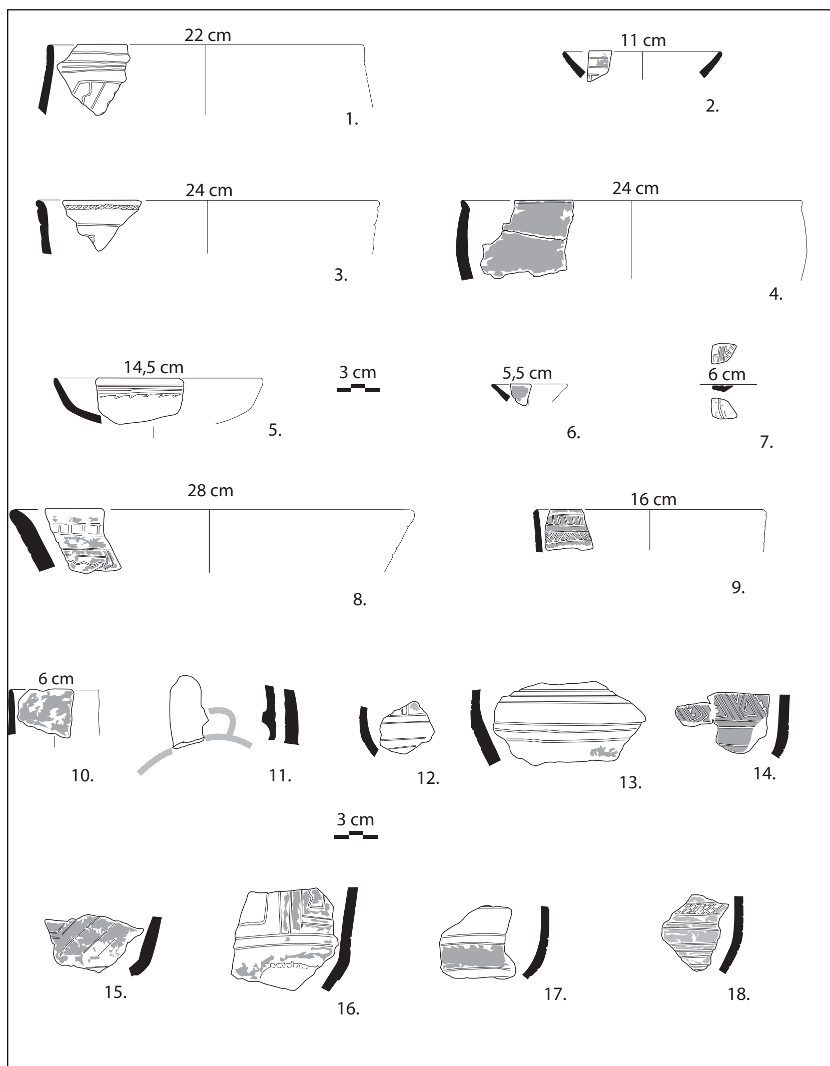


Figura 3
Bandas de pintura roja entre incisiones, grecas incisas, motivos en escalón, círculos con punto en el centro, zonas achuradas

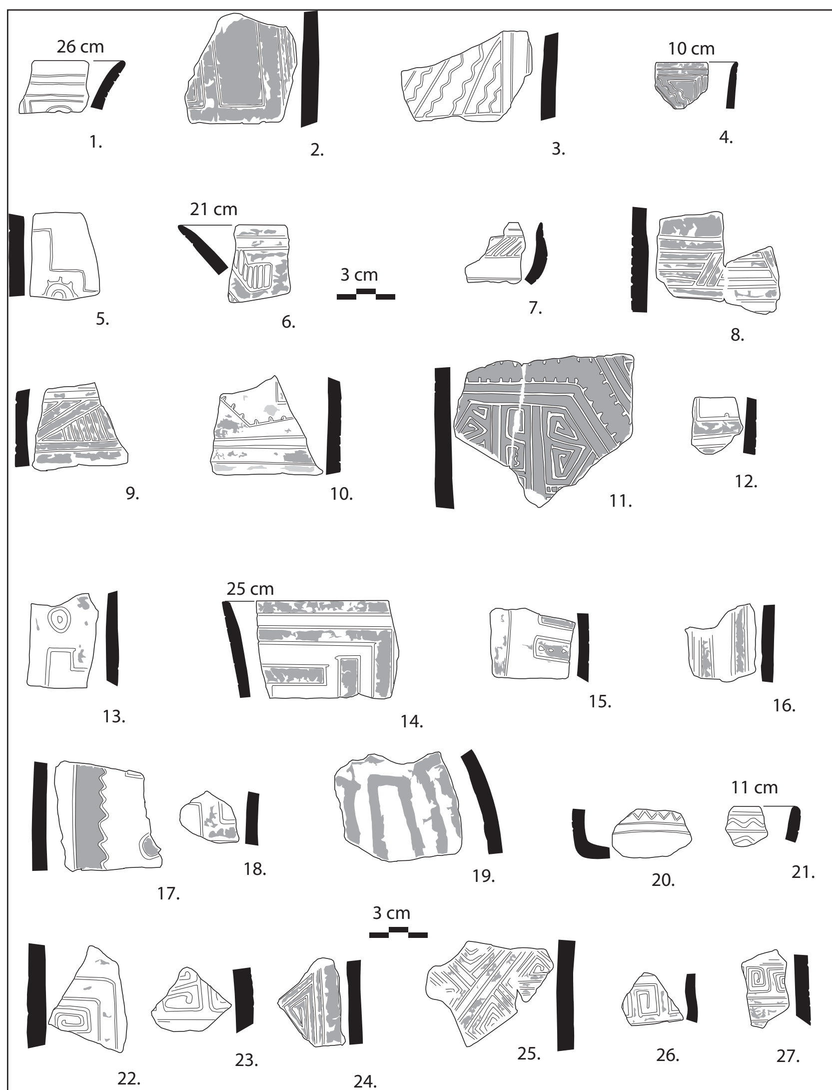


Figura 4
Tradición de Sharamentza

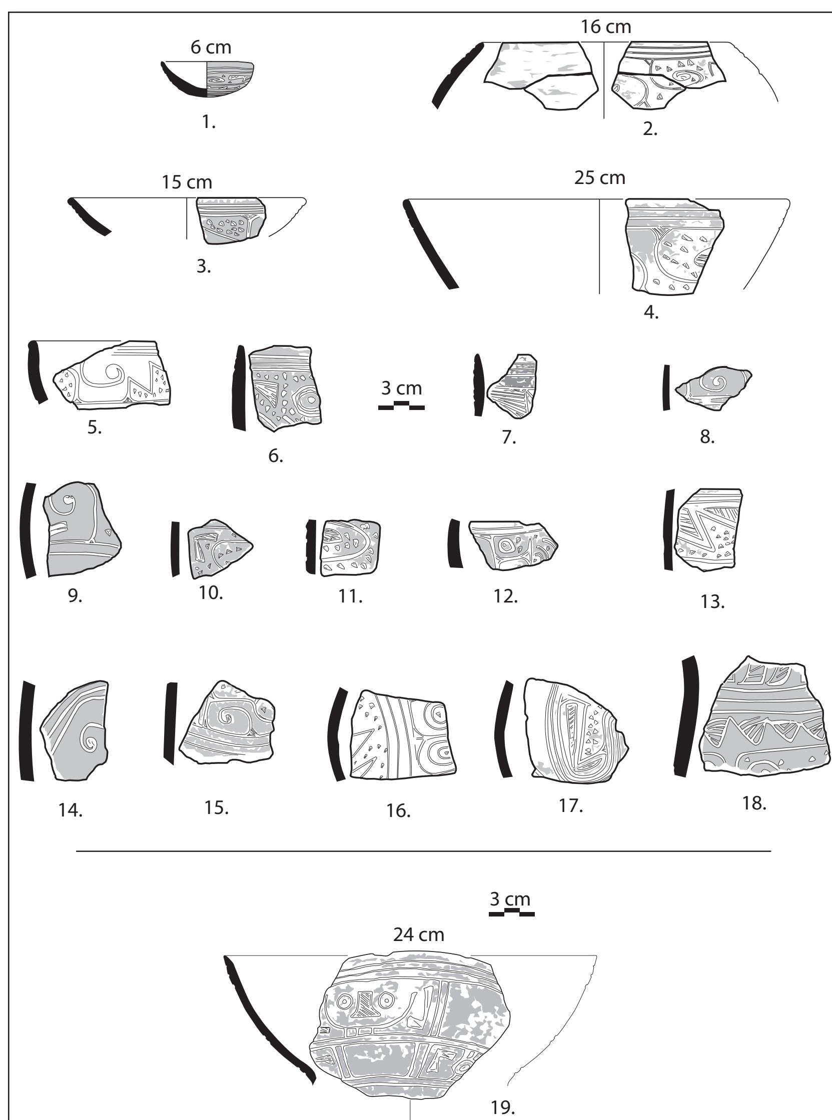


Figura 5
Tradición Huasaga – Pastaza

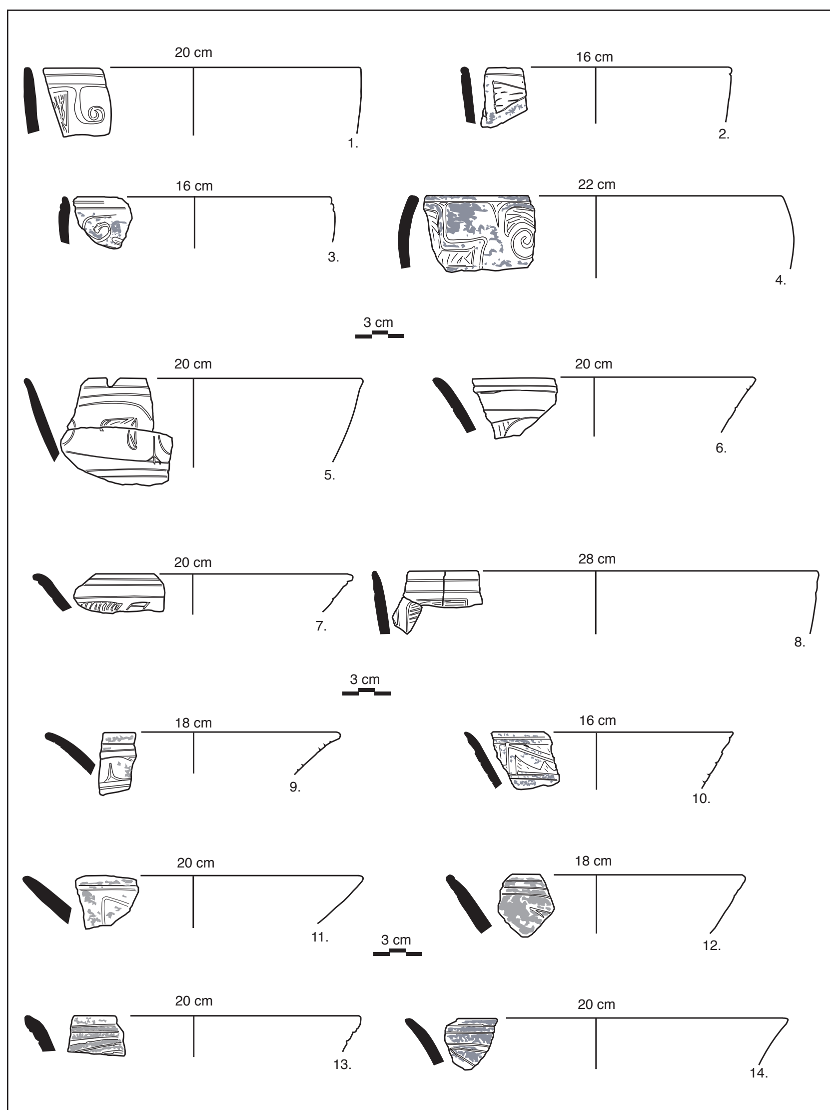


Figura 6
Materiales de Wasakentza

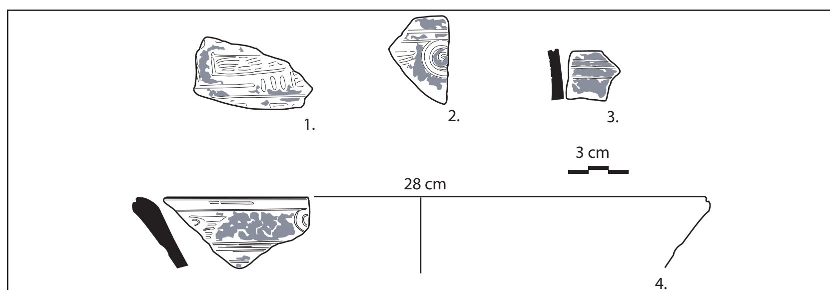


Figura 7
Tradiciones con incisiones y/o excisiones sobre pasta fresca y fondo natural

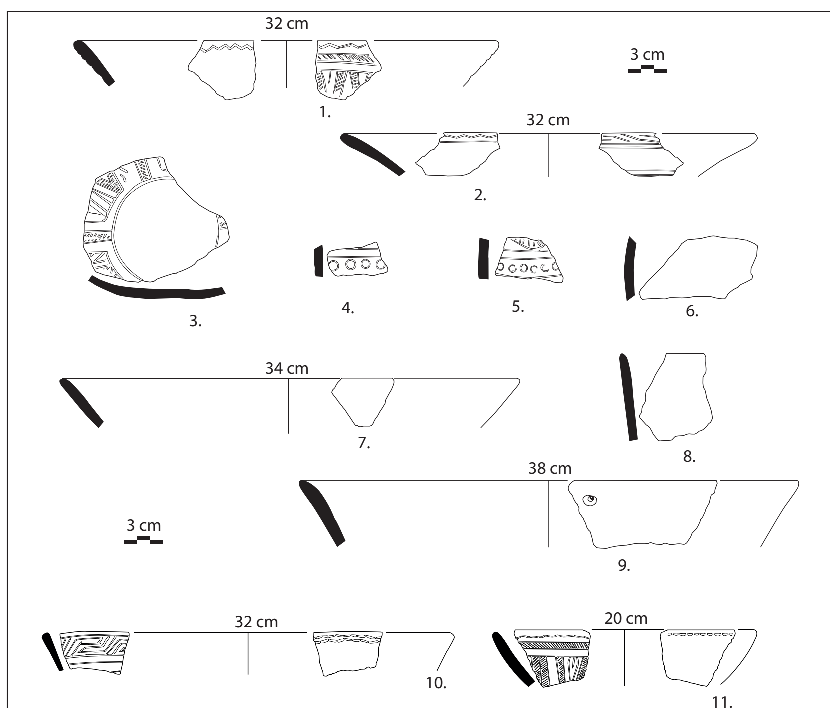


Figura 8
Tradición Pastaza-Kamihun

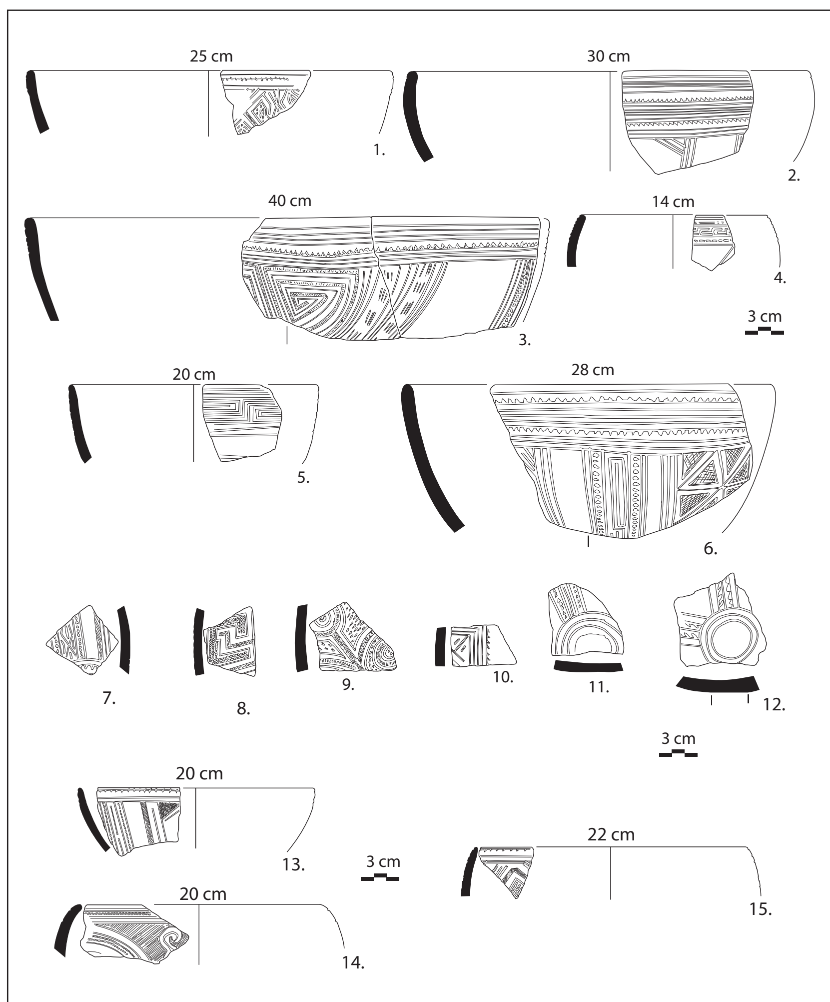


Figura 9
La tradición Muitzentza

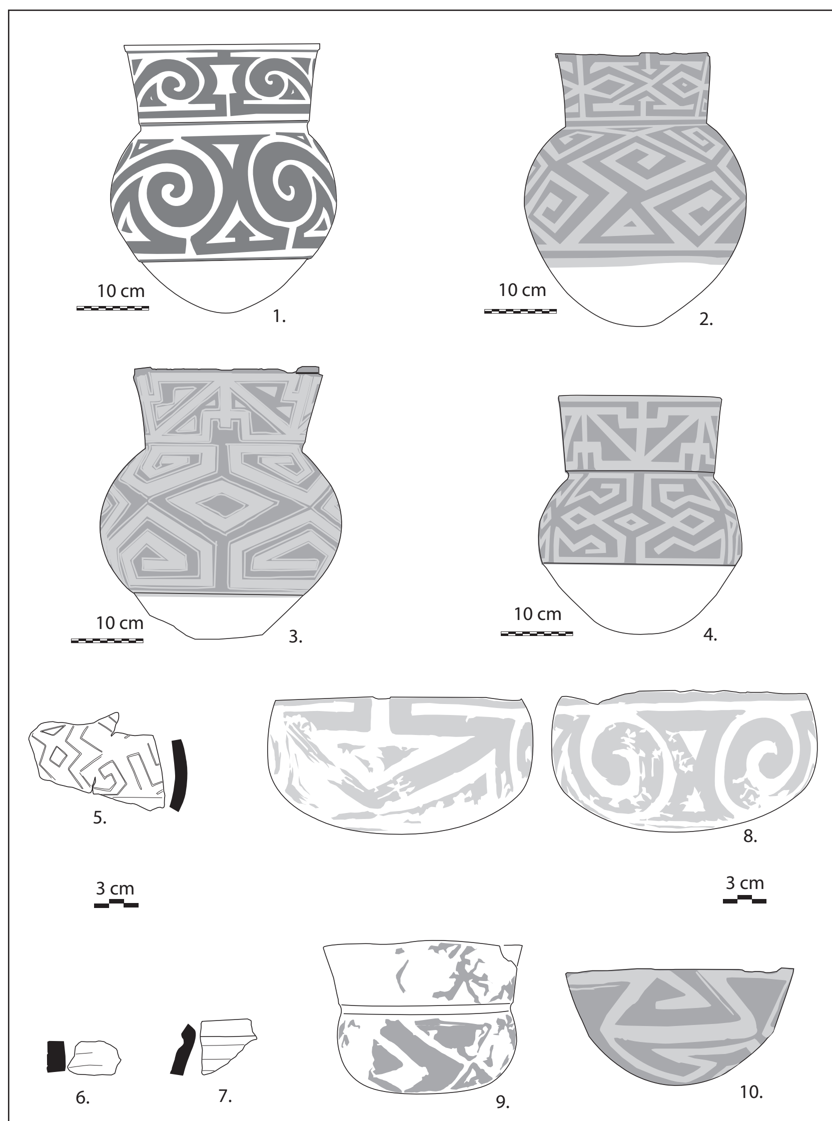


Figura 10
El Horizonte Corrugado

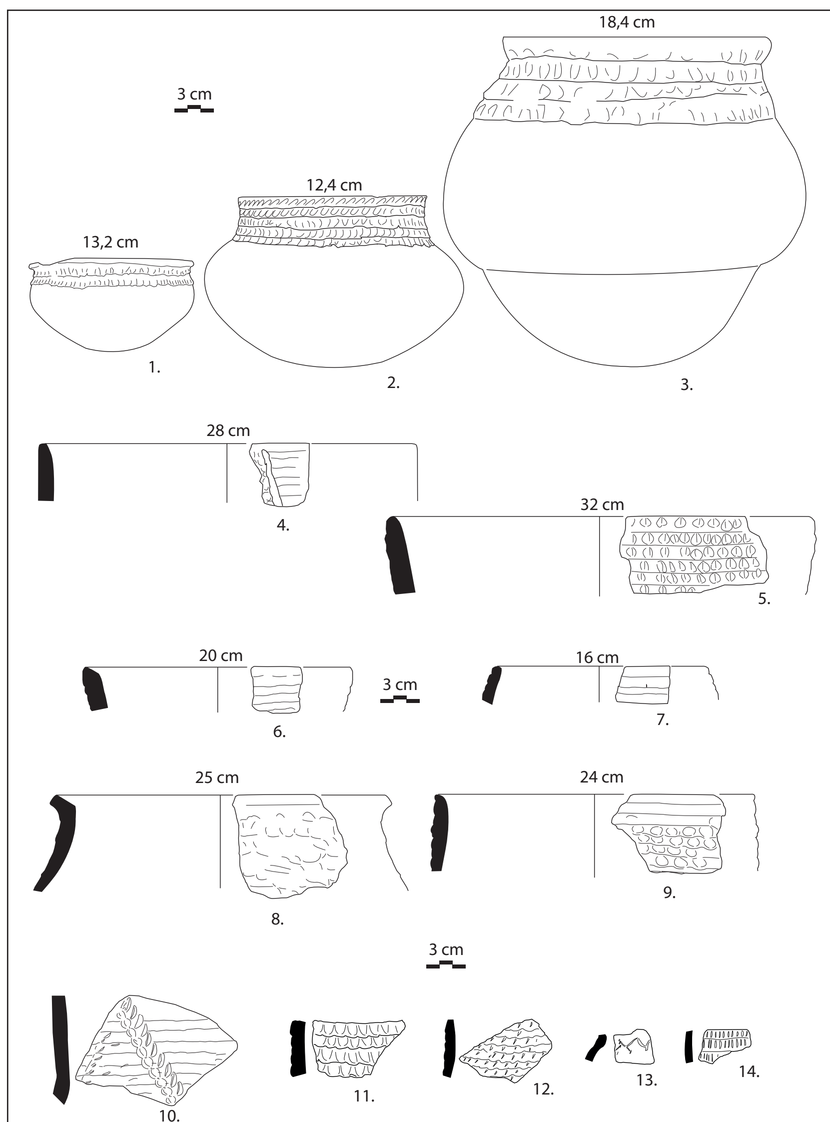
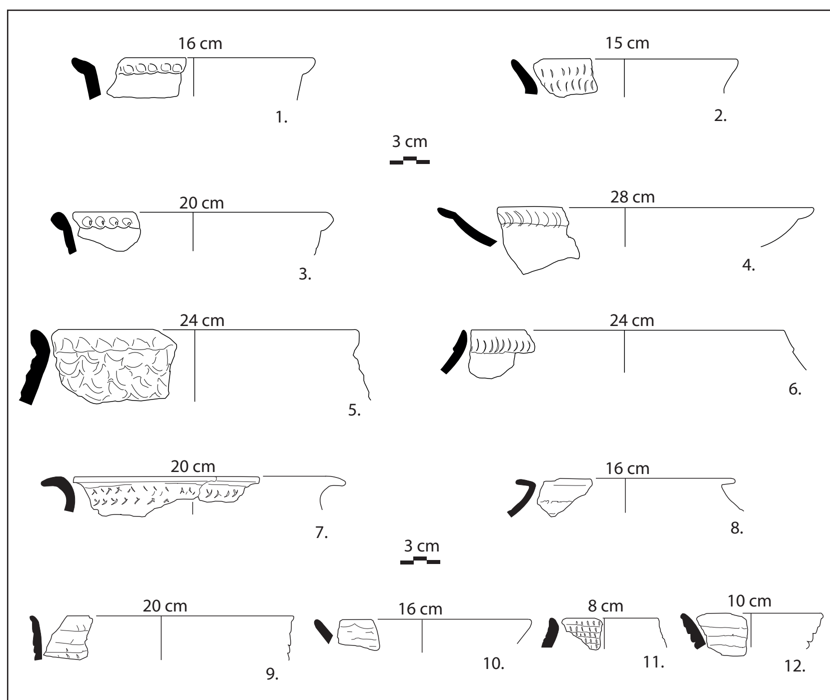


Figura 11
El Horizonte Corrugado



Mayo Chinchipe

Hacia un replanteamiento del origen de las sociedades complejas en la Civilización Andina

Francisco Valdez[1]

Resumen

La evidencia contextual temprana encontrada recientemente en la alta Amazonía aboga por la necesidad de reconsiderar el proceso de desarrollo de las sociedades del bosque tropical. La complejidad social que se percibe en el ámbito regional demuestra la importancia de la interacción ideológica en el proceso. Evidencias e inferencias sobre factores como la base de la subsistencia, la estructuración del espacio, la arquitectura, la especialización artesanal, el desarrollo de una tradición iconográfica y la existencia de una amplia red de interacciones en la cuenca del río Chinchipe sugieren la conformación temprana de los principales rasgos de los que será con el tiempo la civilización andina.

Introducción

El estudio de las sociedades amazónicas ha recibido tradicionalmente un enfoque reduccionista en el que se supone que los grupos selváticos tenían una configuración social marcadamente simple. Se ha supuesto que esto se debió en gran parte al hecho de que estos pue-

1 Investigador del convenio IRD/INPC, ejecutado por el UMR 208 PALOC, IRD/MNHN Francisco.valdez@ird. fr

blos estaban inmersos en un medio ecológico inhóspito, sofocantemente denso y lujuriante, pero a la vez extremadamente limitado desde el punto de vista agrícola (i. e. Meggers 1954; 1971). Como prueba de estas suposiciones se citaba el hecho de que la Amazonía ha sido muy poco transformada por el hombre, o que no hay evidencias de antiguas altas culturas. La mayor parte de las veces se suponía que los habitantes eran grupos de cazadores recolectores que andaban errando por la selva en busca del sustento diario. En términos de organización social no se trataría más que de bandas igualitarias, seminómadas que han vivido siempre en un estado de casi aislamiento. Evidentemente esta noción simplista ha impuesto una serie de prejuicios infundados sobre la evolución truncada de las sociedades que han habitado el mayor bosque tropical del planeta. La poca investigación arqueológica y la mala conservación de los vestigios culturales en un medio húmedo han contribuido a mantener el mito del paraíso ilusorio y hasta hace poco toda tentativa de estudios profundizados ha recibido poco entusiasmo en el ámbito institucional (gobiernos centrales o locales) o en el medio académico internacional.

La noción roussoniana (romántica) del buen salvaje, viviendo en un estado de armonía con la naturaleza y con sus semejantes, no se ha disipado todavía y muchos grupos ecologistas de tendencia *new age* siguen sosteniendo que los antiguos pobladores amazónicos vivían en plena autarquía, en grupos que no se diferenciaban más que por el sexo y la edad. Naturalmente estos pueblos idílicos carecían de una idea clara de lo que es la acumulación de riqueza, del prestigio o de la búsqueda y ejercicio del poder. Afortunadamente los estudios antropológicos de los últimos setenta años han contribuido paulatinamente a cambiar las ideas preconcebidas, con descripciones detalladas de la complejidad de las supuestas sociedades igualitarias, suministrando además evidencias de la transformación cultural que el hombre ha impuesto a la selva indómita.

En el Ecuador el conocimiento de las tribus amazónicas se dio tempranamente, gracias al contacto y a las descripciones hechas por los misioneros que ingresaron en la selva por las vías tradicionales de comunicación que existían a lo largo de la mayor parte de la vertiente oriental de los Andes. Desde el siglo XVII hay registros y mapas de las

vías que tomaban los misioneros jesuitas para internarse en las tierras bajas y cristianizar a las tribus que poblaban las márgenes del alto Amazonas (i. e. el mapa del padre Fritz, los relatos de Mangain).

El aislamiento supuesto en que vivían los grupos selváticos se rompió en febrero de 1541 cuando la expedición de Gonzalo Pizarro penetró, desde Quito, en las tierras orientales que conducirían a los expedicionarios comandados por Orellana al río mar. Más tarde, en 1745 Charles Marie de La Condamine, uno de los sabios geodésicos franceses, bajó desde Loja por la cuenca del Chinchipe hasta el Marañón, para navegar por el Amazonas y salir al Atlántico para volver a Europa. No obstante, estos caminos tradicionales eran bien conocidos por los pueblos precolombinos que transitaban por los dos lados de la montaña para intercambiar productos de distintos nichos ecológicos (Valdez 2008). El tránsito de bienes e ideas entre los dos lados de los Andes del sur del Ecuador y del norte del Perú no se dio al azar, pues en esta región las abras o pasos de montaña son de los más bajos de toda la cordillera. El acceso relativamente fácil entre la selva y el mar fue aprovechado desde tiempos inmemoriales y fue anotado tempranamente por investigadores que conocían bien el terreno. En 1908, Otto von Buchwald mencionaba la vía Tumbes Chinchipe como *una de las zonas de emigración de los chibchas y colorados* que habitaron antiguamente en la costa del Pacífico (Costa von Buchwald 2010: 72). Siendo este el caso, la historia de la antigua ocupación de la región transandina debería ser muy rica en evidencias de la antigua interacción social que unió a sus pueblos. Por otro lado, la actual región fronteriza del sur del Ecuador y del norte del Perú ha sido calificada desde hace varias décadas como el límite natural y cultural que dividió a los Andes centrales de los Andes septentrionales (Lumbreras 1981). Esta noción fue inclusive llevada a un extremo de la teoría del determinismo ecológico, en la medida en que se postuló que era una especie de barrera natural que impidió la difusión y el desarrollo propio de las altas culturas de los Andes centrales (Burger 1984).

Para paliar la falta de conocimientos arqueológicos de la alta Amazonía e indagar la realidad de estas ideas e hipótesis de trabajo sobre la región fronteriza, el Instituto Francés de Investigación para el De-

sarrollo (*Institut de Recherche pour le Développement* - IRD) propuso al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) la celebración de un convenio internacional de cooperación científica y asistencia técnica para efectuar el reconocimiento arqueológico de la provincia de Zamora Chinchipe (Guffroy y Valdez ms 2001). Los trabajos efectuados en el marco de este estudio han puesto en evidencia un gran número de sitios con vestigios de ocupación del periodo prehispánico. Los más comunes pertenecen a las poblaciones que vivieron en el territorio entre el siglo IX y la primera mitad del siglo XX. Empero los datos más innovadores tienen relación con las evidencias arqueológicas de una ocupación muy temprana que está presente a lo largo de la cuenca hidrográfica binacional del río Chinchipe. La parte superior ubicada al norte, es más angosta, abrupta y húmeda; mientras que las partes media e inferior son más amplias y presentan un régimen de lluvias más seco (Fig. 1).

La prospección de la cuenca alta del Chinchipe permitió la identificación de materiales culturales no conocidos hasta entonces en ninguna otra región del Ecuador. Los estudios regionales y los fechamientos obtenidos en dos de los sitios prospectados en la región permitió el establecimiento de una nueva cultura arqueológica perteneciente al Periodo Formativo Temprano (Valdez *et al.* 2005). Esta ha sido denominada complejo cultural *Mayo Chinchipe*, pues *mayo* en quichua significa río, mientras que Chinchipe es el topónimo genérico de toda la región donde la nueva cultura está presente.

En junio del 2002 el equipo de arqueólogos del IRD descubrió el yacimiento, hoy conocido como Santa Ana-La Florida (SALF), en las cercanías de la cabecera del cantón Palanda. Desde octubre de ese mismo año el equipo efectúa trabajos sistemáticos en distintas partes del sitio, que han generado una gran cantidad de información detallada en varias publicaciones (Valdez 2007 a, b, c; 2008; 2009 a; 2010 a; 2011 a) e informes técnicos al INPC (Valdez 2009 b; 2010 b; 2011 b; Lara 2010). El análisis y la reflexión sobre las evidencias hasta hoy encontradas obligan a una discusión sobre el significado de esta nueva cultura dentro del concepto del Periodo Formativo y sobre el origen y desarrollo de las llamadas sociedades complejas en los Andes. Al mismo tiempo que

muestran que la franja fronteriza entre los actuales repúblicas de Perú y Ecuador nunca fue una barrera al desarrollo sociocultural, sino más bien un área de innovaciones fundamentales en el desarrollo de lo que será la civilización andina. En el presente trabajo iniciamos la discusión de las evidencias que obligan a repensar el papel que tuvo antiguamente la alta Amazonía en estos procesos.

La problemática

En primer término hay que comenzar planteando la problemática que presenta la evidencia encontrada en la cuenca del Chinchipe en general, y en Palanda en particular. Esto es la presencia de una cultura compleja, de apariencia precoz, en un medio insospechado, tradicionalmente visto como la antítesis de la civilización. Para guiar la discusión habrá que comenzar preguntándose ¿qué se entiende por el apelativo "cultura compleja"?, luego ¿qué se considera precoz? y naturalmente ¿por qué se dio? Preguntas básicas que se deben abordar son:

- ¿Qué es complejidad?
- ¿Cómo se la mide?
- ¿Qué la produce?
- ¿Qué implica en términos socioculturales a nivel regional?
- ¿Cómo afecta esta información al lugar que tiene la alta Amazonía en el desarrollo de las culturas andinas?

En términos generales se asume que las sociedades se complejizan cuando aparecen rasgos de una organización social estructurada en función de diferencias marcadas entre los habitantes que las componen. La noción de prestigio está presente en todos los grupos humanos, pero el concepto de rango social demuestra un avance con relación a las sociedades igualitarias que caracterizaban al neolítico universal. Los rangos suelen darse como la manifestación de un reconocimiento de algún tipo de preeminencia de un individuo o de un segmento de la población sobre otros. Desde el punto de vista arqueológico, la superioridad se refleja en un tratamiento diferenciado del tipo de elementos

que caracterizan a ciertos individuos o grupos. Las distinciones de rango pueden medirse en el acceso restringido a determinados elementos característicos, que pueden ser ornamentos personales; instrumentos de producción que reflejan un avance tecnológico; el manejo de productos foráneos (estratégicos o no); el acceso a un determinado tipo de rasgos arquitectónicos, no puramente domésticos; y eventualmente el manejo y control de una serie de conceptos ideológicos que se manifiestan en el campo iconográfico. En la América precolombina se ha sostenido que la diferenciación social mediante rangos aparecen de una manera clara a partir del Periodo Formativo tardío o más concretamente en lo que se ha llamado la etapa de Desarrollo Regional en Ecuador o Intermedio temprano en el Perú. En la América andina parece que el prestigio especial que dio lugar al rango social se basó en el saber especializado que detentaban ciertos individuos capaces de entrar en contacto con las fuerzas de la naturaleza. Esta habilidad les daba una capacidad de convocatoria sobre el resto de su comunidad para llevar a cabo trabajos de carácter colectivo. Para Luis Millones, "estas habilidades exigieron el reconocimiento de su autoridad y de privilegios, lo que debió ser la base de la diferenciación social". (López Austin y L. Millones 2008: 144).

Los estudios recientes efectuados en la alta Amazonía demuestran la presencia temprana de varios de estos elementos que diferencian a los pobladores de una misma sociedad. La evidencia sugiere entonces el surgimiento de un grupo de individuos, que goza de cierto prestigio y que paulatinamente cobra el reconocimiento de un rango social entre sus pares. En el suroriente ecuatoriano y en el nororiente peruano, el contexto sociocultural de estas evidencias es lo que se ha llamado el complejo Mayo Chinchipe.

Síntesis de las evidencias encontradas en el sitio SALF

Como base de esta reflexión se analizará la evidencia proveniente de yacimiento Santa Ana-La Florida, pues de allí procede la mayor parte de los datos cronológicos y corológicos que sustentan esta discusión. En vista de que existe ya una serie de publicaciones donde se describen los

contextos en detalle, en esta ocasión solo se hará una breve presentación sintética de los principales elementos que se discuten en el trabajo.

El yacimiento se ubica al fondo de un valle estrecho, sobre una terraza fluvial a orillas del río Valladolid (cabecera inicial del Chinchipe) a 1040 m s. n. m. El sitio cubre una extensión plana de aproximadamente una hectárea, delimitado por el cauce del río hacia el norte y el este, el escarpe de la sierra vecina por el occidente y una depresión acentuada por el extremo sur. El área ha estado cubierta por la vegetación tropical propia del medio, pero en el transcurso de los últimos veinte años, el sitio fue despejado parcialmente por una familia campesina que instaló allí una pequeña huerta. Al momento del descubrimiento del sitio no había elementos estructurales expuestos, era solo una extensión semiboscosa cortada por un camino de segundo orden que bajaba hacia el río. El sitio fue identificado por la presencia de una cierta densidad de materiales cerámicos vistos en la superficie expuesta del terreno y algunas piedras acumuladas en algunos sectores. Otras indicaciones culturales se anotaron en las paredes de un antiguo corte, efectuado en la construcción del camino carrozable abierto hace unos veinte años por un extremo oriental del terreno. Informaciones posteriores receptadas al maquinista que abrió la vía permitieron evaluar la verdadera dimensión del yacimiento.

Los trabajos de limpieza de la vegetación moderna permitieron apreciar la presencia de elementos subyacentes que mostraban una antigua ocupación intensiva del espacio. En superficie abundaban evidencias cerámicas de un estilo particular, conocida localmente como la tradición alfarera *Corrugada*, que caracteriza a los pueblos de la mayor parte de la selva amazónica. En la región estas han sido asociadas a las comunidades pertenecientes al grupo lingüístico jíbaro, hoy reconocidas como los pueblos *shuar*, *Aujún* o *Aguaruna*. A inicios de la colonia, los conquistadores españoles denominaron a estos pueblos *bracamoros* –una deformación del término quechua *Pucamuro* empleado por los incas en el siglo XV (Taylor 1988: 77-91). Trabajos realizados por el equipo del IRD en la región sitúan a la ocupación bracamoro en el territorio entre el siglo IX y la primera mitad del siglo XX (Guffroy 2006).

Los restos de esta ocupación no se profundizaron más allá de la capa húmica y abundaron sobre todo en algunas de las acumulaciones de piedra parcialmente cubiertas de tierra, que se identificaron al inicio de los trabajos, erróneamente como “tolas”. A medida en que se fue retirando la capa orgánica del piso, se fue revelando la presencia de estructuras de piedra subyacentes, junto a las que aparecían muy esporádicamente materiales cerámicos finamente trabajados, muy diferentes de la alfarería corrugada. Los trabajos sistemáticos obligaron a la sectorización del sitio, que comenzó a ser despejado paulatinamente para poder hacer un levantamiento planimétrico de las evidencias encontradas. La investigación del sitio ha demostrado la presencia de una trama arquitectónica que revela una organización espacial hasta ahora no conocida en la región. El conjunto de evidencias expuestas se compone principalmente de varias estructuras circulares dispuestas en torno de un espacio plano, delimitado por un muro circular de piedra, de 40 m de diámetro. Este se ubica en el centro de la terraza y parece haber sido el eje de las actividades realizadas en el yacimiento. Por su disposición central y su desnivel con relación a las estructuras externas puede ser considerada una plaza hundida. En la parte interior del círculo central se han despejado cuatro pequeñas plataformas rectangulares, que se ubican simétricamente opuestas entre sí. En torno a la supuesta plaza se agrupan unas veinte estructuras circulares, con diámetros que varían entre 5 y 9 m. El todo se presenta como un asentamiento nucleado, que por sus dimensiones y su organización puede ser calificada como una aldea bien planificada (Fig. 2).

En el extremo suroriental de la terraza, próxima a la margen del río se presenta una situación muy particular. En el filo de la terraza que se proyecta sobre las curvas decrecientes al lecho fluvial se aprecia la construcción de un bancal semicircular. Este prolonga el nivel plano de la terraza central sobre el terreno que normalmente bajaba al cauce del río. El escarpe, hoy muy irregular, ha sido rellenado, aplanado y consolidado con una serie de muros de contención y contrafuertes circulares, que sostienen la parte alta de este extremo de la terraza. Al momento del descubrimiento del sitio, se observó que la erosión natural había expuesto una serie de rasgos artificiales en la pared del escarpe, entre los cuales se

pudo identificar un contexto funerario parcialmente expuesto, pero muy mal conservado. Desgraciadamente este sector del sitio fue igualmente visitado por buscadores de tesoros que provocaron un desbanque de más de 400 m^2, sobre el cauce del río. La exploración de este sector reveló una seria de evidencias culturales y vestigios arquitectónicos desplomados por la acción de los huaqueros. Una intervención de rescate en el extremo oriental del sitio generó una gran cantidad de información sobre los procesos constructivos y la cronología general del yacimiento.

Los trabajos arqueológicos demostraron que en este extremo del sitio se había construido un espacio amplio, muy rico en elementos arquitectónicos simbólicos, algunos de los cuales habían sido enterrados a distintas profundidades. El espacio artificial sirvió de base a una estructura de forma circular, de casi 13 m de diámetro, que por sus características arquitectónicas y otras particularidades fue identificada como un probable templo. Todo el sector construido sirvió, además, para recibir depósitos funerarios con ajuares significativos, que denotan el rango de los difuntos allí inhumados.

El sistema constructivo empleado involucró la consolidación del terreno mediante una serie de muros concéntricos ubicados a distancias más o menos regulares entre los estratos del relleno artificial. La forma general de la terraza debió haber seguido la morfología de la margen del río, pero la acción de los saqueadores destruyó una buena parte de la misma y no se podrá conocer jamás su antigua extensión. En la actualidad se puede apreciar la cabecera de por lo menos tres series de muros, que actuaron como contrafuertes circulares mientras sostenían en el lado suroriental del escarpe (Fig. 3). Lo interesante es que estos muros desempeñaron una función simbólica fundamental, pues su forma concéntrica tenía un punto de origen central, desde él que se desplegaban las líneas curvas de piedra, dándole al conjunto el aspecto general de un espiral. El punto central resultó ser una hoguera en forma circular, de aproximadamente un metro de diámetro. Al excavar esta estructura se encontraron varias ofrendas notables dispuestas en su base (Fig. 4). El conjunto de objetos incluyó un pequeño cuenco de piedra pulida, un par de mascarones antropomorfos de piedra verde y varios centenares

de pequeñas cuentas de turquesa, probablemente ensartadas en un collar. La excavación en área del sector mostró la presencia dos hogueras de menor tamaño ubicadas en la periferia próxima de la hoguera principal. A menos de un metro de distancia de estos elementos se encontró la boca sellada de una tumba de pozo, cuya cámara funeraria reposaba a más de 2 m bajo la superficie. El contenido de esta sepultura resultó ser crucial para comprender muchos aspectos de los modos de vida de esta antigua cultura. El conjunto de evidencias excavadas en el espacio artificialmente construido sobre la margen del río, sugiere que esta área fue el foco de las actividades de un carácter ritual que se efectuaron en la aldea.

La excavación estratigráfica de varios sectores permitió evidenciar las técnicas empleadas en la nivelación artificial del terreno, la construcción de la base de la estructura y el descubrimiento de cuatro depósitos funerarios. Los contextos cerrados encontrados posibilitaron el fechamiento de varios elementos constructivos, así como el de algunos contextos mortuorios. Esto ha permitido ubicar la ocupación del yacimiento entre el 3350 y el 2930 antes del presente (AP), con una fecha promedio de alrededor de 2500 antes de Cristo (Tabla 1) y (Cuadro 1). La cronología absoluta sitúa así a las primeras ocupaciones del sitio Santa Ana-La Florida en las etapas temprana y media del Periodo Formativo.

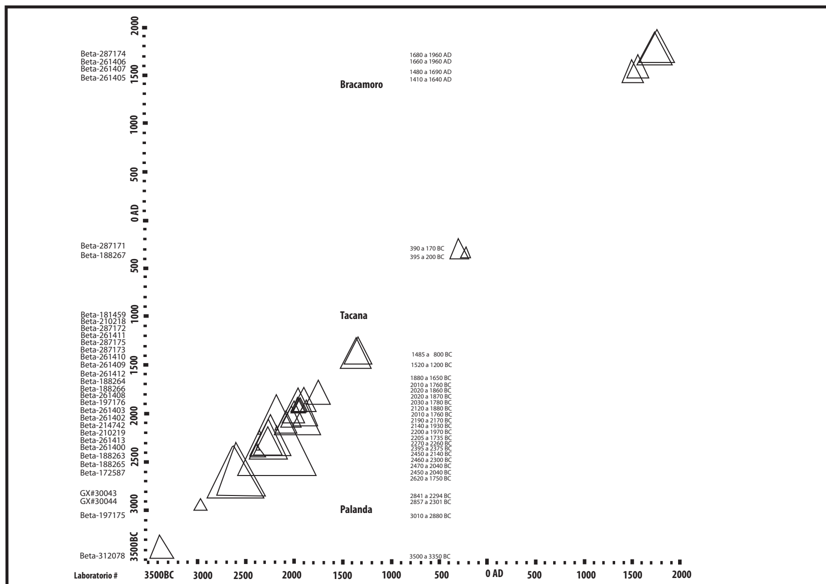
Caracterización del fenómeno que se puede considerar como complejidad social

Las evidencias materiales, directas e indirectas, que reflejan la presencia de un proceso creciente de complejidad social son: a) modo de vida sustentado en el aprovechamiento integral del medio (extractivismo, producción agrícola); b) organización y estructuración del espacio social; c) arquitectura imponente (no doméstica) destinada al uso de la colectividad; d) alto desarrollo y especialización en la fabricación de artesanías (cerámica, lítica, textiles, cestería, etc.); e) desarrollo de técnicas y estilos de manufactura y de representación icnográfica que caracterizan tradiciones particulares; f) existencia de redes de interacción a corta y larga distancia.

Tabla 1
Fechamientos radiocarbónicos del sitio Santa Ana-La Florida, Palanda

Laboratorio	Edad medida radiocarbono	Calibración2 Sigmas		Contexto
Beta-312078	4450 ± 30 BP	3500 a 3350 a. C.	(5500 a 4990 BP)	Basural X 4 (17) – 55 cm
Beta-197175	4300 ± 40 BP	3010 a 2880 a. C.	(4960 a 4830 BP)	Nivel ocupación terraza este. –150 cm
GX#30044	4000 ± 71 BP	2857 a 2301 a. C.	(4807 a 4449 BP)	Terraza artificial, Piso quemado – 40 cm
GX#30043	3990 ± 70 BP	2841 a 2294 a. C.	(4791 a 4422 BP)	Hoguera ceremonial. – 90 cm
Beta-172587	3860 ± 40 BP	2460 a 2300 a. C.	(4410 a 4250 BP)	Hoguera ceremonial. – 90 cm
Beta-188265	3830 ± 70 BP	2470 a 2040 a. C.	(4420 a 3990 BP)	Terraza artificial, piso quemado – 50 cm
Beta-188263	3820 ± 40 BP	2395 a 2375 a. C.	(4345 a 4325 BP)	Terraza artificial, piso quemado – 90 cm
Beta-261400	3820 ± 40 BP	2450 a 2140 a. C.	(4440 a 4090 BP)	XIII-10 relleno de hoguera. – 45-47 cm
Beta-261413	3810 ± 40 BP	2450 a 2140 a. C.	(4400 a 4090 BP)	Nivel de base IX,X 6 y7, – 95-100 cm
Beta-210219	3790 ±160 BP	2620 a 1750 a. C.	(4570 a 3700 BP)	Terraza occidental. – 22-33 cm
Beta-214742	3700 ± 60 BP	2450 a 2040 a. C.	(4400 a 3990 BP)	Tumba de tiro, sello entrada – 60 cm
Beta-261402	3710 ± 40 BP	2200 a 1970 a. C.	(4150 a 3920 BP)	Fosa funeraria XIV- 4 (8) – 192 cm
Beta-261403	3710 ± 40 BP	2200 a 1970 a. C.	(4150 a 3920 BP)	Basural III-2 – 50/60 cm
Beta-197176	3700 ± 40 BP	2270 a 2260 a. C.	(4220 a 4210 BP)	Tumba tiro, contexto ofrendas – 220 cm
Beta-261408	3700 ± 40 BP	2140 a 1930 a. C.	(4090 a 3880 BP)	IX-8 estrato beige rojizo. – 30-45 cm
Beta-188266	3690 ± 40 BP	2190 a 2170 a. C.	(4140 a 4120 BP)	Hoguera – 75 cm
Beta-188264	3660 ± 90 BP	2205 a 1735 a. C.	(4155 a 3685 BP)	Terraza artificial Piso quemado – 50 cm
Beta-261412	3630 ± 40 BP	2120 a 1880 a. C.	(4070 a 3830 BP)	Basural III-2– 85/90 cm
Beta-261409	3620 ± 40 BP	2010 a 1760 a. C.	(3960 a 3710 BP)	VI y VII-8 estrato beige. – 35-45 cm
Beta-261410	3600 ± 40 BP	2030 a 1780 a. C.	(3980 a 3730 BP)	XIV – 6 Nivel ocupacional – 50-80 cm
Beta-287173	3580 ± 40 BP	2020 a 1870 a. C.	(3800 a 3820 BP)	VI 17 (20)
Beta-287175	3570 ± 40 BP	2020 a 1860 a. C.	(3970 a 3810 BP)	VII 8 (1)
Beta-261411	3530 ± 40 BP	2010 a 1760 a. C.	(3960 a 3710 BP)	X-5 Basural ocupación – 80/ 85 cm
Beta-287172	3430 ± 40 BP	1880 a 1650 a. C.	(3830 a 3600 BP)	VII 15 (12)
Beta-210218	3140 ± 70 BP	1520 a 1200 a. C.	(3460 a 3150 BP)	Terraza occidental Hoguera – 20-30 cm
Beta-181459	2930 ± 150 BP	1485 a 800 a. C.	(3435 a 2750 BP)	Perfil camino expuesto -145 cm
Beta-188267	2280 ± 40 BP	395 a 200 a. C.	(2345 a 2150 BP)	XIV 12 Terraza occidental, contexto Tacana –35-55 cm
Beta-287171	2260 ± 40 BP	390 a 170 a. C.	(2340 a 2120 BP)	II 12-3H Terraza occidental, contexto Tacana
Beta-261405	440 ± 60 BP	1410 a 1640 d. C.	(540 a 310 BP)	VI 5 ocupación Bracamoro
Beta-261407	300 ± 60 BP	1480 a 1640 d. C.	(470 a 260 BP)	VII 6 ocupación Bracamoro
Beta-261406	130 ± 70 BP	1660 a 1960 d. C.	(280 a 0 BP)	VI 5 ocupación Bracamoro
Beta-287174	90 ± 40 BP	1680 a 1740 d. C.	(270 a 210 BP)	VII 17 ocupación Bracamoro

Cuadro 1



a) Modo de vida sustentado en el aprovechamiento integral del medio

El sustento cotidiano de una sociedad se basa en los métodos empleados en la obtención de alimentos; tradicionalmente se ha pensado que en la Amazonía ha imperado un sistema amplio de caza, recolección, pesca y horticultura, que va de la mano con un modo de vida nómada o seminómada. Este sistema se fundamenta en la observación superficial de las sociedades silvícolas contemporáneas de la Amazonía baja. No obstante, la información etnográfica moderna amplía notablemente esta perspectiva al señalar la presencia en casi todas las circunstancias, de jardines y huertas agrícolas que suministran una amplia gama de productos vegetales en casi todas los grupos amazónicos (Descola 1988). La evidencia arqueológica que informa sobre el régimen alimenticio que imperó en el sitio SALF ha confirmado esta información, a pesar de la mala conservación en el medio de los vestigios orgánicos.

La principal fuente de datos sobre los recursos alimenticios y los eventuales modos de vida provienen de un trabajo metódico efectuado por la investigadora canadiense Sonia Zarrillo (2012; ver su artículo en este tomo). El estudio comprendió dos partes, por un lado se hizo un análisis microscópico de los restos orgánicos presentes en el interior, o en el entorno, de varios recipientes encontrados en contextos funerarios. Se tomaron muestras de una serie de fragmentos cerámicos procedentes de los contextos arqueológicos que caracterizan los niveles de ocupación y las antiguas áreas de desechos culturales. La segunda parte del estudio consistió en efectuar una colección de las plantas que actualmente se cultivan o se recogen en la región de Palanda. Los resultados demostraron la presencia tanto de polen antiguo como de gránulos de almidón de distintas plantas antiguamente consumidas en el sitio. La lista de evidencias de plantas consumidas incluye:

Capsicum spp. Ají
Dioscorea spp. ñame, papa china
Fabaceae fréjol
Ipomoea spp. batata, papa dulce o camote
Manihot esculenta yuca
Maranta spp. camote
Theobroma spp. (Zarrillo 2012: 207-210)
Herrania spp. Cacao de mono o cacao de monte (Zarrillo 2012: 209)
Zea mays maíz (Zarrillo 2012: 190)

Evidentemente este listado no incluye la totalidad de los productos vegetales utilizados en Palanda, pero si brinda una amplia gama de alimentos estables frutos de una agricultura y horticultura bien organizada. Hay evidencias directas e indirecta de otras plantas, no empleadas en la alimentación, como el algodón, la coca o las distintas variedades de palmas que fueron utilizadas en el sitio. Aunque muchas de estas no eran cultivadas específicamente, eran aprovechadas regularmente por estar presentes en toda la región.

En la lista se constata la presencia de plantas típicas del medio tropical húmedo, siendo los tubérculos y rizomas las variedades dominantes, no obstante llama la atención la presencia del maíz en una época

tan temprana. La evidencia contradice en parte una de las ideas tradicionales que se tenía sobre la presencia de este cultivo en Sudamérica. Hasta hace poco se pensaba que el maíz se introdujo o se domesticó independientemente en la Costa, para luego ser paulatinamente introducido a la Sierra y solo en épocas relativamente tardías hacia la Amazonía.

Los análisis de Zarrillo hoy demuestran la presencia muy temprana del maíz en contextos muy antiguos de la ceja de montaña oriental y obligan a repensar la antigüedad y los mecanismos de difusión de este importante alimento base en América. La evidencia de fitolítos de maíz en la Costa aparece desde el arcaico, en Las Vegas; luego hay múltiples testimonios de este cultivo en la cultura Valdivia desde la fase 1b. Su presencia está bien demostrada en los contextos tempranos de la costa del Pacífico, pero los resultados de la investigación de Zarrillo en Palanda amplían el contexto cultural del maíz en la vertiente oriental de los Andes (Zarrillo 2012: 190, Tabla 6.1). De hecho sustentan la evidencia encontrada en los sondeos de las capas profundas del lago Ayaunchi, fechadas entre 7010 ± 130 y 4570 ± 70 AP (Bush *et al.* 1989: 304).

Las implicaciones de estas evidencias son claras, el cultivo del maíz aseguró el sedentarismo necesario para el establecimiento de la vida aldeana en la vertiente oriental de los Andes desde el Formativo temprano. Aunque no se puede hacer una estimación de la intensidad del cultivo del maíz, si se constata que su presencia en el yacimiento involucraba tanto contextos domésticos como rituales. La presencia exclusiva de gránulos almidón de maíz al interior de una botella de asa de estribo, implica la presencia de una bebida elaborada con este cereal (chicha).

En este mismo sentido hay que hacer un comentario sobre la presencia de gránulos de almidón de cacao / herrania en el interior de otra botella de asa de estribo encontrada en el mismo contexto funerario. La elaboración de bebidas de origen vegetal (fermentadas o no) destinadas a acompañar al difunto en el pasaje a la otra vida, no solo revela su importancia alimenticia, sino que sobre todo subraya la dimensión sociocultural simbólica de estos productos.

El uso del cacao en distintos contextos (de acuerdo a las identificaciones tentativas hechas por Zarrillo) es también una novedad que merece un comentario. Desde hace algunos años se discute el probable origen amazónico del cacao (Motamayor *et al.* 2002), pero hasta la fecha no se disponía de una evidencia antigua de su uso en las poblaciones amazónicas. A este hecho se añade la tradición, según la cual se pensaba que el uso del cacao se inició con la cultura Olmeca hacia el 1800 a. C. (Coe y Coe 1996; Powis *et al.* 2007; 2011). Sin embargo, a la luz de las evidencias encontradas en los contextos de Palanda, parece que el uso social del cacao y de sus derivados, precede ampliamente a su utilización en Mesoamérica. Con la comprobación de que alguna variedad de cacao sea originaria de la Amazonía hay que comenzar a pensar en los mecanismos de su dispersión por el resto del continente. Aunque la aceptación definitiva de esta evidencia seguramente llevara algunos años, hoy no se puede negar que este producto altamente energético tuvo un lugar destacado en los usos y costumbres alimentarias de la alta Amazonía desde hace por lo menos 5000 años. Solo la continuidad de los estudios y de la comparación de los gránulos de almidón de Theobroma y de Herrania darán mayor información sobre estas evidencias y de sus implicaciones en el desarrollo cultural de las sociedades del Formativo de América.

En todo caso se puede sugerir desde ya que el consumo de un producto altamente energético como el cacao tuvo una trascendencia social en la cultura Mayo Chinchipe. Las propiedades químicas que tiene esta planta en el desarrollo de las funciones del cerebro están comprobadas. El alto desarrollo técnico y simbólico que tuvieron las artes en esta cultura (y en otras de Mesoamérica) puede ser una consecuencia del consumo regular del cacao (Fig. 5).

Por último hay que recordar que fuentes de proteínas de origen animal –terrestres, aéreas y fluviales– abundan en el medio y muy probablemente fueron un aporte importante al régimen alimentario, pero como se ha dicho ya la conservación de los macro restos de este tipo de evidencias no es buena en un medio de constante humedad y tierras acidas.

En definitiva, la evidencia directa de las plantas que eran consumidas o utilizadas regularmente en Palanda demuestra que la sociedad estuvo bien integrada a su medio; en el que intervino para producir alimentos estables y recursos vegetales utilitarios necesarios para su que hacer cotidiano.

b) Organización y estructuración del espacio social

Al analizar el trazo arquitectónico de la aldea, focalizado en una plaza central, rodeada de un área residencial hay que reconocer que las construcciones no se dieron de manera aleatoria. La plaza está dotada además de un eje este oeste, que se materializa con dos puntos de aparente actividad ritual en cada extremo del poblado. La planificación se hace evidente, con una división clara entre las áreas domésticas y lo que se podría llamar espacios sociales, especializados en algún tipo de actividad ritual. Si bien el eje este-oeste tiene una clara simbología asociada con el movimiento del Sol, parece que las limitaciones mismas del espacio físico fueron la causa principal de su trazado. La presencia del paso del río por el extremo norte y una fuerte depresión en el extremo sur de la terraza fluvial impidieron el crecimiento arquitectónico en este sentido. No obstante, limitaciones de otro orden fueron superadas por quienes planificaron el espacio, pues se supo aprovechar de las curvas naturales ascendentes del extremo occidental del terreno para levantar allí una pequeña plataforma escalonada. Desde esta se dominaba el espacio construido, observando las actividades sociales que se efectuaban al interior de la plaza hundida ubicada en su base. De la misma manera, en el extremo oriental de la terraza se transformó la topografía natural decreciente para construir un espacio sagrado, elevando y nivelando el terreno con una arquitectura simbólica en forma de espiral.

El trazado de la aldea y sus construcciones aparentemente simples en términos de monumentalidad requirieron, sin embargo, de una fuerza de trabajo colectivo apreciable. La adecuación circular del espacio central y su delimitación con un doble muro macizo fue un trabajo planificado que involucró una mano de obra sujeta a las órdenes de un

o varios individuos que ejercían el oficio del saber. Este individuo fue un técnico muy calificado en la delimitación del espacio, en el drenaje del suelo y sobre todo en la construcción de una mampostería compleja, perfectamente circular, que supo sacar provecho de la topografía natural para imprimir su trazo autoritario con espacios positivos (curvas de nivel crecientes) y negativos (la plaza hundida).

La misma planificación y ejecución técnica se observa en las obras de relleno y consolidación sistemática de las curvas decrecientes del extremo oriental de la terraza. La elección alternativa de distintos materiales, empleados en la nivelación horizontal del terreno, demuestra un conocimiento profundo de las propiedades de los distintos materiales y de la mecánica de suelos en pendientes acentuadas. La construcción de muros de contención, dotados de varias hileras de contrafuertes refleja, además, una ingeniería bastante avanzada. Evidentemente el trazo simbólico en espiral implicó además otro tipo de conocimientos y de motivaciones (Fig. 6).

Dentro del trazado arquitectónico se anota la voluntad de diferenciar algunas estructuras de otras, ya sea por su posición dentro o fuera de la plaza central, o por la forma general de la geometría de su aparente cimentación. Las formas externas son muros circulares, mientras que las internas son paralelogramos formados por agrupamientos horizontales de piedras. Hasta ahora no se conocen las funciones reales de estas estructuras planas, pero su tamaño, forma y disposición simétrica sugieren una función de índole ceremonial. Estas pequeñas plataformas superficiales pudieron haber sido el foco de actividades específicas, que no han dejado evidencias de su naturaleza. En realidad, en todo el extremo occidental del yacimiento los desechos culturales son más bien escasos, lo que puede implicar un cuidado especial en la limpieza del sitio.

Empero, en la actualidad se observa el trazo de una aldea que estuvo ocupada por un espacio de más de 2000 años, por lo que hay que asumir que su construcción y estructuración actual probablemente no se dieron en un solo momento. Las fechas de C-14 obtenidas en distintas partes del yacimiento sugieren que la construcción y utilización del ex-

tremo oriental (espacio sagrado artificial) se dio en un primer momento, mientras que la ocupación de los espacios ubicados en el extremo occidental muestra evidencias de ser aparentemente posterior. Lo que ahora se ve como una unidad arquitectónica compleja fue probablemente el producto de la construcción y readecuación del espacio a través de muchos siglos. Sin un mayor trabajo específico en todos los contextos definidos en el sitio, todavía no se puede llegar a definir una cronología fina para el uso, simultáneo o diferenciado de la totalidad del sitio (Fig. 7).

La estructuración cultural del espacio refleja la materialización de un plan preconcebido. La edificación de un espacio social rompe con el dominio de la naturaleza. Se domestica así la selva y se construye un paisaje culto, donde el hombre ha impuesto su carácter dinámico y ha creado su lugar en el orden natural.

c) Arquitectura no doméstica destinada a la colectividad

El trazo de la plaza circular diferencia los espacios cívicos de los domésticos. La plataforma escalonada del extremo occidental y lo que se ha denominado el "templo", ubicado en el extremo oriental, parecen no haber tenido una funcionalidad ordinaria. En el caso de la plataforma, la rampa y el graderío que le dan acceso no tienen una función doméstica claramente reconocida. En realidad construyen un zócalo o un soporte, destinado a brindar una posición elevada sobre el terreno circundante. La estructura superior no presenta más evidencia material que una acumulación indiscriminada de piedras fragmentadas dispuestas para darle solidez y nivelar el piso.

En el caso del "templo" hay evidencias estructurales que sugieren ritualidad y un espacio sagrado: su ubicación sobre un espacio artificialmente elevado, el tamaño de la estructura, una rampa de acceso descendiente hacia la zona interior, un supuesto altar (la hoguera principal del núcleo del espiral), las ofrendas de piedra verde dispuestas en distintas partes de la base de la construcción, y en general todo el espacio funerario subyacente que le rodea.

En ambos casos, esta arquitectura no doméstica está inmersa en un contexto social, donde la colectividad se beneficia, aunque no tenga un acceso directo inmediato a sus instalaciones. Sin embargo, las actividades que allí se desarrollaron tuvieron ciertamente una repercusión amplia, no solo sobre la aldea sino sobre toda la región circundante. El espacio social está dotado de una infraestructura arquitectónica monumental que imprime un carácter sagrado al paisaje natural.

d) Alto desarrollo y especialización artesanal

Las primeras evidencias encontradas en la cuenca alta del Chinchipe que llamaron la atención al equipo de investigadores fueron una serie de artefactos en piedra pulida trabajada con una calidad tecnológica y estética desconocida hasta entonces en la alta Amazonía. La mayor parte de estos objetos eran elementos de vajilla (cuencos y platos) esculpidos en distintos tipos de piedra, que se destacaban por el grano fino y por los distintos colores de la materia prima. La amplia dispersión de estos objetos sobre un territorio de difícil acceso por su irregularidad topográfica, sugería un origen local, pero a la vez fuentes posibles de la materia prima localizadas en un área restringida.

Cuando se descubrió el yacimiento SALF y se excavaron los depósitos funerarios se obtuvo por fin el contexto cronológico cultural de su procedencia efectiva. Los artefactos de piedra pulida no solo mostraban una calidad tecnológica depurada, sino que eran el soporte de grabados simbólicos complejos que le daban una calidad estética insuperable. No cabe duda de que eran el fruto de un trabajo especializado, realizado bajo los mismos cánones estilísticos, reflejando una verdadera tradición de arte lapidario que le daba una identidad cultural a la cuenca del Chinchipe. Las referencias a los objetos encontrados en la Huaca Huayurco (Rojas Ponce 1985), daban además una amplitud geográfica a la extensión cultural de esta manifestación artística. Los trabajos de reconocimiento arqueológico enmarcados dentro de un programa binacional no formal, complementaron la información sobre este arte en la cuenca baja del mismo río. Por otro lado, el contexto general en que

habían sido encontrados los objetos en Palanda, surgiría una función de uso ritual, por no calificarla de ceremonial. A los elementos de vajilla, se incorporaron mascarones antropomorfos, adornos personales con motivos variados, morteros zoomorfos y fitomorfos, y algunas representaciones de figuras humanas, estereotipadas en su disposición anatómica general, pero no en su representación específica. En todos los casos se utilizaban distintos tipos de piedra de grano fino y de una amplia gama de colores.

El arte lapidario tuvo también su equivalente en la alfarería. En el transcurso de la prospección de la cuenca alta del Chinchipe se encontraron varios sitios con una cerámica de pasta delgada y de finos acabados de superficie. No obstante la verdadera dimensión de este arte alfarero se encontró en los depósitos funerarios y en los desechos domésticos del yacimiento SALF. Desde un inicio se constató que los fragmentos cerámicos eran muy escasos en el conjunto del antiguo poblado, por lo que la presencia de objetos excepcionales encontrados en las tumbas contrastaba con la fragmentería utilitaria que aparecía ocasionalmente al excavar los vestigios arquitectónicos. Sin embargo, las características tecnológicas de ambos conjuntos resultaban ser idénticas. Se descartaba entonces la posibilidad de que las ofrendas funerarias sean objetos de comercio introducidos a la zona con el solo afán de engalanar a los difuntos. El descubrimiento de basurales tempranos en los bordes altos de las márgenes del río, confirmó la presencia de la misma tradición alfarera en la fabricación de todos los recipientes utilizados en el sitio (Valdez 2011 a). El análisis de los ceramios encontrados en las distintas tumbas demuestra una gran variabilidad en la ejecución de formas, tanto funcionales como ceremoniales y esto involucra una maestría en el manejo y combinación de las materias primas, como en el uso del fuego. Los acabados de superficie y las técnicas decorativas empleadas revelan la intencionalidad repetitiva que utilizaron para la materialización de conceptos ideales diversos. La habilidad escultórica de ciertos artesanos denota su especialización en el ámbito material y su capacidad de abstracción en el plano simbólico.

Ejemplos de esto son algunos de los recipientes encontrados en los contextos funerarios. En primer término se debe mencionar una botella de asa de estribo que muestra una efigie a cada lado de la botella, con la representación de dos aspectos de una faz humana emergiendo de una concha *Spondylus* abierta. Los gestos faciales son opuestos, la primera imagen muestra una expresión armoniosa, casi jovial, con el mentón y las mejillas redondeadas y con la boca entreabierta. El lado inverso presenta una cara más enjuta, con una expresión parca. El ceño parece estar fruncido, con la parte inferior de la cara alargada por la representación de una boca en forma de T. El labio superior permanece horizontalmente rígido, mientras que el inferior se parte en la mitad y desciende en línea recta hacia el mentón. Esta figuración de la boca recuerda a la representación del hocico de felino que aparece en la cerámica contemporánea de las fases intermedias de la cultura Valdivia de la costa Pacífica. La sutil alusión al litoral se ve reforzada con la representación de la concha marina, en la que los rasgos típicos de la bivalva se ven figurados mediante botones sobrepuestos en pastillaje (Fig. 8).

Otras botellas de asa de estribo tiene la forma natural de calabazas lobuladas. La representación de una forma natural tan realista refleja el vínculo estrecho del hombre con su medio, pero al mismo tiempo demuestran a la naturaleza domesticada, pues las calabazas y zapallos eran cultivados como alimentos comunes (Cummins 2003). Hay también formas de figuras geométricas muy originales. Por ejemplo hay una botella con la forma de un círculo tubular que tiene un asa prominente emergiendo del recipiente. Otra combina dos figuras geométricas en una, pues presenta un cuerpo cúbico alargado con los frentes plano-rectangulares que le dan un aspecto elegante y sólido. El diseño geométrico artificial de estas dos botellas se opone a las formas naturalistas de las primeras, demostrando la capacidad de abstracción e innovación que tenían los maestros alfareros de la época (Fig. 9).

Otro ejemplo de la virtuosidad plástica de los artesanos es una pieza excepcional, tanto por sus cualidades estéticas, como por sus implicaciones rituales. Se trata de un cuenco cerrado, dotado de cuatro pequeños soportes cónicos, del que emerge una cabeza antropomorfa.

En la representación, una de las mejillas del individuo está abultada y la boca presenta una mueca por la deformación del cachete. En el interior del recipiente se encontró una sustancia blanca, que al ser analizada resultó ser carbonato de calcio[1]. De toda evidencia se trata de una caja de *llipta* (ceniza), donde se mezclaba cal con hojas de coca antes de mascarlas. Esta mixtura permite que se liberen los alcaloides de las hojas, al humedecerlas en la boca con la masticación. La calidad escultórica de la pieza es notable e innovadora, se trata de una de las primeras manifestaciones de escultura humana hueca. Su factura delicada y el realismo de sus rasgos no tienen antecedentes en la alfarería precolombina. Por otro lado, se debe señalar que esta figurilla resulta ser la representación cerámica más antigua de un chancador de coca en América (Fig. 10).

Es muy probable que otras artesanías como el trabajo en madera (especialmente con palmas fibrosas muy duras) y hueso probablemente fueron importantes, así como la cestería o la fabricación de textiles. Todos estos oficios deben haber alcanzado niveles notables, desgraciadamente las condiciones de humedad y acidez de los suelos de la alta Amazonía no han favorecido su conservación y de estas artes solo quedan evidencias indirectas. Un ejemplo fue la impronta de un tejido al que se le habían cocido un centenar de finas plaquetas de turquesa. Al desaparecer la tela, los adornos guardaron el patrón de su diseño en el piso de una tumba.

Spielmann (2002) sostiene que la especialización en las actividades artesanales está a menudo ligada a las necesidades crecientes que tienen ciertos individuos de obtener prestigio en el marco de su sociedad. El prestigio se incrementa en la medida en que se hace ostentación con productos finos, elaborados dentro o fuera de la comunidad, que reflejan algún tipo de fortuna inusual entre los miembros de una sociedad igualitaria. Por ello, el avance en la especialización artesanal y el incremento en la intensidad o en la escala en las que se producen son

1 Identificación hecha por el Dr. Bernard Gratuze, Institut de Recherche sur les Archéomatériaux (IRAMAT, UMR 5060), CNRS, Orléans, France

a menudo sintomáticas de cambios en la organización interna de una sociedad. Otro aspecto que subraya esta autora es el vínculo que hay entre la producción artesanal depurada y una intensificación creciente de la ritualidad y de la práctica de ceremonias colectivas dentro de un conjunto socialmente diferenciado.

e) Desarrollo de estilos regionales de representación iconográfica

Otro diagnóstico inconfundible de la complejización social está dado por la materialización de una ideología comúnmente aceptada por una gran cantidad de individuos. Esta ideología es a menudo compleja y tiene la necesidad de verse representada en símbolos e íconos que son conocidos ampliamente en el medio en que esta se desarrolla. La iconografía que aparece decorando recipientes cerámicos, textiles, y que se integra al arte lapidario es un lenguaje codificado que revela una corriente de pensamiento profundamente arraigada dentro de la experiencia cotidiana del manejo de fuerzas naturales y sobrenaturales. El mensaje que se repite y se acepta (consciente o inconscientemente) en la iconografía sustenta la cohesión ideológica que legitimiza moralmente a los estamentos incipientes que detentan un cierto prestigio y poder jerárquico. El simbolismo sofisticado que se expresa en la iconografía aglutina a los seguidores de una corriente de pensamiento para crear un amplio consenso en la validez del poder y del prestigio de sus detentores. La gramática cada vez más compleja de este lenguaje se hace con el tiempo más necesaria para legitimar las estructuras jerárquicas emergentes. El manejo suntuoso de estos conceptos y prácticas –expresado a través de productos de artesanías especializadas– promueve el engrandecimiento del sistema para mantenerse o para subrayar su acceso diferencial hacia la riqueza, la posición social y la autoridad (Webster 1976). Donald Lathrap (1973) fue uno de los primeros en haber comprendido la importancia de este mecanismo, él afirmaba que estos símbolos aparecen de manera compleja (pero bastante estandarizada) para transmitir ideas religiosas o sagradas en los objetos de prestigio que se reparten y son

aceptados en casi toda el área andina desde del Período precerámico tardío en el Perú, o en el Formativo del Ecuador.

El surgimiento temprano de un estilo artístico regional es una manifestación de la fuerza ideológica que está presente en la cuenca del Chinchipe. Hasta ahora se conoce que el estilo está sobre todo presente en varios elementos de la vajilla en piedra pulida. Cuencos y platos encontrados en ambos lados de la actual frontera geopolítica presentan una serie se rasgos iconológicos característicos (Fig. 11). Elementos formales en el trazado de la representación iconográfica son constantes. La partición del espacio imaginario está presente en la división bipartita de los campos decorativos, que muestran a menudo una oposición simétrica de los motivos representados. De igual manera, la noción de una división tetrapartita del espacio circular aparece resaltada mediante muescas o calados equidistantes en el borde y labio de los recipientes. La simetría opuesta de los motivos es una de las reglas de su expresión semiótica. Las técnicas empleadas en la materialización de sus conceptos incluyen la incisión, el grabado o el calado en la cara externa de los recipientes, pero a menudo se aprovechan también ciertas propiedades de la materia prima para acentuar la fuerza del mensaje trasmitido.

Esto se puede apreciar particularmente bien en uno de los cuencos encontrados en la tumba principal del yacimiento. Se trata de un recipiente de color rojo marmolado, con dos pares de muescas opuestas, caladas sobre el labio. La cara externa tiene dos pares de motivos grabados idénticos, que se repiten en los cuartos opuestos de la pieza. El elemento más grande representa una figura aparentemente humana, con una anatomía general ambivalente, pues se parece también a la figura de un ave con las alas desplegadas y una cola abierta. La cabeza presenta rasgos humanos faciales muy claros, por lo que se puede interpretar esta figura como la representación de una transformación chamánica de un hombre-pájaro (Fig. 12). El elemento menor representa una figura mitológica, que muestra una serpiente sonriente de cuyo cuerpo bífido emergen las cabezas de dos aves encrestadas. Este motivo es un elemento iconográfico curioso, pues aparece casi idéntico en un textil encontrado en el sitio peruano, La Galgada, que es contemporáneo con el sitio Santa

Ana-La Florida, pero que se encuentra a una distancia considerable, en la sierra occidental del Perú (Grieder *et al.* 1988, Figura 130).

La noción de dualidad simétrica no solo es una división por oposición, sino también una forma de complementariedad que se expresa de una forma muy particular. Esto es especialmente visible en los grabados de otro recipiente de piedra encontrado en el sitio. El cuenco, trabajado sobre una piedra bicolor, presenta dos series de motivos complejos separados por una línea central que divide los campos decorativos del recipiente (Fig. 13). Cada serie tiene un color distinto y está compuesta por tres elementos separados que se unen en un arreglo iconográfico opuesto. En cada grupo aparece en primer término la figura en perfil de un ave crestada con una garra levantada hacia el personaje central. En el primer caso, (a) la figura del medio es una cabeza extraña, vista también de perfil, que muestra un hocico abierto y un ojo prominente que sale de un bloque rectangular. El tercer personaje parece ser un cóndor con un ala desplegada. El todo tiene una coloración gris clara que se opone a la otra mitad del recipiente que es de color rojo. La otra mitad (b), tiene como figura central a un ofidio sonriente y otra representación cefálica extraña, con el mismo ojo prominente que sale de un bloque rectangular. La complejidad iconográfica de estos motivos es perceptible solo parcialmente, si es que no se considera verlo junto a su propia imagen inversa. La representación del desdoblamiento simétrico de un motivo puede revelar su personalidad completa. Utilizando la técnica de *proyección al espejo* se puede completar el trazo de la figura, dotándole de su imagen inversa (Fig. 14). Rowe (1967: 77-87) sostuvo que el uso de la simetría bilateral es uno de los elementos que permiten leer y comprender la iconografía compleja de la cultura Chavín, pero parece que su aplicación fue ya una práctica bien conocida en la cuenca del Chinchipe, unos 1200 años antes de que se lo utilice en la llamada *primera civilización de América.* No hay duda de que la noción ideológica de establecer convenciones estructurales en la iconografía, compartidas y comprendidas por un público iniciado fue una práctica establecida desde el Formativo Temprano en la cuenca del Chinchipe.

f) Existencia de redes de interacción a corta y larga distancia

El último punto que se debe examinar tiene relación con las interacciones que los detentores de la cultura Mayo Chinchipe tuvieron con otras sociedades contemporáneas.

La interacción entre pares es a menudo un mecanismo de adaptación empleado para resolver los problemas de integración al medio y al aprovechamiento amplio de sus recursos. De hecho en Palanda se puede observar que estas manifestaciones surgen y se mantienen gracias a una larga historia de interacciones entre la Amazonía, la sierra y la costa del Pacífico. Los medios ecológicos de transición pueden ser en realidad espacios, que por su variabilidad biótica, se presten bien a la motivación adaptativa que promueve nuevas tendencias e innovaciones importantes en el quehacer social.

La presencia física de conchas marinas en los contextos funerarios fechados del yacimiento demuestra que desde por lo menos hace 4500 años existían ya nexos entre la cultura Mayo Chinchipe y la cultura costera coetánea Valdivia. Fragmentos del caracol marino *Strombus* encontrados como parte del ajuar funerario en dos depósitos diferentes demuestra la importancia que tuvo esta concha en la vida ritual de estos pueblos. De igual manera, la botella cerámica de asa de estribo (antes descrita) con la representación de valvas de *Spondylus* refuerza la categoría simbólica del hallazgo; pues en la misma tumba se encontraron asociados los fragmentos de *Strombus* y la botella efigie. La interacción social temprana que se infiere de la presencia de conchas marinas del Pacífico y de otros objetos que se pueden calificar de suntuarios, provenientes de regiones aún no bien identificadas, es ciertamente el mecanismo que puso en contacto a varios pueblos en una ruta que se pudiera denominar "la conexión Pacífico-Marañón" (Valdez 2008). Es notable el hecho de que los recursos estratégicos que se intercambiaban tienen un carácter marcadamente ideológico. La presencia de la díada *Spondylus-Strombus* en contextos tempranos y tan lejanos de su lugar de origen, habla ya de la noción andina de la dualidad simbólica de estas conchas del océano Pacífico cálido.

Desde fines de la década de los setentas, la literatura andina señala la importancia sagrada de estos moluscos y de la existencia de un tráfico pan andino que los distribuye ampliamente a lo largo de los Andes centrales (Marcos 1977/78; 1985; 1995).

La presencia de estas conchas en la alta Amazonía no es nueva, pues en múltiples colecciones particulares y museos existen ejemplares obtenidos en la región, pero sin un contexto cultural claramente definido. Una de las pocas excepciones, pero sin una definición cultural clara fue dada por el hallazgo en Huaca Huayurco, en la desembocadura del río Tabaconas en el Chinchipe. Allí se encontraron dos caracoles marinos (*Malea riggens*), asociados a una industria de cuencos de piedra pulida y de una cerámica fina interpretada como la manifestación Chavín más septentrional de la selva peruana. Las trompetas acompañaban un depósito funerario excavado en un sitio, que supuestamente sirvió de taller regional de cuencos de piedra pulida. Trabajos como la tesis de Alexander Martin (2001) dan cuenta de la amplitud de este comercio y de la intensidad de los intercambios en los periodos más recientes. Sin embargo, hasta la fecha no se había podido ubicar evidencias de este tráfico en contextos tempranos de la selva.

La red de interacción debió incluir el intercambio de otros productos exóticos como la turquesa, la malaquita y otras piedras verdes dotadas de un valor simbólico. Objetos de cerámica pudieron haber sido también intercambiados con regiones más o menos distantes. Algunas evidencias de esto se encuentran en el sitio Trapichillo, ubicado en el valle de Catamayo donde se han encontrado ornamentos de piedra verde y fragmentos cerámicos de la fase Palanda (colección del museo de la Universidad Técnica Particular de Loja). Es muy probable que los fragmentos de gran parte de ofrendas funerarias que fueron saqueadas a gran escala en este sitio reputado por ser una de las huacas tradicionales de la sierra lojana (Guffroy *et al.* 1987: 61-64; Guffroy 2004: 31-32).

En la interacción social que se imprime entre regiones tan distantes, resulta obvio que el valor comercial de los bienes no era el interés primordial; sino más bien el ideológico, con la fuerza sobrenatural que

los bienes podían transmitir y asegurar a sus promotores. Del litoral venían las conchas sagradas, pero de la selva ¿qué podía interesar a los costeños?, y más importante aún, ¿qué podía interesar a todos los actores intermedios de la gran ruta?

El uso de la coca, de polvos alucinógenos y bebidas energéticas rituales está presente en los instrumentos que acompañaban a los difuntos del sitio Santa Ana-La Florida al más allá. Estas plantas son más bien originarias del medio tropical selvático, donde los chamanes tienen (hasta la actualidad) la reputación de ser poderosos por la fuerza de las plantas que emplean en sus actos de curación o de adivinación. Parecería que los nativos de la ceja de montaña oriental podrían haber sido los proveedores de la tecnología y de la indumentaria chamánica. La ideología de los poderes ocultos, junto con sus bienes e implementos de poder podrían haber sido los productos que viajaban de este a oeste por las rutas trazadas entre el Marañón y el Pacífico.

La variedad y calidad de los materiales encontrados y sobre todo sus implicaciones sugieren la importancia de contactos e interacciones tempranas entre los pueblos de los dos lados de los Andes con las comunidades costeras del Pacífico. La presencia de bienes exóticos tales como conchas marinas simbólicas, turquesas y otras piedras finas de diversos colores y calidades escultóricas argumenta a favor de la hipótesis de que los poseedores de la cultura Mayo Chinchipe participaban activamente en una esfera de interacciones expansiva, tanto en un eje este-oeste, como en otro en sentido norte-sur. No se conocen todavía cuales fueron las modalidades o los mecanismos que intervenían en esta red de comunicaciones, pero parece probable que los miembros influyentes de las distintas sociedades habrían establecido, desde épocas muy tempranas, conexiones panregionales para obtener los recursos estratégicos que les eran de tanta importancia en su vida social (Bruhns 2003). El intercambio de estos productos exóticos a menudo tiene una relación directa a la intermediación o contacto con los dioses y el acceso a formas de poder sobrenatural.

Conclusiones

La noción de complejidad se ha visto a menudo asociada al proceso de formación del estado prístino, pero como afirma Webster (1976: 812). con razón, la complejidad no solo implica la estructuración política de una sociedad, sino que esta atañe a los fundamentos mismos de la estructuración social. En realidad hay indicios de complejidad en cualquier tipo organización humana, desde las bandas ya se reconoce algún tipo de prestigio interno (Woodburn 1982) y en el caso de las tribus la noción de rango está implícita en algunos de sus miembros, con el cacicazgo ya no se discute la presencia de una estructuración social compleja.

Las evidencias que se han presentado y discutido en este trabajo muestran que en la cuenca del Chinchipe existían claras muestras de una complejidad social creciente, desde el Formativo temprano. La diferenciación entre los miembros del asentamiento Santa Ana-La Florida no solo está visible en los ricos ajuares funerarios sino sobre todo en el trazado de la estructuración del espacio social. En este se observa una planificación ideológica y una organización diferenciada en el trabajo colectivo, necesario para la construcción de una aldea dotada de una plaza central y de un templo de probable acceso restringido.

Naturalmente el seguimiento cronológico del proceso de complejización no es fácil, y si bien las fechas obtenidas de los distintos contextos excavados muestran un uso diferenciado del espacio social, hay una base de contemporaneidad en la construcción de la mayor parte de los principales rasgos arquitectónicos del sitio (Fig. 7). Esto implica que la idea de la estructuración de un espacio colectivo-diferenciado estuvo presente desde el inicio de la implantación de la aldea (edad promedio 2500 a. C.).

La gama de evidencias que presenta la cultura material característica del complejo Mayo Chinchipe apunta a la fuerte influencia del aspecto ideológico en la configuración del proceso cultural. La fuerza de la iconografía se combina con la sofisticación de la arquitectura del

templo y con el trazo de la plaza pública. Las normas de simetría y complementariedad por oposición de los elementos están presentes tanto en el plano material como en el inmaterial de la estructuración del yacimiento. Lo sagrado y lo profano se conjugan en el espacio regional e impera un ordenamiento implícito en la disposición del asiento nucleado con respecto al patrón de asentamiento disperso que caracteriza a la cuenca del Chinchipe.

La noción de centro y periferia está presente, pero no es un centro de dominación, no hay un poder administrativo que imprime su voluntad a la región periférica. Su primera función no parece ser el de un centro de producción o de redistribución de bienes. Sus características no son las de un centro de acopio de bienes materiales, presenta más bien los rasgos de un centro destinado a recibir gente que se reúne temporalmente para compartir vivencias colectivas bajo la égida de algún oficiante reconocido como una autoridad en su campo de acción.

Este individuo parece no ejercer coerción física para atraer a su público, el contexto que presentan las evidencias apuntan más bien a la fuerza de la cohesión ideológica que enlaza a la comunidad de congregados. La legitimación de la autoridad estaría dada por el consenso colectivo de reconocerle un cierto prestigio por sus capacidades de intermediación entre la comunidad y las fuerzas sobrenaturales que priman en el universo. El reconocimiento de estas funciones es el sometimiento voluntario a una jerarquía moral que no posee la generalidad de los mortales. Max Weber definió esto como el liderazgo carismático explicando que "el término carisma debe ser entendido como una cualidad extraordinaria que una persona posee, sea esta calidad real, supuesta o presumida" El carisma es socialmente reconocido y es el sustento del puesto que ocupa (1958: 245-264).

La existencia de este tipo de liderazgo está muy lejos de poder ser considerado como una teocracia incipiente, pues no se reconoce la implantación de una institución religiosa como tal, ni la presencia de un segmento sacerdotal; pero la legitimación de la autoridad que se le

otorga a un individuo se basa en el reconocimiento de un poder moral, de intermediación con lo sobrenatural.

Hace ya más de 50 años, Eric Wolf sostenía que la figura dominante de los estados clásicos de Mesoamérica era el especialista religioso, que oficiaba desde su centro de poder ubicado en un centro ceremonial (1959: 81). Pero insistía en que su intervención real en las actividades económicas no logra controlar el acceso a los medios de producción. Su poder está basado en prestigio más que en la riqueza física que podrían acumular. Su rol se concentra inicialmente a las actividades de intermediación sobrenatural, por lo que no se podría considerarlo todavía parte de un grupo económicamente privilegiado. Él puede ejercer su influencia en la ejecución de tareas colectivas, pero no se podría afirmar que él controla estas actividades.

La evidencia encontrada en Palanda sugiere que en la cuenca del Chinchipe imperaba ya un sistema de teocracia incipiente, donde el rol del intermediario lo ejercía probablemente el *yachag*, el sabio, el curandero, el brujo o como se le quiera llamar. Él oficiaba en su recinto y la gente acudía a él en casos de necesidad individual o colectiva. Por ello la infraestructura que él ocupaba se hacía con el aporte voluntario de todos. De alguna manera se podría calificar a este tipo de relaciones como un intercambio de servicios, un modo de redistribución social de los talentos, y a la larga, de la riqueza individual entre la colectividad. Los beneficios del prestigio de unos (reconocido por todos) se reparten luego entre todos.

Esta situación define bien las primeras manifestaciones de jerarquización social que forman parte de lo que Fried llama estratificación pre-estatal. (1974: 35; 1967: 224-226). El proceso paulatino que lleva a la complejidad social está en marcha en la alta Amazonía, las manifestaciones de Palanda son la antesala de los rasgos que aparecen poco tiempo después en la cuenca baja del Chinchipe, donde son más institucionalizadas dentro de los cánones del patrón andino (ver artículo de Olivera Núñez en este tomo).

Jerry Quilter y Terry Stocker afirman que el advenimiento de sociedades complejas en el Perú no fue el resultado simple de la adopción de plantas domesticadas o de la importancia de los recursos costaneros que le permitieron tener una estabilidad en la subsistencia, sino el contexto de la interacción social que les dio acceso a una variedad de roles y de recursos (Quilter y Stocker 1983). En la cuenca del Chinchipe se evidencia la existencia de un sistema de interacción a corta y larga distancia, que permitía el acceso regional a bienes y servicios. Estos aumentaban el prestigio de los *yachags* locales integrándolos a una red de pares que mantenían el orden social complementario entre lo natural y lo abstracto. En este sistema de interacción se refleja un sistema ideológico común, donde se expresaban conceptos sagrados en un lenguaje icnográfico metafórico. Los objetos de prestigio eran fabricados, detentados e intercambiados entre pares, para demostrar su pertenencia a un mismo orden cósmico. La interacción de un número de factores que favorecieron la subsistencia y promovieron el intercambio de bienes e ideas, produjeron nuevas formas de integración social y política. Con el tiempo el nuevo orden se hizo presente en casi toda el área andina, pero su manifestación precoz en el Chinchipe habla de la fuerza de la alta Amazonía en este proceso.

Reconocimientos

El equipo de investigación de la parte alta de la cuenca del Chinchipe ha estado compuesto por Alexandra Yépez, Julio Hurtado, Geoffroy de Saulieu, Gaëtan Juillard, Jean Guffroy y el autor. Se deja constancia de gratitud a Laurence Billaut del UMR 208 (IRD/MNHN) por el excelente trabajo en muchas de las gráficas presentadas. De igual manera, al Prof. Jean Noel Barrandon (+) y al Dr. Bernard Gratuze del Institut de Recherche sur les Archéomatériaux (IRAMAT, UMR 5060), CNRS, Orléans, por su colaboración con la identificación mineral de varias muestras. Para Sonia Zarrillo un reconocimiento especial por su perseverancia y ánimo de abrir nuevos horizontes en el campo de la investigación científica en nuestro medio. En Ecuador se agradece a los

Ministerios de Coordinación de Patrimonio y de Cultura por el apoyo institucional recibido, así como al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, socio del proyecto Zamora Chinchipe. Naturalmente un agradecimiento profundo va para las comunidades de Valladolid, Palanda y Zumba de la provincia de Zamora Chinchipe.

Referencias

Burger, Richard

1984 Archaeological Areas and Prehistoric Frontiers: The case of Formative Peru and Ecuador. In *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes*, ed. D. Browman *et al.*, p. 31-71, Bar International Series, 194, Oxford.

1995 *Chavin and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.

Bruhns, Karen O.

2003 Social and cultural development in the Ecuadorian highlands and eastern lowlands during the Formative. En *Archaeology of Formative Ecuador*, J. Scott. Raymond y Richard L. Burger eds., p. 125-174. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D. C.

Bush, Mark B., Dolores R. Piperno, y Paul A. Colinvaux

1989 A 6000 year history of Amazonian maize cultivation. *Nature* 340: 303-305.

Coe, Susan y Michael D. Coe

1996 *The True History of Chocolate,* Thames and Hudson, London.

Costa von Buchwald, Gustavo

2010 *Otto von Buchwald, sabio alemán en tierras ecuatorianas y peruanas. Siglos XIX-XX*, Poligráfica, Guayaquil.

Cummins, Tom

2003 Nature as Culture's Representation: A Change of Focus in Late Formative Iconography. En *Archaeology of Formative Ecuador*, J. S. Raymond y R. Burger eds., J. Quilter general editor, p. 423-464. Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington D. C.

Descola, Philippe

1988 *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los achuar*, Abya-Yala, IFEA, Travaux de l'IFEA T XXX, Quito.

Fried, Morton H.
1967 *The Evolution of Political Society*, Random House, New York.
1974 On the Evolution of Social Stratification and the State. In *The Rise and Fall of Civilizations: Modern Archaeological Approaches to Ancient Cultures; Selected Readings.* C. C. Lamberg-Karlovsky y Jeremy A. Sabloff, eds. p. 26-40. Menlo Park, Cummings.

Grieder, Terrence, Alberto Bueno M., Earle Smith Jr. y Robert Malina
1988 *La Galgada, Peru. A Preceramic Culture in Transition*, University of Texas Press, Austin.

Guffroy, Jean
1987 La Periode Formative. In *Loja Préhispanique, Recherches Archéologiques dans les Andes Méridionales de l'Equateur*, edited by Jean Guffroy, p. 61-139. Editions Recherches sur les Civilisations, Paris.
2004 *Catamayo Precolombino: Investigaciones arqueológicas en la provincia de Loja (Ecuador)*. UTPL, IRD, IFEA, Loja.
2006 El Horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales. *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines* 35 (3): 347-359.

Guffroy, Jean y Francisco Valdez
2001 Resultados de la etapa de reconocimiento (1999-2000) y proyecto de investigación arqueológica (2001-2004) en la provincia de Zamora Chinchipe, 15 p. Quito: Convenio INPC/IRD (manuscrito.)

Lathrap, Donald
1973 The Antiquity and Importance of Long-Distance Trade Relationships in the Moist Trop-ics of Pre-Columbian South America. *World Archaeology* 5: 170-186.

Lara, Catherine
2010 *Investigación arqueológica en el área concerniente al eje noreste-sureste del yacimiento Santa Ana-La Florida: Proyecto "investigación del sitio Palanda"*, Informe final, INPC.
2011 Hacia un afinamiento de la secuencia cronológica Mayo Chinchipe: Resultados de la temporada de excavaciones 2010 en Santa Ana-La Florida (cantón Palanda, Zamora Chinchipe, Ecuador, *Evidencia Ancestral* 3: 66-71.

López Austin, Alfredo y Luis Millones
2008 Dioses del Norte, Dioses del Sur. Religiones y cosmovisión en Mesoamérica y los Andes, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Lumbreras, Luis
1981 *Arqueología de la América Andina*, Editorial Milla-Batres, Lima.

Martin, Alexander
2001 La dinámica del intercambio precolombino de *Spondylus* a lo largo de la costa pacífica central de Sudamérica (Perú, Ecuador), Tesis de Maestría, Florida Atlantic University.

Marcos, Jorge G.
1977/78 Cruising to Acapulco and Back with the Thorny Oyster Set. *Journal of the Steward Anthropological Society* 9(182): 99-133.
1985 El "Mullu" (*Spondylus Princeps*) Alimento de los dioses andinos. En *Actas del Seminario sobre la situación de la investigación de las culturas indígenas de los Andes septrionales.* p. 111-115, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.
1995 El Mullo y el Pututo: La articulación de la ideología y el tráfico a larga distancia en la formación del Estado huancavilca. En *Primer Encuentro de Investigadores de la Costa Ecuatoriana en Europa.* Silvia G. Álvarez, Aurelio Álvarez, Carmen Fauria y Jorge G. Marcos, eds. p. 97-142, Abya-Yala, Quito.

Meggers, Betty J.
1954 Environmental limitations on the development of culture. American Anthropologist 56: 801-824.
1971 *Amazonia: Man and Culture in a Counterfeit Paradise,* Aldine-Atherton Inc., Chicago.

Motamayor Juan C., A. M. Risterucci, P. A. López, C. F. Ortiz, A. Moreno y C. Lanaud
2002 Cacao Domestication I: the origin of the cacao cultivated by the Mayas, *Heridity* 89: 380-386.

Powis, Terry G., W. Jeffrey Hurst, María del Carmen Rodríguez, Ponciano Ortiz C., Michael Blake, David Cheetham, Michael D. Coe y John G. Hodgson
2007 Oldest chocolate in the New World. *Antiquity* 81 (314).

Powis, Terry G., Ann Cyphers, Nilesh W. Gaikwad, Louis Grivetti, y Kong Cheong
2011 Cacao use and the San Lorenzo Olmec. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 108: 8595-8600.

Quilter, Jeffrey y Terry Stocker
1983 Subsistence Economies and the Origins of Andean Complex Societies: *American Anthropologist* Vol. 85, N.º 3: 545-562.

Rojas Ponce, Pedro
1985 La Huaca Huayurco, Jaén. En *Historia de Cajamarca, Vol. 1, Arqueología*, compilado por F. Silva Santiesteban *et al.*, Instituto Nacional de Cultura, p. 181-186. Cajamarca.

Rowe, John H.
1967 Form and Meaning in Chavin Art. In *Peruvian Archaeology. Selected Readings,* J. Rowe y D. Menzel eds., p. 72-103, Peek Publications, Palo Alto.

Spielmann, Katherine A.
2002 Feasting, Craft Specialization, and the Ritual Mode of Production in Small-Scale Societies, *American Anthropologist* Vol. 104, N.º 1: 195-207.

Taylor, Anne Christine
1988 Las vertientes orientales de los Andes septentrionales: de los bracamoros a los quijos. En *Al este de los Andes. Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII,* eds. F. M. Renard-Casevitz, Th. Saignes y A. C. Taylor, Tomo II, Abya Yala – IFEA, Quito.

Valdez, Francisco
2007a El Formativo temprano y medio en Zamora Chinchipe, en *Reconocimiento y excavaciones en el sur andino del Ecuador*. (D. Collier y J. Murra), Malo, B. ed, p. 425-465, Casa de la Cultura núcleo Azuay, Cuenca.

2007b Un Formativo insospechado en la ceja de selva: El Complejo Cultural Mayo Chinchipe, en *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década: Aportes, retos y nuevos temas*, García, F., p. 549-576, FLACSO, Quito.

2007c Mayo Chinchipe : une porte ouverte, en *Equateur. L'Art Secret de l'Equateur Precolombien*, D. Klein et I. Cruz eds., 5 Continentes, p. 321-349, Milano.

2008 Inter-zonal relationships in Ecuador. En *Handbook of South American Archaeology,* Silverman, Helaine, y William Isbell, eds., p. 865-888, Springer, New York.

2009a Arqueología en la cuenca Mayo Chinchipe, En *Antiguas Civilizaciones en la frontera de Ecuador y* Perú, *una propuesta binacional para la integración andina*, Olivera, Q. ed. Can-AAMS, p. 19-23, Lima.

2009b *Informe final de la intervención arqueológica asociada con la ejecución de los programas de emergencia patrimonial efectuados por la Unidad*

de Gestión del Ministerio Coordinador de Patrimonio Natural y Cultural en el yacimiento Santa Ana-La Florida, Palanda, Zamora Chinchipe, presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, p. 125, Quito.

2010a Uso social de la arqueología en el sitio Santa Ana-La Florida, cantón Palanda, *Encuentro Arqueólogos del norte del Perú y del sur del Ecuador*, Universidad de Cuenca: 23-46, Cuenca.

2010b *Informe final de los trabajos arqueológicos en el yacimiento Santa Ana-La Florida, en Investigación y puesta en valor de los recursos patrimoniales en la frontera sur: Palanda, Zamora Chinchipe*. Proyecto UTPL / IRD / Ministerio de Cultura, presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, p. 145, Quito.

2011a La cerámica Mayo Chinchipe, el Formativo temprano de la ceja de selva oriental. III Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana, Ecuador, territorio de contacto y convergencias: resignificaciones del pasado y el presente, *Revista Nacional de Cultura* 15-16, tomo III: 685-705.

2011b *Informe Técnico de Labores 2010-2011, Proyecto Zamora Chinchipe*, presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, p. 251, Quito.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez

2005 Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes. *C. R. Paleovol* 4: 369–374.

Weber, Max

1958 *From Max Weber: Essays in Sociology*. H. H. Gerth y C. Wright Mills, eds., Oxford University Press, New York.

Webster, David L.

1976 On Theocracies, *American Anthropologist* Vol. 78, N.º 4: 812-828.

Woodburn, James

1982 Egalitarian Societies, *Man* Vol. 17, N.º 3 : 431-451

Wolf, Eric R.

1959 *Sons of the Shaking Earth*. University of Chicago Press, Chicago.

Zarrillo, Sonia

2012 Human Adaptation, Food Production, and Cultural Interaction during the Formative Period in Highland Ecuador. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Calgary. Alberta.

Figura 1
Ubicación geográfica de la cuenca binacional Mayo Chinchipe

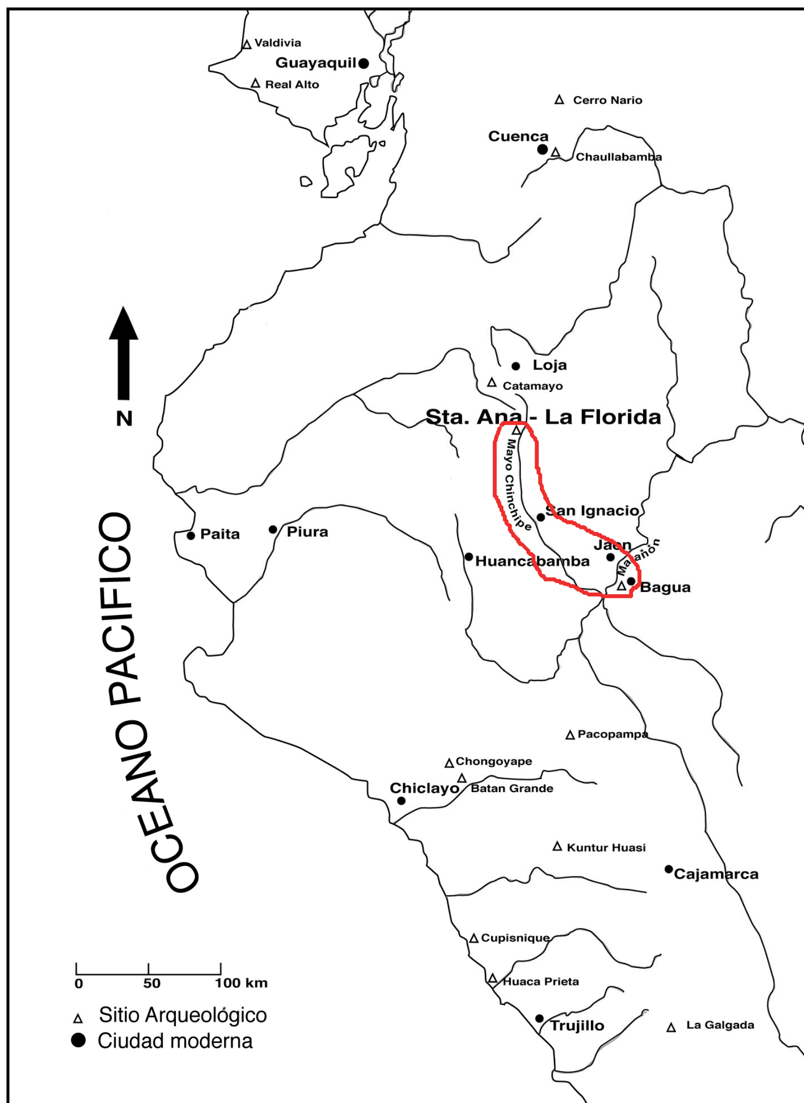


Figura 2
Yacimiento Santa Ana-La Florida, Palanda-Ecuador

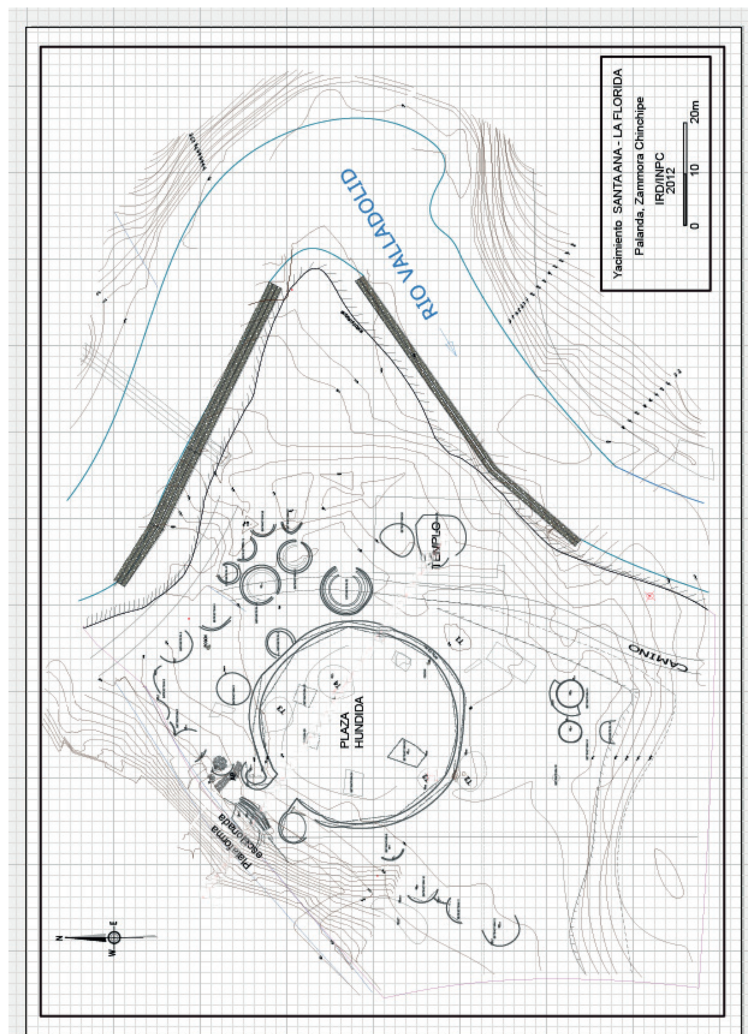


Figura 3
Plataforma artificial construida sobre la margen del rio
En su cima se levantó un templo



Figura 4
Ofrendas enterradas en el fondo de una hoguera central ubicada al interior del templo



Figura 5
Mortero lítico que representa una mazorca de cacao



Figura 6
Fechas C-14 que ubican la ocupación del sitio a través del tiempo

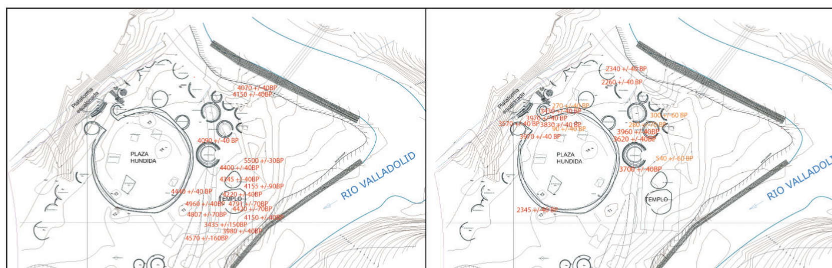


Figura 7
Botella de asa de estribo con la representación de la concha *Spondylus* de la que emerge la efigie doble de un ser humano



Figura 8
Sistema constructivo con muros de contención y contramuros dispuestos para asegurar la nivelación del terreno decreciente



Figura 9
Botellas de asa de estribo de formas naturales y geométricas
Las centrales son fitomorfas



Figura 10
Recipiente cerámico con la efigie de un mascador de coca



Figura 11
Cuencos de piedra de la región de Jaén,
con iconografía característica Mayo Chinchipe



Figura 12
Cuenco de piedra pulida, grabado con figuras icónicas panandinas
El motivo de la serpiente y aves de rapiña aparece igualmente en textiles
del sitio La Galgada de la costa norte del Perú (recuadro de la esquina inferior)



Figura 13
Iconografía compleja grabada sobre un cuenco de piedra
Se aprecian las triadas míticas del bosque tropical y del altiplano andino



Figura 14
Imagen del desdoblamiento simétrico de un felino, producido por la técnica de la proyección al espejo



Evidencias del cultivo de maíz
y de otras plantas en la ceja de selva oriental ecuatoriana

Sonia Zarrillo[1] *y Francisco Valdez*[2]

Resumen

El Periodo Formativo en el Ecuador ha sido tradicionalmente estudiado desde la óptica de la costa –desde donde el modo de vida sedentario y agrícola se extendió hacia las tierras altas. Nuevas investigaciones efectuadas en el sitio Santa Ana-La Florida (SALF), ubicado en la vertiente oriental de los Andes ha permitido la recuperación de gránulos de almidón de varias plantas (incluyendo maíz) del interior de varios recipientes. Estos resultados sugieren la necesidad de un replanteamiento de la opinión tradicional sobre los estímulos que conllevan al proceso de la complejidad social en los Andes ecuatorianos. Por otro lado, se suscita nuevamente el interés sobre las teorías más antiguas de la expansión cultural (o de su influencia) de las culturas del bosque tropical amazónico y de las rutas de trasmisión del cultivo del maíz en América del Sur.

Introducción

En el noroeste de Sudamérica, el periodo en que la vida aldeana inicia la producción de alimentos y se comienza a utilizar la alfarería es

1 Universidad de Calgary, Calgary, Canadá
2 UMR 208 PALOC, Institute de Recherche pour le Développment (convenio IRD/INPC) Quito, Ecuador

conocido como el Formativo temprano (Tabla 1). Este proceso arranca en la costa (*ca.* 4000 a. C.), y progresivamente avanza hacia la sierra donde las aldeas permanentes, con producción de cerámica y de alimentos, aparecen hacia el final del Periodo Formativo medio y tardío. En comparación al conocimiento que tenemos del Formativo en la Costa, el de la Sierra y el de la Amazonía son pobremente comprendidos. La evidencia actual indica que durante este tiempo temprano las tierras bajas costeras estuvieron densamente pobladas y exhibieron una complejidad social mayor que en la Sierra. Por esto se supone que el proceso se inició en la Costa y se asume que el sedentarismo, la complejidad sociopolítica, y el desarrollo de un sistema agrícola, donde el maíz era preeminente, se dieron luego únicamente en la Sierra. Allí su uso habría sido estimulado por contacto con los pueblos costeños del Ecuador.

La evidencia actual sugiere que en la Sierra, las aldeas permanentes agro-alfareras no aparecen hasta el tiempo correspondiente al Formativo tardío costero, *ca.* 1300-1200 cal a. C. (Bruhns, 2003: 131-132), es decir, que hay un vacío de casi 3000 años en el Desarrollo Regional.

Tabla 1
Cronología del Periodo Formativo de las tierras bajas costeras del Ecuador

Subperiodo	Manifestación cultural	Lapso (cal a. C.)
Formativo temprano	Valdivia	4400-1450
Formativo medio	Machalilla	1430-830
Formativo tardío	Chorrera	1300-300

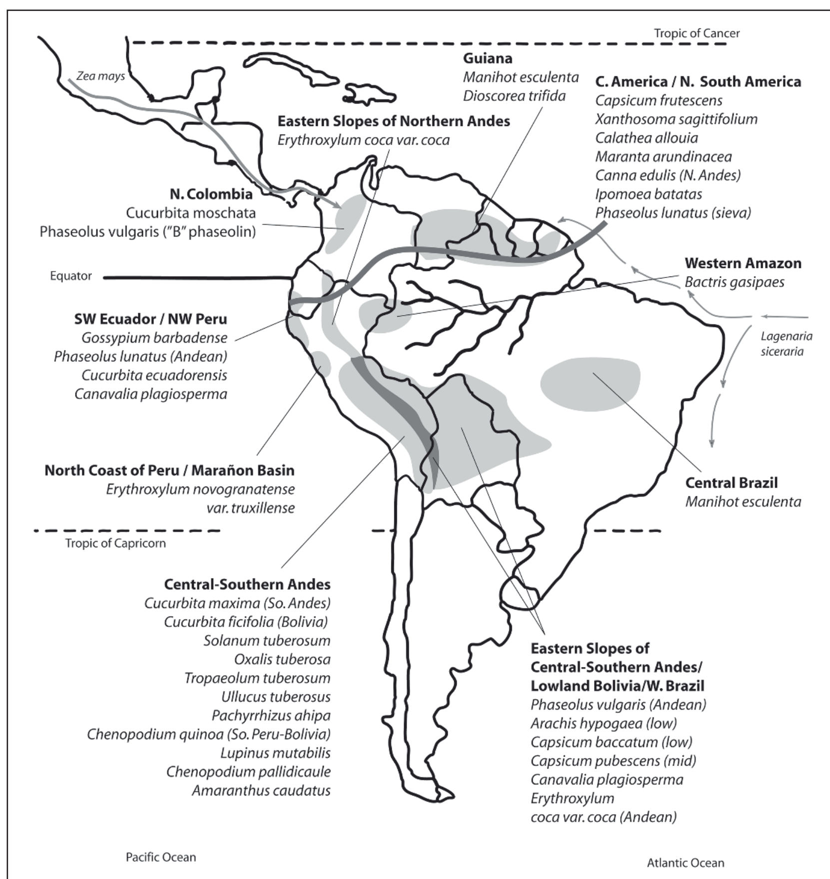
Tomado de Zeidler (2008: 460).

Mientras que el maíz fue probablemente muy importante en el pasado, como lo es en el presente, hay poca evidencia que lo fundamente; o que su introducción vino desde la costa y peor aún que formó la base de las economías serranas o amazónicas. Zeidler (2008: 471) anota que este estado de conocimientos, probablemente se deben más a la disparidad de la investigación arqueológica en las tres regiones, que a la realidad histórica.

La Costa

La evidencia de los sitios del Formativo temprano en la Costa muestra que la subsistencia basada en las plantas se sustentaba ampliamente en el maíz y en varios otros cultivos del bosque tropical, así como en la recolección (o la gestión de árboles) frutal y de otros recursos vegetales silvestres (Pearsall 2003, 2008). Es importante señalar, que muchas de las plantas alimenticias utilizadas en los sitios del Formativo de la Costa tienen su origen de domesticación en el Oriente (Figura 1) en la cuenca amazónica y en trópicos de baja a mediana elevación y que tienen diferencias estacionales de humedad-sequía (Piperno y Pearsall 1998; Pearsall 2008), incluyendo la yuca o mandioca (*Manihot esculenta*), el ají (*Capsicum* spp.), lleren (*Calathea allouia*), la papa china "arrowroot" (*Maranta arundinacea*), el camote (*Ipomoea batatas*) y la achira (*Canna edulis*) (Pearsall 2003).

Figura 1
Áreas de origen de las plantas domesticadas de Sudamérica

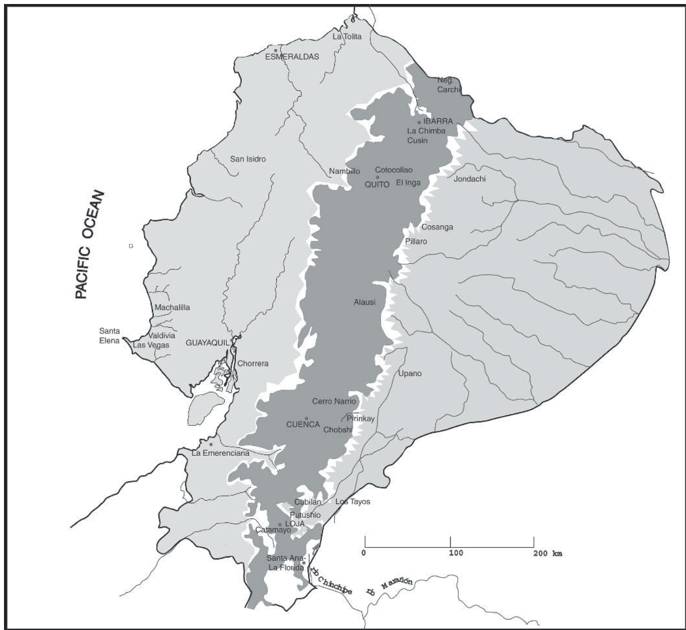


Tomado de Pearsall (2008: 106)

Mientras que estos cultivos, con excepción de la achira, no están adaptados para el cultivo en la Sierra, ellos debieron haber sido transportados desde las tierras bajas de la Amazonía, pasando a través de la Sierra, hacia la Costa después de su domesticación inicial. Este hecho innegable indica la presencia de una interacción regional amplia, muy temprana.

Piperno y Stothert (2003) han establecido qué variedades locales de Cucurbita (zapallos y calabazas) fueron probablemente domesticados en el suroeste ecuatoriano durante la ocupación precerámica de Las Vegas (Figura 2) que antecede a la cultura Vegas del Formativo temprano. Evidencia en forma de fitolitos, muestra que el maíz estaba siendo cultivado en el Ecuador durante el Arcaico –en La Vegas– hacia ≈ 5500 cal. a. C. (Piperno 2006; Piperno y Stothert 2003). Más aún, afirman que "la horticultura de Las Vegas preparó el camino para la intensificación de la agricultura basada en los principales alimentos de semilla o de raíz durante el periodo Valdivia de cerámica temprana", esta posición ha sido igualmente sostenida por otros (Zarrillo *et al.* 2008). Así, ¿fue la Sierra ecuatoriana solo un obstáculo que debía ser atravesado, tan rápidamente como fuese posible, por grupos que buscaban ambientes similares en la costa?

Figura 2
Mapa general de sitios arqueológicos del Ecuador



Tomado de Valdez (2008: 879).

Si Las Vegas es el antecedente de Valdivia, contactos culturales debieron haber sido mantenidos entre la Costa y la Amazonía durante varios milenios, como para que las plantas del bosque tropical hayan sido introducidos durante el Formativo temprano, una vez que hubiesen sido domesticados en las tierras bajas amazónicas y sus márgenes. En consecuencia, ¿qué rol jugaron las poblaciones de la Sierra en esta interacción cultural de largo alcance?

La Sierra

En lo que respecta a las plantas domesticadas, dada la información botánica limitada que se tiene, el maíz está inmediatamente presente en las aldeas del Formativo tardío serrano, a la vez que un grupo de domesticados andinos tales como la papa (*Solanum tuberosum*), la oca (*Oxalis tuberosa*), la quinoa (*Chenopodium quinoa*) y el chocho/tarwi (*Lupinus mutabilis*) (Pearsall 2003). El aparecimiento abrupto de cultivos, cuyos orígenes de domesticación se encuentran en la Sierra y que no están presentes en los sitios del Formativo costero, sugieren que las plantas domesticadas andinas eran ya cultivadas desde antes que el Periodo Formativo se inicie en la sierra. Esto se daría independientemente del hecho de que la domesticación original haya ocurrido originalmente en los Andes centrales. El antiguo sistema agrícola andino es un sistema único que utilizó zonas ecológicas de distintas elevaciones y debe ser estudiado y comprendido por derecho propio. Este sistema estuvo altamente cargado en alimentos ricos en carbohidratos y por ello podía sostener convenientemente a sus poblaciones. Se trata de un sistema único que utiliza zonas ecológicas de distintas elevaciones (e. g., Hastorf 1993: 26-27). Es interesante que la achira, que estuvo también presente en Real Alto durante el Formativo tardío (Pearsall, 2003: 218-219), esté presente en el sitio Cotocollao de la Sierra norte (Villalba, 1988: 344). ¿Acaso fue posible que la achira haya sido transportada a través de la Sierra (y sea cultivada allí) hacia los sitios costeros del Formativo temprano, solo para reaparecer en la sierra durante el Periodo Formativo tardío en Cotocollao?

La investigación doctoral ejecutada por Zarrillo (2012) se enfocó en estos vacíos del conocimiento y se esforzó en comprender el lugar que tenían las plantas domesticadas andinas antes del Formativo tardío en la Sierra. Las principales preguntas que se abordaron en la investigación fueron ¿cuándo fue introducido el maíz? y ¿desde dónde? Si las plantas serranas domésticas (con o sin maíz) están presentes en sitios contemporáneos de la Costa, entonces no se puede asumir que la transición hacia el sedentarismo y los modos de vida agrícola fueron estimulados por contactos con el litoral ecuatoriano. En efecto, la producción alimenticia pudo haber sido desarrollada independientemente en la Sierra, o pudo también haber recibido estímulos desde las tierras bajas amazónicas. A pesar de que esta investigación se enfocó en varios sitios de la Sierra norte y sur, en este trabajo se presentará la evidencia de un sitio ubicado en Palanda, sobre la vertiente oriental de la sierra sur andina del Ecuador: Santa Ana-La Florida (Figura 2 mapa).

La Sierra del sur del Ecuador y del norte del Perú ha sido considerada desde hace mucho tiempo como un área privilegiada para el paso de rutas de comercio regionales, en vista de que la cordillera presenta la menor elevación en toda su extensión (Braun 1982; Lathrap 1975; Valdez 2008), por ello los sitios en esta región deberían proveer información vital sobre la direccionalidad y las interacciones culturales entre la tierras bajas de la Amazonía, la sierra y la costa. La investigación botánica aquí es importante ya que permite la identificación de plantas domésticas contemporáneas con los sitios del Formativo temprano costeño, siendo indicativo de una posible ruta de dispersión desde las tierras bajas de la Amazonía tanto hacia la Sierra como a la Costa.

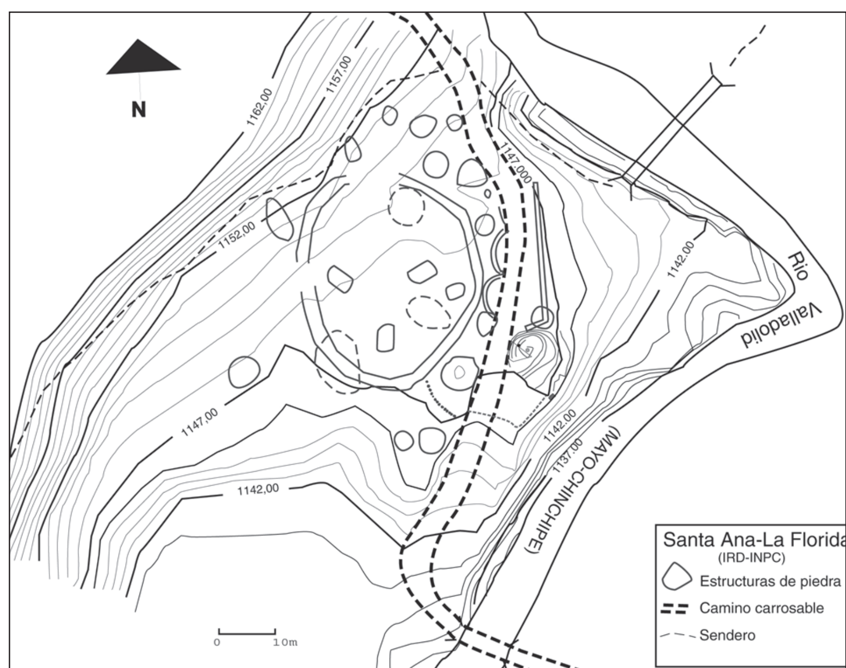
Santa Ana-La Florida

La prospección regional de la vertiente oriental de la ceja de selva de la provincia de Zamora Chinchipe (Ecuador) ha identificado los restos arqueológicos de una sociedad previamente desconocida, que se asentó en cuenca hidrográfica del Mayo Chinchipe (Valdez *et al.* 2005). La cuenca alta del sistema Chinchipe-Marañón baja desde los 3000 m

hasta los 400 m s. n. m. sobre el nivel del mar, cubriendo una gran variedad de nichos ecológicos, donde el bosque nublado domina. La prospección regional encontró ocupaciones en varias localidades, siendo la más importante el yacimiento Santa Ana-La Florida (SALF).

Esta localidad ocupa un área de más de 1 ha sobre una terraza fluvial, que se levanta en la margen occidental del río Valladolid, una de las cabeceras de la cuenca del Chinchipe (Figura 3). El sitio ha sido parcialmente explorado y el patrón arquitectónico descubierto muestra el modelo general de una pequeña aldea agrupada alrededor de una plaza circular hundida. Excavaciones preliminares han demostrado la presencia en el sitio de por lo menos tres ocupaciones que se suceden en el tiempo (Valdez, 2008).

Figura 3
Plano del sitio Santa Ana-La Florida



El extremo sureste del sitio fue saqueado en el verano del 2003, donde se destruyó parcialmente una importante franja de la terraza que se levanta sobre el río. En el proceso de limpieza de los escombros se hizo evidente que esta parte del sitio había sido transformada artificialmente en el pasado. La gradiente de la margen del río había sido rellenada y era contenida por una serie de muros y contramuros que reforzaban una pared elevada sobre el acantilado del río. El espacio construido y aplanado artificialmente cubrió un área de más de 800 m^2. Excavaciones de rescate en el lado oriental de la antigua terraza demostraron que la parte no afectada de este extremo del sitio contenía por lo menos dos estructuras intactas, ambas muy ricas en información. Una de ellas fue una estructura elipsoidal (de más de 12 m de largo) que parece haber sido el asiento de actividades ceremoniales (Figura 3).

En el interior de esta estructura apareció una hoguera circular conformada por piedras dispuestas en círculo y que se extendían a manera de un espiral. En el interior de la hoguera se encontraron varias ofrendas: un cuenco de piedra pulida, dispuesto bocabajo cubriendo dos mascarones de piedra verde y varios centenares de cuentas de turquesa. A un 1 m hacia el oeste de la hoguera central apareció la entrada a una tumba de pozo. El piso que cubría el contorno de la hoguera había sido consolidado con una capa gruesa de suelo de arcilla quemada, por lo que la entrada a la tumba estaba sellada. Al fondo del pozo apareció una cámara funeraria donde se guardaban los restos mal conservados de probablemente dos individuos (Figura 4, plano tumba).

Las ofrendas compuestas por bienes suntuarios incluyeron seis recipientes cerámicos (entre los cuales había cuatro botellas de asa de estribo con cuerpos de distintas formas), tres cuencos de piedra pulida, centenares de cuentas de turquesa y malaquita, ornamentos y pendientes de piedra verde. No obstante, uno de los hallazgos más interesantes fue la presencia de por lo menos tres fragmentos de un caracol marino del género *Strombus*, que habían sido colocados cerca de los individuos. Otras tres tumbas, más sencillas, fueron encontradas en el lado oriental de la terraza construida y nivelada, sugiriendo que toda la porción artifi-

cial del sitio había sido utilizada como cementerio de elite (Ver artículo de Valdez en este tomo).

La mayor novedad de esta nueva cultura no es la calidad de sus artesanías, o las interacciones a larga distancia que explica la presencia de conchas marinas del Pacífico en la vertiente oriental de los Andes, sino la edad considerable de estos depósitos. La esfera cultural Mayo Chinchipe comenzó alrededor de 5000 AP (edad calibrada) y como sé presentará aquí, tuvo contacto con sociedades formativas, contemporáneas de la costa del Pacífico. Varias fechas de C-14 han sido obtenidas de los depósitos de carbón vegetal: el centro de la hoguera central, los pisos quemados y varios otros depósitos cerrados, dispersos a lo largo del sitio.

Análisis paleobotánico

Treinta y un muestras de varios contextos han sido analizadas para buscar restos macro y microbotánicos. Inicialmente el enfoque principal se dio en muestras procedentes de la tumba, ya que provenían de contextos cerrados con fechas tempranas especialmente seguras. De estas, se mencionaran solo algunas que hoy tienen una importancia muy particular en el tema de este trabajo: dos botellas de asa de estribo; un cuenco inciso de piedra roja, procedentes de la tumba de pozo; y varios fragmentos de recipientes de cocina provenientes de otros contextos. La tumba de pozo tiene dos fechamientos que la sitúan en el Formativo temprano-medio (Beta-214742: 3700 ± 60 BP cal. 2 sigmas 2450 a 2040 a. C. y Beta- 197176: 3700 ± 40 BP cal. 2 sigmas 2270 a 2260 a. C.)

Metodología

Por razones prácticas no era posible obtener muestras directamente del interior de los recipientes, por lo que se dio un tratamiento especial a las botellas de asa de estribo para tener acceso a su interior. Es importante mencionar que ninguna de las dos botellas había sido lava-

da y mantenían sus contenidos sellados. Estos habrían probablemente sufrido cambios desde que habían sido enterrados, pero ninguno desde que fueron recuperados en excavación. Para tomar las muestras, inicialmente se metió agua destilada al interior de las botellas, se las batió y luego se recuperó el contenido vertiendo el agua para el análisis. Esto se hizo para desprender el sedimento que pudo haber sido introducido en las botellas durante su permanencia en el subsuelo. Luego, se añadió más agua y se las dejó remojar durante una noche entera. Al día siguiente se introdujo cada botella en un aparato de ultrasonido (método de sonificación) durante 15 minutos, con el agua destilada aún en su interior, para así desalojar cualquier resto microbotánico de las superficies interiores (Figura 5a). Las muestras de agua con diversos residuos colectados de esta manera resultan ser una buena representación del contenido y del uso de las botellas, pues por la vibración del ultrasonido la recolección de partículas va más al interior de las paredes del recipiente mismo. El cuenco de piedra roja fue también muestreado por sonificación en un contenedor estéril, lleno de agua destilada (Figura 5b). Finalmente, se tomaron otras muestras del interior de las paredes de los tiestos de cocina, que incluyeron restos del sedimento y materia orgánica que aún estaba adherido (Figura 5c). Estas muestras representan los probables residuos de cocción de la superficie interior del recipiente.

Resultados

Las muestras del enjuague interior (CR-50) de la botella de asa de estribo, con efigies humanas, contenía abundantes gránulos de almidón, incluyendo maíz, ají, posiblemente cacao y otros tubérculos aún no identificados. La Figura 6 muestra los diferentes gránulos de almidón identificado. En la muestra sonificada del interior (CR-51) que se recuperaron gránulos de almidón de: maíz y de por lo menos otros dos tubérculos/raíces.

Se llama la atención a la presencia de partículas carbonizadas que estaban adheridas al recipiente, ya que se piensa que esto indica que algún sedimento estaba presente en el interior de la botella, y se estima

que estos se introdujeron al interior del recipiente cuando estaba dentro de la tumba. A pesar de que había poco carbón en la muestra sonificada, se analizaron algunas partículas presentes, ya que como se ha dicho estas pueden ampliar las posibilidades de encontrar almidón, pero pueden representar un problema al afirmar que el almidón perteneció al uso de la botella. Resulta claro que una parte del sedimento que estaba presente en el interior de la botella, era parte de lo que contenía el subsuelo y no era propiamente lo que contenían a botella. No obstante, los almidones encontrados son representativos del sedimento de relleno de la tumba; por lo que indican que el maíz y varias otras raíces y tubérculos estaban presentes en el sitio SALF. La muestra del interior del enjuague de la botella (CR-52) que tiene la forma de una cámara de neumático contenía almidón de maíz, al igual que la muestra sonificada procedente del interior (CR-53). Es interesante señalar que ninguna de las muestras colectadas de esta botella tuvo una cantidad significativa de pintas de carbón, por lo que se asume que la orientación en que se encontraba el recipiente en el depósito puede haber afectado su contenido. La inclinación de la boca puede haber influido en el hecho de que entren partículas foráneas al interior de las botellas.

La muestra del residuo del cuenco de piedra rojo (STR-52) contenía almidón de maíz, al igual que polen de una especie de árbol conífero (Figura 7a). En Ecuador la única posibilidad de encontrar una planta siempre verde pertenece a la familia de los Podocarpaceae, con solo dos especies nativas en Ecuador y al norte del Perú. Este hecho reduce ampliamente las posibilidades de error, por lo que la comparación con las fotos de las especies chilenas sugiere que por lo menos una de las dos especies de *podocarpus* ecuatoriano corresponde a la identidad del polen arqueológico. Al contrario de los árboles coníferos, el polen del *podocarpus* no se dispersa muy lejos, a pesar de su forma de "bolsa con alas", y esto indica que uno o ambas especies del *podocarpus* estarán presentes en el área inmediata de sitio.

Finalmente, los residuos del interior de los tiestos cerámicos dieron una muestra (CR-57) que contenía también almidón de maíz. La presencia de maíz al interior de un recipiente de cocina indica que este

tuvo una función notable tanto en la alimentación, como en las funciones de orden más ceremonial o sagrado en la sociedad Mayo Chinchipe.

Se encontraron igualmente esporas de trilete, que probablemente pertenecen al helecho arborescente *Dicksonia sellowiana* (Figura 7b), que se cría en América Central y Sudamérica entre 1000 y 2000 m de altura, lo que está perfectamente adecuado con ubicación del sitio. La identificación tentativa se basó en el examen de fotografías y descripciones de esporas de trilete de unos 140 helechos y aliados de helechos de Colombia (se carece de referencias para Ecuador) lo que representó 33 géneros de helechos (112 especies), 19 especies de *Lycopodium* y 7 especies de *Selaginella* (Murillo y Bless 1974). Estas esporas, aunque son indicativas del medio ambiente local, probablemente no fueron introducidas intencionalmente en el recipiente cerámico, sino que estuvieron presentes en el agua utilizada para la cocción. Las corrientes y arroyos que bajan desde las montañas boscosas probablemente transportaban regularmente el polen de los bosques más altos.

Se requiere aún mucho trabajo con las muestras obtenidas de SALF, y esto continúa actualmente en el laboratorio. Primero, es importante identificar el almidón de las raíces que se han recuperado y determinar si estas corresponden a especies de altura o de tierras bajas. A pesar de que se tiene una buena idea de que variedad de raíces se trata, no se tiene aún una colección de referencia lo suficientemente amplia como para identificarlas con toda certeza en este momento. La colección que se está formando en el campo servirá próximamente para este efecto.

Del análisis de las plaquetas con almidón se ha podido determinar igualmente que la preservación de fitolítos es buena en el sitio, por lo que habrá que preparar y procesar nuevas muestras para recuperar y analizarlos. Por último, se piensa que la excelente preservación de polen, esporas, fitolítos y almidones sea la consecuencia del microambiente propio de los depósitos funerarios de los que proceden las muestras. Por ello habrá que continuar el análisis palinológico en otras partes del sitio para así completar y complementar los datos provenientes del almidón y de los fitolítos recuperados.

Cacao y otras especies

Además de maíz, gránulos de almidón de Dioscórea: ñame o papa china (una variedad de camote), y yuca han sido también encontrados en los residuos extraídos de varios tiestos de recipientes de cocción provenientes del sitio. Estos resultados pueden ser considerados normales, por la ubicación del yacimiento. Pero lo que más sorprende en la evidencia recuperada fue el uso posible de cacao en Palanda. Montemayor, un genetista especializado en el cacao, ha propuesto que el árbol de esta fruta fue domesticado originalmente en el bosque amazónico, en una zona ubicada entre el suroriente ecuatoriano y el nororiente peruano (Motamayor *et al.* 2002). Luego la planta se dispersó, por la acción humana, hacia América Central y México, donde el chocolate se convirtió en un sujeto ritual muy importante.

Más interesante todavía es que se han encontrado gránulos de almidón, comparables con el almidón que se encuentra en las almendras de cacao, en el interior de recipientes y adheridos a los residuos cerámicos provenientes de basurales del sitio SALF (Figura 6). Entre estos artefactos se destacan dos botellas de asa de estribo, de donde se retiraron muestras por la sonificación del interior de los recipientes. El hecho de que el almidón de cacao se encontró en las botellas es muy importante y sugestivo, ya que recipientes de asa de estribo fueron utilizados para servir y consumir bebidas de chocolate en Mesoamérica. Esto ha sido ya comprobado por los residuos de Teobromina encontrados en los recipientes de Mesoamérica. Empero hay que enfatizar el hecho de que el hallazgo del almidón de cacao en SALF es aún preliminar y necesita de mayor investigación para ser confirmado plenamente. Aunque esta investigación está en curso, hay cuatro puntos que son importantes a retener:

1. las botellas de asa de estribo encontradas en SALF son las más tempranas de toda América;
2. gránulos de almidón consistentes con cacao han sido encontrados en el interior de estos recipientes;

3. artefactos que representan mazorcas de cacao han sido encontrados en la región del yacimiento;
4. Santa Ana-La Florida está ubicada en la región donde Montemayor (2002) ha identificado el probable origen de la domesticación del cacao.

Finalmente, hay que señalar que se ha formado un grupo de estudio (Michael Blake, Sonia Zarrillo, Francisco Valdez y un equipo genetistas y científicos de la alimentación) que cuenta con fondos para ampliar lo iniciado y efectuar una investigación extensiva que permita seguir las huellas del origen y la dispersión del cacao en la alta Amazonía.

Discusión

La evidencia botánica que se maneja actualmente de la Sierra ha llegado a sugerir que la producción de alimentos y la complejidad sociopolítica fueron estimulados por contactos con los grupos de la Costa; sin embargo, también hay evidencia que sugiere que la producción de alimentos en la Sierra tiene una mayor antigüedad de lo que actualmente se conoce. La evidencia que se ha presentado en este trabajo sugiere que es posible que los estímulos para su desarrollo se hayan originado en la cuenca amazónica. Muchas de las plantas domesticadas en el Formativo temprano, encontradas en la Costa, debieron haber sido intencionalmente transportadas por el hombre, a través de la sierra, en una época muy temprana. A pesar de que no se conoce el rol que tuvo la población serrana durante el Arcaico, se puede pensar que esta no constituía un grupo de simples observadores de lo que pasaba en el camino y que participaron activamente en las rutas de interacción entre la Costa-Sierra y Oriente.

Desafortunadamente, no se conocen sitios del Arcaico en la Sierra y hace falta más investigación para que se pueda comprender la naturaleza de este periodo tan importante. La mayor parte de los sitios del Formativo de la Sierra pertenece al formativo tardío; y en los sitios donde se han realizado investigaciones botánicas, se han encontrado plan-

tas domesticadas muy tempranas de un origen andino. Como se dijo anteriormente, esto sugiere el desarrollo de la producción de alimentos dentro de un sistema agrícola andino, y no en un sistema agrícola de tierras bajas, que fuera transportado desde la costa. Era necesario un conocimiento de los requerimientos ecológicos necesarios para que las plantas andinas se den, esto implica que tuvieron una antigüedad mayor de cultivo y de uso de lo que antes se conocía. Aunque parecería que el maíz no estuvo presente en los sitios de la Sierra hasta el Formativo medio-tardío, es muy posible que el maíz fuera añadido a un sistema agrícola que estaba ya presente con plantas de la serranía andina.

Con relación a la antigüedad del maíz en la sierra, un núcleo perforado en el lago San Pablo demuestra la presencia de polen de maíz y maíz carbonizado en su base, fechada a 4000 antes del presente. Esto sugiere la presencia del maíz en la sierra con anterioridad al Formativo tardío. Lathrap (*et al.* 1975: 20-21) hipotetizó que el cultivo del maíz se dispersó hacia el sur, a través de los distintos grupos humanos desde el río Balsas de México, por las tierras bajas tropicales de Centroamérica y la base tropical de la vertiente oriental de los Andes y que desde aquí llegó hacia la Sierra y las regiones costaneras del Ecuador y Perú. Deborah Pearsall (1977/78: 44) también sugirió que el maíz temprano se dispersó hacia Sudamérica, a través de los pueblos agrícolas que cultivaban plantas para aprovechar de sus raíces. Estos grupos vivían en regiones de mediana y de baja altura, a lo largo de la vertiente oriental de los Andes. Otra posibilidad sugerida es que la dispersión se dio a través de los valles interandinos de bajas alturas. Un soporte para estas teorías viene de otra perforación de un núcleo hecho en el lago Ayauchi del sur de la Amazonía ecuatoriana, donde se encontró polen y fitolítos de maíz en un nivel que tenía una antigüedad de más de 5000 antes del presente (Bush *et al.* 1989). Por lo que se conoce, el maíz excavado en los sitios arqueológicos de la Sierra incluyen a Cotocollao perteneciente al Formativo tardío, al igual que Nueva Era y La Chimba, donde se encontró maíz en las fases media terminal y tardía del Formativo (Villalba 1988; Athens 1995; Pearsall 2003: 230-232).

Siendo este el caso, uno se pregunta ¿dónde entra la evidencia del sitio SALF en este cuadro? La presencia de restos de plantas domesticadas (especialmente maíz), cerámica depurada y una organización social compleja en el sitio SALF, que resulta ser contemporáneo con sitios del Formativo temprano de la Costa, levanta dudas sobre la direccionalidad de la introducción del maíz y de otros de los supuestos puntos culminantes del Formativo hacia la Sierra del Ecuador. Mientras que el maíz podría estar presente en épocas más tempranas en la Costa (probablemente ya en la época precerámica y al inicio del Formativo Temprano, su presencia en Santa Ana-La Florida sugiere que en la vertiente oriental de los Andes deben haber fechas más tempranas para la presencia del maíz, tal como sugirieron Lathrap y Pearsall.

Otra evidencia importante de la sofisticación de la cultura Mayo Chinchipe son las botellas de asa de estribo. Estas tienen vertederos tubulares largos con bordes ligeramente diseminados y anteceden con mucho a los otros ejemplares conocidos de las fases tardías de Valdivia y Machalilla en la Costa, o del Formativo tardío de la Sierra. De todas maneras las botellas de Palanda son también muy anteriores a las primeras botellas de asa de estribo del Perú –de la cultura Cupisnique– (Valdez 2008: 884). La iconografía presente en una de estas botellas habla de la importancia de la interacción transandina con la costa ecuatoriana. Se trata de la representación de un individuo con dos caras (transformación chamánica) que está emergiendo de una bivalva de *Spondylus.* La interacción con la costa también está atestiguada por la presencia de conchas marinas *Strombus* en contextos rituales de varios entierros en el sitio y a lo largo de la cuenca del Chinchipe. Los nuevos datos demuestran que la Costa no solo fue un donante de objetos de importancia ritual, tales como las conchas *Strombus* y *Spondylus,* pero que fue, además ,un receptor de productos de lujo provenientes de Mayo Chinchipe. Un ejemplo de esto son aquellos de un estilo tan particular como las botellas de asa de estribo. Evidencia clara de la complejidad social en Santa Ana-La Florida está demostrada por la calidad y por la rica variedad y cantidad de ofrendas funerarias. Estas indican, la presencia de una diferenciación de estatus en esta sociedad.

A más de los bienes funerarios de lujo, hay que subrayar la importancia de la iconografía que muestra la transformación humano-animal –vista en el cuenco de piedra rojo que contenía almidón de maíz–. Este recipiente sirvió quizás para la bebida ritual de una bebida similar a la chicha. Se sabe, además, que por lo menos una de las botellas de asa de estribo fue utilizada para almacenar y servir esta bebida de maíz. La iconografía que presenta otro objeto es igualmente interesante, pues muestra el consumo (masticación) de coca. Pero la función de este recipiente (una caja de *llipta*) está dada por su contenido: cal (carbonato de calcio) y residuos de hojas de coca.

Si se consideran todas estas evidencias, la presencia de una clase de elite, quizás un chamán-jefe, está implícita por el tratamiento especial que algún(os) individuos recibieron al momento de su muerte. De igual manera, otras evidencias indirectas de una cierta jerarquía son la iconografía compleja, los objetos asociados con la masticación ritual de la coca y el consumo de chicha (Valdez 2008: 880-881).

Conclusiones

Con la base de la evidencia de Santa Ana-La Florida, ya no se puede suponer que la Sierra ecuatoriana fue solo un receptor de innovaciones sociales, tecnológicas y económicas provenientes de la Costa. Es muy probable que los estímulos surgieran también de las tierras bajas de la Amazonía y de la vertiente oriental de los Andes. De hecho, se necesita desechar las falsas dicotomías y tratar de comprender a la Sierra como un medio ambiental único, con su propia trayectoria hacia la complejidad, que estuvo implicada en una esfera de interacciones panandina-amazónica.

Estas interacciones formaron, no solo la naturaleza del Formativo y de los periodos posteriores de la Sierra, sino también en la Costa. La investigación efectuada durante la disertación doctoral de Zarrillo ha contribuido al conocimiento de estos temas, pero la investigación futura requiere que se localicen y se investiguen sitios del periodo Arcaico en la

Sierra y en las ceja de montaña tanto en el occidente como en la vertiente oriental de los Andes. Lo que siempre es más fácil decir que hacer… Este trabajo es necesario para que se pueda tener una mejor comprensión del proceso real, es decir, de cómo y dónde comienzan los cultivos; del tipos de plantas que se cultivan, especialmente los tubérculos y las raíces (sean silvestres o domesticadas); y los cambios en las formaciones sociales e interacciones culturales que se dan a través del tiempo.

En la década de los años cincuenta se descubrieron sitios aldeanos tempranos en el suroccidente del Ecuador, estos resultaron ser anteriores a las localidades donde se dieron desarrollos similares en México y en Perú (los crisoles de las civilizaciones posteriores). En ese entonces se invocaron modelos difusionistas para explicar el surgimiento precoz de la complejidad social encontrada (e. g. Estrada y Meggers 1961; Estrada, Evans y Meggers 1965; Meggers y Evans 1969; Meggers 1966). A pesar de que los modelos de los orígenes transoceánicos de la cerámica y la difusión cultural externa por migraciones directas han sido ampliamente abandonados, las ideas alternativas de Lathrap para explicar el surgimiento de la complejidad social del Periodo Formativo temprano de la Costa del Ecuador todavía no pueden ser descontadas (Lathrap 1970). Este autor sostenía que la explicación de este fenómeno se encontraba al este de los Andes, en la cuenca amazónica (para una discusión más extensa ver Piperno y Pearsall 1998).

Para poder comprender enteramente el desarrollo que ocurre en la Costa, tanto en el periodo precerámico como en el Formativo, hay que abandonar la visión miope que pone a la Sierra como una simple región receptora en las épocas tardías y que no estuvo involucrada en interacción trasandina del Formativo temprano. En realidad la Sierra debió haber sido muy activa en el desarrollo de los procesos desde épocas tempranas. Hay que comenzar a determinar las variaciones regionales de la base económica de la sierra durante el Arcaico y el Formativo, pues al hacer esto se tratará de comprender los cambios económicos, los estímulos y el surgimiento de la complejidad cultural. Se comprenderá, además, la naturaleza de las esferas de interacción, no solo en el Ecuador, sino en un contexto andino más amplio.

La región andina provee un capítulo excepcional e importante en el curso de la historia humana, pues es la única área de altura elevada del mundo donde se dio la domesticación de plantas. Este fenómeno fue un proceso, no un evento o un descubrimiento aislado. Como tal, el sistema agrícola serrano no puede ser comprendido solo como un subproducto del sistema agrícola de las tierras bajas tropicales, hay que trabajar para obtener una mejor comprensión del proceso que llevó la agricultura a la serranía. Aplicar modelos difusionistas para explicar la adopción de la agricultura y el surgimiento de la complejidad sociopolítica en la Sierra ecuatoriana es ahora tan inapropiado como lo fue en su momento en la Costa, pues al hacerlo se niega a las culturas serranas la historia de innovación y de sofisticación cultural que sus predecesores, sin duda alguna habían alcanzado.

Referencias

Athens, J. Stephen

1995 Relaciones interregionales prehistóricas en el norte de los andes: evidencia del sitio La Chimba en el Ecuador septentrional. In Perspectivas Regionales en la Arqueología del Sur occidente de Colombia y Norte del Ecuador, C. Gnecco ed., p. 3-29. Editorial Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Braun, Robert

1982 Cerro Narrío reanalyzed: The Formative as Seen from the Southern Ecuadorian Highlands. In Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano, Jorge G. Marcos y Presley Norton eds., p. 41-119. Escuela Superior Politécnica del Litoral, Guayaquil.

Bruhns, Karen Olsen

2003 Social and Cultural Development in the Ecuadorian Highlands and Eastern Lowlands During the Formative. In Archaeology of Formative Ecuador, J. S. Raymond y R. L. Burger eds., p. 125-176. Dumbarton Oaks, Washington D. C.

Estrada, Emilio y Betty J. Meggers

1961 A Complex of Traits of Probable Transpacific Origin on the Coast of Ecuador. *American Anthropologist* 63(5) Part1, p. 913-939.

Hastorf, Christine A.
1993 Agriculture and the Onset of Political Inequality before the Inka. Cambridge University Press, Cambridge.
Lathrap, Donald W.
1970 The Upper Amazon. Praeger, New York.
Lathrap, Donald W., Donald Collier, y Helen Chandra
1975 Ancient Ecuador: Culture, Clay and Creativity, 3000-300 B. C. Field Museum of Natural History, Chicago.
Meggers, Betty J.
1966 *Ecuador. Ancient Peoples and Places*, vol. 49. Thames and Hudson, London, and Praeger, New York.
Meggers, Betty J., Clifford Evans y Emilio Estrada
1965 The Early Formative Period of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases. Smithsonian Contributions to Anthropology 1. Smithsonian Institution Press, Washington, D. C.
Meggers, Betty J. y Clifford Evans
1969 Speculations on Early Pottery Diffusion Routes Between South and Middle America. *Biotropica* 1: 20-27.
Meggers, Betty J. and Clifford Evans
1966 A Transpacific Contact in 3000 B. C. *Scientific American* 214(1): 28-35.
Motamayor, J. C., A. M. Risterucci, P. A. López, C. F. Ortiz, A. Moreno y C. Lanaud
2002 Cacao domestication I: the origin of cacao cultivated by the Mayas. Heredity 89: 380-386.
Murrillo, María Teresa y Martin J. M. Bless
1974 Spores of recent Colombian pteridophyta. I. Trilete spores. *Review of Paleobotany and Palynology* 18(3-4): 223-269.
Pearsall, Deborah
2003 Plant Food Resources of the Ecuadorian Formative: An Overview and Comparison to the Central Andes. In Archaeology of Formative Ecuador, J. S. Raymond y R. L. Burger eds., p. 213-258. Dumbarton Oaks, Washington D. C.
Piperno, Dolores R.
2006 *Phytoliths: a comprehensive guide for archaeologists and paleoecologists* Altamira Press, Lanham.

Piperno, Dolores R. y Karen E. Stothert
2003 Phytolith Evidence for Early Holocene Cucurbita Domestication in Southwest Ecuador. Science 299: 1054-1057.
Piperno, Dolores R., y Pearsall Deborah. M.
1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics* Academic Press, San Diego.
Valdez, Francisco
2008 Inter-zonal Relationships in Ecuador. In Handbook of South American Archaeology, H. Silverman y W. H. Isbell, eds., p. 865-888. Springer, New York.
Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffrey de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez
2005 Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes. Comptes Rendus de l'Académie des Sciences de l'Institut de France. Paleovol 4: 369-374.
Villalba, Marcelo
1988 Cotocollao: una aldea formativa del valle de Quito. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana 2, Museo del Banco Central del Ecuador, Quito.
Zeidler, James A.
2008 The Ecuadorian Formative. In Handbook of South American Archaeology, H. Silverman y W. H. Isbell eds., p. 459-488. Springer, New York.

Figura 4
Disposición de las ofrendas funerarias en la tumba de pozo de Santa Ana-La Florida

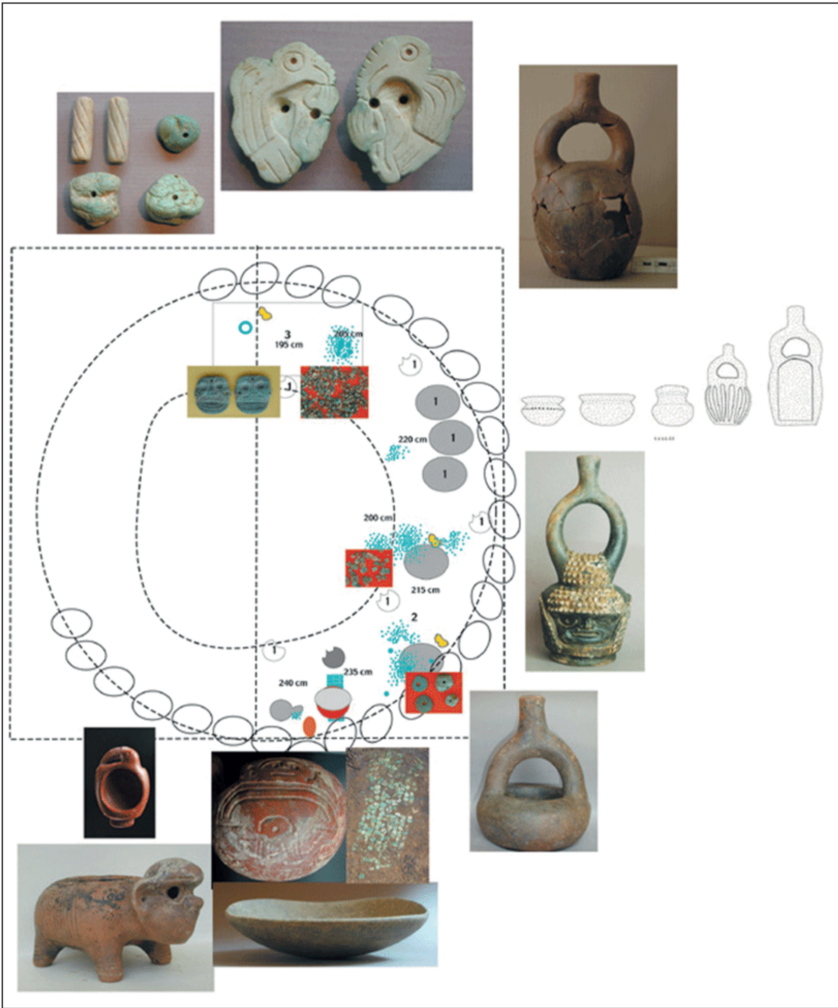
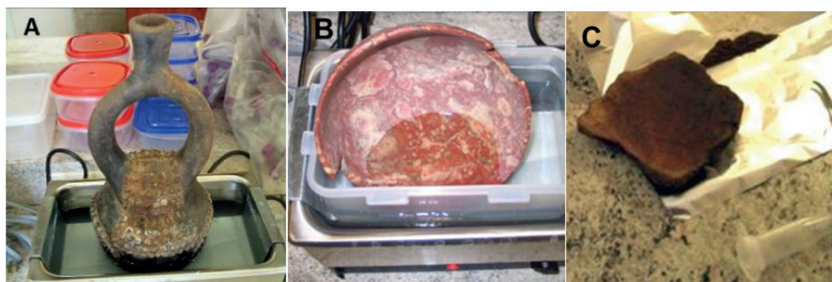
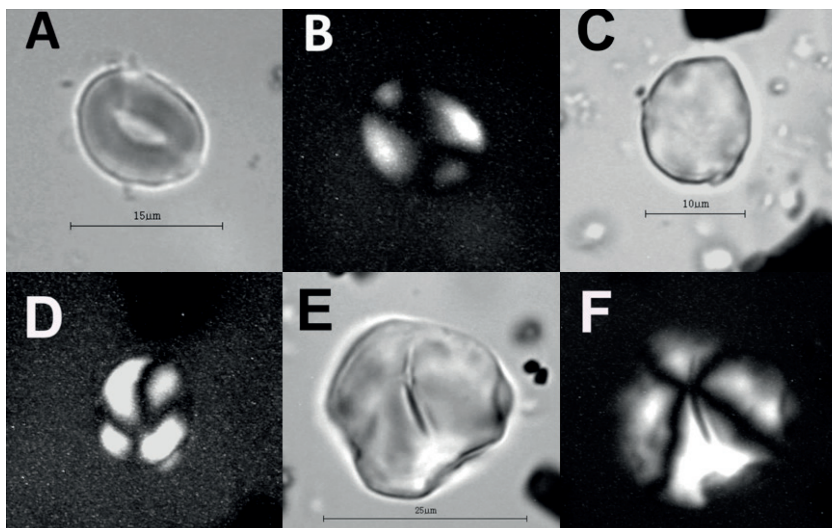


Figura 5
Métodos de obtención de muestras para análisis paleobotánico



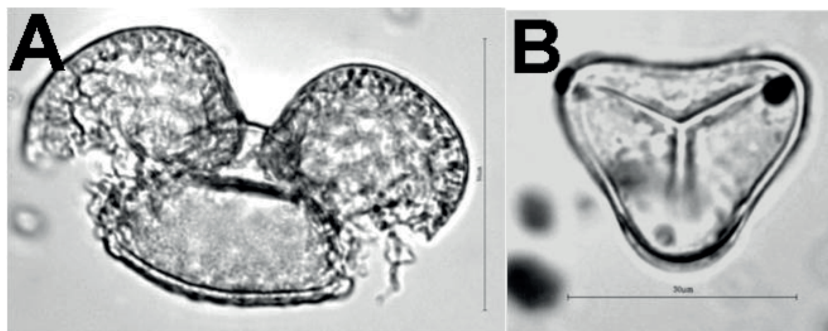
A) botella de asa de estribo en baño de ultrasonido (se analizó el agua destilada *dentro* de la botella); B) cuenco de piedra roja en baño de ultrasonido (se analizó el agua destilada en que el recipiente está descansando); C) residuos de cocina muestreados en el interior de tiesto cerámico.

Figura 6
Gránulos de almidón recuperados de las muestras SALF



A-B) *Capsicum* spp. (ají), B es luz cruz-polarizado imagen del mismo gránulo, escala 15 µm; C-D) posible *Theobroma cacao* (cacao) almidón gránulo, escala 10 µm; E-F) Zea mays (maíz), escala 25 µm.

Figura 7
Granos de polen y esporas de muestras SALF



A) Gránulo de polen de Podocarpacea, probablemente *Podocarpus sprucei* o *P. glomeratus*, escala 50 µm; B) espora trilete de *Dicksonia sellowiana*, escala 30 µm.

Avance de las investigaciones arqueológicas en la alta Amazonía, nororiente de Perú

Quirino Olivera Núñez[1]

Resumen

A pesar que las investigaciones arqueológicas en el Perú, en los últimos años, han logrado importantes avances científicos, la Amazonía peruana, continua siendo un verdadero misterio sin resolver que se esconde en el tiempo y en el poco interés de los arqueólogos por investigar en este espacio geográfico considerado muchas veces como marginal al desarrollo de la civilización andina. En este sentido, el avance de las investigaciones arqueológicas en la alta Amazonía en el nororiente del Perú, que se presenta en este artículo, constituye un pequeño aporte que permitirá mostrar algunos datos registrados, durante las recientes investigaciones arqueológicas realizadas en las cuencas de los ríos Chinchipe, Marañón y en el bajo Utcubamba.

Las manifestaciones culturales de arte rupestre, arquitectura monumental de carácter público religioso, pinturas murales policromas, cerámica, contextos funerarios y otros elementos asociados, que actualmente vienen descubriéndose en las regiones de Amazonas y Cajamarca, constituyen las evidencias materiales irrefutables para demostrar que en esta parte de la alta Amazo-

1 Presidente de la Asociación Peruana de Arqueología y Desarrollo Social de la Amazonía, Director Ejecutivo de la Asociación Amigos del Museo de Sipán. quirinoolivera@hotmail. com

nía en el nororiente de Perú, existió la presencia de antiguas civilizaciones que seguramente nos conducirán a reescribir la historia que hasta hoy conocemos.

Summary

Despite the fact that archaeological investigations in the Peru, in recent years, they have achieved important scientific advances, the Peruvian Amazon, it continues being a real mystery unresolved that it lies in the time and the lack of interest of archaeologists to investigate in this geographical area considered many times as marginal to the development of the Andean civilization. In this sense, the progress of archaeological investigations in the upper Amazon in North East of the Peru, which is presented in this article, is a small contribution that will show some recorded data during the recent archaeological research done in the basins of the Chinchipe and Marañón rivers and in the Utcubamba under

Cultural manifestations of rock art, monumental architecture of public religious, polychrome wall paintings, ceramics, funerary contexts and other associated items, that currently are discovering in the regions of Amazonas and Cajamarca, constitute irrefutable material evidence to prove that in this part of the upper Amazon in the North East of Peru, there was the presence of ancient civilizations that will surely lead us to rewrite the history that we know today.

Introducción

Las investigaciones arqueológicas que se viene realizando en la alta Amazonía, en el nororiente de Perú, pretende abrir nuevas alternativas para la arqueología peruana concentrada en la actualidad mayoritariamente en la costa y sierra, dejando casi olvidada la aun no superada hipótesis de Julio C. Tello quién al descubrir Chavín sostuvo que el origen de la civilización andina se encontraba en la Amazonia.

Los primeros trabajos registrados en la zona de donde se viene ejecutando el proyecto Investigación y valoración del patrimonio cultural en la zona nororiental del Marañón", son los que realiza Louis Langlois (1940), acerca de pinturas rupestres asociadas a construccio-

nes en Luya, cuenca del río Utcubamba[2], posteriormente Henry y Paule Reichlen[3] (1950), reportan también la existencia de pinturas en el alto Utcubamba.

Los trabajos de Ruth Shady[4] en Bagua, a través del estudio de la cerámica permitieron establecer una secuencia cultural completa para la cultura Bagua, con varias fases de ocupación (1300 a 200 a. C.), demostrando, además, que las culturas desarrolladas en la cuenca baja del Utcubamba y sus alrededores mantenían vínculos con las sociedades establecidas en Pacopama (Cajamarca), y las antiguas culturas de Chorrera, Machalilla, Alausí, Cañar, Macas y la tradición de Cerro Narrío en Ecuador.

A través del Instituto Provincial de Cultura de Bagua, Quirino Olivera (1991 al 1995), realiza exploraciones arqueológicas en el sitio de Tomependa, ubicado en la confluencia de los ríos Chinchipe y Marañón, ya otros sitios ubicados en las quebradas conocidas como La Peca, Copallin y Cajaruro en la cuenca baja del Utcubamba. En estas exploraciones se identificaron alrededor de cincuenta y tres sitios arqueológicos correspondientes al Periodo formativo[5]. Las evidencias están sustentadas en elementos arquitectónicos que demuestran la existencia de arquitectura de carácter monumental, edificada a base de canto rodado y argamasa de barro[6], los acabados mantienen enlucidos de capas de

2 Langlois, Louis. "Utcubamba. Investigaciones arqueológicas en este valle del departamento de Amazonas (Perú)". *Revista del Museo Nacional*, Año IX, N.º 2, Lima, 1939, p. 191-228.

3 Reichlen, Henry y Paule. "Recherches Archéologiques dans les Andes du Haut Utcubamba". *Journal de la Societé des Americanistes*, Nouvelle Série, t. 39, ilust., París, 1950, p. 219-246.

4 Shady, Ruth. "El Complejo Bagua y el Sistema de establecimientos durante el Formativo en la Sierra norte del Perú". *Nawpa Pacha*, Institute of Andean Studies, 17, Berckely, 1979, p. 109-142.

5 Olivera Núñez, Quirino. "El arte pictórico en Yamón-Amazonas". *Investigar*, Ediciones Bracamonte y Herrera, Trujillo, 1995.

6 Olivera Núñez, Quirino. "Evidencias arqueológicas del Periodo Formativo en la cuenca baja de los ríos Utcubamba y Chinchipe", *Boletín de Arqueología PUCP*, N.º 2, Lima, 1998.

arcillas de color beige claro que en algunos casos han sido pintadas con figuras geométricas utilizando colores rojo, blanco y negro.

En el sitio arqueológico de Huayurco, ubicado en la confluencia del río Chirinos con el Chinchipe, Pedro Rojas Ponce[7] (1938), realiza el reporte de los primeros cuencos de piedra pulida con figuras trabajadas en relieves en formas de serpientes. Posteriormente, Ulises Gamonal,[8] publica diversos artículos de las manifestaciones tempranas en la zona, resaltando la diversidad de trabajos en piedra de color rojo, con grabados de figuras que representan serpientes enroscadas, similares a los cuencos de piedra registrados por Francisco Valdez[9], en el sitio arqueológico de Palanda, Santa Ana-La Florida en Ecuador.

En el año 2009, Quirino Olivera, ejecuta la primera etapa del proyecto: "Investigación y valoración del patrimonio cultural en la zona nororiental del Marañón", cuyos objetivos estuvieron orientados a identificar y registrar sitios arqueológicos con ocupación temprana para luego plantear futuras investigaciones en el ámbito de las provincias de Bagua, Utcubamba, Jaén y San Ignacio, regiones de Amazonas y Cajamarca.

Como parte del proyecto ejecutado en el año 2009, y el apoyo del Proyecto SOCICAN –La Comunidad Andina y la Comisión Europea– en la ciudad de Jaén se reunieron el equipo de arqueólogos de Ecuador, representado por Francisco Valdez y del Perú, representado por Quirino Olivera Núñez, para suscribir la carta de intención binacional en la cual se sustenta la necesidad de realizar esfuerzos conjuntos orientados a impulsar el "Programa binacional de Integración, Investigación del

7 Rojas Ponce, Pedro. La Huaca Huayurco, Jaén. *Historia de Cajamarca*, Vol. I, Arqueología, Compiladores Fernando Silva Santiesteban *et al.*; Instituto Nacional de Cultura, Cajamarca, 1985, p. 181-186.

8 Gamonal, Ulises. "Arte rupestre y mitología nororiental, Jaén". *Visitando el pasado*, N.º 1, Jaén, 1986.

9 Valdez Valdez, Francisco. "El Formativo temprano y medio en Zamora Chinchipe". *Reconocimiento y excavaciones en el Austro Ecuatoriano*, Donald Collier y John V. Murra, Traducción de Dr. Benigno Malo Vega, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 2007, p. 425-465.

Patrimonio Cultural y Desarrollo Social de las poblaciones que habitan en la región fronteriza de Perú y Ecuador en las cuencas hidrográficas altas, media y baja de los ríos Mayo, Chinchipe, Marañón, Utcubamba y Puyango-Tumbes. Como resultado de este encuentro se publicó el texto "Antiguas civilizaciones en las fronteras de Ecuador y Perú"[10].

Atushi Yamamoto desde el año 2007, viene realizando investigaciones arqueológicas en el sitio de Ingatambo en el distrito de Pomahuaca, Jaén, habiendo registrado importantes ocupaciones del Periodo Formativo hasta la presencia Chimú e inca en este sitio.

En Huayurco en el 2010, Ryan Crosby realiza excavaciones arqueológicas para su tesis doctoral en la Universidad de Yale, asesorado por Richard Burger, habiendo registrado ocupaciones del Formativo, pero las evidencias tempranas como los platos y cuencos de piedra registrados por Pedro Rojas Ponce que buscaba el investigador, no lograron identificarse.

En el año 2010 Quirino Olivera, ejecuta la II Etapa del proyecto: "Investigación y valoración del patrimonio cultural en la zona nororiental del Marañón", realizando excavaciones en los sitios de Montegrande y San Isidro en la provincia de Jaén-Cajamarca, así como en los sitios de Casual y Las Juntas en Bagua-Amazonas. Los resultados de estas investigaciones lograron un impacto nacional e internacional. El Diario El Comercio, el día sábado 18 de septiembre del año 2010, anunció en primera plana: Descubren templo de cuatro mil años de antigüedad en lo que antes era un botadero de basura; no obstante la difusión más importante en el ámbito internacional fue la de la Revista Archaeology de Estados Unidos, la cual nominó al descubrimiento del Templo de Montegrande-Jaén, como uno de los diez descubrimientos más importantes del mundo en el 2010 (ver www. archeaeology. org).

10 Antiguas civilizaciones en las fronteras de Ecuador y Perú, publicado en el año 2009, con el apoyo de Socican, Acción con la Sociedad Civil para la Integración Andina, la Comisión Europea y la Comunidad Andina.

En el año 2011, Quirino Olivera, ejecuta la III Etapa de este Proyecto orientado a continuar con las investigaciones arqueológicas en los sitios de Montegrande y San Isidro en la provincia de Jaén, región Cajamarca, así como los sitios de Casual y Las Juntas en la provincia de Bagua, región Amazonas. El resultado de esta etapa ha permitido descubrir en Las Juntas, Bagua los primeros murales amazónicos de América[11].

Avance de las investigaciones arqueológicas en la alta Amazonía, nororiente de Perú

El arte eupestre

Las primeras investigaciones arqueológicas como parte del Proyecto de "Investigación y valoración del patrimonio cultural en la zona nororiental del Marañón (2009), abarcaron también el registro de paisajes culturales con manifestaciones de arte rupestre registrados como los de Faical (San Ignacio), La Lima (Jaén) en la cuenca del Chinchipe, Tambolic (Bagua Grande), cuenca del Utcubamba. Asimismo, Yamón, Cerro Cuaco, Limones Calpón (Lonya Grande), en la margen derecha del río Marañón. Los paisajes culturales de Potrerillo, El Conjuro y La Minshula (Chota) constituyen en su conjunto las expresiones de arte rupestre más singulares y representativas que se tiene registrado hasta la fecha en el nororiente de Perú.

Es muy interesante observar la variedad y diversidad de las escenas que se han representado en cada uno de los paisajes culturales, por ejemplo en Faical, según las investigaciones de Segundo Ramos[12] (1997-1998), reporta 1164 figuras pintadas de color rojo, subdividiendo la pictografía en 11 cuadros teniendo en cuenta su ubicación espacial,

11 Nota periodística, publicada en el Diario El Comercio, el día 12 de marzo del año 2012.

12 Investigaciones realizadas por el arqueólogo Segundo Ramos Ávalos (1997 y 1998), por encargo de la Municipalidad Provincial de San Ignacio, Región Cajamarca.

dibuja minuciosamente a escala todas las pictografía y realiza un análisis minucioso de las figuras antropomórficas y antropo-zoomóficas; que conforman las escenas, identificando las diferentes armas rudimentarias de caza y probablemente de combate, así como también sus diferentes estrategias o "técnicas" para cazar, sus divinidades, su visión mágico-religiosa, su probable sistema de conteo, su jerarquía o diferencias sociales, así como también su interacción con otros grupos sociales.

El paisaje cultural de La Lima corresponde a un petroglifo que está ubicado en el cauce de una quebrada del mismo nombre y la figura grabada en una gran roca es la de un personaje con la cabeza en forma de triángulo, los brazos extendidos, sus pies y el brazo derecho terminan en dos grabaciones en forma de espirales. Tambolic se caracteriza por la representación de aves, la figura principal es el "gallito de las rocas", pero existen aves de cuello largo y otras que están con hachas y armas de combate. En Yamón existen escenas de caza, pesca y las más tardías son las figuras de las llamas.

Cerro Cuaco que está en una gran montaña, pareciera ser el paraje sagrado más extenso, aquí se presentan las figuras más complejas, la representación de un personaje de cuyos brazos se proyectan una especie de ríos, está superpuesto a una antigua escena de cazadores, cóndores o buitres, personajes con los genitales descubiertos, figuras de felinos dan cuenta de la intensa y permanente presencia del hombre en todos los tiempos. El Conjuro y La Minshula son también dos paisajes culturales que expresan una enorme ritualidad, creencias religiosas, culto a la agricultura y las manos pintadas de rojo que de alguna manera nos hacen recordar a la famosa cueva de las manos en Argentina.

Las pinturas rupestres están plasmadas en abrigos naturales y en cambio los grabados rupestres están elaborados en grandes rocas al aire libre enclavadas en espacios geográficos donde las fuentes de agua próximas de los ríos y quebradas están acompañadas de grandes montañas que en el pasado seguramente constituyeron la razón más importante para que el hombre interactúe con la naturaleza expresando todas

sus creencias y sentimiento religioso en estos espacios que fueron sus verdaderos parajes sagrados.

En su mayoría las expresiones rupestres registradas, mantienen diversas escenas superpuestas de caza, pesca, recolección de frutos, representaciones de aves y animales propios de la zona, de las cuales hasta ahora no ha sido posible obtener fechados radiométricos; sin embargo, por dataciones comparativas de las escenas de caza que considero son las más antiguas estaríamos frente a la presencia de grupos sociales de cazadores recolectores que habitaron este espacio geográfico hace aproximadamente ocho mil años antes de Cristo.

Investigaciones arqueológicas en Montegrande y San Isidro, Jaén-Cajamarca

La provincia de Jaén se encuentra ubicada en la zona nororiental de la región Cajamarca, entre los 5º15” y los 6º4” de latitud sur; y entre los 78º33” y los 79º38” de longitud oeste. Su capital es la ciudad de Jaén que se localiza al sureste de la provincia. Los límites de Jaén son: por el norte con la provincia de San Ignacio, por el sur con la provincia de Cutervo – Cajamarca y Ferreñafe – Lambayeque, por el este con las provincias de Bagua y Utcubamba en Amazonas y por el oeste con la provincia de Huancabamba en Piura. Su capital, la ciudad de Jaén se ubica entre las coordenadas 05°42’15” de latitud sur y 78°48’29” de longitud oeste.

Montegrande y San Isidro, están ubicados dentro del casco urbano de la ciudad de Jaén, en la margen derecha de la quebrada Amoju, estos dos sitios arqueológicos son los únicos que han logrado salvarse del incontenible y desordenado crecimiento urbano de la ciudad que prácticamente ha cubierto todo el valle de viviendas “modernas” incluso en los antiguos cauces de la quebrada Amoju y los cerros sin ningún tipo de planificación urbana y menos aún ordenamiento territorial.

Acceso a los sitios: Partiendo desde Chiclayo (300 km), se toma la carretera asfaltada Marginal de la Selva, Fernando Belaúnde Terry:

Chiclayo-Olmos-Abra de Porcuya, hasta llegar al cruce Chamaya. Desde allí mediante una vía asfaltada se sigue por la margen izquierda hasta llegar la ciudad de Jaén. La distancia desde la plaza de armas hasta el monumento arqueológico de Montegrande es de 2,54 km y a San Isidro, 3,73 km.

Una de las metas y objetivos del proyecto de "Investigación y valoración del patrimonio cultural en la zona nororiental del Marañón", que se viene ejecutando desde el 2009, es investigar los sitios arqueológicos en los cuales se pueda demostrar la presencia de alta cultura, durante el Arcaico y/o Formativo

Frente a este interés surge la primera interrogante ¿por qué excavar en los sitios de Montegrande y San Isidro?, que a primera vista parecían un cúmulo de basura, invadido por viviendas de familias con bajos recursos que utilizaban el montículo de Montegrande como letrina pública, si en realidad existen sitios arqueológicos como Tomependa en la desembocadura del Chinchipe que podrían ofrecer mejores resultados para nuestras hipótesis de trabajo; la respuesta es que estos dos únicos sitios corren el grave peligro de desaparecer, además, es de gran interés para el trabajar bajo el enfoque de una arqueología con inclusión social, donde las poblaciones locales sean las verdaderas aliadas estratégicas que nos permitan investigar, conservar, difundir y darle un uso social al patrimonio cultural

Las primeras evidencias procedentes de Montegrande y San Isidro las encontramos en el Museo Hermójenes Mejía Solf del Instituto 4 de Junio (Jaén), que dirige el profesor Ulises Gamonal, quien celosamente conserva algunos recipientes de piedra y fragmentos de cerámica inciso policromada procedentes de estos sitios. Examinando los materiales arqueológicos existentes, se realizó una prospección en el año 2009 y luego se tomó la decisión de asumir el reto de buscar el pasado milenario de Jaén en estos dos únicos sitios que a pesar del crecimiento urbano habían permanecido en el tiempo.

El sitio arqueológico de Montegrande, se encuentra ubicado sobre un montículo artificial en un área de: 4196,41 m^2, al sur del asentamien-

to urbano del Montegrande, a 749,484 m s. n. m., en las coordenadas Este 744.347,204, Norte: 9'367.737.334, Datum: WGS 84.

Después de retirar algunas toneladas de basura, desmonte y los cimientos de la construcción de una iglesia católica construida en el año 1978, se procedió a realizar la limpieza de la cobertura vegetal, a fin de poder tener una visión más completa de la topografía del montículo y trazar las unidades de excavación. En el proceso de limpieza, se pudo apreciar que la cima del montículo había sido nivelada con maquinaria pesada para construir la iglesia, habiendo destruido totalmente la última fase de ocupación. Los pobladores del entorno nos comentaron que para construir la iglesia por lo menos nivelaron el terreno de tres a cinco metros de altura.

Frente a la destrucción de la cima del montículo, la invasión de viviendas en los frentes norte y oeste, además de los recortes por las parcelas agrícolas y un canal de regadío en los frentes sur y este, disminuía significativamente la posibilidad de registrar algún tipo de evidencias que nos condujeran a demostrar nuestras hipótesis de trabajo, sin embargo, con enorme esfuerzo y gestiones se había conseguido el apoyo de herramientas y el pago de la planilla de obreros por parte de la Municipalidad provincial de Jaén, el equipo de trabajo debió iniciar las excavaciones con bastantes limitaciones logísticas, era la primera vez que se realizaba un proyecto arqueológico en Jaén.

Después de tres meses de excavaciones en Montegrande (mayo a junio de 2010), los resultados fueron realmente exitosos, se había descubierto arquitectura monumental consiste en una edificación pública de carácter religioso que refleja el aparato ritual de una sociedad muy bien organizada, cuyas creencias y cosmovisión fueron los elementos principales que coadyuvaron al diseño de la creación arquitectónica que obedece a reglas y patrones artísticos-culturales de la época, propios de una alta cultura y aparentemente recurrentes en este espacio geográfico la alta Amazonía.

En la temporada de investigaciones del año 2010 se logró identificar hasta ocho fases constructivas las mismas que tienen remodela-

ciones de usos en alguna de sus fases, la forma y estilo arquitectónico es de planta semicircular en sus primeras fases y circular en las fases posteriores, compuesto por un sistema de plataformas construidas en base a muros de canto rodado (piedras de río) de dimensiones variadas de acuerdo a la técnica constructiva, cuya cara externa están enlucidos con barro batido y en algunos casos se han aplicado óxidos minerales de colores para lograr mejores acabados de la superficie.

El crecimiento del edificio sigue el patrón arquitectónico de sellar las viejas edificaciones para construir la nueva plataforma logrando un crecimiento vertical y horizontal. La técnica constructiva se ha mantenido durante todas estas fases guardando siempre la forma y función del edificio, sin embargo, se aprecia algunos cambios en la utilización del tipo de material aparentemente por la disponibilidad y/o acceso de los recursos utilizados.

Los muros fueron construidos en base a un diseño muy bien planificado tomando en cuenta los criterios de resistencia antisísmica cuidando que la base siempre tenga una mayor dimensión que en la parte superior de los muros. El uso y función del edificio se ha mantenido con una perfecta armonía espacial y técnica constructiva en relación al desarrollo arquitectónico.

Los accesos están orientados siguiendo la dirección de oeste a este, apreciándose el uso de escalinatas, las mismas que en las últimas fases han sido selladas o cubiertas con piedras de río y arcilla, en casi todos los casos los rellenos están conformados por piedra pequeña, conocida también como pachilla probablemente extraída de los cerros aledaños.

Un detalle que se debe resaltar es que los muros y espacios arquitectónicos no estaban asociados a ningún fragmento de cerámica, en ese momento se pensó ¿acaso se trataría de un templo pre cerámico?, no obstante también cabe la posibilidad que los espacios del templo se mantuvieran limpios hasta el momento en que se produjo la colocación de sello antes de su abandono.

En el sector noreste del montículo se registraron un total de seis entierros de los cuales dos son primarios, tres múltiples y uno secundario a excepción de los entierros múltiples todos los demás correspondía na osamentas de niños, uno de ellos tenía como ofrenda una aguja de cobre, los demás estaban asociados a vasijas de cerámica. En el relleno antes de llegar a la capa de los entierros se registró fragmentos de cerámica inciso policromada.

Al concluir con la temporada de excavaciones en el año 2010, quedaban muchas interrogantes acerca de la función del templo, todo hacia suponer su carácter público-religioso, pero donde estaba el altar mayor del templo habíamos registrado el acceso, queda pendiente identificar el lugar desde el cual se dirigía las ceremonias, en este sentido se planteó que para la siguiente etapa se excavaría el sector noreste.

En la reciente temporada de excavaciones del año 2012 (marzo a junio), las investigaciones arqueológicas se concentraron en el sector noreste del montículo con la finalidad de registrar el posible altar mayor o atrio principal del templo, sin embargo, al culminar los trabajos se descubrió un recinto arquitectónico en forma de espiral o caracol definiéndose únicamente las cabeceras de los muros, en los cuales se registraron algunos entierros secundarios que están depositándose como parte de la construcción de esta fase.

La forma en espiral o de caracol, constituye el símbolo más antiguo y universal del ser humano, para algunas culturas expresa la unión y la reconexión espiritual e intuitiva del hombre con el universo, con Dios. El caracol recuerda el concepto maya de que el tiempo es cíclico y no lineal, para otras culturas el caracol está vinculado al inicio de las siembras o a la concepción y al parto, la prosperidad de una generación sobre la anterior, es posible que el recinto arquitectónico de Montegrande en forma de espiral o de caracol tenga también algunos de estos significados. Futuras investigaciones podrán responder a estas interrogantes.

Sitio arqueológico de San Isidro, se encuentra ubicado sobre un montículo artificial, en un área de: 3326,31 m², a 726,311 m s. n. m.,

bajo las coordenadas: Este 745.185,158, Norte: 9'368.905,676, Datum: WGS 84. A una distancia de 1,67 km del monumento de Montegrande.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en San Isidro en el año 2010, permitieron registrar alrededor de 22 contextos funerarios, los mismos que están sepultándose a manera de reutilización de los espacios arquitectónicos tempranos; los contextos funerarios están asociados a cerámica con diseños propios de la zona, inciso policromada, indicando un marcado desarrollo local, objetos de piedra, esqueletos de aves y restos malacológicos como la concha *spondylus*, caracol (*strombus*) procedentes de las costas del Pacífico que confirman las permanentes relaciones e intercambios culturales que ha existido hace miles de años entre los alejados pueblos de la Costa, los Andes y la alta Amazonía.

Como producto de las investigaciones realizadas en la temporada (marzo a junio) del 2012 se ha logrado identificar la primera fase constructiva del montículo la cual está asentada sobre una capa geológica natural con abundantes piedras y arcilla de color blanco, sobre esta capa natural, se ha dispuesto una capa de tierra de color gris oscuro, sobre la cual se ha construido un piso arqueológico, que marca el inicio de la primera fase constructiva del montículo.

En las unidades de excavación ubicadas en la parte del sector noroeste se descubrieron cuatro contextos funerarios tres de los cuales correspondían a personas jóvenes. Los entierros estuvieron dispuestos en el interior de los recintos arquitectónicos de las últimas fases constructivas del monumento. Hacia el sur de estos contextos funerarios se registraron también otras dos osamentas con ofrendas de cerámica y caracoles terrestres. En el interior de una de las vasijas de cerámica se registró huesos de cuy que posiblemente formo parte de las ofrendas para servir de alimento al personaje en su largo recorrido hacia la otra vida.

Hacia el lado oeste de los entierros se registró una plaza de forma circular con muros enlucidos, el acceso está ubicado en el eje sureste. En el espacio interior de la plaza se presenta evidencias de abundantes quemas, las capas gruesas de arcilla quemada permiten suponer que el fuego habría sido permanente y prolongado. En las capas inferiores de-

bajo de las quemas apareció una huella de forma circular con cambio de coloración de la tierra y se suponía que se trataba de la entrada de una tumba, sin embargo, a medida que se fue decapando la huella desapareció y debajo de estas capas se registró un muro enlucido que se proyectaba en forma semicircular.

Los descubrimientos realizados en San Isidro dan valiosa información que permitirá correlacionar con las evidencias registradas en Montegrande; sin embargo, en las dos temporadas de investigación realizadas han servido únicamente para demostrar que existen evidencias materiales que permiten sustentar el desarrollo de alta cultura en ambos sitios, quedando un conjunto de interrogantes que seguramente se podrá resolver con las futuras investigaciones.

Investigaciones arqueológicas en Casual y Las Juntas, Bagua-Amazonas

La provincia de Bagua se encuentra ubicada en la parte central occidental de la región de Amazonas, limitando por el norte con Ecuador y el distrito El Cenepa de la provincia de Condorcanqui, por el sur con el distrito de Cajaruro de la provincia de Utcubamba, por el este con el distrito de Nieva de la provincia de Condorcanqui, y por el oeste con la provincia de Jaén, región Cajamarca. Su capital, la ciudad de Bagua, se ubica entre las coordenadas 05°38’21” de latitud sur y 78°31’53” longitud oeste a una altura de 400 m s. n. m.

El territorio de Amazonas se divide en dos partes claramente diferenciables, el 81,5% del territorio es zona de selva donde habitan las comunidades nativas Awajún y el 18,5% restante corresponde a la sierra, espacio de transición de la cordillera andina hacia la llanura amazónica. Los aspectos determinantes de la geomorfología del territorio son el alineamiento estructural del flanco oriental y occidental de los Andes denominada cordillera, la depresión tectónica de los ríos Marañón, Utcubamba y Jucusbamba corresponde a la escorrentía hídrica que presentan ambas zonas. Las montañas más elevadas alcanzan elevaciones

cercanas a los 4200 m s. n. m., mientras que la terraza más baja en su límite con el río Marañón se ubica a una altitud de 180 m s. n. m.

Fisiográficamente se observan cuatro grandes paisajes. El primero está constituido por las montañas escarpadas de la cordillera de frontera (Cordillera del Cóndor). El segundo presenta colinas bajas, es decir, las elevaciones del relieve con formas suaves y redondeadas, siendo su continuidad topográfica cortada por quebradas pequeñas que se bisecan. El otro paisaje, la parte baja, está conformado por colinas más bajas y finalmente una llanura aluvial a lo largo del río Marañón. La topografía de la región es muy variada, con una diversidad admirable de pisos ecológicos que presentan aproximadamente diecinueve zonas de vida.

La extraordinaria riqueza natural y ecológica que presenta la zona de Bagua, fue quizá la razón principal para proponer las investigaciones arqueológicas en los sitios de Casual y Las Juntas, ubicados en la cuenca baja del río Utcubamba muy cerca del Pongo de Rentema donde se une también el río Chinchipe al Marañón para conformar este gran Tinku[13], que seguramente en el pasado constituyo uno de los lugares más estratégicos para las comunicaciones a través de los ríos e intercambios culturales entre los diversos pueblos de la Amazonía y los Andes.

Acceso a los sitios de Casual y Las Juntas: Partiendo desde Chiclayo, (340 km) se toma la carretera asfaltada Marginal de la Selva, Fernando Belaunde Terry: Chiclayo-Olmos-Abra de Porcuya, hasta llegar al cruce de El Reposo. Desde allí se sigue por la margen izquierda siguiendo por vía asfaltada hasta la ciudad de Bagua.

El sitio arqueológico de Casual se encuentra asentado sobre un montículo artificial en una área de 4178,50 m², a 406 m s. n. m., bajo las coordenadas: Este (770.430,719), Norte (9'382.574,352). Datum: WGS 84. La distancia desde la plaza de Armas (Héroes del Cenepa de la ciudad de Bagua) hasta el sitio arqueológico de Casual es de 12,10 Km.

13 Tinku, palabra quechua y también aimara que significa unión, punto de encuentro coincidencia.

Casual es el montículo arqueológico más representativo que se encuentra en la desembocadura del río Utcubamba, sin embargo, en la actualidad únicamente se conserva el área monumental de 4178,50 m², pero a través de las prospecciones realizadas se ha logrado determinar que la ocupación de Casual se extiende un poco más de los cuarenta mil metros cuadrados, la gran montaña rocosa ubicada en el lado norte, presenta construcciones de piedra, las urnas funerarias ubicadas al oeste próximas al cauce del río Utcubamba, así como un conjunto de evidencias que lamentablemente han sido arrasadas con maquinaria pesada para ampliar los cultivos agrícolas.

Después de los hallazgos realizados en Montegrande y San Isidro, se esperaba que en Casual y Las Juntas se registre también algún tipo de arquitectura similar; sin embargo, las excavaciones realizadas en el año 2010 (octubre a diciembre), permitieron descubrir un tipo de arquitectura que se caracteriza por la presencia de pinturas murales de colores, amarillo, rojo, blanco y negro, los muros y las columnas están muy bien elaboradas con canto rodado pequeño y argamasa de barro batido dentro del cual han utilizado celulosa (paja), para conseguir una mejor adherencia en los acabados.

Uno de los aspectos que se debe destacar en tipo de arquitectura registrada en Casual es la presencia de pinturas murales de colores rojo, blanco y negro que están plasmadas sobre el soporte de un muro delgado con estructura de caña, barro y celulosa (paja), utilizado posiblemente para conseguir que el barro tenga mejor adherencia, este tipo de construcción es conocido también como quicha y resulta poco común registrarlo dentro espacios con arquitectura monumental.

Los fragmentos de cerámica registrados en los rellenos de los recintos arquitectónicos son mayormente inciso policromada relacionados con lo que Ruth Shady denomina la fase Morerilla (1300 a. C.) y con la fase Bagua (900 a. C.). En el sector noroeste del montículo se registraron un conjunto de urnas funerarias que aparentemente están utilizando estos espacios cercanos al templo en épocas posteriores.

El sitio arqueológico Las Juntas se encuentra ubicado en la unión de la quebrada La Peca con el río Utcubamba, sobre un montículo artificial en una área de: 19.410,51 m², a 415 m s. n. m., bajo las coordenadas: Este (771.169,898), Norte (9'375.501,313). Datum: WGS 84. La distancia desde la plaza de Armas (Héroes del Cenepa de la ciudad de Bagua) hasta el sitio arqueológico de Casual es de 3,82 km.

Las excavaciones realizadas durante el año 2010, permitieron identificar los primeros indicios de pinturas murales en la cima del montículo arqueológico. En esta oportunidad se excavo también parte de la plaza ceremonial y el sector suroeste donde se registraron algunos entierros secundarios depositados como ofrendas en la construcción de los muros durante la última fase de ocupación del sitio.

En la temporada de excavaciones del año 2012 (enero a marzo), a más de excavar parte de la plaza ceremonial donde se registraron una serie de pisos arqueológicos que evidencian las diferentes fases de ocupación del monumento, se realizaron excavaciones en la cima del montículo donde se descubrió lo que venimos denominando como los primeros murales amazónicos de América.

La pinturas murales policromas descubiertas en Las Juntas, están dispuestas en la cara interna y externa de un recinto arquitectónico de planta rectangular cuyas estructuras están conformadas por pilastras que de manera equidistante y simétrica están separadas unas de otras por 1,40 metros. El espacio interior es bastante reducido. Las pilastras están construidas con canto rodado pequeño y argamasa de barro batido, para los acabados han utilizado una capa fina de arcilla sobre la cual han plasmado los diseños de las imágenes en colores, blanco, rojo y negro. En la parte inferior a manera de zócalo, el acabado presenta un elucido con una capa de arcilla de color beige claro.

Al retirar el relleno que había sido colocado para cubrir este recinto arquitectónico se logró registrar algunos fragmentos de cerámica pintada e inciso policromada, uno de los fragmentos mantenía los mismos colores registrados en las pinturas murales, asimismo se registró mandíbulas de camélidos y huesos de venado que habían sido trabaja-

dos, además de una punta de proyectil de piedra (sílex) que estaba en el relleno como parte de las ofrendas colocadas al momento de sellar el recinto arquitectónico.

La iconografía expresada en los murales es bastante compleja para poder interpretarlas, formas en espiral, líneas verticales y horizontales, figuras en forma de triángulos, rombos y círculos unidos por barras que aparentemente se unen para conformar las figuras centrales del panel, todas estas expresiones constituyen la manifestación simbólica más representativa de los elementos descubiertos en las investigaciones que venimos realizando en esta parte de la alta Amazonía de Perú.

Al cerrar esta III etapa del proyecto de "Investigación y valoración del patrimonio cultural en la zona nororiental del Marañón", queda pendiente resolver las diversas interrogantes surgidas en el proceso de investigación que sin duda son mucho más de aquellas que se tenía al inicio de las investigaciones. ¿Es posible que los murales descubiertos en Las Juntas tengan semejanzas con la arquitectura de carácter funerario descubiertos en Tierradentro en Colombia? Los recintos de planta rectangular que se repiten simétricamente constituyen espacios de carácter religioso que fueron utilizados de manera restringida en el sacerdote o conductor de la ceremonia?

Pueden surgir una serie de preguntas acerca de la organización social, los niveles de especialización de la gente que fue la responsable de construir este tipo de arquitectura, usos y función de estos recintos, manejos de espacios, sin embargo, la única manera de poder definir con mayor claridad es la continuación de las investigaciones que permitan conocer mejor los contextos en los cuales se presentan cada una de las evidencias.

Comentario final

Es indudable que el avance de las investigaciones arqueológicas que acabamos de presentar resulta muy preliminar, sin embargo, estoy seguro que constituyen los argumentos suficientes para demostrar que en este espacio geográfico de la alta Amazonía en el nororiente de Perú, existen en un conjunto de manifestaciones culturales en arquitectura monumental de carácter público-religioso, pinturas murales, contextos funerarios, cerámica y otros elementos que pueden ser considerados como expresiones propias de una alta cultura.

Gracias al valioso apoyo del Laboratorio de la Universidad de Milán Bicocca-Italia, se ha obtenido los primeros fechados radiométricos (C-14), que no están calibrados los cuales para el sitio de Montegrande el más antiguo es de 3635-3380 a. C. y para el sitio de San Isidro, el más antiguo es de 4230-3850 a. C. En el casos de los sitios de Casual y Las Juntas no se tiene fechados pero en la reciente temporada de excavaciones se tiene muestras para los cuatro sitios que se enviara al laboratorio Beta Analytic de Florida en los Estados Unidos de Norteamérica.

Al inicio del presente artículo se menciona la importancia de lograr desarrollar una arqueológica con inclusión social, en este sentido debo comentar que en el poco tiempo que se viene ejecutando el proyecto, se viene contando con la participación activa de las poblaciones que habitan en el entorno a los sitios arqueológicos, convirtiéndolos en los verdaderos vigías y defensores de su patrimonio cultural. Además de participar en las excavaciones, en el caso de Bagua el proyecto ejecutado en el año 2012, contenía un componente de infraestructura para mejorar la vía de acceso al monumento, beneficiando a más de 300 familias que se dedican a la agricultura y han aprovechado estas mejoras de la vía para transportar sus productos al mercado. El gobierno regional de Amazonas ha financiado el proyecto con setecientos mil nuevos soles y el alcalde Bagua ha realizado obras de agua y desagüe para la población de Casual.

El impacto positivo que puede generar una arqueología con enfoque social en un territorio como la alta Amazonia, en donde nunca antes se había realizado investigaciones arqueológicas no solamente está en la revaloración de la identidad y empoderamiento que pueden lograr las poblaciones locales con su patrimonio cultural, sino que además está también de por medio el abanico de posibilidades que puede generarse a través del turismo, la artesanía y la educación como ejes principales para alcanzar el desarrollo y mejora de la calidad de vida de las poblaciones que actualmente habitan en condiciones de pobreza. Esta es la enorme responsabilidad que hemos asumido y lo venimos cumpliendo de manera conjunta los arqueólogos de Ecuador y Perú, al suscribir la carta de intensión en la ciudad de Jaén en el año 2009.

Lima, noviembre 2012

Bibliografía

Alarcón Dávila, Walter
1976 “Los geoglíficos de Tablones (San Ignacio)”. Facetas, N.º 4, p. 36, Jaén.

Bueno Mendoza, Alberto y Anselmo Lozano Calderón
1982 “Pictografías en la cuenca del río Chinchipe”. Boletín de Lima, N.º 20, Año 4, Lima.

Castaño-Uribe C.
1988 Parque Nacional Natural Chiribiquete, La Peregrinación de los Jaguares. Ministerio del Medio Ambiente, República de Colombia.

Church, Warren Brooks
1996 Prehistoric cultural development and interregional interaction in the tropical montane forests of Peru. (UMI Microfilm 9712763) 2 vs. An Arbor, MI.

Consens, Mario
2000 Arte rupestre en Sudamérica: el rol de los sitios en una aproximación arqueológica. Ponencia presentada en el V Simposio Internacional de Arte Rupestre, Tarija (Bolivia).

Gamonal, Ulises
2006 “El arte rupestre en el nororiente peruano”. En: Facetas N.º 55, año N.º 30, p. 11-23, Jaén, Perú.

1987 "Desfiladeros rupestres de Yaragüe". En Facetas, N.º 37, p. 13-22, Jaén.
1986 "Arte rupestre y mitología nororiental, Jaén". Serie Visitando el pasado, N.º 1, 19 p., Jaén.
1982 "Pinturas rupestres en el nororiente". En Pakamuros, N.º 1, p. 15-22, Jaén.
1981 "Chontalí: un centro histórico y arqueológico". En Pakamuros. Revista Nororiental, año I, N.º 2, p. 71-72, Jaén.

Guffroy, Jean
1999 "El arte rupestre en el antiguo Perú". IFEA, Lima.
2003 "New researches and discoveries in Peruvian rock art studies". En Rock art studies: News of the world 2 (P. G. Bahn & Fossati R. Eds.), pp 221-226, Oxford.
2004 *Catamayo prehispánico. Investigaciones arqueológicas en el sur de la provincia de Loja.* UTPL/BCE/IFEA/IRD, Loja.
2006 Estilos, complejos y tradiciones: elementos para una tipología del arte rupestre peruano. Segundo Simposio Nacional de Arte Rupestre. Resúmenes, p. 19., Trujillo.

Hosting, Rainer
2003 *Arte rupestre del Antiguo Perú. Inventario Nacional,* CONCYTEC.

Kauffmann, Federico
1988 *Investigaciones arqueológicas en los Andes amazónicos,* 1980-1988. 20 p. ilust. Instituto de Arqueología Amazónica, Lima.
1990 "Les Andes amazoniennes". En *Inca-Perú: 3000 ans d'histoire.* Musées royaux d'art et d'histoire. t. 1, p. 262-275, Gand.
2002 *Historia y Arte del Antiguo Perú,* 6vs. Lima.
2003 *Los Chachapoyas. Moradores ancestrales de los andes amazónicos peruanos.* Universidad Alas Peruanas. Lima

Langlois, Louis
1939 "Utcubamba. Investigaciones arqueológicas en este valle del departamento de Amazonas (Perú)". Revista del Museo Nacional. Año IX, N.º 2, p. 191-228, Lima.

Miasta, Jaime
1979 El alto Amazonas: arqueología de Jaén y San Ignacio, Perú (Seminario de Historia Rural Andina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos) 2 vs. Lima.

Olivera, Quirino
1995 "El arte pictórico en Yamón-Amazonas". Revista Arqueológica Investigar. Ediciones. Bracamonte y Herrera, Trujillo.
1998 "Evidencias arqueológicas del Periodo Formativo en la cuenca baja de los ríos Utcubamba y Chinchipe" Boletín de arqueología PUCP, N.º 2.

Peterson, Emil
1984 Morteros Ceremoniales: the early development and distribution of a decorated stone bowl tradition in north-west South America. In Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes, eds David L. Broman, Richard L. Burguer, y Mario A. Rivera, p. 21-31. BAR International Series, 194. Oxford.

Ravines, Roger
1986 Arte rupestre del Perú. Inventario general. Instituto Nacional de Cultura. Serie: Inventarios del Patrimonio Monumental del Perú, Lima.

Reichlen, Henry y Paule.
1950 "Recherches Archéologiques dans les Andes du Haut Utcubamba". Journal de la Societé des Americanistes. Nouvelle Série, t. 39, p. 219-246, ilust., París.

Rojas Ponce, Pedro
1985 La Huaca Huayurco, Jaén. En Historia de Cajamarca, Vol. I, Arqueología, compiladores Fernando Silva Santiesteban *el al.;* p. 181-186. Instituto Nacional de Cultura, Cajamarca

Shady, Ruth
1979 "El Complejo Bagua y el Sistema de establecimientos durante el Formativo en la Sierra norte del Perú". Nawpa Pacha (Institute Of. Andean Studies), 17, p. 109-142. Berckely.

Taylor, Anne Christine
1988 Las vertientes orientales de los Andes septentrionales: de los bracamoros a los quijos. En Al este de los Andes. Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII, eds. F. M. Renard-Casevitz, Th. Saignes y A. C. Taylor, Tomo II, Abya-Yala -IFEA, Quito.

Torero, Alfredo.
1989 "Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana. Un trabajo de recuperación lingüística". Revista Andina, 7-1, p. 217-257, Lima.

Valdez, Francisco
2007 El formativo temprano y medio en Zamora Chinchipe. En Reconocimiento y excavaciones en el austro Ecuatoriano. Donald Collier y John V. Murra, p. 425-465. Traducción de Dr. Benigno Malo Vega, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.

Figura 1
Arquitectura en forma de espiral, Montegrande Jaen



Figura 2
Arquitectura en forma de espiral, Montegrande 2012



Figura 3
Entierros San Isidro 2012



Figura 4
Mapa con área de investigación Jaen y Bagua



Figura 5
Pilares o columnas con pinturas, casual, Bagua 2010



Figura 6
Pinturas murales y pilastras, las Juntas-Bagua



Figura 7
Pisos San Isidro 2010



Figura 8
Quincha con pinturas murales Casual, Bagua

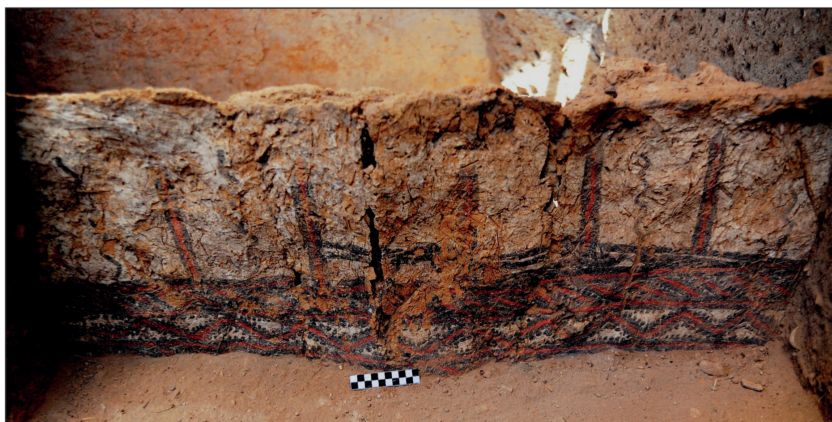


Figura 9
Templo en muros semicirculares-Montegrande 2010



Figura 10
Vista general recinto arquitectónico las Juntas-Bagua



El surgimiento del poder durante el Periodo Formativo en Pacopampa

El simbolismo de la ideología del mundo andino-amazónico

Daniel Morales Chocano[1]

Resumen

El poder en las sociedades prehispánicas del Periodo Formativo (1200 a 400 a. C.), está representado en diferentes soportes de su cultura material, en ella es recurrente la imagen de un jaguar antropomorfo. En nuestras excavaciones en el sitio arqueológico de Pacopampa, la evidencia en la cerámica con tecnología inciso es la representación iconográfica de cabezas de jaguares antropomorfos; este icono estaría vinculado con la idea del "Dios felina", que en nuestra opinión simboliza los poderes sobrenaturales que controlan los fenómenos naturales que rigen las estaciones del año.

Estos iconos de felino-jaguar en Pacopampa aparecen, desde sus formas naturales hasta transformarse en figuras antropomorfas, proceso o acción que en base al dato etnográfico sobre los mitos del jaguar en pueblos amazónicos correspondería según nuestro punto de vista la transformación simbólica del chamán en jaguar, cuya imagen más elocuente en el mundo andino-amazónico es la llamada "Estela Raimondi de Chavín" el cual representa a un jaguar antropomorfo, ataviado con atributos de serpientes y aves, cuyo gran poder se expresa en los báculos sofisticados que sostiene en cada mano y en una gran corona o "mascaypacha", que es más grande que el cuerpo, rangos que señalan un poder omnipotente en la tierra.

---

1 Director de la Escuela Académico Profesional de Arqueología de la UNMSM. UNMSM-EAP, de Arqueología

Introducción

El poder es uno de los temas importantes en las investigaciones sobre la organización social, como un fenómeno del surgimiento de la complejisación social. Marshale Sahlin, en su tesis (1963), asume que la complejización social y el poder surge con jefes de comportamiento altruista que redistribuyen los recursos; Binford (1977), a su vez plantea que el poder es una consecuencia del monopolio sobre la producción, como respuesta funcional de las sociedades que dependen del almacenamiento de recursos, en sociedades que no pasan los 3000 habitantes. Esta teoría deriva del estudio de sociedades nativa contemporáneas que han alcanzado un nivel sociopolítico elevado y una base despótica clara. En los Andes centrales de América del Sur, Eorle (1997), afirma que el poder en épocas prehispánicas es visto desde el punto de la economía política, la ideología y la guerra.

Los arqueólogos que investigan las sociedades prehispánicas en los Andes Centrales y Mesoamérica, han asumido este tema dentro del surgimiento de las sociedades complejas, que cronológicamente comprende el Periodo Precerámico final (3000 a. C.) y el Formativo (1200 a. C.), considerando que estos aspectos sociales quedan plasmados en la cultura material, sean estos, arquitectura, iconografía, patrones funerarios y otras manifestaciones que materializan las acciones humanas, las que actúan dentro de normas y reglas de conducto socialmente aceptadas por todos los miembros de una comunidad, dentro de un espacio y tiempo determinados; sin embargo, existen pocas contribuciones que aborden los orígenes y desarrollo del poder y muchas de ellas bajo criterios equivocados. John E. Clark (2007), por ejemplo afirma para el caso de Mesoamérica: "Las investigaciones desarrolladas hasta el momento permiten rechazar las explicaciones estándar propuestas en las décadas pasadas. La presión demográfica, el cambio tecnológico, la revolución agrícola e intercambio y guerra como motores primarios no proporcionan explicaciones convincentes sobre los orígenes de los rangos. También a su vez afirma que: "Los líderes carismáticos parecen haber sido los beneficiarios principales en la transformación de las tribus aldeanas

en jefaturas y sociedades diferenciadas por rango… estos líderes transcisonales pueden haber sido chamanes" (p. 193).

Cuando se estudia el surgimiento del poder en sociedades prehispánicas en los Andes centrales, el problema es que nos encontramos con serias contradicciones de orden cronológico, es decir, ¿cuándo surge?; para la Dra. Ruth Shady (2005), en Caral un sitio del Precerámico final este problema es muy antiguo, aquí 3000 a. C. se desarrolla un estado prístino, una gran ciudad sagrada y la civilización; mientras que para Burger (1992) y Felman (1985), afirma que, en el precerámico tardío 2500 a. C. a 1800 a. C. y en el Formativo temprano (1800 a 800 a. C.), existe una falta de correspondencia entre la arquitectura ceremonial de la tradición religiosa Kotosh, con el incremento de la complejidad de la organización sociopolítica y la diferenciación social, y que la civilización solo empieza en el Formativo medio con Chavín; mientras que para otros arqueólogos esa complejidad y el estado empieza con Moche en el Intermedio temprano, 400 años d. C. Sin embargo, la postura de Burger y Felman han sido criticadas por Siveroni (2006), quien toma como base de su análisis comparativo los sitios de Montegrande y Kotosh, cuya arquitectura no serían centros ceremoniales, como se suponen, por no tener sustento en evidencias empíricas fuertes y que más bien se debe a nociones o conceptos preconcebidos sobre el pasado andino y que la arquitectura de Montegrande y Kotosh, son casas donde existe ya una diferenciación social marcada de acuerdo a una serie de criterios diferenciales como, tamaño, delimitación del espacio, accesos, número de recintos, etc. Existe pues una visión conceptual unilineal, diacrónica y evolucionista sobre el tema.

También se cree que las sociedades complejas y el surgimiento del poder está asociado a la neolitización andina, la cual involucra el problema de la domesticación de plantas y animales; sin embargo, estos procesos de por sí no fueron las causas de la complejidad social, pues existen ejemplos de sociedades que conociéndoles no dieron el gran salto a la complejidad social; en la Amazonía peruana estudiamos varios grupos nativos, entre ellos los Urarinas (Morales, 2004) que conocen ambos procesos, su base de subsistencia es la caza, pesca complemen-

tada con la agricultura a estos casos las hemos llamado, sociedades en proceso de neolitización fosilizadas; por estas razones plantemos la hipótesis de que existen otros factores sociales que provocaron el cambio, la cual tiene que ver con la generación de excedentes de producción y que esta generación de excedentes tiene que ver, más que con factores económico-políticos, con valores, en donde el honor y el prestigio de los patriarcas o jefes carismáticos, los que se inicia en los ritos de pasaje, como ocurre entre los Shipibo-Conibo del Ucayali (Morales, 2008).

Indudablemente, estos cambios hacia el surgimiento del poder implica una crisis, que genera nuevas normas y valores, es decir un sistema de creencias o ideología, cuyos ritos se plasman en objetos de culto, los cuales revelan la crisis que genera el cambio, como afirma Augusto Oyuela (2005): "La mejor forma de lograr un nuevo paradigma religioso es transformando o cambiando la iconografía y los artefactos de culto, con el fin de reflejar un nuevo sistema de creencias… esta iconografía y artefactos de culto describen claramente las revelaciones del profeta o chamán y su transformación en seres como jaguares, serpientes o aves. Por lo tanto, en el análisis iconográfico y el contexto simbólico del nuevo culto se puede reconocer la crisis que generó el surgimiento de las nuevas creencias" (p. 144).

Durante el Formativo en los Andes centrales (1200 a 400 años a. C.) y especialmente en Chavín, los símbolos ideológicos están representados por un gran personaje antropomorfo con atributos de jaguar, serpiente y ave, el cual se plasma en diversos soportes de culto encontrados en tumbas, la cerámica y los llamados centros ceremoniales. ¿Qué representa entonces este personaje tan recurrente en las sociedades del Formativo? Nuestra hipótesis es que este personaje antropomorfo está íntimamente vinculado al poder, cuyo origen o el comienzo del proceso, creemos encontrarlo expresado en las figuras de cabezas de jaguares con corona o mascaypacha de la cerámica de Pacopampa.

El presente ensayo trata de demostrar esta hipótesis, en base al análisis iconográfico de la cerámica procedente de contextos arqueológicos excavados en el sitio Formativo de Pacopampa, para luego recurrir

a la información etnohistórica y etnográfica de mitos sobre el jaguar amazónico, para comprender el contexto de la ideología que encierra estas representaciones iconográficas.

Pacopampa

El presente ensayo se inspira sobre la base de representaciones iconográficas de cabezas de jaguares antropomorfos, aves y serpientes encontrados en gran cantidad de fragmentos de cerámica que fueron excavados en el sitio formativo de Pacopampa.

En la literatura arqueológica se conoce como Pacopampa a un gran centro ceremonial prehispánico del Periodo Formativo, ubicado entre las coordenadas 79° longitud este y 6°20' latitud sur, en el distrito de Querocoto, provincia de Chota, departamento de Cajamarca; ubicado geográficamente a una altitud de 2410 m s. n. m., vertiente oriental de los Andes, cuenca del río Chotano, tributario del Huancabamba que desemboca al Río Marañón que se desplaza por el llano amazónico (ver mapa).

Hemos denominado al icono de jaguar, como representaciones del "Dios felino de Pacopampa"[2], pues ellos expresan conceptos e ideas recurrentes socialmente aceptadas sobre aspectos sociopolíticos e ideológicos del comportamiento de una colectividad o cultura que creía en los poderes sobrenaturales del famoso otorongo o jaguar amazónico.

Si bien este ensayo tiene como base las investigaciones arqueológicas en Pacopampa, y se ha analizado la cerámica con el objetivo de encontrar un ordenamiento espacio-temporal del sitio arqueológico, también se ha puesto atención en el análisis iconográfico de las imágenes recurrentes que evolucionan y se trasforman en imágenes an-

2 "El Dios Felino de Pacopampa" fue publicado por el SHRA en 1980 y 2005 en la revista Arqueología y Sociedad, como resultado de la tesis de Licenciatura en arqueología de Daniel Morales Chocano, presentada en la UNMSM.

tropomorfas (Morales 1980-2005), para entender estos hechos, hemos recurrido a las fuentes etnográfica y etnohistóricas con el objetivo de comprender por analogía comparativa entre la imagen arqueológica y el mito etnográfico algunos aspectos sociales e ideológicos sobre el jaguar en el pensamiento andino-amazónico.

Las investigaciones arqueológicas

La cerámica de Pacopampa ha sido estudiada por varios investigadores: Rosas y Shady (1970-2005), Fung (1975-2005), Flores (1975-2005), y Morales (1980-2005)), quien ha establecido tres fases correspondientes al Periodo Formativo, las cuales ha denominado: Inicial, Apogeo y Expansiva.

Morales (1980), diferencia en la fase inicial (1500-1200 a. C.), un estilo muy simple en su decoración, la cual está formado por líneas incisos, diseños punteados, cintas y botones aplicadas con punteados profundos y formas de perfile compuesto y ollas sin cuello, con ausencia completa de iconos (ver Foto 1); a diferencia de esta, en la fase de apogeo (1200-800 a. C.), sí existe una gran cantidad de diseños iconográficos incisos en los cuales son muy recurrentes tres motivos: a) la cabeza de un felino antropomorfo de colmillos cruzados, con un tocado o "mascaypacha" en la frente; b) la cabeza de un águila de pico fuertemente encorvado y ojos con lagrimones y c) una gran serpiente con nostril enrollada y voluta cefálica (ver Foto y dibujos 2, 3 y 4).

Es importante anotar que en la fase inicial es bastante evidente en un montículo pequeño, llamado Pandanche, ubicado a 5 km de la esfera del Centro Ceremonial de Pacopampa, en un piso ecológico de yunga, bastante diferente a Pacopampa y con menos posibilidades para el desarrollo de la agricultura, por las limitaciones climáticas (bajo índice pluviométrico), y suelos inclinados. Estos cambios marcados en el estilo, en el apogeo, estarían revelando una crisis ideológica para dar paso a una nueva forma social que se explica en la nueva iconografía de felinos, aves y serpientes de esta fase.

A esta iconografía de ruptura de la fase de apogeo la hemos llamado la trilogía recurrente de la cerámica Pacopampa y es el material utilizado para investigar, los iconos además son convenciones que a falta de escritura, cumplen la función de comunicar o transmitir a la sociedad nuevos patrones sociales, mágico-religiosos muy propias de estas culturas que inician su proceso a la complejización social y con una economía fuertemente sustentada en la producción de su subsistencia con base agrícola.

Con el propósito de demostrar ese tránsito o crisis expresada en la nueva iconografía de la trilogía felino, serpiente y ave, la cerámica con estos iconos fueron clasificados en cantidad y porcentajes, teniendo como referencia la ubicación estratigráfica en correlación a las variaciones en los motivos (ver cuadro 3), asimismo se observa: a) Dos modalidades contemporáneas en los diseños, una de líneas curvas formando diseños o imágenes ligeramente convencionales con tendencias naturales, a las cuales la hemos separado como grupo I, y la otra similar pero con líneas rectas la cual forman diseños geométricos a la cual la hemos separado como grupo II, b). Estas figuras se van estilizando cada vez más en relación a los estratos en que fueron encontrados, es decir, en el transcurso del tiempo, para convertirse de esta manera en figuras muy estilizadas en los estratos superiores que pertenecerían al Formativo tardío; c). Este proceso de cambio fue separado hasta en cuatro fases, para las cuales usamos las letras B, C, D, E, , de tal manera que los iconos finalmente quedaron ordenados secuencialmente en BI, BII, CI, CII, DI, DII, EI, EII, (ver lámina 1 y 2). En síntesis en el grupo I tenemos BI, CI, DI, y EI, diseños trazadas con líneas incisos curvas que va desde una estilización moderada como (BI), hasta una estilización bastante esquemática como (EI), y en el grupo II tenemos BII, CII, DII y EII, trazadas con líneas rectas, desde ligeramente esquemáticas como (BII), hasta convertirse en bastante esquemáticas como (EII). (Ver cuadro 3).

El resultado de este análisis de los diseños nos muestra una recurrencia y evolución de imágenes, la cual no puede ser un hecho casual ni aislado de un contexto social, se trataría más bien, resultado de patrones de conducta expresados en estos símbolos de felino, serpiente y ave,

los cuales sirven para construir conceptos e ideas, esto es especialmente notorio en el caso del jaguar que muestra otro atributo que no es de animales, sino de seres humanos, me refiero a la corona o “mascaypacha” que lleva en la cabeza (Ver lámina 8); este atributo lo convierte en algo más que un simple jaguar y lo diferencia de la serpiente y el ave que no la tienen, nos indica un rango mayor, colocando al felino en un rol social.

En conclusión del análisis de los iconos de la cerámica de Pacopampa se desprende:

a. Existe en la cerámica de Pacopampa, la recurrencia de tres motivos iconográficos: el felino, la serpiente y el ave a la cual la hemos denominado la trilogía iconográfica de Pacopampa.
b. La recurrencia de estos motivos nos indicaría la existencia de patrones de conducta de orden ideológico, los que surgen en la fase de apogeo del formativo de Pacopampa, rompiendo la anterior de la fase inicial.
c. Es muy importante entender que de los tres motivos, destaca la cabeza del jaguar antropomorfo con corona o “mascaypacha”, símbolo de poder que lo convierte en un ser social y de rango.
d. Finalmente la evolución de los motivos en cuatro fases, especialmente en el caso del jaguar, corresponde a la transformación de este en un ser antropomorfo.

¿Por qué el jaguar se transforma en un ser antropomorfo con corona o “mascaypacha”, en la cerámica de Pacopampa?

Para entender esta pregunta, es necesario asumir que la cultura material e inmaterial en los pueblos andino-amazónicos, no es un asunto del pasado acabado; nuestro planteamiento es que la cultura del pasado no ha muerto y que muchos aspectos sociales e ideológicos aún existen en la memoria de los que heredaron las tradiciones y costumbres, y es posible estudiarlas en base a la información etnohistórica y etnográfica, especialmente se trata de mitos, que explican la importancia del jaguar en el mundo andino-amazónico.

La información etnohistórica

En los Andes centrales, las representaciones de felino, aparecen de manera recurrente desde el Formativo; adquieren particular importancia en Chavín de Huáncar y se expresa en todo tipo de soportes, como cerámica, textiles, arte lítico, orfebrería, arte rupestre, etc. Esto llamó mucho la atención del Dr. Julio C. Tello (1923), quien en base a ello inicia los estudios sistemáticos sobre la religión en el antiguo Perú, en su obra Wiracocha; se dedicó a buscar información etnohistórica y etnográfica para poder sustentar sus inferencias arqueológicas y entender el significado social del jaguar amazónico expresado en la iconografía Chavín.

El jaguar, las constelaciones y los fenómenos sobrenaturales es una constante en las referencias de algunos cronistas:

Salcamaygua. En Jiménez de la Espada (1965), representa al felino en su carta sideral, aparece allí el animal en actitud de correr, la cola blandea atrás e irradia de su cabeza y ojos la luz de las estrellas, lo llama choquechinchay o ráfaga de fuego y dice ser un animal muy pintado de todos colores que es el apo de los otorongos.

Jiménez de la Espada, cuando habla del culto a las estrellas reconoce al poderoso felino en las siete estrellas denominadas cabrillas y refiere que en el primer tercio del siglo XVII celebraban en el mes de junio los indios de la diócesis de Lima la fiesta de las Cabrillas a la cual le llamaban oncoy mita.

Guamán Poma de Ayala (1936), cuando nos habla de la primera edad en el mundo andino, dice que Wari wira cocha runa, son los antecesores mitológicos de la remota edad en que los dioses vivían sobre la tierra en la que imperaba Wari el jaguar y esta misma divinidad que origina y controla los fenómenos naturales; devora al Sol y la Luna, agita el mar, la tierra y la atmósfera; produce la lluvia, el granizo, el relámpago y el rayo: prodiga la germinación y fecundidad de la tierra o envía los desastres, las pestes y otras calamidades.

El Padre Calancha (1638), refiriéndose al calendario dice, que no contaban el año por lunas, ni por el curso del Sol, sino desde que salían las estrellas que nosotros llamamos cabrillas.

Es necesario también recordar que según Masato Sakai, Yujui Seki, Juan Pablo Villanueva y Walter Tosso (2007), que en la organización del paisaje del centro ceremonial Pacopampa, la plaza cuadrangular hundida de la tercera plataforma, construida dentro de la Fase Pacopampa II (900 a 500 años a. C.), estuvo relacionada a la observación de la salida de las Pléyades.

Julio C. Tello toma como referencia los conceptos sobre el felino de los cronistas indígenas como Guamán Poma de Ayala y Yanqui Salcamaygua, en base a dichos cronistas, sostiene: “El respeto por este gran felino, el temor a su constante asedio y su reconocida superioridad sobre otros animales, unido a los atributos misteriosos y sobrenaturales con los que la fantasía la engalana, engendró en la mente de los hombres de la foresta la creencia en el “dios jaguar” o mejor en un animal feroz con poderes sobrenaturales (Tello, 1967, p. 145), asimismo afirma la relación que existe entre el jaguar y los fenómenos estelares: “La divinidad suprema padre común de todo lo existente no es otro que el jaguar, el progenitor del feroz animal que impera en la tierra, engalanado con las estrellas que forman las constelaciones de las Pléyades y cuyo poder se identifica con el sol, el rayo o temblor” (p. 163), y prosiguiendo afirma: “Entre los dioses del panteón andino ninguno alcanza mayor importancia como aquel poderoso felino, que aparece en el cielo engalanado con las siete estrellas denominadas vulgarmente cabrillas que forman la constelación de las Pléyades (p. 166).

En síntesis, Tello, reconoce que el felino es la base física de las representaciones mitológicas y al referirse a las versiones de Guamán Poma de Ayala y Salcamaygua, afirma que en la primera concepción del universo la idea fundamental animal, hombre y poderes sobrenaturales como son las constelaciones, el rayo, trueno o el sol aparecen confundidas en una concepción amorfa e indiferenciable como una especie de protoplasma ideológico.

En esta concepción de Tello, existe dos aspectos estrechamente relacionados, una es la observación sobre las características naturales del felino, el cual es sumamente importante para el hombre y luego dichas observaciones son empleadas para construir explicaciones sobre el funcionamiento o significado del mundo. Según Lévi-Strauss (1962), los sistemas de pensamiento tienen dos constituyentes fundamentales, una es la observación empírica que proporciona un punto de partida objetivo, el felino en este caso y la construcción ideológica que da sentido a los datos objetivos. Entonces, la iconografía sobre el jaguar en las culturas formativas, no sería otra cosa que el resultado del mundo simbólico del ser social, sobre cuya base construye sus creencias en el dios felino, que es entre otros el universo simbólico en la cual se encuentra la religión.

La información etnográfica

La importancia del jaguar en la iconografía Chavín, también llevó a Julio C. Tello a investigar sobre las creencias o mitos en referencia al jaguar entre las tribus amazónicas en donde encuentra que un genio omnipotente, por medio de procedimientos malignos, fecunda a una doncella; obligada a salir al campo en busca del ser de quien ha concebido, es guiada hacia el poniente por sus hijos que le hablan desde el vientre y para quienes en recompensa recoge flores y frutos; extraviada del camino en la foresta, por ciertas circunstancias llega a casa de los jaguares; donde es hospedada y protegida por la madre de estos, y muerta y devorada; de su cadáver salen los mellizos, que son cuidados durante su infancia por la protectora de su madre; sabedores más tarde por medio de un pájaro a quien persiguen, de la forma trágica como murió su madre vengan su muerte asesinando a todos los tigres, luego después de realizar muchas proezas maravillosas en la tierra arrebatan el poder al Sol y la Luna para beneficio de la humanidad, que hasta entonces vivían en las tinieblas, desapareciendo y confundiéndose con los astros (Tello, 1967).

De esta manera encontró en las tribus Caribe, Tupi y Arawak cierta recurrencia de ideas en los mitos, en donde una mujer o doncella es

engendrada por un ser maligno, mítico o estelar, la mujer es devorada por un tigre y de su cadáver salen mellizos los que son cuidados por la madre del jaguar, luego los mellizos vengan la muerte de su madre matando al tigre y a la madre de este; en seguida los mellizos después de realizar grandes proezas se convierten en el sol y la luna. Indudablemente es un mito de dioses estelares, en cuyo principio es el jaguar que simboliza las Pléyades o siete cabrillas, seguido del Sol y la Luna que son los gemelos.

Otro aspecto importante de este complejo ideológico que se vincula al jaguar el cual se relaciona con las Pléyades, que marcan las estaciones del año como base del calendario agrícola es la transformación del chamán en jaguar que se expresa en otros mitos y ritos de las costumbres de los grupos amazónicos especialmente de los Caribe.

Ha sido Richard Dolmatoff (1987), en su obra titulada "El Chamán y el jaguar", quien plantea que este puede convertirse en jaguar: Los nativos Tukanos de Colombia, creen que un chamán puede volverse jaguar a voluntad y utilizan la forma de este animal como disfraz bajo el cual pueden obrar como ayuda protectora o agresora. También dicen que después de la muerte el chamán puede volverse jaguar para siempre y entonces puede manifestarse en esa forma a los vivos, tanto amigos como enemigos, de modo benévolo o malévolo según el caso (p. 54).

En los indios de las tribus Muisca el jaguar es usado como nombre para designar a muchos indígenas; también muchos caciques visten ropa y cola de jaguar, los chamanes llevan tocado con garras de jaguar, otros se pintan manchas de jaguar, llevan collares de dientes de jaguar y bolsas de piel de jaguar, estas bolsas contienen alucinógenos, también llevan máscaras de jaguar en algunas ceremonias, mientras que los danzantes imitan los saltos y gruñidos del jaguar y cantan canciones al espíritu del jaguar (Dolmatoff, p. 54).

En otros grupos nativos como los Páez de Colombia, cuentan que el primer jaguar trueno tiene muchos hijos en que se convierten los rasgos humanos al de jaguar. Son criaturas sumamente voraces que en cuanto nacen necesitan varias nodrizas jóvenes humanas a las que ma-

tan al crecer bebiéndoles la leche y sangre. Una vez grandes, van a vivir al fondo del lago, y después se aparecen súbitamente a la gente, a veces exhibiendo sus órganos sexuales viriles y tratando de robarse mujeres, otros manifestándose a un chamán y ofreciéndoles a ayudar (Dolmatoff, p. 60).

En estos mitos, chamán y jaguar son al parecer conceptos muy vinculados que nos conducen a descubrir el proceso de transformación del chamán en jaguar para cumplir ciertos roles dentro del grupo social; no solo es porque usa una serie de atributos del jaguar e incluso el nombre, sino porque verdaderamente el chamán se transforma en jaguar. Si regresamos a nuestras conclusiones sobre el análisis iconográfico de la cerámica de Pacopampa, observando la imagen del jaguar con corona o mascaypacha y rasgos antropomorfos, indudablemente aquí tenemos una analogía con estos mitos amazónicos, es decir el ser antropomorfo que descubrimos en la iconografía de la cerámica de Pacopampa sería el correlato del mito materializado en esta figura antropomorfa la transformación del chamán en jaguar, el cual también lo vemos claramente en la llamada Estela Raimondi de Chavín.

¿Cómo el chamán se convierte en jaguar? El chamán usa muchos atributos del jaguar, pero además hay otro asunto importante de este complejo ideológico y es que el chamán para convertirse en jaguar tiene que ingerir alucinógenos. Por ejemplo entre los tucanos, los paye o chamanes toman narcóticos para entrar en trance, para ponerse en contacto con las esferas sobrenaturales, entonces suben a la vía láctea para comunicarse con los espíritus. A veces el paye toma grandes dosis de rape narcótico y se vuelve jaguar. Pero no todos pueden hacerse paye, pues para ello se requiere muchos requisitos sicológicos e intelectuales además de interés, memoria y ser capaz de interpretar las alucinaciones de los demás inclusive tienen que entender de enfermedades, conocer las condiciones del tiempo y de astronomía (Dolmatoff, 1987).

Tello en 1916, refiere que un curandero que vivía cerca de las huaringas de la provincia de Huancabamba, llama a wari como el mostruo invocado en la laguna o adoratorios por el brujo o curandero intoxicado

por el alcohol, wilca, chamico o tabaco que se le presenta en forma de un gato de cuyos ojos y pelos se desprende relámpagos de juego.

Otro asunto de observar es que según Dolmatoff, el ambiente donde ocurre la conversión del chamán en jaguar se da entre los últimos meses del año, a veces desde agosto cuando aparece en la cuenca del río Vaupés, gran cantidad de orugas comestibles, se dice que estas orugas navegan por el cielo nocturno en grandes canoas, cuyas siluetas pueden apreciarse en algunas partes oscuras de la vía láctea y que bajan a la tierra por el horizonte oriental. En noviembre antes del inicio de la temporada seca hacen su aparición las grandes cigarras anunciando entonces el tiempo propicio para prácticas chamanísticas que de modo específico es relacionado con los alucinógenos y la transformación del chamán en jaguar; es así el verano de las orugas cae en el mes de noviembre asociado a la aparición de ciertas constelaciones en el cielo nocturno.

En el Vaupés, la finalidad de tomar el *rape* viho o alucinógeno es con dos objetivos: como rito de iniciación de chamanes y para convertirse en jaguar y actuar matando, devorando o decapitando. Dolmatoff, dice que entre los indios Páez de Colombia, el espíritu del jaguar o mostruo jaguar tiene cualidades chamanicas y es quien guía y ayuda al chamán. Además, está asociado al trueno, la lluvia, el lago y las constelaciones que marcan el inicio de la estación seca. Muchos de sus atributos tienen también relaciones con la agresión sexual, en los rituales, el chamán tiene que establecer contacto con el espíritu del jaguar y transformarse.

En síntesis, se puede afirmar que en base a la investigación arqueológica, la información etnohistórica y etnográfica sobre el jaguar amazónico, encontramos que:

a. La relación del hombre con la naturaleza, configura al jaguar como un animal poderoso, vinculado a los fenómenos naturales y estelares, convirtiéndose de esta manera en un símbolo que le sirve para ordenar el mundo y poder controlar los efectos de estos fenómenos en beneficio del ser humano.

b. En segundo momento se introduce en el mito la transformación del chamán en jaguar, usando una serie de mecanismos que incluye la ingestión de alucinógenos para entrar en trance y ascender a las esferas estelares que gobiernan el mundo.
c. La transformación del chamán en jaguar, transmite una nueva identidad ideológica de un ser humano con atributos de jaguar que controla los fenómenos naturales, ordenando el mundo dentro del mito que establece el poder teocrático del profeta o chamán vinculado al jaguar amazónico.
d. La materialización de estos mitos sobre el jaguar y la transformación del chamán en este animal, queda materializada en las representaciones de felinos antropomorfos con corona o mascaypacha encontrados en la iconografía de la cerámica de Pacopampa, en la cual no solo se expresa la relación y control de las fuerzas naturales y estelares, sino también el surgimiento y manejo del poder en las sociedades del Periodo Formativo en los Andes centrales.

Partiendo de estas ideas sostenemos que:

1. En la arqueología andina-Amazónica, la transformación del chamán en jaguar la encontramos expresada en la iconografía Chavín, en la presencia de figuras antropomorfas con atributos de jaguar, cuya representación más importante, no solo son las cabezas de jaguares antropomorfos de Pacopampa, sino también la llamada Estela Raimondi; esta es la imagen de un felino-humano que sujeta en cada mano, cuyos dedos terminan en garras, un báculo, vara o bastón adornado con serpientes, su cabeza tiene un hocico con colmillos cruzados y un enorme tocado, mascaypacha o corona en la frente, el cuerpo humanizado con piernas que terminan en dedos con garras felinicas, la cual sustenta un poder omnipotente sobre la tierra (Ver lámina 7 de Estela Raimondi).
2. El proceso de cambio del dios jaguar en divinidad antropomorfa, es el resultado de una constante lucha del hombre y su medio ambiente, cuya dependencia se expresa en el mito del dios jaguar y sus representaciones iconográficas como la hemos encontrado en Pacopampa; este predominio del dios felino en las culturas del

periodo Formativo nos indican que la formación sociopolítico en esta época no es el resultado de la lucha entre los hombres por el control económico, social o político, sino de la lucha constante del hombre con su medio ambiente, la cual condiciona su modo de vida basado en la agricultura dependiente de la estación húmeda con lluvias; esta situación nos lleva suponer que estas sociedades son básicamente teocráticas en donde el poder político del hombre está mediatizado por el jaguar antropomorfo.

3. La Estela Raimondi fue reconocida por Jhon Rowe (1972), como el dios de las varas; así mismo Uhle (1912), reconoció que esta imagen es la misma que aparece en la Portada del Sol de Tiahuanaco, y finalmente Tello (1923), postulaba que este proceso termina en lo que era reconocido por los incas como el dios Wiracocha.

De todas estas conclusiones aún se desprenden algunas preguntas: ¿Es el chamanismo el inicio de la religión?, ¿esta se expresa en la transformación del chamán en jaguar en los mitos amazónicos y las imágenes del dios antropomorfo de las culturas andino-amazónicas?

En este ensayo hemos tratado de enlazar las evidencias de la cultura material arqueológica con las tradiciones históricas y etnográficas que aún se conservan en los grupos nativos amazónicos, lo cual nos permite confirmar estas preguntas; sin embargo, queda aún por investigar cual fue el rol social de este comportamiento religioso que según Comte, Durkheim, y Freud, es integrar a los miembros de una sociedad o compensar las frustraciones humanas a través del alivio psíquico como sostienen Hegel, Marx y Freud.

Bibliografía

Binnford, J. W.

1977 "General introduction", en L. B. Binnford, ed., For Theory Building in Archaeology, NUEVA York, p. 1-10.

Burger, Richard
1992 *Chavín and the origins of Andean civilization.* New York: Thames and Hudson.
Calancha, A.
1638 *Crónica moralizadora del Orden de San Agustín en el Perú*, con sucesos ejemplares vistos en esta monarquía, Lima.
Comte, Augusto
1980 *Discurso sobre el espíritu positivo.* Madrid, Alianza Editorial.
Clark, John E.
2007 "El alba de Mesoamérica". Boletín de Arqueología PUCP, N°11, p. 167-203.
Durkheim, Emile
1982 *Las formas elementales de la vida religiosa: El sistema totémico en Australia.* Madrid.
Earle, Timothy
1997 How chiefs come to power: The political economy in prehistory. Stanford, Calif… Stanford University Press.
Feldman, Robert
1985 Architectural evidence for the development of no egalitarian social systems in costal Perú. En C. Donnan (ed). Early Ceremonial Architecture in the Andes, p. 71-92. Washington, D. C. Dumbarton Oaks.
Fung Pineda, Rosa
2005 *Excavaciones en pacopampa, Cajamarca.* Arqueología y Sociedad N.° 16. SHRA-MAA-UNMSM.
Flores Espinoza, Isabel
2005 *Excavaciones en el mirador, Pacopampa.* Arqueología y Sociedad, p. 125-140. SHRA-MAA-UNM.
Guamán Poma de Ayala
1936(1615) *Nueva crónica y buen gobierno.* Edición facsimilar, Intitut d'Ethnologie, Paris.
Hegel, F. W. G.
1992 *Filosofía de la Religión.* México FCE.
Jiménez de la Espada
1965 *Relaciones geográficas de Indias-Perú.* BAAEE, 4 Tomo, vols. 183-185. Madrid.
Lévi-Strauss, C.
1962 "La pensee sauvage, Plon, París (Traducción castellana: El pensamiento Salvaje, FCE, México, 1964).

Marx, Karl y Frederic, Engels
1987 "Uber Religion". Berlín, Dietz
Masato Sakai, Juan Pablo Villanueva, Yuji Seki, Walter Tosso, Araceli Espinoza
2007 "Organización del paisaje en el centro ceremonial Formativo de Pacopampa". Arqueología y Sociedad N.° 18, p. 57-68. CCSM-Museo de Arqueología y Antropología-UNMSM.
Morales Chocano, Daniel
2008 "Reconstruyendo algunos aspectos socioculturales de artefactos excavados en el Bajo Ucayali-Perú. En *Amazonía peruana,* Tomo XV, N.° 31, p. 211-249.
1980-2005 "El Dios Felino de Pacopampa". Arqueología y Sociedad. N.° 16, p. 215-290. Museo de Arqueología y Antropología-Centro Cultural de San Marcos.
2004 "Los Urarinas de la Amazonía peruana: Un modelo sustentable de subsistencia". Investigaciones Sociales Año VIII, N.° 13, p. 43-71 (UNMSM/IIHS. Lima.
Oyeuela Caysedo, Augusto
2005 "El surgimiento de la rutinización religiosa: Los orígenes de los tairona-kogis. En Chamanismo y sacrificio, Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del sur. p. 141-163. Jean-Pierre Chaumeil, Roberto Pineda Camacho, Jean-Francois Bouchedr, Editores científicos. Fundación de Investigaciones Nacionales Banco de la República. IFEA. Bogotá.
Rosas La Noire, Hermilio y Shady Solís, Ruth
1970-2005 "Pacopampa. Un centro formativo en la sierra nor-peruana". En Arqueología y Sociedad N.° 16, p. 11-62. Publicado originalmente en el SHRA en 1970.
Rowe, John
1972 *El arte de Chavín, Estudio de su forma y significado.* Historia y Cultura. Órgano del Museo de Historia. Vol. 6 p. 249. Lima.
Shady Solís, Ruth
2005 "La civilización Caral-Supe: 5000 años de identidad cultural en el Perú". Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.
Sahlins, M. D.
1963 "Poor man, rich man, big-man, chief: political types in Melanesia and Polynesia", Comparative Studies in Society and History, 5, 3, p. 285-303.

Siveroni, Viviana

2006 "Mi casa es tu templo: Una visión alternativa de la arquitectura de la tradición Kotosh". Arqueología y Sociedad N.° 17. Museo de Arqueología y Antropología, Centro cultural de la UNMSM.

Salcamaygua. En Jiménez de la Espada

1965 "Relaciones geográfica de Indias-Perú. BAAEE, 4 Tomo, Vol. 183-185, Madrid.

Tello, Julio C.

1923 "Wiracocha". Revista Inca, Vol. I N.° 1, p. 93-320 y N.° 3, p. 583-606. Lima.

1967 "Páginas escogidas". Selección y Prólogo de Toribio Mejía Xesspe. UNMSM. Lima-Perú.

Ulhe, Max

2003 "Pachacamac". Informe de la expedición peruana William Papper de 1896. UNMSM-COFIDE.

Cuadro 1
Clasificación de la cerámica Pacopampa teniendo en cuenta los motivos y las fases de la iconografía en relación a los estratos de las excavaciones

MOTIVOS Y TÉCNICAS	FASES ICONOGRÁFICAS	ESTRATOS
IMPRESOS ESTAMPADOS OTROS	F	1 2 3
FELINO FALCÓNIDA SERPIENTE	EI Y EII DI Y DII CI Y CII BI Y BII	4 5
PUNTEADOS APLICADOS SIN FELINO	A	6 7

Figura 1
Ubicación del Centro Ceremonial de Pacopampa
Departamento de Cajamarca, provincia de Chota-Distrito de Querocoto

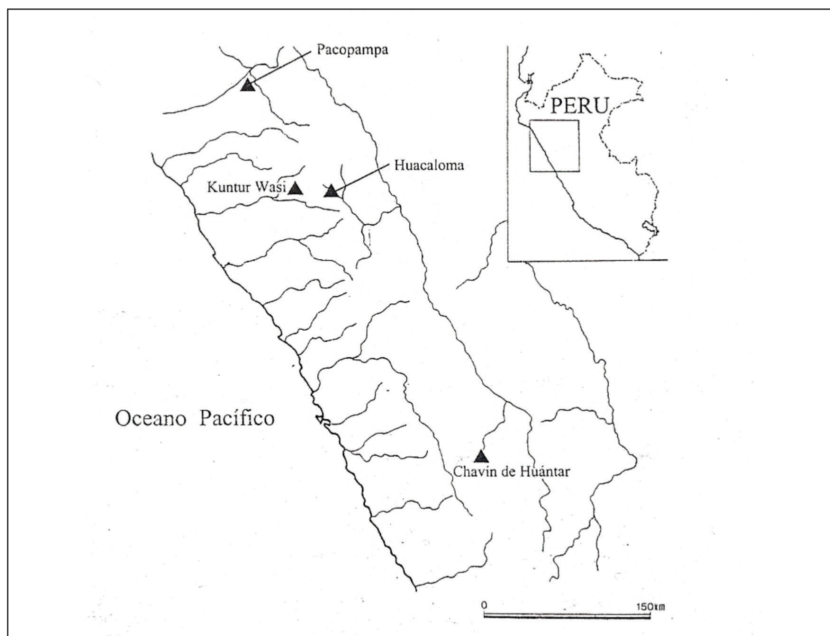


Figura 2
Cerámica de la fase de inicial de Pandanche (1500-1200 a. C.)



Con formas de ollas con cuello corto, ollas sin cuello y cuencos de perfil compuesto con decoración de líneas incisas, cintas y botones aplicados, punteados en círculo inciso entre otras, no existe en esta fase figuras antropomorfas.

Figura 3
Cerámica de la fase de Apogeo de Pacopampa (1200-800 a. C.), con iconografía en Técnicas Incisos



Cabeza de felino antropomorfo con "macaypacha", cabeza de serpiente con nostril y voluta cefálica y, cabeza de águila con lagrimones y pico encorvado.

Figura 4
Dibujo de felino, serpiente y ave copiados
de la cerámica de la Fase de Apogeo

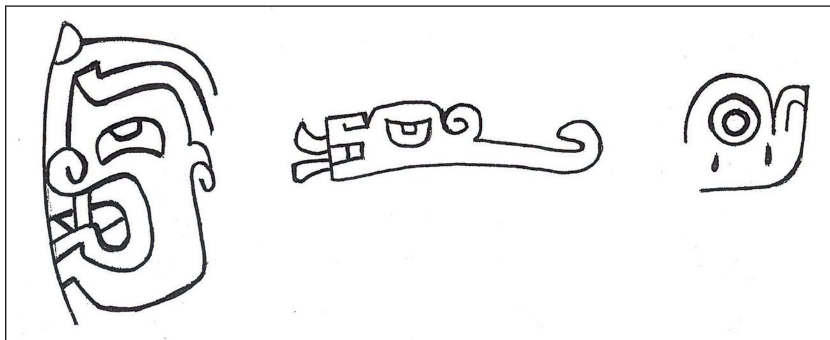


Figura 5 y 6
Dos modalidades de íconos de aves en sus cuatro fases, con líneas curvas:
BI, CI, DI y EI y con líneas rectas BII, CII, DII, y EII

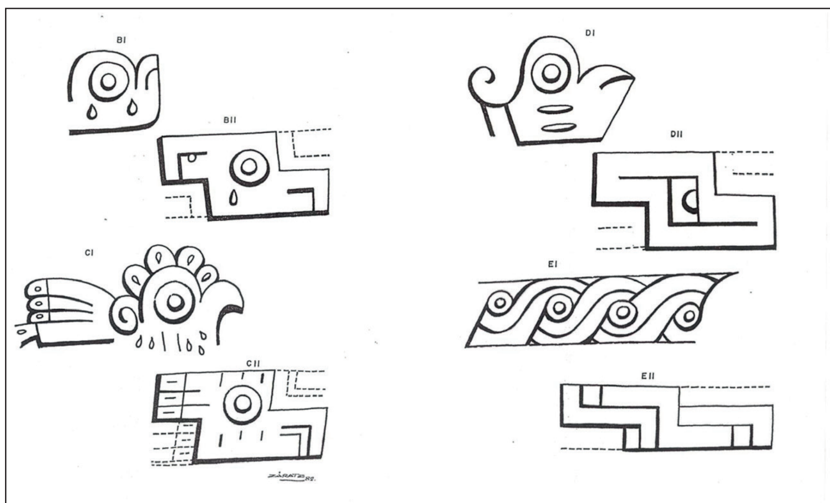


Figura 7
Dos modalidades de iconos de cabezas de jaguar, con corona o "mascaypacha" en sus cuatro fases: con líneas curvas, BI ,CI, DI, y EI y con líneas rectas BII , CII, DII, y EII

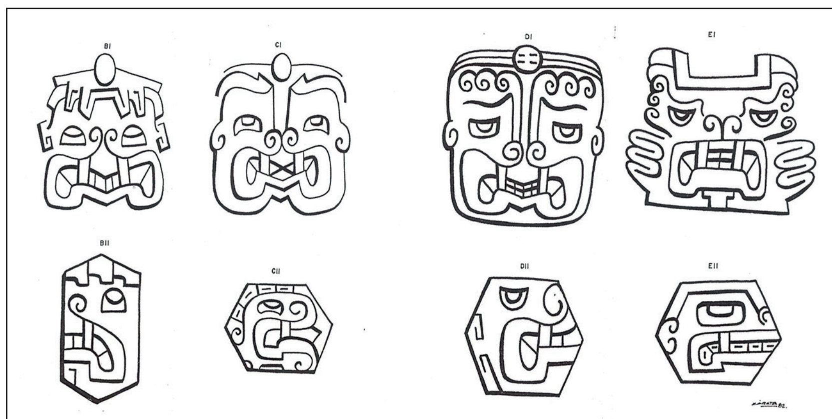
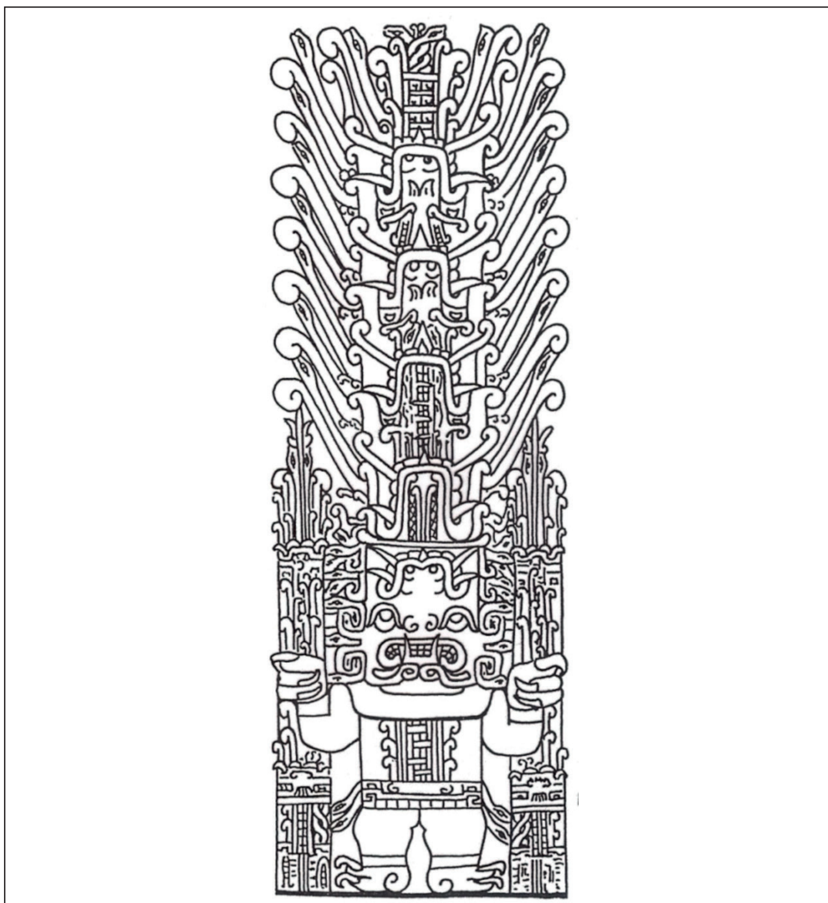


Figura 8
Cabeza de jaguar con corona o "mascaypacha" del sitio arqueológico de Pacopampa



Figura 9
Estela Raimondi: Representa el mito de la transformación del chamán en Jaguar, la imagen se convierte en un ser antropomorfo con atributos humanos y de jaguar, este personaje ostenta el poder porque sostiene los báculos y tiene una gran corona o "mascaypacha" convirtiendo al personaje en un ser omnipotente



Diversidad cultural en los Llanos de Mojos

Carla Jaimes Betancourt

Resumen

La cultura material está frecuentemente implicada en el reconocimiento y la expresión de la etnicidad. El objetivo de este artículo es mostrar la gran variedad del material arqueológico de los Llanos de Mojos en relación a diversos tipos de obras de tierra. Se discuten los resultados de un estudio comparativo de los artefactos cerámicos procedentes de varios sitios arqueológicos con ocupaciones contemporáneas en los Llanos de Mojos. Las similitudes y diferencias de varios complejos cerámicos a escala regional sugieren un horizonte multicultural complejo, en el cual las fronteras no están todavía definidas, por la falta de estudios arqueológicos y la dificultad en reconocerlas. El mito de una homogeneidad amazónica se desvanece y da paso a una inmensa diversidad natural, social, política y cultural de grupos con distintas realidades históricas, que poco a poco deben ser abordadas por los arqueólogos de una manera más específica.

Introducción

El paisaje de Mojos parece a primera vista geográficamente uniforme. Extensos pastizales, islas de bosques, humedales y bosques de galería conforman las sabanas más extensas dentro de la región de la cuenca amazónica. Sin embargo, en la década de los noventa y a diferencia de

lo que se suponía, estudios ecológicos hallaron un mosaico de sabanas geoecológicamente muy diferentes, las cuales habían sido desconocidas debido a la falta de estudios que se desarrollaron en esta región, a raíz de su aislamiento geográfico e inaccesibilidad vial (Hanagarth 1993).

Similar es el panorama arqueológico que encontramos en los Llanos de Mojos, por un lado los escasos estudios realizados y por otro el enfoque de las últimas décadas dirigido a aglutinar todo tipo de obras de tierras para estudiar las ingenierías del paisaje a una escala mega-regional, que abarca nada más ni nada menos que a la Amazonía, un hábitat tan grande como casi toda Europa.

En célebres artículos como el publicado por Clark Erickson en el *Handbook of South American Archaeology* (Silvermann & Isbell 2008), las diferentes obras de tierra son expuestas e interpretadas como logros de pueblos nativos amazónicos para transformar el paisaje de acuerdo a sus necesidades (Erickson 2008: 177). En el caso específico de los Llanos de Mojos, Erickson (2006: 247) atribuye la domesticación del paisaje a una serie de actividades humanas superpuestas e interrelacionadas, las cuales con el paso del tiempo crearon una estructura altamente compleja a la cual denomina como ingeniería cultural del paisaje. Erickson (2006: 257) propone incluso que los campos elevados de cultivo asociados a otras obras de tierra (grandes montículos) sostuvieron a grandes poblaciones organizadas en formas de caseríos, aldeas, pueblos y posiblemente centros urbanos dispersos en las sabanas y bosques. Estas interpretaciones están además acompañadas de un dibujo esquemático de Daniel Brinkmeier (Erickson 2006: 249) el cual de una manera muy didáctica ejemplifica cada una de las obras de tierra encontradas en los Llanos de Mojos (montículos habitacionales, canales, islas de monte, zanjas circulares, campos de cultivo, terraplenes, etc.), como obras que coexistieron en el tiempo y en el espacio. Esta imagen se convirtió en una de las representaciones más populares de la arqueología de Mojos y de alguna manera influyó a que la gente comprendiera estas obras como un sistema interrelacionado. Erickson tiene una visión sincrónica del paisaje cultural de los Llanos de Mojos y tiende a omitir el significado de las diferencias regionales en la distribución de las obras de tierra y material cerámi-

co, subestimando de esta manera la diversidad cultural de los Llanos de Mojos. Lombardo (2012: 11) analiza en su reciente tesis doctoral, los posibles vínculos que podrían existir entre los restos arqueológicos y las diferentes configuraciones del medioambiente en los Llanos de Mojos. Las diferentes obras de tierra han sido hasta ahora analizadas en cuanto a su distribución geográfica, aspectos tecnológicos y funcionales. Sin embargo, su correlación cronológica y cultural ha sido ignorada.

Diferencias de obras de tierra de los Llanos de Mojos

El primero en observar e interpretar las diferentes obras de tierra de los Llanos de Mojos fue Erland Nordenskiöld (1910, 1913, 1916). En su artículo *"Die Anpassung der Indianer an die Verhältnisse in den Überschwemmungsgebieten in Südamerika"*[3] (Nordenskiöld 1916) propone un distribución regional y una lectura funcional para estas obras. Así por ejemplo menciona que los terraplenes están principalmente concentrados en los alrededores de Baures y que eran parte de una infraestructura de comunicación durante la época de lluvias. Además, asocia sutilmente la idea de la construcción de terraplenes a la zona del delta del Amazonas (Nordenskiöld 1916: 147-148).

También menciona a montículos de diferentes tamaños y formas, los cuales se esparcen cerca del río Mamoré y río Ibare. En sus excavaciones de tres montículos encontró principalmente rasgos ocupacionales y funerarios y atribuye la construcción de los montículos a la necesidad de vivir a salvo de las inundaciones anuales (Nordenskiöld 1910: 811, 1916: 149).

Las obras de drenaje entre San Borja y San Ignacio no pasaron desapercibidas para sus ojos. Los campos elevados de cultivo fueron descritos por Nordenskiöld (1916: 149-150) como trincheras paralelas, donde el suelo entre ellos habría sido usado para el cultivo.

3 La adaptación de los indios a las condiciones de las zonas inundadas en América del Sur (Trad. de la autora).

Estas obras y varios canales construidos entre los ríos para acortar distancias, son para Nordenskiöld adaptaciones culturales para vivir en un ambiente marcado por inundaciones anuales.

En los años sesenta, gracias a la disponibilidad de fotos aéreas y la posibilidad de realizar sobrevuelos en la región de los Llanos de Mojos, estas obras recobraron su magnificencia y se empezaron a llevar a cabo estudios de envergadura regional. Los trabajos de William Denevan marcaron una nueva época en la investigación arqueológica de los Llanos de Mojos (1963, 1966, 2001), la que se caracterizó por dar un panorama general de la distribución geográfica de estas obras y su funcionalidad. El mapa publicado en su tesis de doctorado (Denevan 1966: 56), utilizado hasta el día de hoy, presenta áreas con concentraciones de ciertas obras de tierra: los grandes montículos al sureste de los Llanos de Mojos, los canales y campos elevados de cultivo al suroeste, largas plataformas de cultivo alrededor de Santa Ana de Yacuma y lago Rogaguado y pequeños montículos circulares de cultivo, entre las dos últimas zonas mencionadas. Denevan (1966: 24) no especula sobre la posición temporal de estas obras, ya que considera que hacer correlaciones de las diferentes tradiciones cerámicas, con las obras de tierra, culturas arqueológicas o históricas y grupos lingüísticos es muy difícil. Con los años, Denevan (2001: 17) atribuyó estas obras a sociedades complejas de comunidades regionalmente integradas, con una población relativamente grande y una agricultura semi-intensiva y sustentable.

A partir de los años ochenta y siguiendo los mismos parámetros, Clark Erickson dedicó su investigación a obtener una visión regional de los Llanos de Mojos, que le permitió proyectar el grado de domesticación del paisaje y la influencia que tuvieron las actividades de los antiguos pobladores en el paisaje actual (Erickson 2006, 2008, 2010). La mayoría de su base de datos proviene de prospecciones regionales y excavaciones de trincheras en sistemas agrícolas y obras asociadas a la infraestructura hidráulica, obteniendo datos sobre la técnica de construcción, fertilidad del suelo, tipos de cultivo, análisis de polen, entre otros (Erickson 1995, 1999, 2000, 2001, 2006). En cuanto a la cronología de estas obras, propone, que el uso de los campos de cultivo habría co-

menzado alrededor de los 900 a. C. y se habrían establecido y difundido desde el 400 a. C. hasta la llegada de los europeos (Erickson 2006: 254).

El hecho de que Erickson (1995: 90) admita que es muy difícil datar los campos de cultivo, debido a su uso y modificaciones permanentes y sugiera la posibilidad de que estos campos elevados de cultivo puedan ser datados mediante la comparación del material cultural con la cronología cerámica propuesta para los montículos habitacionales, nos advierte que Erickson considera a estas obras sincrónicas. Tal vez por esta razón, es que él postula que la tecnología de los campos elevados de cultivo habría sostenido grandes poblaciones asentadas en los montículos de la sabana (Erickson 2006: 257).

Una mirada diferente fue expresada por Dougherty y Calandra (1981, 1981-82, 1984, 1984-85, 1985), quienes realizaron trabajos arqueológicos en dos áreas de los Llanos de Mojos (Mojos central y al noreste de Mojos). Aunque reconocieron que los antiguos pobladores realizaron un buen manejo tecnológico para el cultivo agrícola en las sabanas benianas, contemplaron las obras de tierra con escepticismo. Así por ejemplo, dijeron que las lomas no podrían ser consideradas como montículos artificiales, sino de origen "*mixto*" y producto de lentas acumulaciones culturales y naturales de unos 800 a 1000 años, por parte de por lo menos tres culturas o tradiciones distintas (Dougherty y Calandra 1981-82: 13). Además, dudaron de la contemporaneidad de otras obras de tierra como los campos elevados de cultivo, los cuales les parecían obras tardías o por lo menos de diferentes épocas, dificultando aún más su filiación cultural (Dougherty y Calandra 1981-82: 15). Con estos argumentos trataron de oponerse al postulado de Bustos Santelices (1976: 15-16) sobre la existencia de una "alta cultura" en el departamento del Beni.

Al haber sido el proyecto de Dougherty y Calandra financiado por el *Amazonian Ecosystems Research Program del Instituto Smithsonian de Waschington D. C.*, se asoció el escepticismo de los investigadores, a la influencia del enfoque teórico de Meggers (1954: 806), el cual postulaba que en zonas con condiciones medioambientales adversas, no aptas

para la agricultura, como las sabanas de Mojos, es imposible el desarrollo de sociedades complejas. Sin embargo, más allá de su incredulidad en cuanto a la existencia o no de una “alta cultura” en los Llanos de Mojos y a las limitadas excavaciones que llevaron a cabo, debemos rescatar que este proyecto fue el primero en intentar diferenciar las entidades culturales y ubicarlas en un espacio geográfico y temporal (Dougherty y Calandra 1985; Calandra y Salceda 2004).

Los pozos de excavación desarrollados en más de 30 montículos ubicados en el área central de Mojos y 19 sitios asociados a zanjas e islas en la Prov. Iténez han permitido a Dougherty y Calandra (1985: 190) observar ciertas diferencias cronológicas y culturales. Mientras los montículos son sitios habitacionales de ocupaciones sucesivas entre 500 d. C. a 1200 d. C., las islas del Iténez son unicomponentes (no existen fechados para estas islas). Además, asocian las islas del lado oeste del Mamoré en el área central de Mojos con campos elevados de cultivo, mientras que en el Iténez no encuentran este tipo de tecnología. Otra diferencia que ellos apuntan, pero que actualmente podríamos considerar como un sesgo en la interpretación, es la mayor cantidad de fragmentos cerámicos que encuentran en los montículos del área central de Mojos y que ellos la relacionan con subidas demográficas, en comparación al reducido número de cerámica que encuentran en la superficie de los asentamientos en islas y zanjas del Iténez.

A partir de la década de los noventa las investigaciones arqueológicas se tornaron más puntuales y se empezaron a acentuar las diferencias cronológicas y culturales en el área de los Llanos de Mojos. Trabajos como el de Walker (2000, 2004, 2008, 2011, 2012) a lo largo de la parte baja del río Iruyañez, en los alrededores de Santa Ana de Yacuma, Prümers (2004, 2008, 2008b 2009, 2012) en dos montículos del área de Casarabe y en sitios habitacionales en los alrededores del pueblo de Bella Vista, Prov. Iténez y las excavaciones de Saunaluoma (2010) en sitios asociados a zanjas en la Prov. Vaca Diez, al norte de los Llanos de Mojos, nos demuestran que cada una de las obras de tierra en los Llanos de Mojos, tienen su propia dinámica cronológica y presentan diferentes grados de complejidad y diversidad cultural.

Con el fin de tratar de entender estas particularidades cronológicas y culturales, se presenta a continuación un análisis comparativo del material cerámico publicado y procedente de diferentes áreas y tipos de obras de tierra en los Llanos de Mojos.

Diferencia en el material cerámico de los Llanos de Mojos

La cerámica conforma una parte de los contextos arqueológicos que deben ser analizados globalmente para poder identificar unidades culturales en tiempo y espacio. En el caso de los Llanos de Mojos, es el material cultural que con más frecuencia aparece asociado a obras de tierra y contextos funerarios. Sus propiedades le ayudan a resistir el paso del tiempo y las inclemencias climáticas, algo que no ocurre lamentablemente con los objetos de madera y textiles.

Partiendo de la idea de que las trasformaciones en la cerámica manifiestan cambios cronológicos, funcionales y/o culturales en los asentamientos arqueológicos, es que vale la pena correlacionar estas variaciones con otros aspectos del registro arqueológico. Un estudio comparativo de la cerámica procedente de varios yacimientos contemporáneos, podrían ayudarnos a advertir grados de similitudes o de semejanzas.

Al estilo de la vieja escuela de "arqueología tradicional" (Llamazares & Slavutsky: 1990), lo que se intenta es ordenar la gran variabilidad de la cultura material. Por un lado identificar los objetos semejantes y por otro apuntar las diferencias en los atributos de la cerámica. Esto nos servirá para plantear hipótesis acerca de los tipos de relaciones sociales que tuvieron los antiguos pobladores de Mojos.

Es importante priorizar enfoques de investigación relacionados a la diversidad sobre la homogeneidad, para poder en futuras investigaciones, abordar temáticas respecto a procesos de identidad, conflicto o relaciones interétnicas que se habrían dado en esta región.

Con este fin, se presenta un estudio comparativo de los siguientes complejos cerámicos (ver mapa):

- *Complejo Casarabe*: procedente de los montículos artificiales en los alrededores de Trinidad y Casarabe, dividido en 5 fases cerámicas que abarcan un periodo de tiempo del 500 al 1400 d. C. (Dougherty y Calandra 1981-82; Prümers 2004, 2008, 2009; Jaimes Betancourt 2004, 2010, 2011, 2012).
- *Complejo San Ignacio*: procedente de pequeños montículos asociados a campos elevados de cultivo y terraplenes, datados el sitio de Moxitania entre 700-1000 d. C. y los sitios de Abularach y Loma Carretera Santa Ana entre 900-1100 d. C. (Villalba *et al.* 2004).
- *Complejo San Juan*: procedente de un sitio habitacional asociado a grandes plataformas elevadas de cultivo en la parte baja del río Iruyañez, con fechados entre 500-600 d. C. (Walker 2004, 2011).
- *Complejo El Cerro*: procedente de otro sitio habitacional también asociado a grandes plataformas elevadas de cultivo en la parte baja del río Iruyañez, con fechados entre 1300-1400 d. C. (Walker 2004, 2012).
- *Complejo Bella Vista*: procedente de tres sitios habitacionales con zanjas, con fechados entre 1300-1500 d. C. (Prümers *et al.* 2006, Jaimes Betancourt 2012b).
- *Complejo Tumichucua*: asociado a una zanja circular, fechado en 100 d. C. (Saunaluoma 2010).
- *Complejo Giese*: sitio con terraplén semicircular, fechado entre 200-300 d. C. (Saunaluoma 2010).
- *Complejo el Círculo-Riberalta*: proviene de un sitio habitacional rodeado por un terraplén circular, datado alrededor de 1300 d. C. (Saunaluoma 2010).
- *Complejo Irobi*: proveniente de sitios habitacionales en islas o asociados a zanjas en los alrededores de Baures (Dougherty y Calandra 1984-85).

De acuerdo a nuestros objetivos, los complejos cerámicos que se han elegido para el análisis comparativo cumplen tres requisitos básicos: a) estar relacionados a alguna de las obras de tierra existentes en los Llanos de Mojos, b) contar con una posición temporal en términos

de cronología absoluta, ya sea mediante fechados de C-14 o análisis de termoluminiscencia (con excepción del complejo Irobi) y c) haber sido descritos y/o graficados en publicaciones arqueológicas. Otras colecciones cerámicas documentadas procedentes de prospecciones o excavaciones sin filiación cronológica, como las de Becker-Donner (1956) en el río Guaporé, Dougherty y Calandra (1984-85) en la Prov. Iténez, Erickson *et al.* (2008) en Baures, Tyuleneva (2010) en el Lago Rogaguado, río Apere y río Tapado, Lombardo & Prümers (2010) alrededores de Casarabe y Trinidad, Nordenskiöld (Jaimes Betancourt 2012), en el río Machupo y Guaporé, Walker (2008b) del río Yacuma y Rapulo serán tomadas en cuenta en la discusión únicamente si es que pudieron ser asignadas a una cronología relativa.

Es pertinente reconocer que a pesar de la larga historia de investigación arqueológica en los Llanos de Mojos, son todavía pocos los sitios que tienen una datación absoluta. Esto debido principalmente a que el estudio de sitios habitacionales ha sido relegado por las prospecciones y mapeos de sitios agrícolas. Además, el incremento de publicaciones que presentan una síntesis de los resultados del proyecto en cortos artículos de revistas, hace que con muy pocas excepciones, se pueda recurrir a las descripciones y gráficos del material arqueológico.

Para una lectura más entendible, se han realizado tablas comparativas de complejos cerámicos con los siguientes lineamientos: se compararon complejos contemporáneos pertenecientes a un determinado periodo de tiempo, se dividió el área geográfica de los Llanos de Mojos de acuerdo a los puntos cardinales, se mencionan los nombres de los sitios arqueológicos de los cuales proviene el material cerámico y se apuntan las asociaciones con otros rasgos culturales (obras de tierra, tipos de contextos funerarios).

Específicamente para la cerámica se consideran la presencia o ausencia de artefactos peculiares que están vinculados a los *habitus*[4] de un

4 La expresión consciente de la etnicidad a través de la cultura material está relacionada con las disposiciones estructurales de los *habitus*, que impregnan todos los

determinado grupo cultural (la manera de preparar los alimentos, relacionada a la elección cultural de las herramientas que se utilizan para tal efecto). Objetos como ralladores (Lám. 1a), manos de moler (Lám. 1d-e), cazuelas (Lám. 1f), asadores (Lám. 1g) están asociados a la faena de preparación de alimentos (Dickau *et al.* 2102), mientras que otros objetos de cerámica como las torteras (Lám. 1b-c) están destinados a la producción textil. El uso de estos objetos, tanto como sus características, pueden diferir de acuerdo a las prácticas culturales diferenciadas.

Posteriormente se comparan los atributos tecnológicos (rasgos de técnica de manufactura, uso de desgrasantes en la preparación de la pasta, acabado y color de superficie, uso y color de engobes), los atributos morfológicos (formas generales y formas de bordes, bases, asas y soportes) y por último los atributos decorativos (técnicas y motivos decorativos). Al final del cuadro se hace referencia a las figuras en la bibliografía, para que el lector pueda recurrir a ellas fácilmente.

Tabla 1
Tabla comparativa de los complejos cerámicos Timichucua y Giese

Periodo de tiempo:	**100-400 d. C.**	
Complejos cerámicos	*Tumichucua*	*Giese*
Área geográfica	Al norte de los Llanos de Mojos, Riberalta, confluencia del río Beni y Madre de Dios	
Sitios arqueológicos	Tumichucua	Giese
Obras de tierra asociadas	5 diferentes zanjas	Terraplén semicircular
Artefactos peculiares	Hachas de piedra Moledores cilíndricos de piedra	Hacha de piedra pulida

aspectos de las prácticas culturales y las relaciones sociales que caracterizan a una forma particular de vida (Jones 1997: 120).

Periodo de tiempo:	**100-400 d. C.**	
Complejos cerámicos	*Tumichucua*	*Giese*
Desgrasante: **Acabado y color de superficie**	Cerámica molida, carbón, arena erosionados	Cariapé y hematita erosionados
Tipos de borde: **Tipos de bases:**	Evertidos, directos e invertidos pedestales	Directos (cerámica fina) Engrosados hacia afuera (cerámica utilitaria)
Técnica decorativa: **Motivo decorativo:**	Incisa Finas líneas, pequeñas líneas incisas paralelas en el cuello y ungulados	Incisa Finas líneas geométricas
Fechados C14	Hela-702 Cal. 98±43 d. C., Ua-24932 Cal. 72 ± 81 a. C.	Hela-708 Cal. 194 ± 54 AD Hela-709 Cal. 330 ± 57 d. C.
Figuras:	Saunaluoma 2010: 93 Fig. 6 A-C	Saunaluoma 2010: 97 Fig. 9 A-C

Tabla 2
Tabla comparativa de los complejos cerámicos
San Juan y Fase 1 Casarabe

Periodo de tiempo:	**500- 600 d. C.**	
Complejos cerámicos	*San Juan*	*Fase 1 Casarabe*
Área geográfica	Bajo río Iruyañez, noroeste de los Llanos de Mojos	Casarabe, Mojos sureste
Sitios arqueológicos	San Juan	Salvatierra, Mendoza, Loma Alta de Casarabe
Obras de tierra asociadas	Largas plataformas de cultivo	Montículos, terraplenes
Contextos funerarios asociados		Entierros extendidos

Periodo de tiempo:	500- 600 d. C.	
Complejos cerámicos	*San Juan*	*Fase 1 Casarabe*
Artefactos peculiares	Hachas de piedra, moledores cilíndricos de piedra.	Ralladores, manos de moler, torteras.
Desgrasante: **Acabado y color de superficie:** **Engobe:**	Cauixí Alisado bruñido naranja Naranja	Cerámica molida Alisado bruñido naranja Marrón, Marrón rojizo
Formas generales: **Tipos de borde:** **Tipos de bases:**	Abiertas tipo "sombrero", ollas, cuencos Delgados, marcadamente evertidos Planas	Cuencos abiertos, cuencos rectos, ollas con cuello corto Engrosado exterior, directos Planas y trípodes
Técnica decorativa: **Motivo decorativo:**	Externa e interna: Pintura roja y marrón Repetidas líneas delgadas paralelas, motivos geométricos, triángulos repetidos, zigzag paralelos, repetidas S.	Externa: Incisa e incisa pintada de rojo. Interna: Pintura marrón Externa: triángulos y arcos rebordeados por puntos. Interna: Puntos y bandas dispuestas en ejes cardinales.
Fechados C-14	SJV-1 Cal. 567±53 d. C., SJV-2 Cal. 514±60 d.C., SJV-6 Cal. 498±54 d. C., SJV- 4 Cal. 491±51, SJV-5 Cal. 492±54 d. C..	Bln-5945 L 1389±30 BP KIA 32720 1489±27 BP
Figuras:	Walker 1999: 364-366 Fig. 6.32-6.34 2011: 125-126 Fig. 5	Jaimes Betancourt 2010: 189-207; 2012: 175-193 Lám. 1-19

Tabla 3
Tabla comparativa de los complejos cerámicos San Ignacio y Fase 4 Casarabe

Periodo de tiempo:	**900-1100 d. C.**	
Complejos cerámicos	*San Ignacio*	*Fase 4 Casarabe*
Área geográfica	San Ignacio de Moxos, oeste de los Llanos de Mojos	Casarabe, Mojos sureste
Sitios arqueológicos	Moxitania, Abularach, Carretera a Santa Ana	Salvatierra, Mendoza, Loma Alta de Casarabe
Obras de tierra asociadas	Plataformas elevadas de cultivo, terraplenes	Montículos, terraplenes
Contextos funerarios asociados	Entierros en urna	Entierro de adultos extendidos, entierros de niños en urnas.
Artefactos peculiares	Ralladores, manos de moler, torteras, tapas de vasijas.	Ralladores, manos de moler, torteras, tapas de vasijas.
Desgrasante: **Acabado y color de superficie:** **Engobe:**	Cerámica molida Bien alisadas, bruñidas, color gris por cocción reducida Blanco	Cerámica molida Bruñida, alisada color naranja, gris, marrón, blanco, marrón.
Formas generales: **Tipos de borde:** **Tipos de bases:**	Cuencos carenados, platos, vasijas globulares con cuello y sin cuello. Delgados, directos. Anular, trípodes	Cuencos abiertos con borde invertido, carenados, platos, vasijas globulares con cuello abierto, cuerpo lentiforme. Directos, biselado interno Planas y trípodes

Periodo de tiempo:	**900-1100 d. C.**	
Complejos cerámicos	*San Ignacio*	*Fase 4 Casarabe*
Técnica decorativa: **Motivo decorativo:**	Incisa o pintada rojo sobre superficies naranjas o blancas. Líneas geométricas, serpentiformes, grecas, romboidales, zigzag	Externa: Incisa aplicada y pintada. Interna: Pintura marrón, negro o rojo. Externa e interna: Pintura en negativo: florales, espirales, círculos, reticulados. Incisiones de triángulos, punteados.
Análisis de Termoluminiscencia	98MX-L-U-132. 1075 ± 156 BP (VIII y XI d. C.) 98CSA-SE-Tl. 933 ± 91 BP (X y XII d. C.) 96INT-SE-6. 938 ± 80 BP (X y XII d. C.)	
Fechados C-14		KIA 38809 932±22 BP KIA 38801 957±23 BP Erl-8015 985±45 BP Erl-8013 1030±44 BP Erl-8012 1044±44 BP
Figuras:	Villalba *et al.* 2004: 211-213 Fig. 4-7	Jaimes Betancourt 2010: 273-313; 2012: 259-300, Lám. 85-125

Tabla 4
Tabla comparativa de los complejos cerámicos El Cerro, El Círculo, Irobi, Bella Vista y Fase 5 Casarabe

Periodo de tiempo:	**1300 – 1500 d. C.**				
Complejos cerámicos	*El Cerro*	*El Circulo*	*Irobi*	*Bella Vista*	*Fase 5 Casarabe*
Área geográfica	Bajo río Iruyañez, noroeste de LM	Riberalta, Norte de los LM	Baures, Este de los LM	Bella Vista, Este de los LM	Casarabe, Mojos sureste
Sitios arqueológicos	El Cerro	El Círculo	Alta Gracia, Chaco Moreno, Baures, Bella Vista.	BV-2, BV-3	Salvatierra, Mendoza
Obras de tierra asociadas	Largas plataformas de cultivo	Terraplén circular, 11 montí-culos (Ø 10-18 m, h 1,5 m)	Zanjas, terraplenes	Zanjas circulares	Montículos, terraplenes
Contextos funerarios asociados				Vasija cortada boca abajo y tapada con fragmentos de otras vasijas	Entierros extendidos Entierro de niños en urna
Artefactos peculiares	Ralladores, manos de moler, cazuelas	Hachas de piedra, torteras	Ralladores	Fuentes grandes de paredes rectas, cazuelas	Ralladores, manos de moler, torteras
Desgrasante: Acabado y color de sup.: Engobe:	Cerámica molida, cauixí Alisado naranja, marrón, gris	Cariapé Blanco	Cauixí	Cauixí, cerámica molida. Alisado naranja o marrón.	Cerámica molida Alisado bruñido naranja Blanco grisáceo, rojo

Periodo de tiempo:	**1300 – 1500 d. C.**				
Complejos cerámicos	*El Cerro*	*El Circulo*	*Irobi*	*Bella Vista*	*Fase 5 Casarabe*
Formas generales: **Tipos de borde:** **Tipos de bases:**	Cuencos abiertos carenados, Fuentes paredes rectas Borde evertido, engrosado externo, labio interno aplanado. Ligeramente curvada, planas con impronta de cestería.	Cuencos abiertos, ollas globulares con cuellos Directos, evertidos, engrosado externo y labios cuadrados. Pedestal	Formas abiertas y cerradas. Planas y trípodes	Fuentes paredes rectas, vasijas globulares con cuello corto hacia afuera. Borde directo, engrosado externo, biselados. Anulares, planas con impronta y trípodes.	Cuencos abiertos, carenados, ollas con cuello convexo, ollas sin cuello lentiformes Directo, acanalado. Planas y trípodes
Técnica decorativa: **Motivo decorativo:**	Externa: Pintura, inciso y corrugada. Finas líneas pintadas y toscas líneas incisas.	Inciso, pintura roja. Ungulados, espirales.	Incisiones finas, aplicación Grecas entrelazadas, espirales, romboidales, triángulos achurados.	Incisiones finas, aplicada, pintura roja. Banda aplicada punteada Triángulos achurados, grecas entrelazadas, espirales, romboidales.	Externa: Pintura roja, negra y marrón Repetidas líneas delgadas paralelas, escalonados, zigzags paralelos, repetidas S y ajedrezados.

Periodo de tiempo:	**1300 – 1500 d. C.**				
Complejos cerámicos	*El Cerro*	*El Circulo*	*Irobi*	*Bella Vista*	*Fase 5 Casarabe*
Fechados C-14	ECC-4 Cal. 1427+24 d. C.; ECC-3 Cal. 1373+46 d. C.; ECC-15 Cal. 1360+43 d. C.; ECC-14 Cal. 1346+46 d. C.; ECC-17 Cal. 1465+105 d. C.; ECC-18 Cal. 1342+39 d. C.; ECC-22 Cal. 1348+40 d. C.; ECC-21 Cal. 1342+39 AD.	Cal. Hela-4585 1349+93 d. C.; Poz-9523 1349+44 d. C.; Poz-9426 1326+45 d. C.; Poz-9524 1272+11 d. C.; Poz-9427 1331+42 d. C.; Poz-9428 1324+46 d. C.; Poz-9429 1335+40 d. C..		Erl-6558 726+41 a. C. Erl-6560 568+44 a. C. Erl-6561 634+44 a. C.	KIA 38806 596+22 a. C. KIA 38811 740+23 a. C. KIA 38807 947+21 a. C.
Figuras:	Walker 2012: 258-259 Fig. 5-6	Saunaluoma 2010: 100 Fig. 11	Dougherty y Calandra 1984-85: 52 Fig. 2: 6-11	Prümers *et al.* 2006: 268-278 Fig. 23-38	Jaimes Betancourt 2010: 315-324; 2012: 301-320, Lám. 126-145

Discusión

Lo primero que salta a la vista en los cuadros presentados, es que hasta el día de hoy se tiene únicamente la certeza de una prolongada y continua ocupación en el área central de Mojos y más propiamente al este y sur de la ciudad de Trinidad, área que Lombardo (2012) denomina *Monumental Mound Region (MMR)*. El estudio realizado por Lombardo y Prümers (2010: 1877, Fig. 2) permitió estimar una amplia área de distribución de los montículos monumentales, mucho mayor a la propuesta por Denevan (1966: 56 Fig. 4) inicialmente.

Las excavaciones realizadas en la Loma Alta de Casarabe (Dougherty y Calandra 1981-82), Loma Mendoza (Prümers 2004) y Loma Salvatierra (Prümers 2008, 2009) permitieron constatar el origen antrópico y entender la dinámica ocupacional de estos montículos, los cuales fueron fechados entre 500 y 1400 d. C. El análisis cerámico demostró la existencia de una continua tradición cerámica, la cual pudo ser dividida en cinco fases cerámicas, de acuerdo a cambios en los atributos morfológicos y decorativos propios de cambios de modas (Jaimes Betancourt 2004, 2010, 2011, 2012).

En contraste con la perdurabilidad ocupacional que se registra en estos monumentos, los otros sitios habitacionales hasta ahora excavados en los Llanos de Mojos corresponden a una sola ocupación. Así lo reportan las excavaciones en la región del Iténez (Dougherty y Calandra 1984-85, 1985, Erickson 2008, Prümers *et al.* 2006, Prümers *et al.* 2009), Riberalta, (Saunaluoma 2010), Iruyañez (Walker 2004, 2011, 2012) y San Ignacio (Villalba *et al.* 2004).

Este hecho profundiza la problemática de la cronología en los sitios arqueológicos de los Llanos de Mojos, puesto que nos empuja a elaborar cronologías horizontales, que en un paisaje tan amplio y modificado como el de los Llanos de Mojos, se convierte en una tarea muy difícil pero vital para la interpretación y el entendimiento del pasado de la región.

En este sentido debemos estar conscientes que las diferencias entre los complejos cerámicos tienen una alta probabilidad de tener connotaciones cronológicas y que cada sitio arqueológico refleja la historia de un corto momento influenciado por determinadas características medioambientales, culturales, políticas, etc.

Periodo 100 a. C. a 400 d. C.

Saunaluoma (2010: 103), considera que las delgadas capas culturales encontradas en sitios asociados a zanjas en Riberalta, son prueba de ocupaciones esporádicas y no continuas. Para el área al norte de los Llanos de Mojos, Saunaluoma (2010: 105-106 Tabla 2) propone dos periodos

de ocupación (basados en 18 fechados C-14 de 7 sitios arqueológicos). Un periodo temprano del 100 d. C. a 400 d. C. y otro tardío del 1200 d. C. hasta el contacto europeo. Los complejos cerámicos de ambos periodos son considerados por Saunaluoma (2010) como típicamente amazónicos por la presencia de inclusiones de cariapé, cerámica molida, superficies engobadas, técnicas decorativas incisas y unguladas. Éstos estarían relacionados a las tradiciones amazónicas inciso punteada y polícroma respectivamente. Las diferencias cerámicas entre los diferentes complejos del primer periodo son interpretadas como variaciones cronológicas, mientras que el complejo cerámico de El Círculo, tiene atributos morfológicos y decorativos tan diferentes que ella propone que podría corresponder a otro complejo etno-cultural y tener alguna conexión con sitios al este del Acre.

Teniendo en cuenta las tempranas dataciones que presentan los sitios Tumichucua (98+43 d. C., 72 + 81 a. C.) y Giese (194 + 54, 330 + 57 d. C.), se deberían llevar a cabo excavaciones arqueológicas más amplias, que nos permitan entender la naturaleza de las diferentes obras de tierra asociadas a estos sitios (zanjas vs. terraplén). Elaborando el cuadro de características comparativas entre ambos complejos, particularmente encuentro más diferencias que similitudes tanto en los atributos tecnológicos como en los morfológicos (ver tabla 1). Para corroborar la existencia de una misma tradición cerámica con diferentes subestilos cronológicos, como lo propone Saunaluoma (2010: 103) sería fundamental publicar detalladamente el material cerámico y documentar además algunos otros contextos arqueológicos como patrones funerarios, habitacionales, etc.

La laguna temporal de 800 años entre los dos periodos ocupacionales para el área de Riberalta es algo que futuras investigaciones deben abordar para entender el desarrollo cultural de esta área.

Periodo de tiempo de 500 a 600 a. C.

Dos complejos cerámicos fueron comparados para este periodo de tiempo: la cerámica identificada por Walker en el sitio San Juan aso-

ciado a grandes plataformas elevadas de cultivo en la parte baja del río Iruyañez, fechados entre 500-600 d. C. (Walker 2004, 2011) y la fase 1 de Casarabe asociada a los grandes montículos habitacionales (Jaimes Betancourt 2010, 2012). Ambos complejos tienen características muy particulares y no tienen ningún aspecto en común (ver tabla 2), como también lo anota Walker (2011: 127). Mientras la cerámica San Juan fue producida con un desgrasante cauixí, en la cerámica de Casarabe se utilizó exclusivamente cerámica molida. Las formas de los cuencos San Juan denominadas "sombrero" por Walker (2011: 124) no figuran en la variedad de formas Casarabe y la decoración pintada en la cara externa e interna de finas líneas color rojo marrón (Lám. 2f-i), son completamente desconocidas para la fases tempranas de Casarabe, la cual se caracteriza por motivos triangulares o arcos de finas líneas incisas pintadas en tonos marrones o rojos (Lám. 2a-e). En todo caso, algunos motivos decorativos de los publicados por Walker (2011: 126 Fig. 6), expuestos en este artículo en la lámina 2 (g-h), se parecen muy lejanamente a los motivos escalonados pintados de la fase 5 de Casarabe (1200-1400) (Lám. 2m-n), así como los bordes convexos (Lám. 2p), pero sus semejanzas deben ser producto de una coincidencia, porque entre ambos complejos cerámicos existe una diferencia temporal de por lo menos 600 años.

Walker (2011) dedica un artículo académico a la asociación de la fase San Juan (500 d. C.) con la fase Guarita, la cual forma parte del horizonte de cerámica polícroma de la Amazonía central (600 y 1300 d. C.). Esta propuesta la encuentro problemática, porque Neves y Petersen (2006: 289) datan la fase Guarita entre 1000-1600 d. C. y se cree que la expansión de la tradición polícroma en la Amazonia central ocurre después del 900 a. C. y posiblemente influye los complejos cerámicos de los Llanos de Mojos alrededor del 1000 a. C. (Brochado 1984: 329-330), aunque las comparaciones entre el complejo Guarita y Casarabe no hubiera mostrado influencias reales (Jaimes Betancourt 2011: 88).

Algo que se debe recalcar es la evidencia de que la cerámica en los Llanos de Mojos, presenta indiscutiblemente diferencias funcionales. Cuencos finamente decorados, utilizados para servir en festividades, fueron encontrados en contextos de áreas abiertas o plazas de montícu-

los (Prümers 2009: 107, Jaimes Betancourt 2010: 158-160; 2012: 148-149). Así también el alto porcentaje de cuencos abiertos pintados de la fase San Juan, encontrados por Walker (2011: 127) adyacentes a los camellones, fueron interpretados como evidencias de festividades agrícolas. Por lo que no se debería comparar la "cerámica fina" con la "cerámica cotidiana/rústica" de otros sitios.

Al igual que en el área de Riberalta, para el río Iruyañez se tiene un vacío temporal de mínimamente 700 años. Aunque lo más probable es que los sitios habitacionales correspondientes al periodo intermedio abunden y estén esperando ser estudiados, no estoy de acuerdo con Walker (2012: 249) en plantear que la cerámica de la Fase San Juan y la de El Cerro pertenecen a una sola tradición y que existiría una continuidad en el uso de las plataformas elevadas de cultivo. Sus argumentos se basan en las similitudes del acabado de superficie de la cerámica. Sin embargo, la diferencias en la técnica y los motivos decorativos, el uso diferenciado de antiplásticos y sobre todo la presencia de utensilios como ralladores y cazuelas en el material arqueológico de El Cerro, podría interpretarse como la presencia o fuerte influencia de otro grupo cultural. Todos estos cambios a nivel doméstico observables en la cerámica, tendrían que de alguna manera reflejarse también en la historia de los sistemas agrícolas del río Iruyañez, si es que estos estuvieron siendo utilizados intensiva y continuamente.

Periodo del 900 al 1100 d. C.

El área central de Mojos abarca ambos lados del río Mamoré. A pesar de no haberse registrado montículos grandes en el lado suroeste, Dougherty y Calandra (1984: 183) reportan la existencia de montículos menores a 5 m de altura. Estas formaciones artificiales son producto de sucesivas ocupaciones con remodelaciones intencionales, las cuales están, además, asociadas a campos elevados de cultivo. Hasta ahora no se ha determinado la frontera entre estas dos áreas con diferentes obras de tierra, ni como estas interactúan en el tiempo. Los trabajos arqueológicos en los alrededores de San Ignacio se han concentrado en el mapeo

y excavaciones de los campos elevados de cultivo (Erickson 1995, 2006, 2008). Hasta el día de hoy no se cuenta con una cronología de estos medianos montículos y se desconoce su secuencia cultural. Las únicas excavaciones en sitios habitacionales asociados a grandes extensiones de camellones y terraplenes hechas hasta ahora, son las efectuadas en tres sitios cercanos a San Ignacio por el equipo arqueológico de CEAM (Villalba *et al.* 2004). Se documentaron principalmente contextos funerarios en urnas de cerámica, las cuales fueron fechadas mediante termoluminiscencia, debido a la ausencia de material orgánico para realizar dataciones de C-14.

Las características tecnológicas (pasta y antiplástico de cerámica molida) no se diferencian en nada de aquellas que presenta el material procedente de los grandes montículos de Casarabe (Jaimes Betancourt 2012: 44). De igual forma son recurrentes los utensilios típicos para esta área de Mojos: ralladores, manos de moler, ollas trípodes, torteras, tapas, figurinas y asentadores de cerámica. Sin embargo, se puede advertir diferencias más específicas en cuanto a la morfología y decoración de las vasijas. Dougherty y Calandra (1984: 183) mencionan ollas y cuencos con base pedestal alta o anular (véase también en Villalba *et al.* 2004: 211-212) (lám. 4e), que son inexistentes en el complejo cerámico de Casarabe.

Algo que llama mucho más la atención, es que mientras la cerámica fina de los sitios de Moxitania y Carretera a Santa Ana tienen decoraciones geométricas de finas líneas incisas sobre superficies pulidas color gris (Villalba *et al.* 2004: 212-213), la cerámica fina de la Fase 4 Casarabe, está ricamente pintada (lám. 3a-g) y solo el material doméstico presenta decoraciones incisas burdas (Jaimes Betancourt 2010: 129-130; 2012: 259-300). La cerámica pintada roja sobre engobe blanco parece no ser muy frecuente, la documentada por Villalba *et al.* (2004: 211) proviene del sitio Abularach, un complejo arqueológico bastante importante por sus dimensiones y rasgos arquitectónicos (Prümers 2012: 390-391, fig. 23-24). Años más tarde, Prümers (2008: 302) realizó una recolección de superficie en este mismo sitio. Entre el material recolectado destacan los fragmentos pulidos, color gris, con finas incisiones

geométricas, muy similares al material cerámico procedente de Moxitania y camino a Santa Ana (lám. 4a-d).

Los diferentes componentes cerámicos encontrados en el sitio Abularach, me hacen suponer que al igual que en la Loma Salvatierra (Jaimes Betancourt 2012: 140-149), la dispersión de la cerámica pintada se restringe a ciertas áreas y tiene que ver con la funcionalidad del sitio. Excavaciones a gran escala en la estancia Abularach ayudarían a entender la secuencia cronológica de esta área y a encontrar evidencias de supuestas relaciones sociales, económicas o políticas con las sociedades que construyeron los grandes montículos.

Periodo de 1300 a 1500 d. C.

La mayoría de los sitios habitacionales fechados en los Llanos de Mojos corresponden a este periodo de tiempo, finales de la época prehispánica. Me inclino a pensar que se trata de una mera coincidencia y falta de excavaciones arqueológicas, que no se tengan todavía registrados sitios más tempranos en las diferentes áreas de los Llanos de Mojos.

En una estadía de cuarenta días en la provincia Iténez, Dougherty y Calandra (1985) documentaron 19 sitios asociados a zanjas y recolectaron alrededor de 100 fragmentos cerámicos. Estos sitios se caracterizaron por presentar una delgada capa cultural (0-70 cm) relacionada a una ocupación de un solo momento. Este dato originó que Dougherty (1985: 130) interpretara el patrón poblacional de la Prov. Iténez como "disperso". Además, el autor deduce que esto se debería a los suelos ácidos de la región, que obligaban a la población a mudarse frecuentemente. Si bien otras excavaciones en la Prov. Iténez documentaron similares fenómenos de una sola fase de ocupación (Erickson 2008, Prümers *et al.* 2006, 2009), la alta densidad de los sitios arqueológicos prospectados en esta área (Erickson 2006: 258-260) y la evidencia de sistemas integrados por varios conjuntos de zanjas (Prümers 2009, 2012), nos obligan a reconsiderar la idea de "movilidad" sugerida por Dougherty y Calandra, ya que se ha constatado que por lo menos algunos de estos

sitios con zanjas, han sido habitados contemporáneamente. Futuras investigaciones podrán identificar connotaciones funcionales en el patrón de asentamiento de estas sociedades.

Las primeras comparaciones interregionales de material cultural, las realizaron Dougherty y Calandra (1984-85, 1985), quienes reconocieron inmediatamente que el material del noreste de los Llanos de Mojos tenía características muy distintas a las documentadas para el área central. El primer indicador de cambio cultural que mencionan es el uso de cauixí y caolín en la preparación de cerámica (Dougherty 1985: 131). Este dato les sirvió como argumento para postular que las culturas del Iténez estaban más conectadas con la Amazonía central que con el área sur de los Llanos de Mojos.

En las excavaciones realizadas en Bella Vista (Prümers *et al.* 2006) se comprobó que el material cerámico era completamente diferente al que se encontraba en los montículos monumentales de Casarabe (lám. 4l-o). No es únicamente la ausencia de utensilios cerámicos como ralladores, manos de moler y torteras lo que marcó la diferencia entre un complejo y otro, sino la presencia de diferentes formas de vasijas que pueden ser consideradas típicas para el área del Iténez y que se desconocen en el área de los montículos monumentales. Un ejemplo claro son las "cazuelas", una vasija de paredes rectas cuya altura es menor a su diámetro (lám. 1f), la cual presenta siempre una pasta con cauixí. En la superficie exterior de la base se encuentran por lo general huellas de improntas de cestería (Prümers *et al.* 2006: 279-280) y su función parece haber estado relacionada a la preparación de alimentos (tostar, asar, etc.). Las improntas de cestería aparecen no solamente en las cazuelas sino también en unas fuentes planas (lám. 1g), muy parecidas a las publicadas por DeBoer (1983: 41-44) que habrían servido para cocer la masa de yuca y formar tortas de pan o bolitas de farina.

Otro elemento distintivo para la cerámica del Iténez son las vasijas globulares con bases planas y soportes cortos que parecen más decorativos que funcionales. Por lo general estas vasijas presentan alrededor de la parte superior del cuerpo tres bandas aplicadas punteadas (lám. 4l).

Dougherty y Calandra (1984-85) no logran precisar los diferentes complejos cerámicos identificados en el área del Iténez. Sin embargo, mencionan la existencia de una gama de decoraciones incisas que varían de un grupo de sitios a otro, en calidad y cantidad. La coexistencia de diferentes tipos de decoraciones en un mismo sitio, como los encontrados en las zanjas de Bella Vista (comparar fragmentos de la lám. 4 f-k con l-o), hace comprensible las dificultades que tuvieron Dougherty y Calandra. Por un lado es evidente una mayor homogeneidad en la producción cerámica, ya que formas específicas de vasijas corresponden generalmente a un tipo de alfar en particular, pero por otro lado, diferentes tipos decorativos cerámicos comparten los mismos escenarios geográficos y temporales, sin que todavía podamos identificar la procedencia de cada uno de estos complejos y el significado de su coexistencia.

A las notables diferencias existentes entre el material arqueológico del área del Iténez y el área sur de Mojos, se deben sumar las diferencias en el patrón de los enterramientos. Si bien a partir de las fase 4 en los montículos de Casarabe aparecen entierros de niños en urnas, no se han registrado los entierros de adultos en vasijas volcadas, cubiertas por otras vasijas, como es el caso de Bella Vista (Prümers *et al.* 2006, 2009).

Algo que todavía queda abierto a la discusión, son las posibles similitudes que se encuentran entre algunos motivos decorativos del área del Iténez (Lám. 4f, i) con el área al oeste de San Ignacio (Lám. 4 a, d). En sitios de zanjas circulares como en Bella Vista y Jasiaquiri, se han encontrado vasijas abiertas y cerradas con decoraciones de grecas y rombos concéntricos de finas líneas incisas (Lám. 4f-k). Motivos decorativos algo afines a estos, han sido encontrados al oeste de San Ignacio: en el sitio de La Víbora, reportado por Dougherty y Calandra (1984-85: 53, Fig. 3 fragmento 21), en los sitios Moxitania y Carretera de Santa Ana, excavados por Villalba *et al.* (2004: 212-213) y en la superficie del sitio Abularach (Prümers 2008: 302) (Lám. 4 a-d). Esta semejanza fue planteada originalmente por Dougherty y Calandra (1984: 194) e interpretada como una relación unidireccional que estarían ejerciendo las sociedades del Iténez con aquellas dispersas al suroeste del área de Mojos. Hasta el momento, los sitios con este tipo de decoración en el

área del Iténez son más tardíos (1300-1500) que los sitios reportados en el área de San Ignacio (900-1100), pero la falta de cronologías finas para el área de San Ignacio no nos permite abordar puntualmente esta problemática y es posible que con una mayor muestra cerámica del área de San Ignacio, se lleguen a establecer mayores diferencias que similitudes.

Dougherty y Calandra (1984), mencionan la existencia de fragmentos del tipo de "cazuelas" elaboradas con antiplástico de cauixí en colecciones de superficie al oeste de Mojos, pero no así al sur (ver mapa).

Walker (2008: 8-9) también reporta de una prospección realizada a lo largo de los ríos Yacuma y Rapulo, al oeste del río Mamoré, entre San Ignacio y Santa Ana, sitios en islas de monte asociados a zanjas circulares y plataformas de cultivo donde recolectó fragmentos de cerámica con improntas de cestería o redes. Sin embargo, Walker menciona la ausencia del antiplástico de cauixí en la cerámica de estas colecciones, lo cual es muy extraño, porque el cauixí se encuentra muy presente tanto en las colecciones del Iténez como en las de Santa Ana de Yacuma. Otras formas mencionadas por Walker para esta área (2008: 9) son las vasijas globulares con cuello evertido con bordes biselados o curvos, platos carenados y algunos fragmentos de cuerpos pintados marrón o negro sobre gris. Lamentablemente ninguno de estos materiales ha sido publicado, por lo tanto solamente se pueden hacer conjeturas. Aunque no hay que pasar por alto la presencia de un fragmento de rallador con achaflanado muy superficial, el cual podría insinuar alguna semejanza con el material del sur de Mojos.

Algunos otros fragmentos de platos ralladores fueron encontrados en el sitio de El Cerro, en el río Iruyañez. Walker (2012: 249) los relaciona tanto a la región de Trinidad como a la del río Apere. Sin embargo, si bien la presencia de antiplástico de cerámica molida apoyaría esta similitud, la presencia al mismo tiempo de un plato de paredes rectas con borde evertido es completamente desconocido en el material cerámico de los montículos monumentales. Walker (2012: 246) relaciona esta forma con la de un *Ahukugu*, descrita por Heckenberger (2005: 103, 203-205) para el Xingú. Esta forma es algo parecida a grandes cazuelas

de base plana, documentadas en el Iténez pero se tendría que llevar a cabo comparaciones más detalladas para saber si estamos refiriéndonos al mismo tipo de vasija.

Llama la atención que un sitio habitacional del tamaño, envergadura y monumentalidad como El Cerro, no presente material decorado y sea interpretado por Walker como un sitio de actividades domésticas. En varios sitios habitacionales de la Amazonía (Roosevelt 1991: 73; Heckenberger *et al.* 1999: 362; Schaan 2004: 111; Petersen *et al.* 2001: 97) y en los Llanos de Mojos (Jaimes Betancourt 2012: 140-149) se ha evidenciado áreas de distribución de material finamente decorado que fue utilizado en actividades específicas, probablemente relacionadas a festividades. Un área similar debería existir en el caso del sitio El Cerro y posiblemente no ha sido ubicada todavía.

En cuanto a las bases con improntas de cestería, estas parecen haber estado distribuidas en un área geográfica muy amplia. Nimuendajú (2004: 148-150) las encontró al noreste de Brasil, en sitios arqueológicos del río Curuá de Monte Alegre y Cuçary. En los Llanos de Mojos, su distribución (ver mapa) incluye los sitios de Nueva Esperanza y Coquinal en cercanías del Lago Rogaguado, en el sitio San Carlos 2, cerca de la laguna Guachuna e incluso en el sitio Gualaguagua en Reyes, todos ellos reportado por Tyuleneva (2007: 129, 135, 140; 2010: 67, 71, 77) y asociados a cerámica pintada de rojo sobre engobe crema. El hecho de que no contemos con ningún fechado radiocarbónico de estos sitios, no nos permite compararlos directamente con algún complejo cerámico, ya que es posible que esta técnica tenga además una larga tradición de uso, como los platos ralladores, que en el área sureste de Mojos fue registrada a lo largo de casi 900 años (Jaimes Betancourt 2012).

Justamente la presencia de ralladores y manos de moler en montículos a orillas del río Apere, es lo que llamó la atención de Tyuleneva (2007: 138; 2010: 75) y le hizo postular que el río Yacuma podría ser un límite cultural, como lo proponen los datos históricos. Los fragmentos cerámicos de la Estancia América o Loma Santa en el río Apere (Tyule-

neva 2007: tabla IV), tienen mucha similitud con la cerámica de la Fase 4 Casarabe, especialmente por la banda aplicada con incisiones.

Aunque se han observado claras diferencias entre el material cerámico proveniente del norte del río Yacuma, con aquel del área sur de los Llanos de Mojos, no concuerdo con Tyuleneva (2007: 138, 2010: 75) en la supuesta división geográfica que existiría entre el material cerámico con decoraciones pintadas procedente del noroeste de los Llanos de Mojos *versus* la decoración incisa del área sur, ya que en casi todos los sitios de los Llanos de Mojos, se documentaron ambas técnicas.

Al norte de los Llanos de Mojos, en el área de Riberalta, el único sitio contemporáneo con otros sitios habitacionales de los Llanos de Mojos, es el sitio de El Círculo (1300-1400). Al parecer sus características monumentales y artefactuales son únicas. Solamente el uso de engobe blanco y pintura roja tiene paralelos con la cerámica del área norte y sur de Mojos. Sin embargo, el engobe blanco es una característica tan generalizada en toda la Amazonía, que no podríamos considerarlo como una característica cultural.

El hecho que en el área de Riberalta no se hubieran encontrado ninguno de los artefactos de cerámica distintivos para Mojos central (ralladores, manos de moler) habla en contra de relaciones o influencias culturales con el sur de los Llanos de Mojos. Tampoco parecen haber existido relaciones con el área del Iténez ya que en el área de Riberalta están ausentes las cazuelas con base plana, tan típicas para el área del Iténez.

La mayoría de los sitios registrados en el Iténez, en Riberalta o en los ríos Yacuma y Rapulo están rodeados por una zanja, que ha sido interpretada a menudo como una obra defensiva (Erickson 2006, 2008; Dougherty y Calandra 1984-85; Prümers 2006, Saunaluoma 2010: 103, Walker 2008). Algunos de los investigadores, creen que aquellas podrían ser producto de las continuas oleadas de migraciones y expansiones étnicas de grupos Tupi-Guaraníes que se dieron al final del periodo prehispánico (Wüst & Barreto 1999: 6; Lathrap 1970: 78-79). Incluso Walker (2012: 250) presenta un fragmento con decoración corrugada

entre el material cerámico del sitio El Cerro, en Santa Ana de Yacuma, como posible evidencia de contacto guaraní en la región. Sin embargo, todavía faltan pruebas fehacientes de la presencia Guaraní en el área de los Llanos de Mojos.

Si aceptamos la gran variabilidad étnica de la región, la probabilidad de la existencia de fricciones entre grupos vecinos es muy alta. Saunaluoma (2010: 106) sugiere que el propósito de estas obras defensivas era el delimitar y marcar las áreas de ocupación. Estas obras podrían ser en algunos casos incluso más simbólicas que prácticas.

Conclusiones

Varios años atrás se me quedó grabada la diferencia que hacían Orton *et al.* (1997: 91) entre investigadores “acumuladores” y “divisores”. Por recomendación del mismo autor decidí ser consciente de mi inclinación hacia la última categoría. Sin embargo, en el presente artículo me concentré en comparar categorías que yo misma podría denominar como “amplias” o “generales”. Intenté concentrarme en las diferencias más evidentes que presentan los complejos cerámicos: la presencia o ausencia de determinados artefactos cerámicos (ralladores, cazuelas y manos de moler), el uso particular de un antiplástico (cauixí o cerámica molida) o el empleo de una peculiar técnica de manufactura (improntas de cestería en la base de la cerámica). Estos datos, junto con rasgos peculiares de las formas y decoración de las vasijas, pueden llegar a constituir un distintivo cultural. Según Emberling (1997: 310-311), trabajos antropológicos recientes sobre etnicidad sugieren que en casi cualquier rasgo cultural se puede distinguir a un grupo étnico de otros. Generalmente, estos rasgos culturales incluyen lengua, religión, características físicas culturalmente definidas como arquitectura, ropa y objetos domésticos como cerámica. Estos aspectos culturales pueden variar también de acuerdo a sistemas económicos y políticos, sin tener una asociación significativa con un grupo social u otro. La distribución de un estilo cerámico, tal vez no indica la existencia de un grupo étnico,

pero puede marcar fronteras políticas o simples límites espaciales de un sistema particular de distribución.

Si bien es indudable que la cerámica no siempre constituye una diferencia significativa entre los grupos sociales, tampoco se puede afirmar que nunca lo haga. Parte de nuestra labor de arqueólogos es identificar la importancia social de la cerámica y otras características culturales de forma independiente y reconocer el rol que estas juegan en la identidad étnica y la manera en que podemos visibilizarlas en el material arqueológico. Eso, aunque se haya demostrado en numerosos ejemplos históricos y antropológicos que la relación entre la variación de material cultural y la expresión de diferencias étnicas es muy compleja.

La "nueva arqueología" sigue aceptando la idea de que algunas fronteras de la distribución arqueológica y el dominio de un estilo puede corresponder a un grupo en particular (Jones 1997: 107-108). Por su parte Hodder (1982: 55) argumenta que identidad étnica puede ser expresada tanto en ítems utilitarios mundanos como en ítems decorativos y que estos objetos no son necesariamente muy visibles.

La dispersión geográfica de ciertos elementos morfológicos y decorativos en la cerámica de los Llanos de Mojos, permitió llegar a las siguientes conclusiones:

Evidencias contundentes de la continuidad ocupacional se han registrado hasta ahora únicamente al sur de los Llanos de Mojos y más propiamente al este de Trinidad, en el área de montículos monumentales. La cerámica procedente de alrededor 70 montículos prospectados por el Proyecto Arqueológico Lomas de Casarabe (Lombardo *et al.* 2010), muestran componentes cerámicos idénticos, que nos permitiría formular la hipótesis de que todos estos montículos estuvieron siendo habitados contemporáneamente, durante casi 1000 años. Sin embargo, el material fino pintado, que como se demostró en el caso de la Loma Salvatierra tiene una distribución localizada y está asociado a festividades (Jaimes Betancourt 2012: 139-146), presenta algunas variaciones locales (lám. 3). Para interpretar el significado de estas diferencias es interesante utilizar los conceptos sugeridos por Wiessner (1983: 257-8

en Jones 1997: 113-114), respecto a la existencia de un estilo cerámico emblemático y otro asertivo. El estilo emblemático correspondería al conjunto de cerámica con decoración finamente pintada distribuido en el área central de los montículos. Este estilo transmite de alguna manera un mensaje claro a una población acerca de su afiliación e identidad. Mientras que las variaciones encontradas en cada montículo dentro del material pintado, son parte del estilo asertivo, es decir la variación formal en la cultura material, que lleva la información de apoyo a la identidad individual, como por ejemplo podría ser el artesano o productor de la cerámica.

Mayores estudios sobre el orden jerárquico entre estos montículos y la manera de cómo interactuaron estos grupos sociales quedan todavía por realizarse. Ellos permitirán entender aún más las razones de algunas diferencias de estilos localizados.

Al oeste de Mojos, alrededores de San Ignacio y río Apere el panorama arqueológico es más complicado. Por un lado debido a la falta de fechados C-14 y por otro la presencia de por lo menos dos complejos cerámicos claramente diferenciados.

En las fotos publicadas por Tyuleneva (2007: tabla II) del material cerámico procedente de las prospecciones de Erickson (*et al.* 1994) en el río Apere, se observan similitudes con la cerámica de la fase 5 de Casarabe (1300-1500 d. C.). Sin embargo, esta cerámica del río Apere fue encontrada en montículos pequeños asociados a amplias áreas de campos elevados de cultivo, los cuales son inexistentes en el área de los montículos monumentales. Queda por investigar la relación entre estas dos zonas. Tal vez el área de montículos monumentales propuesta por Lombardo y Prümers (2010) debe ser ampliada al oeste hacia el río Apere.

Algo mucho más insólito es que los sitios habitacionales hasta ahora investigados y cercanos a San Ignacio de Mojos, presentan componentes cerámicos muy diferentes a los conocidos en el área de montículos monumentales (lám. 4a-e) y más bien se especula de una posible relación con la cerámica decorada del Iténez (lám. 4f-k). Es decir, a pesar

de la cercanía geográfica con el área sureste de Mojos, las diferencias en el material cultural son mucho más notables.

Al noroeste de los Llanos de Mojos, por el río Iruyañez, Walker (1999, 2010, 2012) identificó dos complejos cerámicos separados por un espacio temporal de 800 años. Tanto el complejo San Juan como el de El Cerro, presentan características propias que hacen difícil relacionarlos entre ellos y con otros complejos conocidos de otras áreas de los Llanos de Mojos. Solamente se puede inferir por las similitudes decorativas que presenta la cerámica del complejo San Juan (lám. 2f- i) con la presentada por Tyuleneva de sitios arqueológicos del río Tapado, que este complejo tiene una amplia distribución geográfica.

En el área al noreste de los Llanos de Mojos, en la provincia Iténez se evidencian complejos cerámicos diferentes que extrañamente coexisten en tiempo y espacio (lám. 4f-o). La cantidad de sitios arqueológicos registrados y la escasa muestra cerámica hasta ahora publicada, no permite llegar a afirmaciones concluyentes. Únicamente se puede asegurar que la cerámica procedente de sitios asociados a zanjas entre Baures y Bella Vista no muestra ninguna influencia ni relación con la cerámica encontrada al sur y al oeste de los Llanos de Mojos.

Dentro de esta misma área todavía se tienen que explorar las fronteras de la dispersión de ciertos complejos cerámicos y proponer secuencias cronológicas horizontales, ya que hasta ahora solo se han investigado sitios del final del periodo prehispánico. Es posible que estos complejos cerámicos reconocidos en Bella Vista no reflejen solamente diferencias culturales, sino también diferencias funcionales.

El hecho de que estos sitios se encuentren asociados a obras de protección como zanjas, nos advierte una atmósfera de conflicto. Según Jones (1997: 110), la intensidad de la conciencia étnica, la cultura y la diferenciación por consiguiente del material, puede aumentar en tiempos de tensión económica y política.

Esta confluencia de complejos cerámicos tan diferentes podrán ser entendidos y abordados en cuanto se empiece a estudiar no solo la

cultura en sí misma, sino también las relaciones sociales. Frederick Barth (1976: 10) propuso que la etnicidad es el producto de la interacción social y no del aislamiento o falta de contacto y como se puede apreciar en el caso de los Llanos de Mojos, aunque hay algunas señales de contactos e influencias, todavía no se ha estudiado la dinámica de las relaciones sociales entre estos grupos, por lo cual este artículo constituye un primer paso en este largo camino.

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a Francisco Valdez (IRD, Francia-Ecuador) por la gentil invitación para participar en el "*Coloquio Internacional: Arqueología regional en la Amazonía occidental: temáticas, resultados y políticas*". Así como a la Cooperación francesa regional para los países andinos y a las embajadas de Francia en Bolivia y Ecuador por financiar mi viaje y estadía en Quito durante este evento.

El presente artículo está inspirado en innumerables charlas y discusiones con Heiko Prümers, respecto a la gran variabilidad cultural presente en la región de los Llanos de Mojos. Le agradezco sus ideas compartidas, las críticas y la revisión del manuscrito.

Quiero agradecer también a John Walker por responder rápidamente mis preguntas sobre algunas características de sus complejos cerámicos y mil gracias a Fernanda Ugalde por su gran hospitalidad en su tierra natal y mostrarme la riqueza cultural de su país.

Bibliografía

Barth, Frederik

1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras. Organización social de las diferencias culturales.* Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Becker-Donner, Etta

1956 Archäologische Funde am mittleren Guaporé (Brasilien). *Archiv für Völkerkunde*, Band XI: 202-249. Wien.

Brochado, José
1984 *An ecological model of the spread of pottery and agriculture into Eastern South America.* Ph. D. Diss., University of Illinois at Urbana-Champaign.

Bustos Santelices, Víctor
1976 *Investigaciones arqueológicas en Trinidad, Departamento del Beni.* Instituto Nacional de Arqueología, publicación 22. La Paz.

Calandra, Horacio y Susana Alicia Salceda
2004 Amazonía boliviana: arqueología de los Llanos de Mojos. *Acta Amazónica* 34 (2): 155-163.

DeBoer, Warren
1981 Pruebas arqueológicas del cultivo de la yuca: una nota de advertencia. *Amazonía peruana* Vol. IV (8): 39-59.

Denevan, William
1963 Additional comments on the earthworks of Mojos in northeastern Bolivia. *American Antiquity* 28 (4): 540-545.
1966 *The Aboriginal Cultural Geography of the Llanos de Mojos of Bolivia.* University of California Press, Berkeley.
2001 *Cultivated landscapes of native Amazonia and the Andes.* Oxford Geographical and Environmental Studies, Oxford University Press, New York.

Dickau, Ruth, M. Bruno, J. Iriarte, H. Prümers, C Jaimes Betancourt, I. Holst y F. Mayle
2012 Diversity of cultivars and other plant resources used at habitation remains, starch grains and phytoliths. *Journal of Archaeological Science* 39 (2): 357-370.

Dougherty, Bernardo y Horacio Calandra
1981 Nota preliminar sobre investigaciones arqueológicas en los Llanos de Moxos, Departamento del Beni, República de Bolivia. *Revista del Museo de La Plata* VIII (53): 87-106.
1981-82 Excavaciones arqueológicas en la Loma Alta de Casarabe, Llanos de Moxos, Departamento del Beni, Bolivia. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N. S., XIV (2): 9-48.
1984 Prehispanic human settlement in the Llanos de Moxos, Bolivia. *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 2: 163-199.
1984-85 Ambiente y arqueología en el oriente boliviano: La provincia Itenez del departamento del Beni. *Relaciones de la sociedad argentina de antropología.* T. XVI: 37-61.

1985 Archaeological research in northeastern Beni, Bolivia. *National Geographic Society Research Reports* 21: 129-136.

Emberling, Geoff

1997 Ethnicity in Complex Societies: Archaeological Perspectives. *Journal of Archaeological Research* 5 (4): 295-344.

Erickson, Clark

1995 Archaeological methods for the study of ancient landscapes of the Llanos de Mojos in the Bolivian Amazon. En: Stahl, Peter (Ed.), *Archaeology in the lowland American tropics,* p. 66-95. Cambridge University Press. Cambridge.

1999 Agricultura en camellones prehispánicos en las tierras bajas de Bolivia: posibilidades de desarrollo en el trópico húmedo. En Juan José Jiménez-Osornio y Veronique Rorive (Comp), *Los camellones y chinampas tropicales*, p. 39-51. Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.

2000 Lomas de ocupación en los Llanos de Moxos. En: Durán Coirolo, Alicia y Roberto Bracco Boksar (Eds.), *Arqueología de las tierras bajas*, p. 207-226. Ministerio de Educación y Cultura, Comisión Nacional de Arqueología. Montevideo.

2001 Pre-Columbian Roads of the Amazon. *Expedition* 43 (2): 1-30.

2006 The domesticated landscapes of the Bolivian Amazon. En: Balée, William y Clark Erickson (Eds.), *Time and complexity in historical ecology: studies in the neotropical lowlands*, p. 235-278. Columbia University Press. New York.

2008 Amazonia: the historical ecology of a domesticated landscape. En: Silverman, Helaine y William Isbell (Eds.), *Handbook of South American archaeology,* p. 157-183. Springer. New York.

2010 The Transformation of Environment into Landscape: The Historical Ecology of Monumental Earthwork Construction in the Bolivian Amazon: *Diversity,* 2 (4): 618-652.

Erickson, Clark, Wilma Winkler, John Walker, Kay Candler, Dante Angelo, M. Michel

1994 La arqueología de la agricultura de camellones y la infraestructura hidráulica en el departamento del Beni en 1993: Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas del Proyeco Agro-Arqueológico del Beni 1993. Manuscrito no publicado, Universidad de Pennsylvania y el Instituto Nacional de Arqueología.

Erickson, Clark, Patricia Álvarez y Sergio Calla

2008 Zanjas circundantes: obras de tierra monumentales des Baures en la Amazonía boliviana. Informe del trabajo de campo de la temporada 2007. Proyecto Agro-Arqueológico del Beni.

Hanagarth, Werner

1993 *Acerca de la geología de las sabanas del Beni en el noreste de Bolivia.* Instituto de Ecología. La Paz.

Heckenberger, Michael, James Petersen y Eduardo Neves

1999 Village size and permanence in Amazonia: two archaeological examples from Brazil. *Latin American Antiquity* 10 (4): 353-376.

2005 *The ecology of Power: Culture, Place and Personhood in the Southern Amazon, d. C. 1000-1200*, Routledge, New York.

Hodder, Ian

1982 *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture.* (New Studies in Archaeology) Cambridge University Press, Cambridge.

Lathrap, Donald

1970 *The Upper Amazon.* Praeger. New York.

Lombardo, Umberto

2012 *Pre-Columbian human-environment interactions in the Llanos de Moxos, Bolivian Amazon.* Inauguraldissertation der Philosophisch-naturwissenschaftlichen Fakultät der Universität Bern.

Lombardo, Umberto y Heiko Prümers

2010 Pre-Columbian human occupation patterns in the eastern plains of the Llanos de Moxos, Bolivian Amazonia. *Journal of Archaeological Science*, 37 (8): 1875-1885.

Llamazares Ana María y Ricardo Slavutsky

1990 Paradigmas estilísticos en perspectiva histórica: del normativismo-culturalista a las alternativas postsistémicas. *Boletín de Antropología Americana* 22: 21-45.

Jaimes Betancourt, Carla

2004 *Secuencia cerámica del corte 1 de la Loma Mendoza.* Tesis de Licenciatura, Universidad Mayor de San Andrés. La Paz.

2010 *La Cerámica de la Loma Salvatierra, Beni-Bolivia.* Dissertation an der Universität Bonn. http: //hss. ulb. uni-bonn. de/2010/2354/2354. htm

2011 Hecho en Moxos: Mil años de alfareria en la Loma Salvatierra. *Memorias de la XXIV Reunión Anual de Etnología: Vivir bien: ¿Una nueva vía de desarrollo nacional?*. Tomo I, pp 79-96. MUSEF, La Paz.

2012 *La cerámica de la Loma Salvatierra, Beni – Bolivia.* Ed. Plural, La Paz.

2012b La cerámica de los afluentes del Guaporé en la colección de Erland von Nordenskiöld. *Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen* 4 (2012): 311-340.

Jones, Siân

1997 *The archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present.* Routledge. New York.

Meggers, Betty

1954 Environmental limitations on the development of culture. *American Anthropologist* 56: 801-824.

Neves, Eduardo y James Petersen

2006 Political Economy and Pre-Columbian Landscape Transformations in Central Amazonia. En: Balée, William y Clark Erickson (Eds.), *Time and complexity in historical ecology: studies in the neotropical lowlands*, p. 279-309. Columbia University Press. New York.

Nimuendajú, Curt

2004 *In Pursuit of a Past Amazon. Archaeological Researches in the Brazilian Guyana and in the Amazon Region.* S. Rydén y P. Stenborg (Eds.) Ethnological Studies 45. Elanders Infologistik Väst AB, Gotemburgo.

Nordenskiöld, Erland von

1910 Archäologische Forschungen in bolivianischen Flachland. *Zeitschrift für Ethnologie* 42: 806-823.

1913 Urnengräber und Mounds im bolivianischen Flachland. *Baessler-Archiv* 3 (6): 205-255.

1916 Die Anpassung der Indianer an die Verhältnisse in den Überschwemmungsgebieten in Südamerika. *Ymer* 36: 138-155.

Orton, Clive, Paul Tyers y Alan Vince

1997 *La cerámica en arqueología.* Crítica, Barcelona.

Petersen, James, Eduardo Neves y Michael Heckenberger

2001 Gift from the past: *terra preta* and prehistoric Amerindian occupation in Amazonia. En: McEwan, Colin, Cristiana Barreto y Eduardo Neves (Eds.), *Unknown Amazon*, p. 86-105. The British Museum Press. London.

Prümers, Heiko

2004 Hügel umgeben von „Schönen Monstern": Ausgrabungen in der Loma Mendoza (Bolivien). *Expeditionen in Vergessene Welten: 25 Jahre archäologische Forschungen in Amerika, Afrika und Asien.* AVA-Forschungen 10, p. 47-78, Linden Soft, Aachen.

2008 Der Wall führt zum See. Die Ausgrabungen 2005-2006 in der Loma Salvatierra (Bolivien). *Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen* 2: 371-379.

2008b Llanos de Moxos (Bolivien) En: *Jahresbericht 2007 des DAI* AA 2008/1 Beiheft. Hirmer Verlag München, p. 300-303

2009 "Charlatanocracia" en Mojos? Investigaciones arqueológicas en la Loma Salvatierra. En: *Boletín de Arqueología PUCP* 11/2007: 103-116

2012 "Die Untersuchungen der Jahre 2009-2010 zur vorspanischen Siedlungsgeschichte in den Llanos de Mojos (Bolivien). *Zeitschrift für Archäologie Aussereuropäischer Kulturen* 4: 384-392.

Prümers, Heiko, Carla Jaimes Betancourt y Ruden Plaza

2006 Algunas tumbas prehispánicas en Bella Vista, Prov. Iténez, Bolivia. *Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen* 1: 251-284.

Prümers, Heiko, Carla Jaimes Betancourt y Eduardo Machicado

2009 Excavaciones en la Granja del Padre - Bella Vista, Prov. Iténez, Depto. Beni. Informe de labores - 2008. Manuscrito no publicado, Kommission für Archäologie Außereuropäischer Kulturen (KAAK) des Deutschen Archäologischen Instituts y el Instituto Nacional de Arqueología.

Roosevelt, Anna

1991 *Mound builders of the Amazon: geophysical archaeology on Marajo Island, Brazil.* Academic Press. San Diego.

Saunaluoma, Sanna

2010 Pre-Columbian Earthworks in the Riberalta Region of the Bolivian Amazon. *Amazónica* 2 (1): 86-115.

Schaan, Denise

2004 *The Camutins chiefdom: rise and development of social complexity on Marajó Island, Brazilian Amazon.* Tesis doctoral, Universidad de Pittsburgh. Pittsburgh.

Silverman, Helaine y William Isbell

2008 *Handbook of South American archaeology*. Springer. New York.

Tyuleneva, Vera

2007 La tierra del Paititi y el Lago Rogaguado. *Estudios Amazónicos* IV (6): 97-164

2010 *Cuatro viajes.* Zeus, Santa Cruz.

Villalba, M. J, A. Alesán, M. Comas, J. Juan Tresserras, J. López, A. Malgosa, M. Michel y R. Playà

2004 Investigaciones arqueológicas en los Llanos de Mojos (Amazonía boliviana): una aproximación al estudio de los sistemas de producción precolombinos. *Bienes culturales: Revista del Instituto del Patrimonio histórico español* 3: 201-215.

Walker, John

2000 Raised Field Abandonment in the Upper Amazon. *Culture & Agriculture* 22 (2): 27-31.

2004 *Agricultural change in the Bolivian Amazon – cambio agrícola en la Amazonía Boliviana.* Memoirs in Latin American Archaeology N° 13. University of Pittsburgh Latin American Archaeology Publications & Fundación Kenneth Lee. Trinidad.

2008 The Llanos de Mojos. En: Silverman, Helaine y William Isbell (Eds.), *Handbook of South American archaeology*, p. 927-939. Springer. New York.

2008b Pre-Columbian Ring Ditches along the Yacuma and Rapulo Rivers, Beni, Bolivia: A Preliminary Review. *Journal of Field Archaeology* 33: 413- 427.

2011 Ceramic assemblages and landscape in the mid-1st millennium Llanos de Mojos, Beni, Bolivia. *Journal of Field Archaeology* 36 (2): 119-131.

2012 Regional Associations and a Ceramic Assemblage from the Fourteenth Century Llanos de Mojos, *Andean Past*, 10: 239-260.

Wüst, Irmhild. y Cristiana Barreto

1999 The ring village of Central Brazil: A challenge for Amazonian Archaeology. En: *Latin American Antiquity* 10 (1): 3-23.

Mapa 1
Ubicación de los complejos cerámicos conocidos en los Llanos de Mojos. Distribución de ralladores y cazuelas

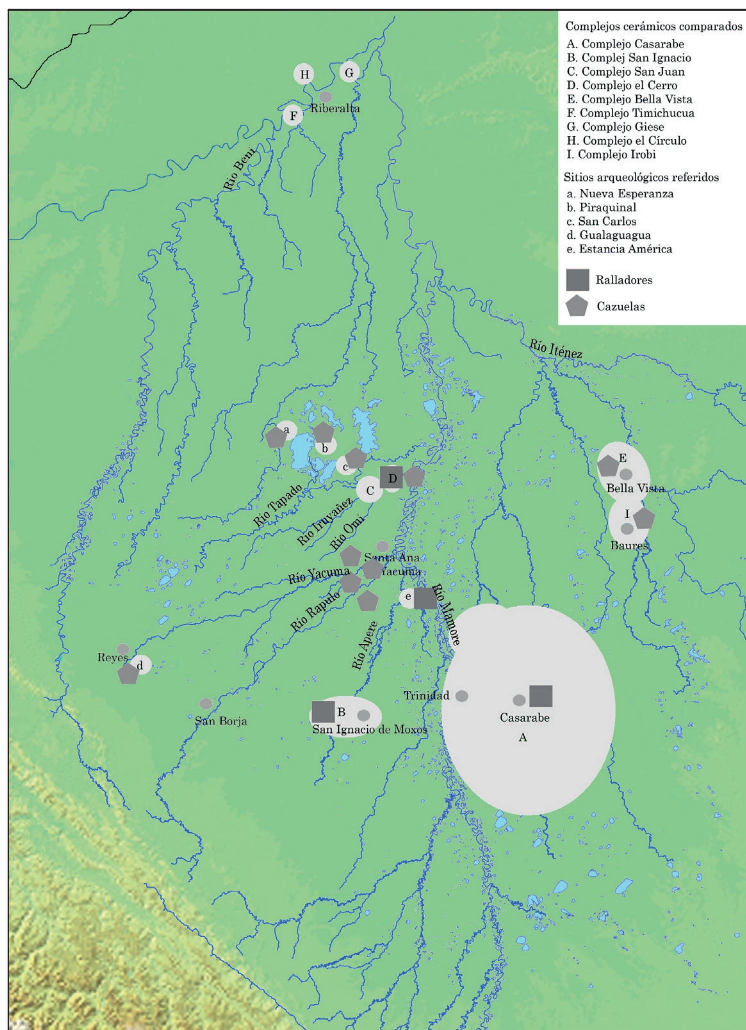


Lámina 1
Utensilios de cerámica: a Rallador (Loma Salvatierra), b Tortera (San Ignacio de Moxos), c Tortera (Loma Salvatierra), d-e Mano de moler (Loma Salvatierra), f Cazuela (Granja del Padre – Bella Vista) g Azador (Granja del Padre – Bella Vista)



Lámina 2. a-e
Fase 1 - Complejo Casarabe (a, d-e Loma Salvatierra; b-c Loma Mendoza), f-i Complejo San Juan (Según Tyuleneva 2007: Tabla III), j-p Fase 5-Complejo Casarabe (j-m,o Loma Mendoza; n, p Loma Salvatierra)

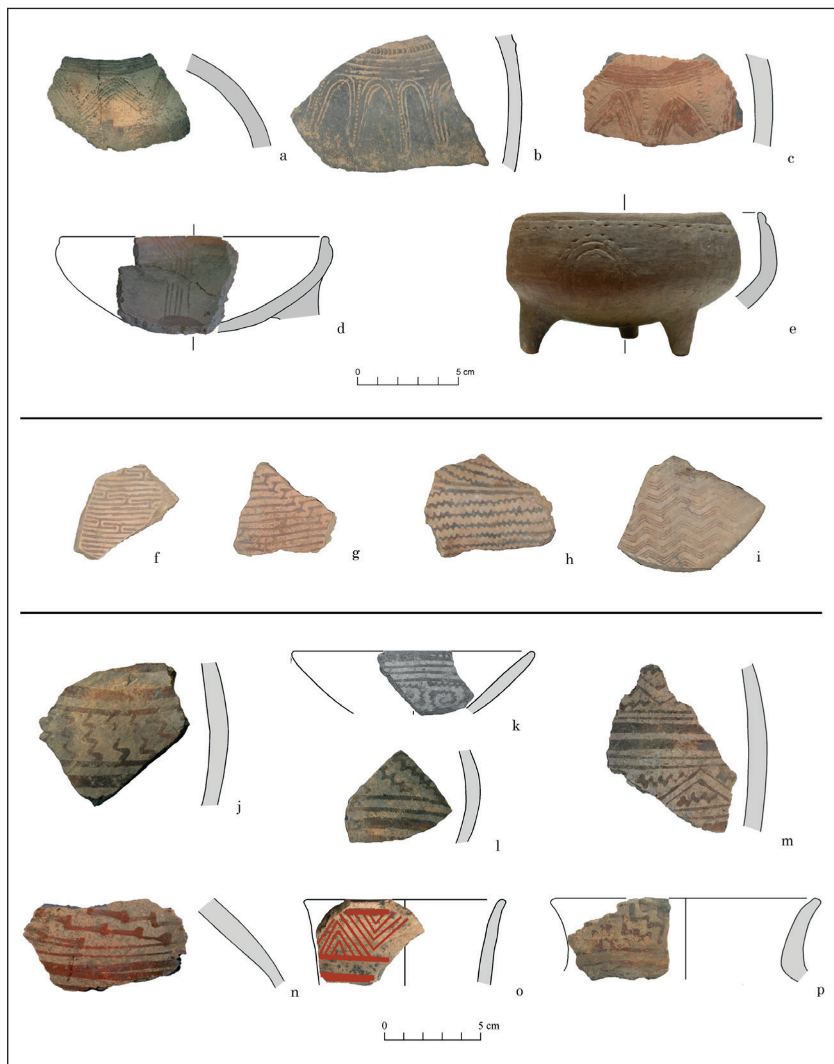


Lámina 3
Material decorado distribuido en el centro de los montículos. a-g Fase 4 - Complejo Casarabe (a-c, e Loma Salvatierra; d, f Loma Mendoza; g Tatoyeque) h-j Fase 5 – Complejo Casarabe (h El Cerrito; i Benjamín; j Ibibate)

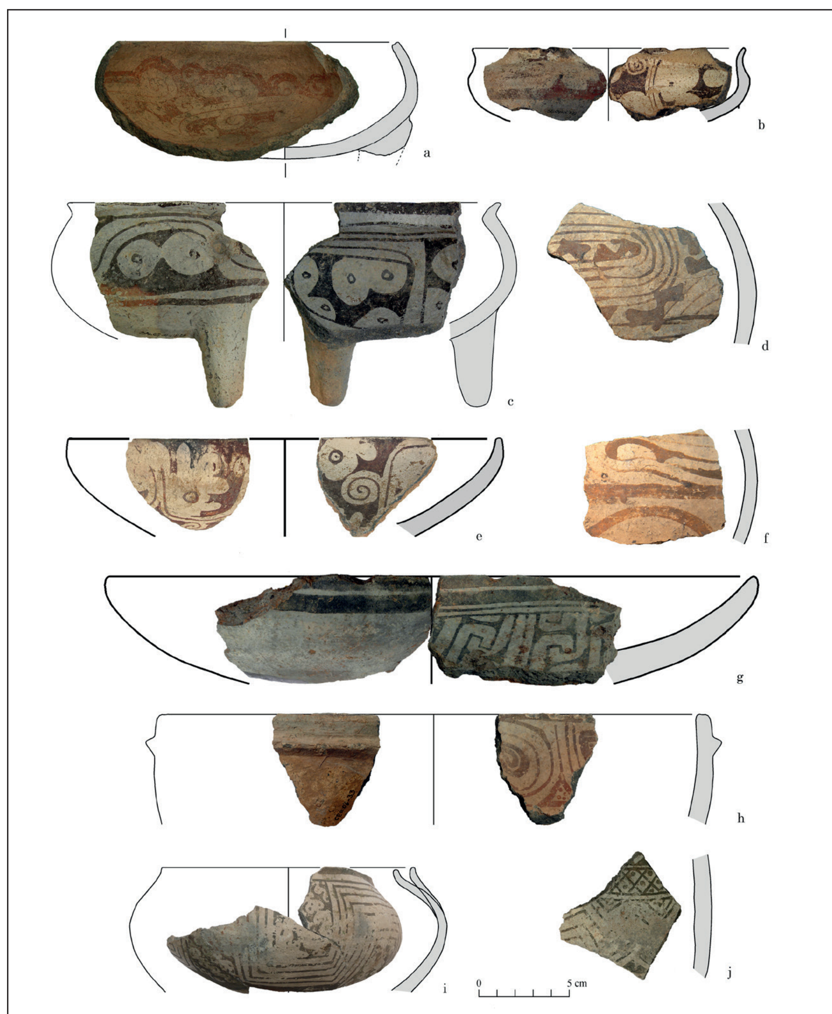
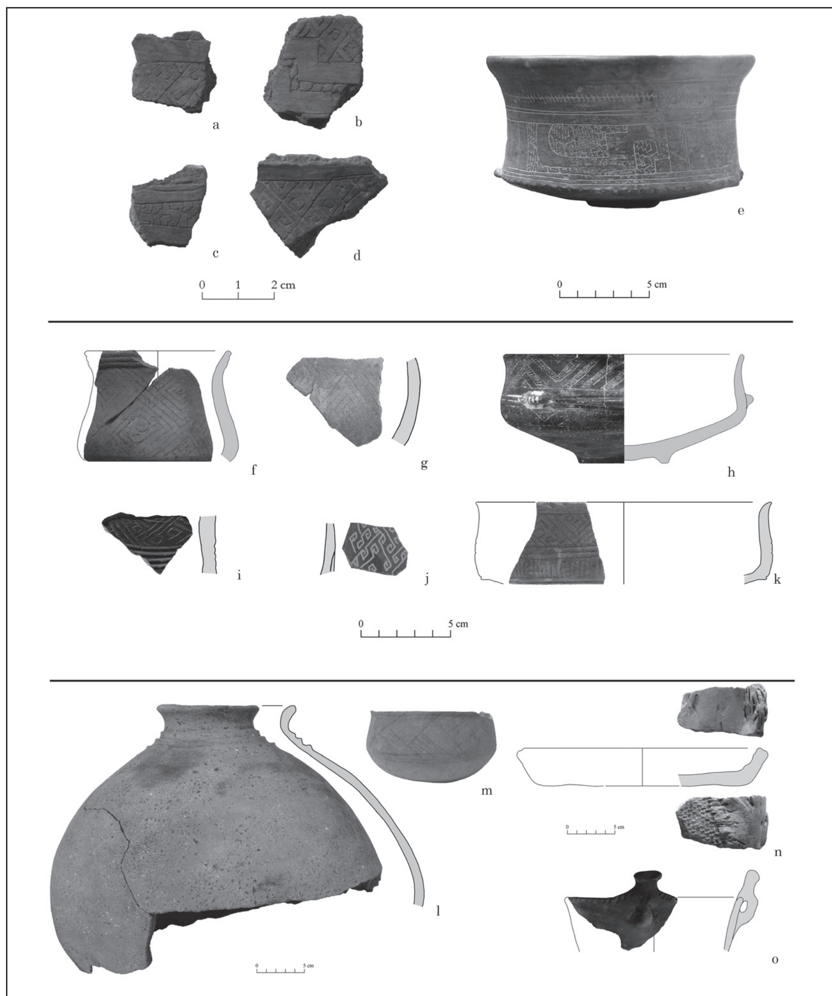


Lámina 4. a-e
Complejo San Ignacio (a-d Estancia Abularach. Según Prümers 2008: 302 Abb. 15; e Museo Arqueológico de San Ignacio. Foto H. Prümers). f-k Complejo Irobi (f-i Granja del Padre-Bella Vista; j-k Jasiaquiri), l-o Complejo Bella Vista (l, n-o Granja del Padre – Bella Vista; m BV-3)



Tribulaciones y promesas de la "tribu" de arqueólogos de la Amazonía colombiana

según la mirada de un etnólogo

Roberto Pineda C.[1]

Introducción

En primer lugar, quisiera agradecer al doctor Francisco Valdez y a sus colegas por la organización de este importante evento; y su amable invitación para participar en el mismo, una oportunidad que realmente me place mucho, en cuanto que nos permite convivir durante algunos días con la "tribu de arqueólogos" andino amazónicos –de carne y hueso– escuchar y compartir sus ideas, inquietudes y sueños, en esta común tarea de comprender la Historia de la Amazonía y su relación con las sociedades prehispánicas de los Andes.

En esta ponencia, relacionada con la trayectoria de la arqueología amazónica en Colombia y su inscripción en las políticas de las memorias en este país (en cuanto que la arqueología produce representaciones del pasado con diferentes significaciones según los contextos y los usuarios o receptores) quisiera considerar, principalmente, dos tópicos:

1 Profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia

a. ¿Por qué nuestra arqueología amazónica ha sido –y sigue siendo– si nuestro diagnóstico es correcto, todavía marginal en el contexto de la arqueología colombiana, a pesar del esfuerzo más o menos reciente de connotados investigadores (as)?
b. Cómo podríamos incentivar –arqueólogos, historiadores y etnólogos– un diálogo mayor entre nuestras disciplinas que redunde en una articulación de los enfoques de cada una, de manera que sus diferentes memorias contribuyan a dilucidar los procesos históricos de la Amazonía y su relación con otras regiones, como verdaderas atalayas que observan y analizan a las sociedades amazónicas en diferentes escalas, contextos y ritmos temporales?

Para el efecto, dividiré esta presentación en cuatro secciones:

a. En un primer momento, haré un esbozo de la historia de la arqueología en Colombia, indicando las limitaciones que los imaginarios y mentalidades de nuestras elites letradas nos impusieron para pensar, desde la Colonia, y durante gran parte de la República, las tierras bajas y sus sociedades aborígenes.
b. En una segunda fase efectuaré una somera caracterización del tardío surgimiento de la arqueología amazónica en Colombia y su ritmo de desenvolvimiento.
c. Posteriormente, resaltaré algunos de los principales factores que han impedido su consolidación e incluso han condicionado su reciente retroceso.
d. Finalmente, discutiremos algunas posibles situaciones que podrían animar el diálogo entre los actores académicos de la amazonía colombiana y articular sus resultados con las visiones de las historias de los indígenas y sus perspectivas políticas de identidad y reconocimiento territorial.

Estos temas forman parte de la agenda de muchos arqueólogos latinoamericanos y aquí apenas esbozaré o retomaré discusiones más amplias en la Antropología y Arqueología latinoamericana (ver, por ejemplo, Politis, 2006).

Me situaré, inicialmente, en una escala de análisis macro que nos de cierta inteligibilidad del proceso. A veces bajaré, casi que abruptamente, a una microescala, a la de un suceso que podría considerarse casi como una "luz de bengala" –que estalla pero que pronto se disipa y olvida– para intentar delinear la combinación de diversos factores con variados pesos específicos que dan cuenta del curso real de la práctica arqueológica en la Amazonía.

Los diferentes imaginarios sobre la Amazonía han gravitado, con diversos grados de influencia, sobre nuestras prácticas investigativas en la región y su recepción en contextos más amplios; de igual manera, la condición de las antropologías latinoamericanas en el contexto más general de la disciplina marca también el ejercicio de la antropología y arqueología colombiana, pero dejaré de lado esta arista o cara del análisis.

Un imaginario de larga duración

Desde una perspectiva de la historia de nuestras mentalidades, el estudio de los pueblos indígenas en Colombia –pasados y presentes– estuvo decisivamente condicionado por lo que he llamado la topología moral del Nuevo Reino, desde la fundación de la Real Audiencia de Santafé en 1550. Para entonces, Alonso de Santa Cruz, famoso cosmógrafo español, redactó el "Epitome de la Nueva Granada", durante años atribuido a Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador de Santa Fe de Bogotá y el "descubridor" del país de los chibchas en 1538.

El Epitome estableció una dicotomía entre las "Tierras frías" y "Tierras calientes". Aquellas habían sido habitadas por los moscas (muiscas) a quienes se les veía como sociedades paganas y, en alguna forma, como "hombres de razón"; al contrario, las hombres y mujeres de sociedades de las tierras bajas fueron considerados como "hombres bestiales", o caribes, en la terminología de Colón, destinadas a ser erradicadas de la faz de Reino, ya que se les atribuía una naturaleza guerrera,

nómade y antropófaga.[2] Con el correr de los años, se instauró la idea de unos Andes propicios a la civilización, mientras que las otras regiones de Colombia, la casi tercera parte del territorio del antiguo territorio del Nuevo Reino de Granada se concibió como un "Infierno Verde", modelo en gran parte legitimado a lo largo del siglo XX, por las ideas del barón Alejandro von Humboldt quien influyó de manera muy ostensible en la elite neogranadina.

El siglo XIX, en general, fue un periodo de andinización de los imaginarios de la República: la región Caribe como nuestros grandes territorios orientales, casi la mitad del país, fueron percibidos como "desiertos", como espacios de decadencia, como lugares salvajes, habitado por infieles, en un modelo que replicaba en gran medida la cosmología medieval.

En este marco, es compresible que la Independencia de España y la fundación de la República de Colombia (en 1821) –que implicó por lo menos en su primeras épocas un rompimiento con la Madre Patria, una verdadera madrastra a los ojos de los revolucionarios de 1810 y 1820 –representase la búsqueda de nuevas raíces históricas– en los muiscas como fundamento de la novel nación; gran parte de los estudiosos del siglo XIX, sobre todo de su segunda mitad, se concentraron en la revisión de las crónicas coloniales sobre los chibchas a los que se le percibió como una civilización de igual jerarquía a los incas y a los aztecas.

Este proceso se vio acompañado con una devaluación de los indígenas contemporáneos, lo que trajo como consecuencia que aquellos de las zonas andinas fueran percibidos como hombres o mujeres degeneradas; y aquellos de las regiones selváticas como "infieles" y literalmente salvajes. Aún los mismos descendientes de los chibchas no pudieron escapar a estas ideas y fueron considerados como una cultura inferior.

---

2 Pineda C. (2010).

Emergencia de una arqueología nacionalista

En la década de los años treinta del siglo pasado, una nueva percepción de la diversidad colombiana, ligada a nuevas tendencias mundiales y a la conformación del movimiento indigenista moderno, sentaron las bases para la organización de las primeras excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por historiadores y "arqueólogos nacionales". Entre ellas sobresalieron la excavación del Templo del Sol de los Muiscas (en Sogamoso) y sendas excavaciones en Tierra dentro y San Agustín, en la zona sur andina, cuyos hipogeos y grandes estatuas de piedra llamaron la atención del Estado y del público, en lo que ha sido llamado con razón como un proyecto de recrear una arqueología nacionalista, análogo a lo que acontecía por entonces en México y también en el Perú.[3]

Todo ello llevó a la creación en 1938 del Servicio Arqueológico Nacional, por parte del arqueólogo Gregorio Hernández de Alba, y la elaboración, por la misma época, con ocasión del IV centenario de la fundación de Bogotá, de la primera exposición arqueológica y etnográfica nacional; y del primer mapa arqueológico del país, basado en las ideas de aéreas culturales, en el cual, sin embargo, las regiones amazónicas eran un verdadero espacio vacío.

Aunque los muiscas seguían dominando el panorama de los imaginarios de la cultura nacional, Tierradentro y San Agustín habían entrado en el escenario. Y a través de San Agustín, con sus grandes estatuas con colmillos de jaguar, con sus representaciones de calaveras humanas, de hombres enmascarados con bastones, etc. la sombra –como lo había sugerido el gran etnólogo y arqueólogo Th. Konrad Preuss– de la selva

3 La historia de la Arqueología en Colombia ha sido analizada por distinguidos colegas, algunos de ellos ilustres arqueólogos. Cabe destacar los trabajos de Carl Langebaek (2003), el estudio de Clara Isabel Botero (2008) la aproximación de Augusto Oyuela y Luis Gonzalo Jaramillo (1994), y los ensayos compilados por Cristóbal Gnecco y Emilio Piazzini (2003), entre otros.

amazónica también se proyectaba en esta compleja sociedad del Alto Magdalena, limítrofe con la selva amazónica.[4]

En 1941, la llegada providencial de Paul Rivet a Colombia, huyendo del nazismo, marcaría un nuevo rumbo a nuestra antropología. Ese año se fundó el Instituto Etnológico Nacional, que formaría, con un pénsum inspirado en el del Museo del Hombre en París, a los primeros etnólogos colombianos. En algunas cortas clases se les instruiría en técnicas estratigráficas y también en antropometría y serología.

Algunos de los estudiantes de Rivet efectuarían excavaciones estratigráficas en diversas regiones de Colombia y las primeras descripciones sistemáticas de restos humanos prehispánicos.

Hay cuatro aspectos en la perspectiva rivetiana que vale la pena aquí resaltar:

a. Rivet concebía la etnología como una ciencia del hombre integral, al estilo de Franz Boas.
b. Pensaba que el estudio de las sociedades indígenas vivas debía tener prioridad en el campo de la investigación etnológica en Colombia, en cuanto estimaba que los pueblos indígenas estaban amenazados de extinción cultural o se encontraban enfrentados a un cambio social irreversible que afectaría de forma radical su vida social –sin perjuicio de realizar investigaciones arqueológicas–.

4 Durante los años 1912-1913, el alemán Th. Konrad Preuss realizó en Santa Agustín, en el Alto Magdalena, la primera investigación de campo moderna en Colombia. Aunque Preuss no efectuó excavaciones propiamente estratigráficas, si tenía conciencia de los problemas modernos de la arqueología y fotografió con gran detalle las estatuas de piedra monumentales y los montículos funerarios.
Durante la estación de lluvias del año 1913, remontó la cordillera oriental hacia el piedemonte del Caquetá; descendió (acompañado con su guía) el río Orteguaza y se instalaría en una comunidad uitoto que había huido de los caucheros de la Casa Arana. Allí notó la presencia de algunas estatuas de madera, de carácter antropomorfo: llamaría la atención, por primera vez en Colombia, sobre la pertinencia de la investigación etnográfica de los indios del Amazonas para la comprensión del pasado arqueológico agustiniano.

c. El americanista francés enviaría a sus estudiantes a campo, tanto a realizar etnografías de las sociedades indígenas como a explorar y excavar aéreas arqueológicas.
d. Rivet propició el estudio de las sociedades de las tierras bajas, sobretodo de aquellas denominadas Karib; y de aquellas que eran relevantes para su teoría del origen del hombre americano, cuyas concepciones condensó en su libro "El origen del hombre americano" (1943).

Este último aspecto fue muy significativo, ya que en cierto modo incluyó a los pueblos del oriente colombiano, en este caso de la Amazonía; de hecho se realizarían algunas expediciones etnográficas a la región del alto Amazonas colombiano –por parte de Milciades Chávez y Juan Friede y a la zona del Vaupés por Lotard Peterson– financiadas por el Instituto Etnológico Nacional o quizás por el Comité De Gaulle Pro-Francia Libre.

De otra parte, el mismo Rivet se interesó considerablemente por las lenguas amazónicas, a las cuales consagró relevantes estudios, con el apoyo de diversos "corresponsales" (misioneros, viajeros o etnógrafos). Ello le permitió estudiar sus afinidades y plantear, en ciertos casos, la existencia de diversos troncos o familias lingüísticas.

Con Rivet se inició la revalorización de las tierras bajas de Colombia; se promovió los primeros trabajos etnográficos de la Amazonía y la recopilación de artefactos de su cultura material –aunque en cierta forma ya los misioneros capuchinos– agrupados en torno al Centro Investigaciones Etnográficas y Lingüísticas de la Amazonía Colombia-(CILEAC) habían iniciado, años atrás, el estudio de la etnografía y lingüística de las regiones alto Amazonas colombiano, en los límites entre Colombia, Ecuador y Perú; y, posteriormente, del gran interfluvio de los ríos Caquetá y Putumayo.

En la segunda mitad de la década de los cuarenta del siglo XX, hubo cambios significativos en el campo de la llamada etnología en Colombia, con incidencias relevantes en las prácticas de investigación, a saber:

a. Se consolidó la investigación integral en la región Caribe colombiana, particularmente en la Sierra Nevada de Santa Marta, donde los esposos Gerardo y Alicia Reichel excavaron las región tairona y postularon una continuidad temporal entre los antiguos Tairona y los indios contemporáneos de la Sierra Nevada de Santa Marta, aunque previamente el arqueólogo norteamericano Alden Mason ya había realizado trabajos arqueológicos en la zona.
b. Los antiguos "hombres bestiales" del Valle del río Cauca se transformaron en sociedades de gran interés en cuanto cuasi estados, debido a las investigaciones de los alemanes Hermann Trinborm y George Eckert.
c. Se intentó dar una visión de continuidad entre los muiscas y los campesinos contemporáneos del altiplano cundiboyacense particularmente por el historiador marxista Guillermo Hernández R.
d. Se elaboró la primera etnohistoria del Alto Caquetá colombiano moderna sobre un pueblo de la Alta Amazonía colombiana –los indios andaquies– por parte del historiador don Juan Friede (1953).
e. Se consolidó un relativo conocimiento sobre las lenguas indígenas de la Amazonía, fundado en la labor de Theodor Koch Grünberg, el pionero de la lingüística amazónica del noroeste amazónico colombiano, Paul Rivet, Marcelino de Castellvi y numerosos viajeros que recogieron vocabularios y fueron parte de sus corresponsales.

A pesar de ello, la Amazonía siguió siendo una "terra incógnita", con una muy poca presencia de investigadores y mucho menos de estudiosos de su pasado arqueológico. Ello se constata en el ejemplar estudio del profesor Gerardo Reichel titulado "Colombia (1965)" la primera síntesis con una perspectiva ecológica del pasado prehispánico de Colombia, que integró la información disponible para Colombia en ese entonces sobre el hombre temprano, las sociedades arcaicas y formativas del Caribe; la conformación, a través de la "colonización maicera", de diversos cacicazgos en el interior de los valles interandinos y los pro-

cesos de confederaciones de aldeas –casi protoestados– en las montañas de la Nevada o en el Altiplano cundiboyacense.[5]

La arqueología de la Amazonia siguió siendo una tierra ignota, y no por negligencia del gran arqueólogo sino por simple y física ausencia de datos para la región colombiana, excepto algunas descripciones de petroglifos en diversas regiones de la Amazonía (Alto Caquetá, Guaviare, Vaupés y la Pedrera).[6]

El despertar de la etnología amazónica en Colombia

A partir de la década del sesenta del siglo XX, Colombia tendría algunas transformaciones sociales y políticas significativas; se presentaría, entre otros aspectos, un proceso de urbanización acelerado, y la adopción de un modelo de desarrollo cepalino que daría, aunque de manera parcial, ciertos impulsos a la reforma agraria, a la colonización de la Amazonía y a los primeros pasos de protección legal de las tierras de los indígenas de la Amazonía, cuyos territorios hasta entonces eran percibidos como "baldíos de la Nación". Estos procesos propiciaron la conformación de saberes expertos en economía, sociología, antropología, ciencia políticas, entre otros, como herramientas indispensables para la modernización del Estado.

En este ámbito, en el año de 1963, Gerardo Reichel y su esposa, la destacada antropóloga Alicia Dussán, fundaron el primer Departamento de Antropología en Colombia, en la Universidad de los Andes; abrió sus puertas en el primer semestre del año siguiente (1964) a la primera promoción de estudiantes de antropología. Los fundadores y

5 En 1944, Wendell Bennett efectuaría dos síntesis de la arqueología colombiana "Archeological Region of Colombia: A ceramic survey" y "The Archeology of Colombia", publicada en el famosos Handbook of South American Indians, vol. II, 823-850) (Langebaek, 2003, 272).

6 A partir del segundo lustro del sesenta del siglo pasado, Charles Bolien, discípulo de Donald Lathrap, excavaría en el área del trapecio amazónico colombiano y otras zonas adyacentes, con la perspectiva de realizar su tesis de doctorado.

sus colaboradores impulsaron un programa de formación de pregrado, con un fuerte componente arqueológico, motivado, entre otras razones, por su larga experiencia arqueológica en el Caribe y en la selva del Pacífico colombianos; y sus destacados descubrimientos en Puerto Hormiga (1963) al norte de Colombia donde encontrarían una de las cerámicas más antiguas para su momento de América del Sur; y quizás, también, por la mirada sintética que la redacción del citado libro "Colombia" les había permitido alcanzar y tal vez proyectar en un eventual programa sistemático de investigación con sus profesores y estudiantes.

En los memorándum internos del profesor Reichel, que reposan en el Archivo de la Universidad de los Andes, se resalta la necesidad de fortalecer el campo de la arqueología y en particular los aspectos relacionados con la teoría, metodología y técnicas de investigación.

De otra parte, su encuentro casual con Antonio Guzmán, indígena desano del Vaupés, conduciría a Reichel a un nuevo rumbo: el de la investigación de la selva del Vaupés colombiano, en el alto río Negro; aunque con anterioridad había llamado la atención de la comunidad internacional acerca de la necesidad de realizar investigaciones de etnología de urgencia en Colombia, este encuentro lo ratificó en la importancia de efectuar trabajos intensivos en la región, a la que consideraba una de las pocas áreas en Colombia donde sobrevivían comunidades indígenas en condiciones tradicionales.

En 1967, los profesores Reichel organizaron una expedición a la ciudad de Mitú, capital de la entonces Comisaría del Vaupés, conformada por profesores del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes y un destacado grupo de estudiantes. Lamentablemente, en el curso de la misma, el joven arqueólogo y antropólogo físico norteamericano Stanley Long, profesor del Departamento de Antropología, moriría ahogado en el río Vaupés, frustrándose totalmente el viaje. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubiese podido establecer un programa de investigación etnológica y quizás arqueológica permanente en Mitú y

sus alrededores? Quizás se hubiese iniciado un programa de arqueología amazónica nacional en esas regiones ya a mediados del sesenta.[7]

En 1968, Reichel Dolmatoff publicó su libro *Desana. Simbolismo de los indios del Vaupés* que marcó un verdadero giro en la investigación etnológica de Colombia, con gran resonancia a nivel internacional. Desde entonces se multiplicaron las investigaciones etnológicas en la región oriental de Colombia; y, a partir de finales del setenta, las investigaciones históricas. Una parte significativa de las etnografías fue elaborada en el marco de una "etnología de urgencia" que privilegió el registro de la vida tradicional, debido a la convicción –ya mencionada– de la inminente desaparición de las culturas tradicionales o su irremediable transformación.

Pero este prometedor proyecto universitario inesperadamente también entró en crisis en el año 1968. Un grupo significativo de los estudiantes al parecer no estaban interesados en la arqueología o en los estudios indígenas. O por lo menos no estaban interesados tal y como se les enseñaba la antropología cultural. Karl Marx y Max Weber habían entrado a la escena de la antropología. Los estudios de comunidad se veían opacados frente a la comprensión de las dinámicas mundiales, el estudio del imperialismo y una convicción muy profunda sobre una supuesta naturaleza colonial de la Antropología.

7 Y no es una casualidad que el primer egresado del programa de Antropología de los Andes, en el año 1968, el panameño Juan Yangües realizaría, en los años subsiguientes, su doctorado en Antropología bajo la dirección de Lathrap, efectuando su tesis de arqueología en la Alta Amazonía peruana. En el año 1975, Yangües regresaría a Colombia con su título de doctor y sería contratado como profesor por el joven departamento de antropología de la Universidad del Cauca. Allí, apoyado por un grupo de jóvenes arqueólogos, incentivaría la arqueología en el Cauca, aunque lamentablemente no se proyectaría su experiencia hacia la Amazonía. Por diversas razones, Yangües se desplazaría a Bogotá, donde trabajaría en el Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, pero la ciudad literalmente engulliría a una personalidad solitaria e hipersensible. Viajaría posteriormente a Panamá, donde contribuiría de forma notable –se nos ha informado– a fundar el Departamento de Antropología de la Universidad de Panamá. Lamentablemente fallecería relativamente joven.

Ello produjo un inesperado retiro de los esposos Reichel de la Universidad de los Andes, en el segundo semestre de 1968, que marcó un cambio de rumbo del programa de antropología; aunque en el nuevo pénsum del año 1969, siguió enseñándose tanto arqueología como antropología cultural (además de lingüísticas y antropología física) se presentó un verdadero divorcio entre los estudiantes interesados en la arqueología (en su mayoría mujeres) y el grupo mayoritario de los antropólogos socioculturales. Unos enfocados al pasado; los otros al presente, al cambio de las estructuras del país. La arqueología fue percibida, en cierta forma, como un oficio de anticuario, casi reaccionario; e incluso algunos estudiantes calificaban a nuestras compañeras arqueólogas con el apelativo de las "arpías"– quizás porque que yo recuerde no compartían, a menudo, los paros, los mitines, los escalerazos de los Andes (es decir, las grandes concentraciones de estudiantes en las escaleras de entrada de la Universidad de los Andes, que realmente se trepa a la montaña).

Algo similar ocurriría en el otro programa de Antropología establecido en el año 1966, en la Universidad Nacional, en el cual la arqueología tendría aún mucho más, durante algunos años, un segundo plano.

Esta situación marcó sin duda nuestra práctica profesional en Colombia, hasta hoy en día: explica en cierta forma (aunque habría que matizar en algunos casos) la ruptura, como un teléfono roto, entre arqueología y etnografía, no obstante que las dos áreas se enseñan en el mismo pénsum y en una forma u otra los estudiantes se ven obligados a empaparse de sus respectivos campos.

Pero mientras que algunos alumnos de aquella época optarían por realizar tesis de pregrado en la Amazonía ninguno de los tesistas de arqueología escogería la región amazónica colombiana como campo de estudio. Es probable que la ausencia de tesistas en arqueología amazónica fuese condicionado por las dificultades financieras y logísticas que implicaran las excavaciones arqueológicas en el oriente colombiano, no obstante que en los cursos de arqueología se leyera, o por lo menos se indicara, la naciente bibliografía sobre la cuenca amazónica (Betty Meggers, Donald Lathrap, etc.) –aunque también se siguió leyendo el texto

de Julian Steward y Louis C. Faron "Natives People of South American Indians"(1959) un resumen del Handbook of South American Indians, en el cual Steward pensó a las "Culturas de Selva Tropical", como una especie de involución de sociedades protoandinas, como consecuencia de la pobreza ambiental de la selva.[8]

La tribu de los arqueólogos amazónicos

Habría que esperar unos pocos años más tarde, con la conformación en 1974 de las Estaciones Antropológicas del Instituto Colombiano de Antropología (bajo la dirección de Álvaro Soto) en diversas regiones de frontera, entre ellas la de la Pedrera, en el río Caquetá, en la frontera colombo-brasilera, y la consolidación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República, bajo la dirección del destacado arqueólogo Luis Duque Gómez, para que florecieran las primeras investigaciones arqueológicas a manos de jóvenes investigadores colombianos en la Amazonía, o se realizaran algunos estudios etnográficos que se articulaban en alguna medida con preocupaciones arqueológicas.[9]

---

8 Entre los años 1979 y 1979, por ejemplo, no se realizaría ninguna tesis de arqueología por parte de los graduandos de los Departamentos de Antropología de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional de Colombia; ello contrasta, sin duda, con las treintena de tesis de etnografía provenientes de dichos Departamentos, caracterizados por su mayor volumen de estudiantes y graduados para aquella época (Bernal, 2011).

9 Álvaro Soto había participado en la expedición a Mitú mencionada. Igualmente acompañaría a Reichel Dolmatoff durante su viaje al Piráparaná con Antonio Guzmán y elaboraría su tesis de pregrado sobre la Mitología Cubeo (1970).
De otra parte, el doctor Duque Gómez fue un renombrado arqueólogo colombiano, especialista en la cultura agustiniana. Ello lo induciría a ser muy sensible a las posibles relaciones de San Agustín con el Amazonas, lo que explica su reiterado apoyo a los trabajos en la región.
Una primera síntesis del estado y la historia de la arqueología amazónica en Colombia, se encuentra en Herrera, Leonor (1987). En el 1989, Leonor Herrera redactó una primera síntesis del estado de la investigación arqueológica en Colom-

En efecto, bajo el patrocinio del Instituto Colombiano de Antropología, en 1975 se elaboraron pioneras investigaciones en la región de la Pedrera, en el río Caquetá por parte de Elizabeth Reichel, que complementaron los estudios de Peter Hilbert en el Yapurá (Caquetá) brasilero. La misma arqueóloga también describiría de forma detallada la mayor parte del arte rupestre que se encuentra entre las localidades de Araracuara y la Pedrera, en el medio Caquetá; una labor iniciada medio siglo atrás por el sacerdote Constant Tastevin (1923)

En el año 1977, se realizó una expedición anglo-colombiana a la región de Araracuara, en la cual participaron diversas arqueólogas del Instituto Colombiano de Antropología, jóvenes profesionales egresadas de los Andes. Esta expedición fue, con excepción de un trabajo previo del profesor Gonzalo Correal– del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional en la pista de Araracuara,[10] la primera investigación de campo en la zona, a partir de la cual, entre otros aspectos, se identificaron los "suelos negros" en la región y se describirían sus tipos cerámicos.

De otra parte, la Fundación de Investigaciones Arqueológicas también financiaría –como se mencionó– investigaciones etnográficas y arqueológicas en la región amazónica. Además, patrocinó trabajos etnohistóricos –en la zona uitoto– con el fin de explorar sus eventuales vínculos con el pasado arqueológico representado en la cultura agustiniana, siguiendo las pistas sugeridas por el citado The Konrad Preuss.

bia; una década después, Augusto Oyuela realizaría igualmente otra evaluación de la arqueología amazónica, enfatizando la novedad de sus preguntas, la pertinencia de algunos de sus resultados, anquen también su condición marginal en el contexto de la arqueología colombiana (Oyuela, 1999),

10 El escarpe de Araracuara forma un estrecho salto, en el medio río Caquetá colombiano, que impide totalmente la navegación del río, lo cual lo convierte también en un excepcional sitio de pesca, en una "trampa canasto" para los peces, como lo consideran algunas tradiciones indígenas. También es un lugar marcado con una gran variedad de petroglifos y fue, posiblemente, un área de frontera entre los antiguos habitantes del norte del Caquetá, los llamados Carijona, y los pueblos uitoto, andoque, etc. del interfluvio de los ríos Caquetá-Putumayo.

Asimismo, bajo su auspicio, Fernando Urbina realizaría desde la década del setenta del siglo pasado un valioso reconocimiento de los petroglifos del río Caquetá, pero esta vez localizados entre los raudales de Guamarayas y Araracuara, además de diversos trabajos sobre tradiciones orales uitoto y muinane

En 1980, nuevamente Martin von Hildebrand y Elizabeth Reichel realizarían un destacado proyecto de reconocimiento y excavaciones en el bajo Caquetá y bajo Apaporis, con el apoyo de la citada fundación.

Todos estos trabajos, empotrados en gran medida en un modelo de arqueología como "Historia cultural", reconocieron de forma pionera la existencia de por lo menos dos periodos arqueológicos en Araracuara; establecieron una primera cronología, describieron los estilos cerámicos, y mostraron desde un principio un interés por lo que podríamos llamar una arqueología ambiental. También, expresaron una preocupación por las manifestaciones de arte rupestre, complementando la información de otras regiones de la Amazonía y registros arqueológicos disponibles para el Yapurá brasilero.[11]

Este balance –que no pretende ser exhaustivo– nos indica que a la par de la conformación de la etnología amazónica colombiana, a partir de los años 1970, se presentó igualmente la generación de una arqueología en la zona, aunque en una magnitud más reducida. En contraste con los trabajos etnográficos, efectuados conjuntamente por hoy notables investigadores extranjeros, la arqueología amazónica fue ante todo liderada por una decena de arqueólogos nacionales. Algunos de los investigadores asumieron un doble rol de etnógrafos y arqueólogos (v. g. Elizabeth Reichel, Martin Hildebrand, Leonor Herrera) pero por lo

11 En este marco, en Araracuara se establecería la existencia de dos fases: Camani (135-830 d. C.) y Nofurei (805 d. C. 1610 d. C.). Posteriormente, Ángela Andrade y Pedro Botero retomarían el análisis de las tierras negras y ampliarían, en el tiempo, la antigüedad de la fase Camani. En general, la cronología de los antiguos agricultores y alfareros del area de Araracuara se ha ampliado, llegando en un sitio a 4695 AP.

general los antropólogos siguieron su camino aunque muchos de ellos también pondrían atención a la historia de la región.

En conclusión, en la Amazonía la brecha entre arqueólogos y etnógrafos no parece haber sido tan dramática, a pesar de las nuevas inquietudes de los estudiantes post 68; no obstante, como veremos, y con ciertas excepciones nuevamente, no hubo un enlace entre este pasado prehispánico de gran antigüedad –que se encontraría en los sitios arqueológicos– y las sociedades del presente, no obstante el interés por analogías etnográficas para interpretar los materiales arqueológicos.

Pero diversas circunstancias –entre ellas conflictos entre algunos investigadores y cambios en la Dirección del Instituto Colombiano de Antropología– tendrían como consecuencia un retroceso de la investigación arqueológica desde el Instituto Colombiano de Antropología en la Amazonía, aunque la Fundación de Investigaciones Arqueológicas prosiguió apoyando algunos trabajos en la región de Araracuara y se establecería la Fundación Erigai que tendría una especial importancia en los nuevos trabajos en Araracuara y áreas aledañas.

La arqueología florece en la región de Araracuara

Sin perjuicio de algunas investigaciones arqueológicas realizadas en otras regiones de la Amazonía –en el alto Caquetá– Putumayo, la región de Araracuara se convirtió en un sitio de gran interés tanto por los enfoques arqueológicos como por su dinámica histórica. A partir de la segunda mitad, de los años 1980, un equipo particularmente competente de arqueólogos –Inés Cavelier, Luisa F. Herrera y Santiago Mora, etc.– efectuarían nuevas investigaciones en la región, con una perspectiva paleobotánica, precisando la cronología de este y otros sitios, y mostrando una interesante dinámica entre las pautas de poblamiento, la utilización de palmas o formación de las terrsas pretas. Algunos de sus sitios aledaños (v. g. Peña Rojas) fueron un escenario especialmente apto para estudiar la presencia de antiguos cazadores recolectores, cuya antigüedad se estimó en 9250 años a. P., aproximadamente.

En 1990, Gonzalo Correal U., Thomas van der Hammen y Fernando Pineros, realizarían, por su parte, un corto reconocimiento de un sitio precerámico en raudal II del río Guayabero, una zona asociada a un profuso arte rupestre que comprende la serranía de la Lindoza, manifestaciones estudiadas por Álvaro Botiva, y ahora por un grupo de profesores de la Universidad Nacional encabezado por el profesor Virgilio Becerra.

También, en la década del noventa del siglo pasado, el profesor Thomas Van der Hammen junto con Carlos Castaño U. y otros investigadores, realizarían el primer reconocimiento arqueológico de la Serranía del Chiribiquete, en la región del río Apaporis; descubrirían su fascinante y profuso arte rupestre –algunas de cuyas figuras conectan con los antiguos pobladores locales–. Además, de efectuar diversos registros de su arte rupestre, obtuvieron fechas tan antiguas –aunque discutibles– como 50. 000 a. P, y un gran número de registros cronológicos que señalan, de forma reiterada, la antigüedad de muchos artefactos de abrigos rocosos-oscilando en líneas generales entre los 10.000 y los 1000 a. P. Las dificultades de acceso al lugar hicieron que su permanencia fuera también breve; y ello dificultó, entre otras razones, la continuidad del trabajo.

Asimismo, en este contexto cabe mencionar los aportes significativos de Gustavo Politis quien –e inicialmente junto con Gerardo Ardila– realizó destacados trabajos de carácter etnoarqueológico sobre algunas "bandas" nukak, pueblo nómade de la Amazonía colombiana, en la región del río Guaviare (Politis, 1995). También Augusto Oyuela haría algunos reconocimientos en el trapecio amazónico y en la región del Yari, con el apoyo de la Fundación Puerto Rastrojo.

Y, posteriormente, tendríamos de nuevo importantes trabajos en el área de Araracuara y de la Pedrera por nuestro colega Gaspar Morcote, arqueólogo del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional y algunos jóvenes arqueólogos y estudiantes de la misma Universidad.

No obstante este recuento, en los últimos veinte años la arqueología amazónica colombiana parece haber perdido, en realidad, su juvenil impulso. Grandes regiones permanecen sin reconocimiento (vg. El Vaupés); en el Alto Putumayo los reconocimientos parecen sobretodo derivados de estudios de consultoría relacionados con grandes proyectos energéticos. En el mapa arqueológico del ICANH, la (Instituto Colombiano de Antropología e Historia) la Amazonía continúa siendo una gran laguna o hueco negro.[12]

Decadencia de la arqueología amazónica en Colombia?

Pero volvamos a una de nuestras preguntas iniciales:

Por qué, a pesar de los grandes esfuerzos de nuestros arqueólogos (as) y la existencia de una relativamente buena formación arqueológica (incluyendo en los últimos años formación de posgrado) nuestra arqueología amazónica sigue siendo en el número de los que la practican (y no en sus resultados) marginal en el contexto nacional? tal como la caracterizara Augusto Oyuela hace 20 años.

Permítaseme efectuar algunas consideraciones que corresponden, en orden, a diferentes escalas de análisis, no sin antes advertir que el término "decadencia" no se refiere a las calidades de las investigaciones en curso, sino a su retroceso desde el punto de vista cuantitativo. Algunos de los investigadores amazónicos siguieron publicando sus resultados de campo y otros llevando a cabo relevantes reflexiones sobre la región– v. g. Santiago Mora (2006) aunque otros escogerían distintos

12 De acuerdo con Elizabeth Bernal, entre los años 1994 y 2000 solamente se realizarían cuatro tesis de pregrado y una de maestría –en el campo de la arqueología– en la Amazonía colombiana. Dos de ellas estarían enfocadas en Araracuara (Gaspar Morcote y Juan Manuel Llanos); una se realizaría en las riberas del río Caucayá (Ángela Rojas)) y otra –efectuada también en el Putumayo– tendría asimismo un sentido etnoarquelógico (Juana Schlenker). Vale la pena resaltar la prospección de Oscar Hidalgo Dávila, en el Valle de Sibundoy, una zona de transición andina hacia la selva.

rumbos profesionales o se dedicarían a otro temas y regiones arqueológicas. Unos pocos migrarían hacia otras latitudes amazónicas.

a. La primera consideración tiene que ver con la incapacidad de pensarnos, aún hoy en día, como un país amazónico, debido al peso de una mentalidad andina que sigue gravitando en la conciencia de las elites que todavía desde Bogotá diseñan las políticas culturales; o que conforman, en muchos casos, las elites dominantes regionales. Sin duda, el discurso sobre el "Infierno Verde" ha sido parcialmente sustituido por el de un "Paraíso de la biodiversidad "–pero en los dos casos la Amazonía ya sea como paraíso o infierno– es percibida como una región sin historia. Los indígenas como Guardianes de una naturaleza prístina también se contagian de esa inmovilidad de la naturaleza humboldtiana.
b. La segunda consideración tiene que ver con un factor nada despreciable, que consiste en la transformación acelerada de la Amazonía colombiana en un escenario de confrontación armada, que alcanzaría su clímax con la incruenta toma de Mitú por la FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias) –en el año 1998– donde más de un millar de guerrilleros sitiaron y tomaron la ciudad, ante la impotencia del Gobierno central, de sus fuerzas armadas y de policía. El fallido pacto de paz firmado en el Caguán, durante la presidencia de Andrés Pastrana, entregó de hecho a las FARC casi toda la Amazonía, situación que el mencionado grupo guerrillero supo aprovechar para controlar vastas áreas de las regiones más orientales, entre ellas el Departamentos del Vaupés y la región de Araracuara. Esta situación –sumada a la existencia de cultivos ilícitos, la irrupción de grupos paramilitares, entre otros factores– convirtieron a la Amazonía colombiana, como se dijo, en un espacio de abierta confrontación armada que aunque no frenó del todo la investigación antropológica o de otra índole, sí la afectó de manera notable.

Por ejemplo, el estudio de Correal y sus colaboradores ya citados en el raudal II de río Guayabero solo pudo realizarse en unos pocos días, ante la falta de garantías de seguridad para los investigadores, en el

contexto de una población en auge coquero y rodeada de frentes de las FARC. El importante trabajo investigativo de Politis en el Guaviare entre los nukak, también se vio abruptamente interrumpido por la prohibición que expresamente recibió este notable arqueólogo argentino para continuar su camino hacia un grupo nukak, supuestamente por parte de un comandante de las FARC o de este grupo guerrillero. Pocos años después, los mismos nukak serían desalojados de sus territorios tradicionales posiblemente también por los mismos actores, y debieron refugiase en San José del Guaviare (capital del Departamento del Guaviare) en donde hoy se encuentran asilados. Asimismo, la grave situación del medio Caquetá –controlado hasta hace unos pocos años por las fuerzas irregulares de las FARC– afectó de forma radical la presencia de algunas fundaciones y dificultó ostensiblemente la continuidad de los trabajos de investigación, entre ellos los arqueológicos.

Algunas ONG nacionales o internacionales, dedicadas sobre todo a la gestión social y ambiental, pudieron continuar sus labores, y en algunos casos sobreaguar, gracias a la colaboración de sus beneficiados –comunidades indígenas–; y también a su pericia de moverse en este medio complejo. Pero en general vieron afectadas de manera significativa sus acciones.

En el oriente colombiano, hacia principios del siglo XXI, solamente existían algunas regiones en la Amazonía que podrían ser llamados "remansos de paz"–entre ellas la localidad de la Pedrera o el llamado trapecio amazónico, en el área del río Amazonas y en los alrededores de Leticia, en la denominada carretera a Tarapacá, habitada por diversas comunidades indígena, incluidos algunas familias desplazadas del interfluvio del Caquetá-Putumayo. Precisamente, en estos lugares se reactivaron los proyectos de Gaspar Morcote, cuyas investigaciones han tenido una continuidad hasta el presente (Morcote, 2008).

En síntesis, la investigación arqueológica se vio afectada seriamente por el conflicto armado – de igual forma que muchos pueblos indígenas y poblaciones colonas cuyas familias también se vieron forza-

das a migrar a ciudades como Bogotá, Florencia, San José del Guaviare, Mitú, Leticia y la Pedrera.

a. En el recuento histórico realizado no deja de ser una constante la dificultad de generar una política de mediano plazo debido a la inestabilidad institucional. Desde la década del sesenta del siglo pasado, prometedoras perspectivas se han visto truncadas por cambios inesperados de dirección o de crisis institucionales, aunadas a situaciones personales de ciertos investigadores. Recientemente, debido a la muerte de Luis Duque, la misma Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales cambió su política en términos de cuantías de financiación y de publicaciones, dificultándose la organización de proyectos de investigación a nivel de pregrado, en aras de trabajos de más largo aliento e impacto. Pero lo que en teoría sonaría correcto, significa, a nuestro parecer, un retroceso en la posibilidad de formación de los arqueólogos desde el nivel de pregrado, los cuales podrían abrir ciertas trochas en diferentes lugares de la Amazonía colombiana.
b. Pero quizás encontramos otros factores que tienen que ver con la forma que tanto arqueólogos y etnógrafos asumimos ciertos problemas de la región. Al respecto Santiago Mora ha destacado la existencia de un hiato entre el presente etnográfico y el pasado arqueológico o la historia de larga duración en la Amazonía colombiana; según nuestro colega, ello se debió, al menos durante muchos lustros, a la fuerza del modelo del profesor Reichel, plasmado en el libro ya mencionado (Colombia, 1965). Mora, si no entendí, mal, sugiere que existe una especie de disociación en el propio modelo de Reichel, incluso una contradicción, en "cuanto ello presuponía la aceptación de una continuidad cultural "entre los Andes y la Amazonía, en cuya base se encontraba la existencia de dos modelos diferentes (arqueológico y etnográfico) que trajo como consecuencia "un distanciamiento temporal y conceptual que fue heredado por los siguientes investigadores del país" (Mora, 2011, p. 169).

Creo que Mora ha introducido una discusión relevante y respetuosa, que contrasta con algunas de las críticas de otros arqueólogos colombianos de la obra de Reichel que más bien parecieran estar matando al padre: respecto al método etnoarqueológico de Reichel se podría mostrar que la filiación de su modelo chamánico para interpretar la religión e iconografía de las sociedades andinas tiene, además de la indudable marca de su experiencia en el Vaupés, otro contexto más general que simultáneamente ocurría en otra latitudes y no necesariamente estaría anclado en una visión de continuidad temporal entre Andes y Selva, en la que esta sea, en cierta forma, un derivado de la primera.[13]

No obstante, sospecho que aunque estas razones gravitasen de forma muy fuerte en el horizonte de la investigación amazónica en Colombia, tenemos otros motivos de tipo estructural, y no "coyuntural" que tiene que ver con los usos de la historia amazónica y la manera como se articula la Amazonía con la historia nacional y con la historia de las comunidades indígenas de la región.

En primer término, los conceptos de historia de etnógrafos y arqueólogos son diferentes. Y aunque por lo general los primeros han demostrado la existencia de diversas formas de conciencia histórica, sus reconstrucciones históricas tienen que ver, sobre todo, con los procesos de cambio fruto del encuentro con las sociedades nacionales; nos falta penetrar en las microhistorias de los procesos internos, en cierta forma en los pliegues de sus perspectivas locales, lo que quizás nos podría ayu-

13 Reichel elaboraría una interpretación del proceso cultural centrado en el las planicies del Caribe y los valles interandinos – tal y como se ha mencionado – en el cual la Amazonia no tiene significación alguna; de otra parte, a través de su experiencia etnográficas en el Vaupés (particularmente, sobre las bases de sus ideas sobre la relación humanos – no humanos, la relevancia de las plantas psicotrópicas y su teoría del chamanismo) en el mundo tukano interpreta el mundo simbólico de las sociedades andinas y de otras zonas, destacando la existencia de un orden simbólico común. El modelo arqueológico es filtrado por su modelo etnográfico, en un tipo de ejercicio etnoarqueológico, que da inteligibilidad, entre otros aspectos, a la iconografía orfebre y cerámica de los cacicazgos colombianos de la zona andina, inter andina o incluso de las planicies del norte del país.

dar a formular, paradójicamente, ciertas preguntas relevantes para una historia mayor. De otra parte, las escalas locales de las investigaciones etnográficas no son con frecuencia conmensurables con las escalas espaciales de los análisis arqueológicos, no obstante que la Ecología histórica nos ha ayudado a pensar, a partir del presente, algunos problemas de la dinámica pasada de la amazonía.

En otras regiones de Colombia (y sin duda dependiendo de los problemas de investigación) se ha construido una especie de continuidad histórica (a cierta escala del análisis) buscada en cierta forma por los investigadores y también promovida por parte de los sociedades indígenas las cuales otorgan nuevos sentidos a este eventual diálogo con la arqueología, como veremos, en el próximo acápite. En estos casos, arqueólogos, antropólogos sociales e indígenas se encuentran y dialogan de manera relevante.

Los usos de los "lugares de memoria arqueológica"

En Colombia, la Sierra Nevada de Santa Marta, al norte del país, es, en la actualidad, uno de los casos paradigmáticos del uso de la memoria arqueológica. En el siglo XVI, los antiguos pobladores de la Sierra Nevada y sus alrededores –genéricamente llamados Tairona– fueron cuasi aniquilados por los españoles; los sobrevivientes se vieron obligados a refugiarse en los valles del interior de la Sierra. Los actuales pueblos indígenas de la región –los kogui, ijka, arsarios y kankuamos– se consideran sus descendientes y sobrevivientes de la Conquista; reclaman su ascendencia tairona –representadas en las terrazas, caminos, cerámica y orfebrería– y con base en ello articulan su defensa del territorio: piensan que está definido por lo que ellos llaman la "línea negra", la cual se visibiliza en gran parte por los antiguos "lugares de pagamento" (ofrendas) ,en los cuales se evidencia collares y otras ofrendas de origen tairona.

En el Departamento del Cauca, al sur de Colombia, por ejemplo, los guambianos recrean también su lucha e identidad a través de una arqueología que demuestra su antigüedad en la región, previa a la ocu-

pación en 1536 por las huestes de Benalcázar quien, partiendo de Quito fundara la ciudad de Popayán; con base en excavaciones, registros de archivo y tradiciones orales refutan a sus contradictores que plantean su eventual origen, al contrario, en los centenares o millares de yanaconas llevados por el fundador de Popayán u otros españoles. Sin duda, la polémica no es solo histórica sino que fundamenta los derechos de reclamación de tierra o de ampliación de sus resguardos.

En la región de Tierra dentro, entre el Cauca y el Huila, los actuales habitantes paeces alegan derechos sobre el manejo del patrimonio arqueológico del Parque Patrimonio de la Humanidad debido a su relación con ese pasado prehispánico, no obstante que anteriormente lo veían con recelo y lo atribuían a los indios pijaos, sus enemigos, y los asociaban a la contaminación y al "sucio".[14]

Como ha anotado de manera pertinente Cristóbal Gnecco, lo que podríamos llamar los regímenes de historicidad de muchas sociedades indígenas, en los cuales se asignan a ciertos antepasados, sitios y artefactos arqueológicos que se encuentran en su territorio una naturaleza "salvaje "o incluso contaminante –similar a la del mundo de los muertos– puede ser la expresión de una política colonial que desplazó ese pasado a una esfera de la brujería o del mundo indeseable, en oposición a una situación de su "domesticación" en virtud de su incorporación al proyecto cristiano y "civilizador". Estos otros mundos de los antepasados pijaos, "moros", aukas, etc. –son un un orden simbólico derivado de su nueva condición colonial–, aunque no del todo desprovisto de poder y de cierta áurea que podría ser empleada en prácticas chamánicas, de brujería o de curación.

En la medida que las mismas comunidades nativas se han empoderado, sus propias concepciones de historia se han modificado; y en muchos casos superado las antiguas dicotomías temporales que di-

14 Con respecto, a la nueva valoración de las estatuas de piedra por parte de los paeces y otras consideraciones sobre los usos de artefactos arqueológicos ver Gnecco (2010).

vidían esas historia remota con su condición presente, visibilizándose usos de ese pasado, en cierta medida velados o sumergidos, o reactivando nuevamente lazos con los mismos (Gnecco, 2011).

Todo ello conlleva a que en muchas regiones de Colombia, los sitios arqueológicos y los artefactos tengan un interés público más allá de las consideraciones únicamente académicas; lo que deriva asimismo en discusiones y controversias sobre el manejo del patrimonio, como ocurre en la Sierra Nevada, en donde sus organizaciones plantean la recuperación de los centenares de artefactos orfebres que se encuentran en el Museo del Oro, o el manejo del famoso sitio denominado "Ciudad Perdida", en la Sierra Nevada de Santa Marta.

En síntesis, la práctica de la arqueología no puede centrarse exclusivamente en el pasado, en cuanto que no puede deshacerse de la pertinencia de estos lugares de memoria para las reivindicaciones de las sociedades actuales y para sus nuevas modalidades de historicidad.

En la Amazonía colombiana, esta situación no parece todavía tan presente. En los últimos lustros ha habido un profuso mapeo, en muchas regiones, de los territorios tradicionales, indicando, entre otros aspectos, raudales, "salados", cerros y otros lugares como espacios sagrados o lugares de memoria. Y aunque en algunos casos ello ha sido utilizado como argumento contra ciertos proyectos –por ejemplo, la construcción de una gran pista de aterrizaje y una base aérea en Araracuara– el interés por profundizar con la significación histórica de estos sitios sagrados no parece tener la misma dimensión que en otras regiones de Colombia o incluso otras zonas del Amazonas, como el territorio del Alto Río Negro brasilero, contiguo a Colombia y en donde viven grupos también que forman parte de tradiciones culturales comunes.[15]

15 Es verdad que en los últimos años, algunos antropólogos han intentando dar cierto espesor histórico y rebasar la temporalidades trazadas por la arqueología, historia y etnografía para pensar en procesos de larga o mediana duración. Por ejemplo, en una reciente publicación, fruto de un seminario en la ciudad de Popayán, Carlos Franky utiliza la cosmología indígena de los Tanimuka (un pueblo del río Mirití

En efecto, en el Alto Río Negro brasilero, los grupos arawak y tucano discuten o polemizan frente a la legitimidad de su presencia en la región a partir de sus cosmología y cantos que describen con detalle los flujos de desplazamiento –en una canoa anaconda ancestral– desde la bocana del río Negro, en río el Amazonas. marcados en los petroglifos; y legitiman su posición política frente al territorio y a las medidas de patrimonialización de las cachiveras de Ipanoré (o raudales de Yavaraté) mediante esta apelación al pasado cosmológico e histórico. Solo recientemente, el Ministerio de Cultura de Colombia –a través de su subdirección de Patrimonio inmaterial– ha planteado el interés de reconocer unas rutas de sitios sagrados en la región.

A manera de conclusión

La arqueología amazónica tendrá un nuevo estatus –fondos, recursos, etc.– que la independice de sus patronos petroleros cuando se convierta en un tema de trascendencia nacional –cuando entre a formar parte de eso que algunos llaman con cierta crítica– una "arqueología nacionalista"; o cuando se convierta en un recurso de la memoria indispensable para el reconocimiento de los derechos de sus pueblos ancestrales o de otros pobladores que también han vivido allí, o se enlace de manera más clara con la comprensión de los regímenes de historicidad de las sociedades actuales y sus funciones políticas y de identidad de los mismos.

De esta forma, etnógrafos e arqueólogos tenemos un campo común de encuentro en las dimensiones históricas de las sociedades indígenas.

Paraná, afluente del río Caquetá) como punto de partida para recrear su historia desde Ipana, el ombligo del mundo de estos pueblos en el Vaupés (Franky, 2006); o JP Goulard ha intentado efectuar la historia de los pueblos del río Amazonas con una perspectiva que arranca, incluso, siglos atrás, de la llegada de los europeos y se proyecta de una forma u otra en el contexto colonial (Goulard, 2010).

Estamos enfrentados, si queremos avanzar, a recorrer simultáneamente, y desde diversos ángulos, y diferentes escalas, la Historia de la Amazonía; ello requiere, sin duda, un programa de investigación nacional e internacional que permita comunicarnos, compartir experiencias y plantear preguntas comunes que nos lleve a comprender las especificidades de su dinámica cultural que, hoy sabemos por la llamada Ecología histórica, fue igualmente un factor determinante en la dinámica de la propia Amazonía.

Ahora, reiteremos, que el panorama del conflicto parece aminorar en ciertas zonas, es indispensable organizar un proyecto colectivo e internacional, con una base institucional sólida, que nos permita desde diversos frentes avanzar en el conocimiento de las sociedades pasadas y presentes de la Amazonía, estableciendo sus fracturas y continuidades. El arqueólogo brasilero Goes Neves plantea que en el primer milenio d. C., se configurarían unas sociedades amazónicas que, en mayor o menos medida, se proyectarían hasta el siglo XVI, e incluso hasta la actualidad, guardando matices y quizás excepciones. De ser así, la ventana del presente, tan cara al historiador Marc Bloch, o sea la historia regresiva también sería una oportunidad fundamental y nada despreciable para la comprensión de la dinámica social regional, como bien lo había visto, cada a uno a su manera y con los lentes de su época, Reichel Dolmatoff y Donald Lathrap. Lo peor que le podría ocurrir a la arqueología amazónica, si este racionamiento es adecuado, sería encerrarse en sí misma, o renegar de buscar modelos explicativos fundados en el diálogo con otros saberes o atalayas, como plantean ciertas corrientes teóricas. Es hora que la pequeña tribu de arqueólogos colombianos prosiga sus relaciones de exogamia con todos los otros actores que viven en la región.

Y, no por último de menor importancia, estamos enfrentados a comprender y apoyar la articulación de las sociedades indígenas en torno a su pasado representado en artefactos y sitios arqueológicos, en cuanto su historia no es competencia exclusiva de expertos, sino que se requiere que las tomemos seriamente para comprender, incluso, la propia naturaleza de nuestra aproximación al pasado.

Bibliografía

Andrade, Ángela
1986 *Investigación arqueológica de los antro soles de Araracuara*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
Bernal, Elizabeth
2011 "Terrenos antropológicos en Colombia en la década de 1970. Resonancias y disonancias en la búsqueda ansiosa por un nuevo Estado, una nación igualitaria y una Antropología contra-hegemónica", Tesis de maestría, Departamento de Antropología, Universidad Nacional, Bogotá.
Botero, Clara Isabel
2008 *El redescubrimiento del pasado prehispánico del Colombia (1820-1945)*, INCAH, Universidad de los Andes, Bogotá.
Botero, Clara Isabel y Langebaek Carl
2009 *Arqueología y Etnología en Colombia. La creación de una tradición científica*, Bogotá, Universidad de los Andes.
Castaño Uribe, Carlos. y van der Hammen Thomas
200xx *Visiones y alucinaciones del cosmos felino y chamanístico de Chiribiquete*, Ministerio del Medio Ambiente, Fundación Tropenbos, Bogotá.
Correal Gonzalo, Piñeros Fernando y van der Hammen Thomas
1990 *Guayabero 1, un sitio precerámico de la localidad Angustura II, San José del Guaviare, Caldasia 16 (77)*, Instituto de Ciencias Naturales, Bogotá, p. 245. 253.
Eden M, Bray W, Herrera L y Ewan C
xxxx Terra Preta soils and their archeological context in the Caquetá of south west Colombia, *American Antiquity*, vol. 49, p. 125-140
Franky, Carlos
2006 El poblamiento del noroeste amazónico visto desde los Tanimuka (Tucano Oriental). Una aproximación desde tradiciones orales indígenas. En Morcote Gaspar, Mora Santiago y Franky Carlos, *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*, Universidad Nacional, Bogota.
Friede, Juan
1953 *Los Andakí. Historia de la aculturación de una tribu selvática.* Fondo de Cultura Económica, México.

Fundación Etnollano

s/f Universidad de Tunja. *Rocas y petroglifos del Guainía. Escritura de los grupos arawak-Maipure.*

Herrera, Leonor, Bray Warwick, Mac Ewan Colin

1981 Datos sobre la Arqueología americana (Comisaría del Amazonas), *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXIII, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, p. 183-251.

Herrera, Leonor

1987 Apuntes sobre el estado de la investigación arqueológica en la Amazonía colombiana, *Boletín de Arqueología*, vol. VI, N.º 21, Universidad de Antioquia, Medellín, p. 21. 61.

Herrera, Leonor

1989 Amazonía, En *Colombia prehispánica*, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Herrera de Turbay Luisa F, Mora Santiago y Cavalier de Ferrero

Selección y tecnología en el primer mileno d. C., Colombia amazónica, vol. III, N.º 1, p 75-87.

Jaramillo, Luis Gonzalo y Oyuela, Augusto

1994 *Colombia. A Qualitative analysis, in History of Latin American Archeology*, USA, p. 49-68.

Gnecco, Cristóbal y Piazzini, Emilio

2003 *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*, Editorial Universidad del Cauca, Popayán.

Gnecco, Cristóbal

2010 La historia y sus desencuentros: estatuas de piedra, historias nativas y arqueólogos. En Gnecco Cristóbal y Ayala Patricia *Pueblos indígenas y Arqueología en América Latina*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Universidad de los Andes, Bogotá, p. 85-135.

Goulard, Jean Pierre

2010 El noroeste amazónico en perspectiva: una lectura desde los siglos V-VI hasta 1767, *Mundo amazónico*, vol. 1, Leticia, Universidad Nacional de Colombia, p. 183-213.

Langebaek, Carl

2003 *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*, Colciencias, Bogotá.

Langebaek, Carl

2009 *Los herederos del Pasado. Indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*, t. II, Universidad de los Andes, Bogotá.

Mora Santiago

2011 *Lejos del Atlántico, Lejos de los Andes en la floresta con los animales. El noroeste amazónico como problema arqueológico colombiano*, p. 161-184.

Mora, Santiago, Cavelier Inés y Herrera Luisa Fernanda

1989 Intolerancia, intensificación y rastrojos Un caso amazónico, *Revista de Antropología*, vol. V. N.º 1-2, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, p. 137-151.

Mora, Santiago

2003 Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa. Un estudio de las dinámicas humanas y ambientales. Universitty of Pittsburg, Universidad Nacional de Colombia, Pittsburgh, *Latin American Archeology report*, N.º 3.

Mora, Santiago

2006 *Amazonía. Pasado y presente de un territorio remoto*, UniAndes-Ceso, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular. Bogotá.

Morcote Gaspar, Mora Santiago y Franky Carlos

2006 *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*, Bogotá, Universidad Nacional.

Morcote, Gaspar

2008 Antiguos habitantes en río de aguas negras. Ecosistemas y cultivos en el interfluvio Amazonas-Putumayo. Colombia. Brasil. Instituto de Ciencias Naturales, Universidad Nacional, Bogotá.

Oyuela, Augusto

1999 *Arqueología: treinta años de historia marginal*, Comisión Regional de Ciencias y Tecnología del Amazonas, Bogotá.

Pineda C, Roberto

2010 Los hombres bestiales de las tierras que arden, *Boletín de Historia y Antigüedades* N.º 851, Academia Colombiana de Historia, Bogotá, p. 727-756.

Politis, Gustavo

1995 *Mundo de los nukak. Amazonía colombiana.* Bogotá, Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.

Politis, Gustavo
2006 El paisaje téorico y el desarrollo de la Arqueología en América Latina, *Arqueología Suramericana*, Vol. 2, N.º 2, p. 167-204.
Neves Goes, Edoardo
2011 "El nacimiento del presente etnográfico: la emergencia del patrón de distribución de sociedad des indígenas y familias lingüísticas en las tierras bajas suramericanas durante el primer milenio d. C. En Chaumeil JP., Espinosa O y Cornejo M. (eds.) *Por donde hay soplo*, Lima, IFEA-CAAP-Universidad Católica, Lima, p. 39-65.
Reichel Dolmatoff, Gerardo
1965 *Colombia*, Thames and Hudson, London.
Reichel Dolmatoff, Gerardo
1968 *Desana. Simbolismo de los indios tucano del Vaupés*, Universidad de los Andes, Bogotá.
Reichel, Elizabeth
1976 Resultados preliminares del reconocimiento del sitio arqueológico de la Pedrera (Comisaría del Amazonas, Colombia), *Revista Colombiana de Antropología* vol. XX, Instituto Colombiano de Antropología, p. 145-176.
Reichel Elizabeth y Von Hildebrand, Martin
1982 *Reconocimiento, sondeos y excavaciones arqueológicas en el área del Bajo rio Caquetá y Apaporis.* Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
Silva Celis, Eliecer
1968 *Arqueología y prehistoria de Colombia*, Prensas de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, Tunja.
Silva Celeis, Eliécer
1963a Los petroglifos del Encanto, *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XII, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, p. 80-90.
Silva Celis, Eliécer
1963b Movimientos de la civilización agustiniana por el Alto Amazonas, *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XII, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, p. 303-370.
Urbina, Fernando
1986 *Amazonía. Naturaleza y cultura*, Banco de Occidente, Bogotá.

Figura 1
Indígena murui preparando la coca tradicional



Figura 2
Indígena uitoto

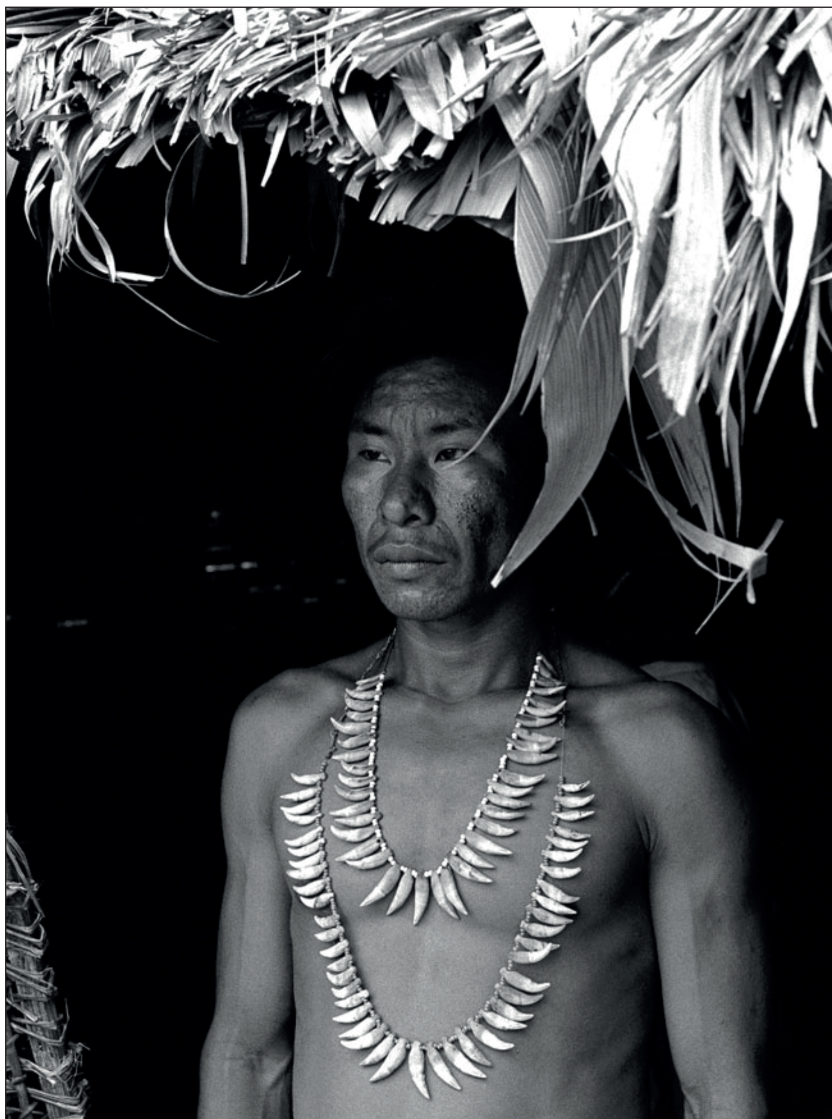
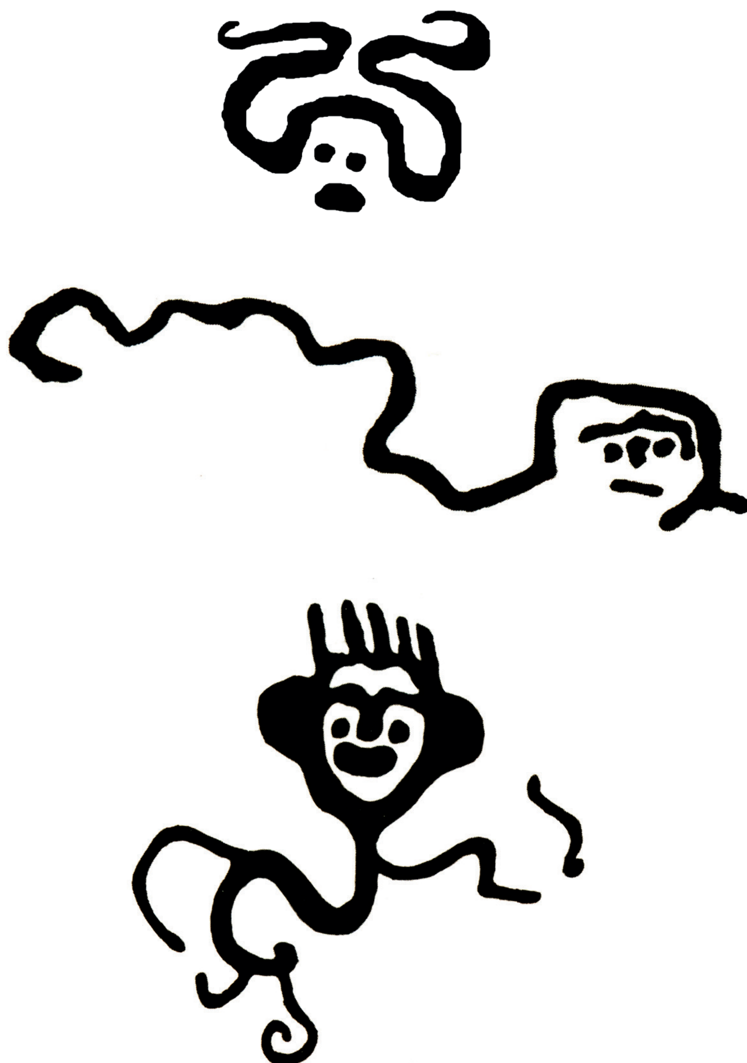
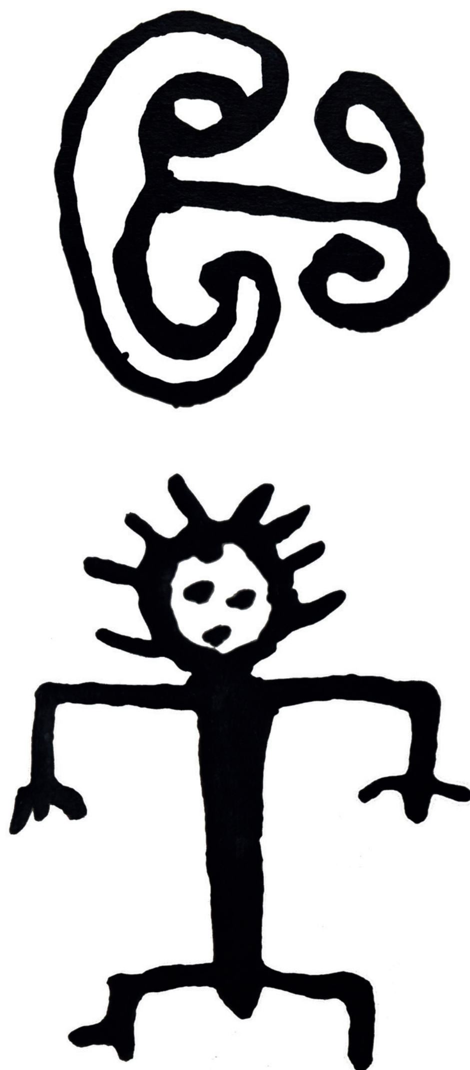


Figura 3
Figuras de petroglifos del medio río Caquetá, Colombia



Figuras de petroglifos del medio río Caquetá, Colombia



Cinco reflexiones acerca de la práctica antropológica

Jorge Gómez Rendón[1]

Resumen

La práctica antropológica exige hoy en día nuevas formas de aproximación al trabajo con los actores sociales. En este sentido, todo trabajo de campo debe estar precedido de una profunda reflexión sobre elementos claves de la geopolítica global y local contemporánea –como la diversidad y la autoidentificación étnica– pero también estar acompañado de una reflexión de los factores que inciden en la labor etnográfica como la ritualización de las prácticas en escenarios de investigación, la construcción de sentido entre sus actores, y los criterios éticos que deben guiar la práctica antropológica en general.

Abstract

Doing anthropology today requires new approaches to the work with local social actors. Accordingly, fieldwork should be preceded by an in-depth reflection on key elements of contemporary geopolitics at global and local scales, such as diversity or ethnic self-identification, but also be accompanied by reflection on factors influencing ethnographic work, such as the ritualization of practice in research settings, the construction of sense among researchers and informants, and the ethic principles guiding anthropological practice in general.

1 Universidad de Ámsterdam

Esta contribución está lejos de ofrecer teorías en torno a temas relacionados con la antropología o la arqueología. Trata más bien sobre cómo ciertas prácticas y concepciones, a menudo dadas por evidentes o consideradas la norma, pueden afectar precisamente la producción de teorías, o lo que es más importante, afectar a los actores sociales involucrados en los procesos de investigación. Si dichas prácticas y concepciones son decisivas en el trabajo antropológico con comunidades y personas de carne y hueso, no son menos importantes en áreas de investigación relacionadas, como la arqueología, en cuanto el hallazgo de evidencias y su interpretación pasan también por un conjunto de relaciones sociales y afectan a la larga a los colectivos asentados en un territorio.

Planteamos aquí una serie de reflexiones en torno a la práctica antropológica y a los supuestos que reviste. Dichas reflexiones tratan de la diversidad en la unidad, de la autoidentificación étnica como estrategia político-cultural, de la ritualización de las prácticas en escenarios de investigación, de una investigación más horizontal y participativa a partir del concepto de comunidades de práctica, y de algunos aspectos éticos del trabajo antropológico. Sin pretender exhaustividad, ni en el tratamiento de estos temas ni en la problemática que encierra todo trabajo antropológico, creemos que estas reflexiones motivarán un mapeo más preciso de los factores que inciden en las prácticas investigativas y sus resultados, pero sobre todo, llamarán la atención a nuevos enfoques de trabajo, menos impositivos y más cooperativos, menos intrusivos y más respetuosos, menos egoístas y más solidarios, en el trabajo con las comunidades.

Primera reflexión: diversidad en la unidad, el caso de la Amazonía

De las crónicas de los primeros conquistadores europeos que entraron al Oriente, pasando por los relatos de viajeros que anduvieron por la región a lo largo del siglo XIX, hasta las más modernas guías turísticas que hoy promocionan la Amazonía como destino privilegiado en América del Sur, la diversidad es lugar común. La Amazonía es diver-

sa no solo por ser hogar de centenares de especies animales y vegetales únicas en el mundo sino por ser asiento de una multitud de pueblos y culturas ancestrales. Esta afirmación ha calado hondo no solo en el discurso ambientalista sino también en el de la pluriculturalidad, a tal punto que la diversidad constituye por sí misma un activo para los gobiernos locales y para el Estado. En lo cultural, esta diversidad se expresa, hoy en día, con la presencia de diez nacionalidades indígenas asentadas en el espacio amazónico –cofanes, sionas, secoyas, kichwas, záparas, andoas, shiwiar, shuar, achuar y waorani– y al menos siete lenguas de diferente filiación genética (Gómez Rendón 2009: 6).

Al mismo tiempo, sin embargo, al ser resultado de procesos históricos particulares de conquista y colonización, el amazónico muestra una unidad que a menudo pasa desapercibida para los investigadores y los planificadores. Con ser la menos conocida de las regiones a lo largo de la época colonial, el Oriente fue espacio de profunda intervención sociocultural, primero, a través del trabajo evangelizador, cuyo resultado más palpable estuvo en la formación de centros misioneros que congregaron a individuos de diferentes grupos etnolingüísticos. Es ilustrativa al respecto la siguiente cita de Chantre y Herrera con respecto a la misión de Santo Tomás de Andoas, ubicada en el curso medio del Pastaza:

> Publicóse también un perdón general, con todos los demás que por el temor del castigo se habían retirado á los montes [a propósito de una rebelión protagonizada por los semigaes], y con esta ocasión los Andoas y Zaparas trajeron á su población á los Gayes. Los Roamainas, Uspas y Pavas, que habían estado constantes en sus pueblos, en tiempo de la rebelión, sobreviniendo algunas pestes se retiraron pocos años después á sus montes, en donde creían hallarse más seguros contra los estragos fatales que iban haciendo las epidemias. Aunque una parte de estas naciones vino á parar en la reducción de los Andoas, adonde no alcanzó el contagio ó no hizo tanto estrago como en las poblaciones más bajas del río Pastaza (Chantre y Herrera 1904: 311s).

La abigarrada composición étnica de las misiones, conjugada con su lejana ubicación y la protección que recibían de los misioneros frente a las incursiones de conquistadores y colonizadores, hizo de

las misiones espacios de adaptación étnica y zonas de refugio (Naranjo 1977). La convivencia secular en muchos casos condujo a un proceso de etnogénesis, como en la misión dominica de Canelos, donde confluyeron shuar, kichwas serranos y gaes, para gestar con el paso del tiempo una identidad propia, característica de este pueblo amazónico (Whitten 1976). Más tarde, desde finales del siglo XIX y a lo largo del XX, otros actores hicieron su aparición en el escenario oriental, modificándolo de manera decisiva en lo demográfico, lo cultural y lo económico. La llegada de colonos mestizos venidos de diferentes rincones del país significó la reducción ostensible de los territorios ancestrales amazónicos y la presión sobre sus recursos forestales y cinegéticos, pero también un contacto más directo con la sociedad hispanohablante. Asimismo, el desarrollo de actividades extractivas asociadas con la explotación cauchera, maderera e hidrocarburífera tuvo y tiene efectos de sobra conocidos en la región, entre ellos, la inserción de las comunidades indígenas en el mercado laboral, la alteración de sus patrones tradicionales de asentamiento, producción, intercambio y consumo, y los consabidos daños ambientales, sin contar otros que por su naturaleza bien pueden ser tipificados de actos etnocidas[2]. Dado que no existe en la actualidad una comunidad indígena amazónica que no haya sido afectada directa o indirectamente por actividades extractivas a gran escala, es evidente que todas comparten en esa medida una misma historia de contacto con la sociedad nacional.

Pero la diversidad y la unidad dentro del espacio amazónico no solo representan materia de estudio para la antropología. Tienen consecuencias para la forma como vemos el fenómeno humano en el espacio

2 Por un lado, los intereses madereros que están detrás de la muerte de miembros de grupos indígenas no-contactados dentro de la zona intangible del Parque Nacional Yasuní (cf. Cabodevilla 2009). Por otro lado, los incalculables daños socioambientales producidos por más de una década de explotación petrolífera en la actual provincia de Sucumbíos, que ha llevado a una demanda contra Texaco por parte de las nacionalidades kichwas, cofanes, sionas y secoyas asentadas en la zona y a la creación y consolidación del llamado Frente de Defensa de la Amazonía (cf. www. texacotoxico. org).

amazónico. Pensar la unidad en la diversidad en el marco del trabajo antropológico significa que las categorías clasificatorias a las que estamos acostumbrados como científicos sociales –todas fraguadas en la academia con la complicidad de las instancias de planificación del estado –no siempre revelan– si acaso más bien oscurecen– las profusas redes sociales que de manera sutil se han tejido desde hace mucho tiempo entre colectivos étnicos distintos. Al mismo tiempo, pensar la diversidad en la unidad implica que los procesos "integración" de las comunidades amazónicas a la sociedad nacional, con los consiguientes procesos de normalización (castellanización, escolarización, salud pública, por mencionar algunos) no implican necesariamente la desaparición de la diversidad, pues esta es no solo parte del patrimonio cultural de los pueblos ancestrales, como podemos pensar desde fuera, sino sobre todo una forma de adaptación al medio natural y una estrategia de visibilización política en el mercado multicultural. Esto nos lleva de la mano a la siguiente reflexión.

Segunda reflexión: la autoidentificación como estrategia político-cultural

La Amazonía ecuatoriana es hogar de diez nacionalidades indígenas, donde se habla siete lenguas ancestrales. Se preguntará el lector por qué siete, en lugar de diez. La falta de correspondencia entre nacionalidades y lenguas es quizás el mejor ejemplo de lo que significa para los colectivos amazónicos la identificación étnica como estrategia de política cultural frente a un Estado que promueve la diversidad y la reconoce a través del territorio y la lengua.

La nacionalidad siona y la nacionalidad secoya formaron hasta 1998 una sola organización, siendo como son dos grupos que comparten una misma lengua con ligeras variaciones dialectales, una historia reciente de contacto y evangelización, y otra historia más antigua de matrimonios, alianzas bélicas y redes shamánicas. Desacuerdos relativos a la explotación de sus recursos llevaron a la separación política de la organización, que pasó a integrar desde entonces dos nacionalidades.

Para el antropólogo o el lingüista, adeptos a un tipo particular de pensamiento clasificatorio originado en prácticas etnográficas que toman en cuenta elementos tales como la lengua, la vestimenta, la historia y otras menos tangibles, la división puede resultar ilusoria, incluso antojadiza; y, sin embargo, funciona de manera efectiva como criterio de identificación étnica con el cual cada colectivo aspira a posicionarse en el mosaico cultural amazónico. Antecedentes similares están detrás de la creación de la nacionalidad shiwiar del Ecuador, cuyas diferencias lingüísticas y culturales con respecto a la más conocida nacionalidad shuar son relativamente pocas, pero de cualquier manera suficientes para que sus miembros reclamen una identidad étnica propia[3]. Por último, el caso de la nacionalidad andoa resulta paradigmático, no solo por ser la última nacionalidad indígena en ser reconocida por el Estado sino porque es la única que no posee hablantes de su lengua ancestral, que hoy ha sido reemplazada completamente por el kichwa. Aun así, los esfuerzos de esta nacionalidad para rescatar su patrimonio lingüístico han sido enormes y han dado frutos concretos (cf. Gómez Rendón 2010), aunque todavía es largo el camino por recorrer.

Los tres casos que acabamos de mencionar ponen el dedo en la llaga porque revelan la autoidentificación etnolingüística como una estrategia política de los colectivos amazónicos, que el mismo Estado promueve dentro de sus principios constitucionales y sus políticas político-culturales. Sin embargo, conviene preguntarnos cuáles son los límites de esta estrategia y las consecuencias de su promoción desde el Estado. Como señalan Viatori y Ushigua a propósito del kayap', lengua del pueblo zápara altamente amenazada por tener menos de una decena de hablantes a la fecha.

3 Ambos casos, no obstante, dejan entrever diferencias. Así, mientras sionas y secoyas pertenecen a un mismo grupo lingüístico –pese a la migración de estos últimos del Perú al Ecuador escapando de la explotación cauchera poco antes de la guerra del 41– shiwiar y shuar guardan mayores distinciones, por cuanto en la conformación del primer colectivo han participado otros grupos étnicos amazónicos.

> El acto de revitalizar una lengua puede ser un paso importante para establecer la soberanía de una nación indígena. Sin embargo, sostener que la autodeterminación puede ser representada exclusivamente por las lenguas indígenas pone en desventaja a aquellos pueblos que han perdido sus lenguas ancestrales –que subsisten en registros escritos y audiovisuales o simplemente que no han dejado registro alguno–. Esta idea socava la diversidad de historias y modelos de uso lingüístico de las comunidades nativas y desmoviliza los esfuerzos de muchas de ellas por autoidentificarse como indígenas en una manera apropiada dentro de sus respectivas comunidades (Viatori & Ushigua 2007: 17s, *mi traducción*).

Nos preguntamos qué consecuencias tiene la estrategia de autoidentificación para el trabajo antropológico en concreto. En primer lugar, el reconocimiento de dicha estrategia requiere que el antropólogo reconozca no solo su valor *enunciativo* sino sobre todo su valor *performativo*, es decir, su capacidad de crear la diferencia allí donde no la hubo, es decir, *ex nihilo*. En efecto, la autoidentificación no sólo es un mecanismo discursivo de los sujetos sociales sino sobre todo la forma cómo estos se posicionan con respecto a otros sujetos; en clave foucaultiana, la autoidentificación no solo es un discurso sino un dispositivo que acciona el discurso en el conjunto de las prácticas sociales (Castro 2011: 113). En segundo lugar, si la autoidentificación no solo es discurso sino también práctica social y el discurso tiene un carácter performativo, se colige que la práctica social tendrá el mismo carácter. ¿Qué significa que una práctica social sea performativa, si al fin y al cabo toda práctica lo es? Sostengo que la performatividad de una práctica es precisamente aquella característica que le permite ir más allá de su función primaria socialmente reconocida, es decir, que una práctica performativa tiene una función más allá de sí misma. El corolario es, ni más ni menos, que numerosas de las prácticas que documentamos los antropólogos en el espacio amazónico y que las consideramos quintaesenciales de un grupo por la funcionalidad que nos parecen desempeñar dentro del sistema social y cultural, no son sino performances culturales dentro de un espacio político.

Tercera reflexión: ritualización de la práctica en escenarios de investigación

La actuación (performatividad) es esencial a la práctica social en la medida que "los participantes no solo hacen cosas, intentan mostrar a los demás lo que están haciendo o han hecho, con lo cual las acciones adquieren un aspecto de actuación-para-una-audiencia" (Schechner, citado en Turner 1988: 74, *mi traducción*). Esta esencia performativa de las prácticas sociales adquiere particular evidencia en las prácticas de investigación, esto es, aquellas en que dos sujetos entran en una relación donde uno busca obtener información sobre algún aspecto físico, emocional o volitivo del otro. Si la investigación efectivamente encierra un *proceso* cognitivo entre dos sujetos y dicho proceso, al estar codificado como científico, sigue una serie de protocolos propios de su campo, entonces toda investigación por el mismo hecho de ser un proceso protocolario de acercamiento de un sujeto a otro incita a que la práctica investigada se convierta en "actuación para". Ahora bien, si este "para" está orientado al cumplimiento de una función social para la cual efectivamente surgió dicha práctica en el seno de la sociedad, el investigador social obtendrá un conocimiento efectivo de la misma; por el contrario, si el "para" de una práctica está orientado exclusivamente hacia la inmediatez del contexto de investigación, esto es, a cumplir con los protocolos del proceso de entrega-recepción de información que persigue fines ajenos a la matriz social donde la práctica fue gestada, lo que el investigador social obtendrá no será más que un *simulacro*, en el más puro sentido posmoderno del término. Qué hace, nos preguntamos, que sea posible un conocimiento efectivo de una práctica social en unos casos y un simulacro de su conocimiento en otros. Creemos hallar la respuesta en las relaciones de poder que se establecen entre los sujetos de investigación. Valgan como ilustración de lo dicho dos casos paradigmáticos.

Es bien conocido, aunque con demasiada frecuencia olvidado, el hecho de que la *elicitación*, una de las técnicas más antiguas y supuestamente más efectivas de obtención de información a través de estímulos verbales –como cuando pregunto al hablante de una lengua que no co-

nozco, cuál es el término que utiliza en su lengua para referirse a tal o cual entidad– produce a menudo un simulacro de conocimiento, pues no solo ocurren los cortocircuitos comunes en el proceso de traducción interlingüística, sino que incluso en ausencia de ellos existen desacuerdos en los intereses que persiguen ambas partes del proceso, sea porque una de ellas desconoce los intereses de la otra o simplemente porque trata de imponer los suyos sin ningún tipo de mediación. Son reveladoras al respecto las palabras de Hancock a propósito de la creación, por parte de los investigadores, de una supuesta cultura gitana a partir de un conjunto de simulacros de conocimiento, originados en el hermetismo de los sujetos investigados pero también en el afán clasificatorio del investigador-coleccionista de datos:

> "A veces estos coleccionistas fueron embaucados inocentemente por sus informantes, que entonces les proporcionaron deliberadamente como valiosa información, errores como los que contiene el vocabulario de 1870 recogido por Otto Duhnberg, donde encontramos, por ejemplo, *kari* ['pene'] traducido como 'nieto'; *chamrimintsch* ['come mi vagina'] traducido como 'nieta'; y *bremintsch* ['vulva grande'] traducido como 'burro' (Hancock, citado en Vaux *et al.* 2006: 69; *mi traducción*).

El elemento de poder involucrado en la entrega-recepción de información se hace más palpable en el segundo ejemplo, que lo he tomado de un iluminador artículo de Guevara-Gil y Salomon (2009) a propósito de una nueva lectura de las llamadas "visitas personales de indios", giras de inspección ordenadas por la Corona española para recabar información directa sobre sus súbditos indígenas en América. Las visitas reunían muchos elementos de la actual práctica de levantamiento censal y eran una forma de trabajo de campo encaminado no solo a la recolección de datos sino también a "actuar" el poder de la Corona frente a los súbditos y ratificar las jerarquías intraétnicas reconocidas por la Corona. Las visitas reproducían así un escenario de poder específico entre conquistadores y conquistados que se ritualizaba a través de la fijación de una serie de protocolos que debían ser observados estrictamente por visitadores y visitados:

> "Si el mecanismo daba resultado, en los días anteriores a la visita las reducciones indígenas se llenaban con los llegados del campo y la ciudad. El inspector hacía leer en quichua el acta que ordenaba a los "caciques" reunir a toda la gente en la plaza pública. Luego se entregaba personalmente a los caciques el acta que daba fe de la visita y se la hacía leer en voz alta "en medio de un gran número de gente" […] Se ordenaba a los visitados formar filas según la jerarquía, con los jefes de cada ayllu a la cabeza, seguidos de las familias privilegiadas y finalmente de los comuneros" (Guevara-Gil & Salomon 2009: 93).

El producto de las visitas era un registro oficial elaborado por el visitador, que contenía información sobre el número de súbditos, edad, sexo y demás datos biográficos necesarios para establecer una base tributaria. La elaboración de este registro, sin embargo, no reflejaba de manera transparente los elementos demográficos de las comunidades visitadas, pues existían "negociaciones" entre los curacas y los visitadores, por las cuales aquellos manipulaban la información a su conveniencia, siendo como eran los únicos que podían convocar a la población local. El simulacro de conocimiento (un registro inexacto) obtenido mediante la visita estaba en todo caso supeditado a la consecución de un objetivo que iba más allá de la pura obtención de información y que no perseguía otra cosa que la "actuación" de las relaciones de poder establecidas entre visitadores y visitados y entre las parcialidades de estos. Por ello, Guevara-Gil y Salomon insisten en que una nueva y verdadera lectura de las visitas debería incluir no solo su información etnográfica sino sobre todo sus protocolos, "porque estos revelan la ocasión, el motivo y la técnica organizativa de la escenificación que produjo la 'organización social'" (Guevara-Gil & Salomon 2009: 98).

Viniendo de dos campos diferentes pero no ajenos a la antropología como la lingüística y la etnohistoria, los dos casos que hemos mencionado sugieren una nueva reflexión sobre las implicaciones de la performatividad en la práctica del trabajo de campo antropológico. Esta reflexión, que no podemos aquí más que perfilar, debería basarse sobre todo en tres puntos de inflexión: el primero tiene que ver con el tipo de técnicas etnográficas que utilizamos irreflexivamente en nuestro trabajo

de campo y sus protocolos asociados, precisamente los que hacen de nuestra investigación una "actuación-para-el-investigador"; el segundo gira en torno a las relaciones de poder que vienen dadas o se crean en los contextos de investigación, y que precisamente se ven oscurecidas cuando nos limitamos a seguir sin más los protocolos que exigen nuestras técnicas; y el tercero, quizás el más decisivo de todos, la necesidad de superar la concepción positivista del trabajo de campo antropológico hacia una de tipo constructivista, en la cual no solo se reconoce sino que se promueve la performatividad de los sujetos involucrados –esto y no otra cosa es, a mi juicio, el verdadero concepto de "investigación participativa"– en la construcción de sentido para ambas partes. A una comprensión constructivista de la investigación propende precisamente la siguiente reflexión.

Cuarta reflexión: las comunidades de práctica y la construcción del sentido

Una perspectiva de la investigación antropológica que la ve no solo como un proceso de "obtención", "adquisición" o "extracción" de información, sino más bien como un intercambio simétrico en el cual se desarrolla un proceso de enseñanza-aprendizaje según el modelo del constructivismo social (Raynal & Rieunier 2010: 122), permite anclar la performatividad ("actuación para") de la práctica investigativa con sujetos sociales en la *interactividad* o *intersubjetividad* de los participantes, que en tal virtud forman lo que podríamos llamar a partir de Lave & Wenger (1991) una "comunidad de práctica".

Desarrollado como parte de la teoría social del aprendizaje, el concepto de comunidad de práctica se presenta de suma utilidad para una comprensión cabal de la investigación de campo. Comunidad de práctica es todo grupo de personas que participan de manera continua en una o más actividades que persiguen un fin determinado (Wenger 1998: 10). Durante la realización mancomunada de estas actividades por parte de sus miembros, una comunidad de práctica va desarrollando protocolos, perspectivas, valores e incluso relaciones de poder, como

también un sentido de su posición con relación a otras comunidades. Dos condiciones fundamentales para el funcionamiento de una comunidad de práctica son una experiencia compartida a lo largo del tiempo y un compromiso mutuo por comprender. Según Eckert,

> Una comunidad de práctica involucra a las personas en una construcción mutua de sentido en torno a la empresa en que participan, en torno a sus respectivas formas de participación, en torno a su orientación con respecto a otras comunidades de práctica y al mundo en general. Sea que esta construcción mutua de sentido esté impregnada de consenso o de conflicto, se basa siempre en un compromiso con la participación mutua y la comprensión mutua de dicha participación. Los participantes en una comunidad de práctica colaboran para ubicarse como grupo con respecto al mundo que los rodea. Esto incluye la interpretación común de las demás comunidades y de su propia práctica con respecto a dichas comunidades, y en último término con el desarrollo de un estilo que materializa estas interpretaciones. El tiempo otorga mayor consistencia a la empresa, pues brinda más ocasiones para repetir situaciones y eventos. Ofrece oportunidades para una construcción conjunta de sentido y ahonda el conocimiento compartido de los participantes y el sentido de predictibilidad (Eckert 2006: 683; mi traducción).

La perspectiva tradicional del equipo de trabajo en la investigación de campo es la que comprende dos actores sociales claramente definidos en su perfil y funciones: por un lado, los investigadores; por otro lado, los investigados, llámense informantes, consultores, interlocutores, colaboradores, etc. Cada actor está asociado con un conjunto de expectativas sobre su desempeño y al entrar en el equipo conoce las consecuencias que derivan del cumplimiento total, parcial o nulo de las expectativas que se tienen sobre él. Perfiles, funciones, expectativas y consecuencias no son negociables y están dados de antemano por el estatus socialmente reconocido –o asumido– con el que entran en el equipo cada uno de sus miembros. Dicho estatus determina el carácter asimétrico del intercambio de información y recursos: el colaborador local entrega datos considerados valiosos para un fin del que puede o no estar al tanto pero que en la mayoría de los casos se asume no va a influir directamente en su estado de cosas personal o de su comunidad;

el antropólogo o investigador recaba, recoge, extrae, obtiene los datos del colaborador a través de procedimientos que solo él conoce y que no es necesario que conozca su contraparte, con la única condición de que ambos compartan un código de comunicación o que en su defecto haya alguien quien lo haga y pueda servir de intérprete. Se asume que el colaborador local cumplirá todas las condiciones para un intercambio efectivo y eficaz de información, como también que dicha información, una vez entregada, será manejada a criterio del investigador, criterio que en todo caso está fuera del contexto en que se obtuvo la información. Tan pronto termina el proceso de obtención de datos, se asume no solo que la relación entre sus miembros queda disuelta sino que desde entonces no hay un vínculo que los asocie de manera alguna a más del haber sido miembros de un equipo de trabajo.

Si bien esta es la perspectiva tradicional del trabajo de campo, no ha sido la única que han asumido los investigadores sociales, pero sí la que han tenido como marco de referencia y la que se enseña aún, sin mucha reflexión, a los futuros investigadores. La visión del trabajo de campo como comunidad de práctica se presenta, en este sentido, como un doble modelo.

Por un lado, es el *modelo de* la interacción real entre investigadores y colaboradores locales en la investigación de campo. En primer lugar, el intercambio de información nunca se realiza como si se tratara de objetos que el 'informante' entrega al investigador. Al contrario, ocurre que ambos construyen y negocian la información según las expectativas que tienen uno del otro y el compromiso que aglutina su colaboración, medida a través del tiempo que han tenido para convivir, del sentido que tiene la colaboración para el 'informante', y de la comunidad de intereses entre ambos actores. En segundo lugar, la información que resulta del trabajo de campo se construye precisamente en virtud del lenguaje, por lo que el uso de uno y otro código lingüístico nunca es neutral, como sugiere la visión tradicional, pues de él dependerá la cantidad y la calidad de la información negociada. Por otro lado, la comunidad de práctica es un *modelo para* la construcción de equipos de trabajo entre investigadores y colaboradores locales que superen las prácticas

tradicionales del trabajo de campo. Primeramente habremos de aceptar que la construcción de sentido como proceso semiótico es parte esencial de la investigación social. Una vez reconocido este principio, es preciso replantearnos el trabajo de campo a lo largo de tres ejes fundamentales que vertebran la eficacia de una comunidad de práctica: el compromiso de los actores, el tiempo de su convivencia y el uso del código de comunicación adecuado. El compromiso atañe a ambas partes por igual y que no representa una adhesión a los fines de la investigación sino el resultado del *conocimiento* y *reconocimiento de los intereses que tiene cada actor del proceso*, cosa que se logra, como veremos más adelante, a través de un criterio ampliado de participación. El tiempo es fundamental para fraguar una comunidad de práctica, pues esta se construye precisamente en la repetición de prácticas y en la formación de protocolos acordados, de manera táctica pero por ello mismo más eficaz. La elección del código de comunicación –con demasiada frecuencia asunto de poca importancia que termina por resolverse siempre por la lengua del investigador– influye como es obvio en la información recabada, pero sobre todo, de forma menos obvia, en la interacción de investigadores y colaboradores locales y en el sentido que ambos construyen sobre dicha interacción.

Cada una de las reflexiones que hemos hecho hasta aquí conlleva un enfoque distinto de la realidad sociocultural amazónica y la metodología del trabajo de campo. Al mismo tiempo, todas y en particular la última reflexión tocan aspectos prácticos que exigen la formulación de ciertos criterios éticos que guíen la acción sinérgica de las comunidades de práctica investigativa. A establecer algunos de estos criterios éticos dedicamos la última de nuestras reflexiones.

Quinta reflexión: elementos éticos del trabajo de campo

A partir del marco referencial que ofrece al investigador el trabajo de campo en su forma tradicional, se asume que el asunto de la ética, sin ser ajeno o desconocido, es relativamente tangencial o de poca relevancia con respecto a otros, sobre todo porque los perfiles, las funciones y

las expectativas de ambas partes están dados de antemano por la práctica investigativa y son tan incuestionables como innegociables. Nada más lejos de la realidad.

No se trata de que hoy en día el problema ético en la investigación no se ventile en diferentes círculos. Existen, de hecho, sobre todo a nivel internacional, una serie de esfuerzos por regularlo a través de un marco legal que incluya reglamentos para el trabajo con seres humanos, leyes sobre los derechos de autor y la propiedad intelectual, códigos de ética e incluso listados de buenas prácticas en diferentes campos de investigación. El problema ético no consiste en la falta de marcos legales que orienten la práctica, aun cuando en nuestro país son escasos los colectivos profesionales que tienen, por ejemplo, un código de ética o un listado de buenas prácticas que sirvan de referencia a trabajos similares. El problema está en que todos estos cuerpos legales adolecen de un principio ético que supere la visión positivista de la investigación social. Esto significa, por ejemplo, que para un código de ética será suficiente, entre otras cosas, la devolución de parte de los productos de la investigación a las comunidades o a los individuos de donde se obtuvo la información, sin importar la forma en que dichos productos se devuelven y si son, en último término, realmente útiles para las comunidades y los individuos. Del mismo modo, una ley de derechos de autor y propiedad intelectual que desconozca la naturaleza cooperativamente constructiva de los productos de la investigación social se conformará con mercantilizarlos y aplicar los criterios de transferencia de dominio que se aplican comúnmente con bienes muebles o inmuebles. Valga al respecto la advertencia de Rabinow en su ya clásico *Reflexiones de un trabajo de campo en Marruecos*:

> "La cultura es interpretación. Los "hechos" del antropólogo, los materiales que fue a encontrar al terreno, son en sí mismos interpretaciones. Los datos de base ya están culturalmente mediados por el pueblos cuya cultura nosotros, como antropólogos, vamos a explorar. Los hechos se hacen –la palabra se deriva del latín *factum*– y los hechos que nosotros interpretamos están hechos y rehechos. Por lo tanto no pueden recogerse como si de rocas se tratase, poniéndolos en cartones y enviándolos

a nuestro país de origen para analizarlos en el laboratorio" (Rabinow 1992: 141).

Una verdadera y efectiva legislación sobre la investigación social en general y la antropológica en particular, solo podrá lograrse visualizando los "bienes" cuya producción y circulación trata de regular como "constructos inmateriales". Pero eso no es suficiente. La idea de una comunidad de práctica como modelo de investigación basado en el interaprendizaje exige un compromiso de ambas partes. Del compromiso del investigador no cabe la menor duda, al menos en cuanto a los productos que busca obtener; menos evidente es, en cambio, su compromiso con los individuos con quienes investiga; y quizás menos claro aún su compromiso con las comunidades a las que pertenecen dichos individuos. Sobre el compromiso del investigado, llámese colaborador, informante, interlocutor, menos claros estamos. Lo más común es que su compromiso, de haberlo, se limite igualmente a la obtención de unos productos de la manera más efectiva, es decir, en el menor tiempo posible y con el uso más racional posible de los recursos a disposición.

Si todo compromiso nace de intereses compartidos, podremos entender por qué en las situaciones de investigación de campo a la manera tradicional falta por lo general dicho compromiso en ambas partes. En efecto, se trata de incorporar a la investigación, no de manera artificial sino sustancial, los intereses de aquella parte que se encuentra precisamente en desventaja en una relación de poder como la que se desarrolla en los contextos de investigación. Esto nos lleva de manera natural al concepto de participación.

Desde la tradicional observación participante hasta la más moderna "investigación participativa", el concepto de participación ha estado presente de alguna manera en la investigación social. Sin embargo, el carácter de dicha participación ha sido y sigue siendo fragmentario, parcial, o por lo menos, relativo. Porque participación no es *solamente* socializar los objetivos y los métodos de una investigación con la comunidad, obtener la intervención ampliada del mayor número de individuos, o incluso ofrecer la cobertura más amplia posible en cuanto

a los resultados de la investigación. Una investigación esencialmente participativa debe seguir dos criterios: en primer lugar, debe ser transversal, es decir, involucrar a los sujetos con quienes se investiga a lo largo de *todas* sus etapas, en particular aquellas iniciales (diagnóstico, diseño y planificación) y finales (evaluación y seguimiento); en segundo lugar, debe estar *orientada a los grupos*, no a los individuos. En el primer caso, la transversalidad se expresa en la inclusión de los individuos y las comunidades investigadas identificando cuáles de los temas de investigación que están dentro del alcance del investigador y su institución tienen verdadera prioridad e importancia para los primeros; una vez identificadas estas prioridades, se procede a planificar y diseñar la investigación *conjuntamente con* los individuos y las comunidades; desde esta perspectiva, el hoy tan apreciado "consentimiento informado"[4] sale sobrando. En el segundo caso, la orientación grupal se basa en que el marco de referencia de toda investigación no puede ser la pareja investigador-investigado, sino en palabras de Bauman (2011: 96), un 'grupo moral' más amplio que involucra a terceros de carácter colectivo: de parte del investigador, por ejemplo, la institución académica, nacional o internacional a la que está afiliado, o bien la ONG o el ministerio del ramo para el que trabaja; de parte del 'investigado', su comunidad de pertenencia y el colectivo mayor del que esta forma parte, como puede ser una nacionalidad indígena.

Solo mediante la aplicación de ambos criterios es posible, a nuestro juicio, alcanzar un nivel adecuado de participación que considere los intereses individuales y comunitarios y fomente una participación efectiva y comprometida. Lamentablemente, aún los estándares éticos

4 Con todo lo importante que puede ser en situaciones específicas, el consentimiento informado no desafía en ningún caso los criterios tradicionales del trabajo de campo y crea la ilusión de participación donde no la hay. Más todavía, como la instrumentación del consentimiento informado no está regulada, se supedita en último término a las relaciones de poder entre el investigador y los sujetos a quienes pretende investigar, relaciones que colocan siempre a estos últimos en clara situación de desventaja, promoviendo incluso el paternalismo de parte de los primeros.

más modernos no contemplan ninguno de estos principios de transversalidad y orientación comunitaria. Con demasiada frecuencia se cree, por ejemplo, que el consentimiento informado es suficiente para iniciar una investigación, sobre todo cuando dicho consentimiento proviene de un individuo y no de su comunidad de pertenencia o al menos del grupo social que potencialmente podría verse beneficiado o afectado por la investigación. Tal es el caso, por ejemplo, de los conocimientos de medicina natural obtenidos de un individuo, que no son su propiedad privada sino que forman parte del patrimonio cultural de su comunidad. Asimismo, se da por hecho que para devolver los productos de una investigación a la comunidad basta con entregar publicaciones técnicas, cuyo valor práctico es nulo o escaso para la comunidad. Aquí es preciso un sentido eminentemente práctico que guíe la movilización de los productos de investigación para atender las necesidades de las comunidades. Pero el criterio práctico tampoco es suficiente. Se requiere, además, sostenibilidad, es decir, que los productos que se devuelven permitan replicar o catalizar nuevos procesos que resulten a su vez en nuevos productos. La sostenibilidad, sin embargo, no es inmanente a la materialidad de un producto sino a los conocimientos que se requieren para producirlo. En tal virtud, la única forma de que los resultados positivos de una investigación lleguen a ser sostenibles es *transferir* durante el mismo proceso de investigación los conocimientos que se están utilizando para generar los productos. En otras palabras, la sostenibilidad está dada tanto por la capacitación de recursos humanos locales como por la transferencia de tecnologías, cosas ambas que van de la mano y que constituyen el valor agregado de una investigación social.

Conclusiones

En el presente artículo seguimos un itinerario de reflexiones que partió del reconocimiento de la diversidad y la unidad de los colectivos amazónicos, primero como resultado de procesos históricos, luego como estrategias sociopolíticas. Proseguimos la reflexión con un reconocimiento de la naturaleza ritualizada y performativa del trabajo de

campo, que nos llevó de la mano a un nuevo concepto de investigación –basado en la comunidad de práctica– que sin desconocer dicha naturaleza, plantea como modelo la construcción mutua de sentido y una des-jerarquización de los actores involucrados. Todo lo anterior nos llevó, por último, casi como corolario, a los criterios de transversalidad, orientación comunitaria, practicidad y sostenibilidad como derroteros éticos de las prácticas de investigación social en reemplazo de una visión ética de naturaleza mercantilista.

No asumen estas reflexiones que no haya habido o que no haya al momento de escribir estas líneas iniciativas de investigación o autores que han superado o están superando la miopía de los marcos tradicionales. Sin duda, ha habido tales iniciativas y tales autores. Sin embargo, la efectiva instrumentación de estas propuestas exige un compromiso político de investigadores e instituciones, y este a su vez solo se puede alcanzar mediante una nueva forma de pensar la práctica antropológica y sus actores que nos lleve a una nueva epistemología. A propósito, recordemos con el filósofo español que "toda filosofía innovadora descubre su nueva idea del ser gracias a que antes ha descubierto una nueva idea del pensar, es decir, un método intelectual antes desconocido" (Ortega y Gasset 1958).

Bibliografía

Bauman, Zygmunt
2011 [1993] *Ética Posmoderna: en busca de una moralidad en el mundo contemporáneo*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
Cabodevilla, Miguel Ángel
2009 *El exterminio de los pueblos ocultos*. Cicame, Quito.
Castro, Eduardo
2009 *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
Chantre y Herrera, José
1904 *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español, 1637-1767*. Imprenta de A. Avrial, Madrid.

Eckert, Penélope
2006 Communities of practice. En *Enyclopedia of Language and Linguistics*, editado por Keith Brown, p. 683-5. Elsevier, Londres.

Gómez Rendón, Jorge
2009 El patrimonio lingüístico del Ecuador: desafío del siglo XXI. *INPC Revista del Patrimonio Cultural del Ecuador* 1: 6-24
2010 *Andoa-Kichwa Shimiyuk Panka*. IBIS-Dinamarca, Quito.

Guevara-Gil, Armando y Frank Salomon
2009 Tradiciones culturales y transformaciones colonials. Una visita personal: ritual político en la colonia y construcción del indio en los Andes. *Antropología. Cuadernos de Investigación* 8: 77-104.

Lave, Jean, y Etienne Wenger
1991 *Situated learning: Legitimate Peripheral Participation.* Cambridge Unviersity Press, Cambridge.

Naranjo, Marcelo
1977 Zonas de refugio y adaptación étnica en el Oriente. En *Temas sobre la continuidad y adaptación cultural ecuatoriana,* editado por Marcelo Naranjo, José Pereira y Norman E. Whitten, p. 105-168, Prensa de la Pontificia Universidad Católica, Quito.

Ortega y Gasset, José
1979 [1958] *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva.* Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid.

Rabinow, Paul
1992 [1977] *Reflexiones de un trabajo de campo en Marruecos.* Ediciones Júcar, Madrid

Raynal, Francoise, y Alain Rieunier
2010 *Pedagogía. Diccionario de Conceptos Claves.* Traducido por Miguel Sautié. Editorial Popular, Madrid.

Turner, Victor
1987 *The Anthropology of Performance.* PAJ Publications, Nueva York.

Vaux, Bert, Justin Cooper y Emily Tucker
2006 *Linguistic Field Methods.* Wipf & Stock Publishers, Oregon.

Viatori, Max y Gloria Ushigua
2007 Speaking Sovereignty: Indigenous Languages and Self-determination. *Wicazo Sa Review: A Journal of Native American Studies,* 22, 2: 7-21.

Wenger, Etienne
1998 *Communities of Práctices: Learning, Meaning and Identity*. Cambridge Unviersity Press, Cambridge.
Whitten, Norman E. Jr.
1976 *Sacha Runa: Ethnicity and Adaptation of Ecuadorian Jungle Quichua.* University of Illinois Press, Urbana.

Foto 1
Trabajo de campo Koch-Grünberg, 1911

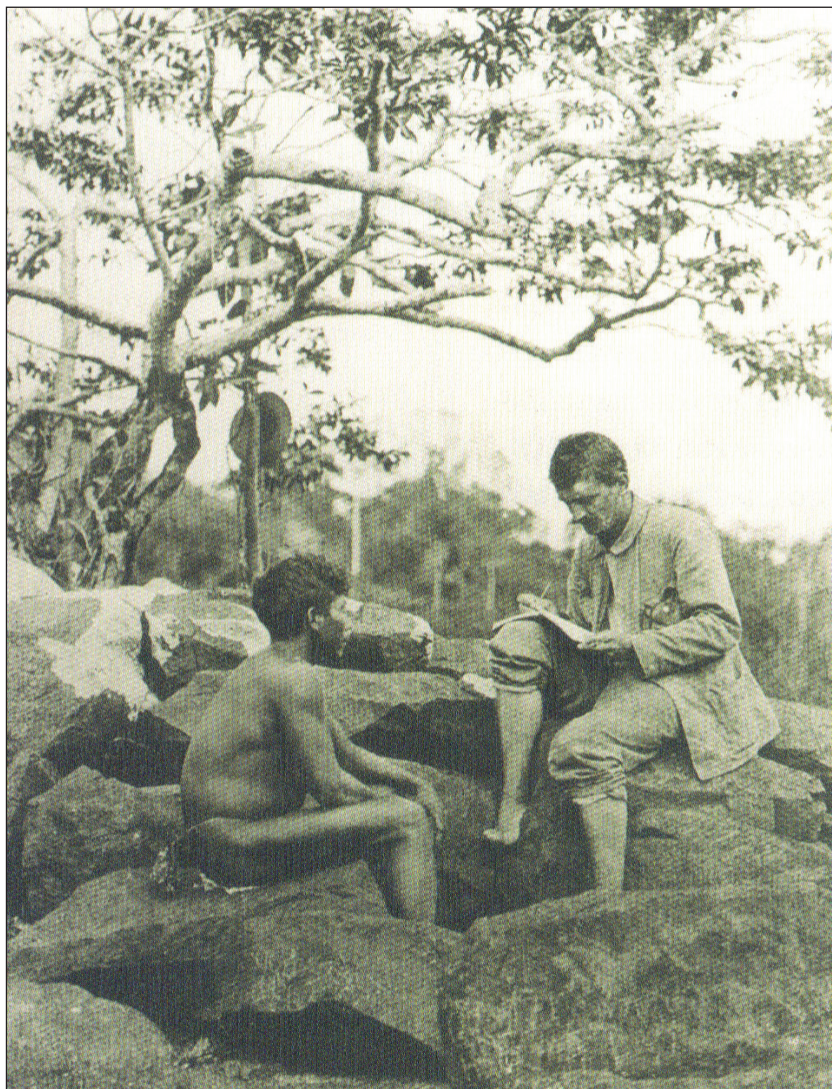


Foto 2
Trabajo de campo Gabriel Santamaría, 2011



POLÍTICAS



Esbozo general para establecer políticas públicas

relacionadas con la investigación arqueológica[1]

Ministerio de Cultura, Subsecretaría de Gestión

Introducción

El nuevo modelo de sociedad y de Estado (popular, plurinacional e intercultural), liderado por el Gobierno de la Revolución Ciudadana, sumado al proceso constituyente que vive el país, abre oportunidades para pensar y vivir la cultura desde perspectivas integradoras, inclusivas y democráticas, promoviendo un cambio cultural y una refundación simbólica a partir de la revalorización de códigos y símbolos propios de las expresiones culturales de nuestros pueblos y de la afirmación de referentes identitarios provenientes de los procesos de resistencia, movilización y reinterpretación de nuestra historia e identidad.

De ahí que la disciplina arqueológica es una herramienta fundamental para dejar atrás la ambigüedad en torno al pasado histórico del país, lo cual impide la generación de sentimientos de identificación. Una de las trabas decisivas ha sido la confusa oscuridad que ha rodeado

1 Documento elaborado por Santiago Ontaneda, a petición de la Ms. Tania García, Subsecretaria de Gestión Cultural del Ministerio de Cultura. Presentado en la Reunión Regional de Arqueología de la Amazonía, realizada entre el 8 y 10 de agosto de 2011 en el Museo Nacional en la ciudad de Quito.

nuestra verdadera historia ancestral, lo que no ha permitido otorgar a los ecuatorianos y a las ecuatorianas un pasado del cual nos sintamos orgullosos. Es triste saber que para la mayoría de los actuales grupos indígenas de la Sierra del Ecuador, y para los ecuatorianos en general, sus antepasados directos son los incas, por lo que el verdadero referente identitario se mantiene oculto. Si no tenemos una conciencia histórica, un referente identitario fuerte y sostenido, y si por el contrario contamos con una incorrecta autoidentificación, entonces cómo pretendemos reconocernos a nosotros mismos si desconocemos de dónde provenimos.

Por tanto, la disciplina arqueológica es de mucho provecho para descolonizar la memoria social, pues mediante el estudio de la conexión del uso social del pasado en el presente se podrá deconstruir el discurso colonialista de la historia, el cual concibe al conocimiento ancestral como inútil. Por el contrario, si tendemos hacia la afirmación y el fortalecimiento de lo propio, de lo que ha sido subalternizado o negado, podremos contribuir a la construcción de una sociedad conocedora y orgullosa de nuestra historia, de lo que somos y de nuestras características como pueblo; de una sociedad que fortalezca los referentes y emblemas culturales de identidad nacional y, por supuesto, que genere nuevos mediante la recuperación de la memoria de aquellas experiencias históricas nacionales, regionales y locales, que elevan nuestro sentido de soberanía, autodeterminación y autonomía.

No obstante, el patrimonio arqueológico, tanto material como inmaterial, está en riesgo continuo, por lo que se hace necesario asumir el reto de fijar una política pública, con objetivos académicos científicos, que responda a las prioridades del interés nacional.

El Ministerio de Cultura, organismo rector y responsable de la formulación y ejecución de la política de desarrollo cultural del país, tiene como responsabilidad –a través de su Subsecretaría de Patrimonio Cultural– formular, proponer, administrar y gestionar planes, programas y proyectos de investigación científica, conservación, difusión, capacitación y manejo de sitios, centros históricos y monumentos, perte-

necientes al patrimonio cultural material, inmaterial y documental, así como el riesgo y vulnerabilidad de los mismos.

Es de justicia reconocer que constituye aún tarea pendiente el establecimiento de una política pública relacionada con la investigación arqueológica, por lo que la presente ponencia debe ser considerada tan solo como un esbozo general de las líneas de acción que el Ministerio promoverá, en un futuro cercano, en este ámbito. No obstante, este documento constituye el paso inicial para abordar esta temática y con la ayuda de todos ustedes, especialistas en la disciplina de la arqueología, podamos construir en conjunto –a través de mesas de diálogo a las cuales serán próximamente convocados– unas políticas que guíen la investigación arqueológica del país.

Problemática

La arqueología tiene que devolver al pueblo el mayor tesoro que tenían las sociedades originarias, esto es su dignidad ancestral. Solo así se estará restituyendo la autoestima, mediante la revalorización de sus logros tecnológicos y culturales los cuales están intrínsecamente ligados a sus formas de pensamiento, es decir, al conjunto de ideas profundas que causan una reflexión y que configuran un modo de vida determinado, que está expresado en las costumbres que adoptaron, las creencias que inventaron y los conocimientos que produjeron. Ello nos permitirá entender la manera cómo organizaron su mundo, cómo se fueron complejizando a medida en que avanzaron en su capacidad de superar las limitaciones ambientales, cómo fue su devenir histórico; en definitiva, posibilitará comprender la importancia del proceso histórico-cultural del antiguo Ecuador, el cual reside en la interrelación que han mantenido las diferentes regiones del país, en las que distintos grupos culturales interactuaron en diversas épocas. Solo así podremos promover la recuperación, difusión y potenciación de los saberes y prácticas ancestrales y posicionar su enfoque holístico como alternativa epistemológica.

Para poder cumplir aquello se deben realizar proyectos arqueológicos que sean verdaderas herramientas de investigación científica, que contemplen estudios interdisciplinarios, basados en una estrategia de investigación regional. El propósito del estudio arqueológico moderno es la adquisición de datos, los cuales deben ser tratados de manera fidedigna, rigurosa y sistemática. Solo así ellos informarán sobre la historia antigua de las distintas sociedades y permitirán caracterizar sus sistemas organizativos y comprender cómo se produjo el cambio y la complejidad político-social.

No obstante, históricamente ninguna institución oficial se ha encargado de investigar la arqueología ecuatoriana. El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) no ha tenido un papel preponderante en ese ámbito; por el contrario, se ha limitado a intervenir en sitios que han sido afectados por amenazas y destrucciones puntuales. Y peor aún con la llamada arqueología de rescate, impulsada por los estudios de impacto ambiental relacionados con las afectaciones propias de la exploración petrolera y minera, y de la construcción de carreteras y proyectos hidroeléctricos, en donde a la final lo que interesa es efectuar los contratos a la conveniencia del contratista.

Por tanto, una cosa es un estudio científico de ámbito regional y otra es una intervención técnica (arqueología de contrato) que informa tan solo sobre acciones puntuales. Lastimosamente, la investigación en la gran mayoría de los casos se reduce a esta segunda opción. Así, la prioridad de la arqueología ecuatoriana no puede verse sujeta a las necesidades de los estudios de impacto ambiental.

Aquello hace que la información arqueológica sea poco útil, pues está basada en una serie de datos sobre hallazgos aislados y generalmente descontextualizados. Es más, los informes que dan a conocer aquellos datos son muy disímiles y la mayoría de ellos no presentan los requisitos mínimos que debe contener un estudio coherente. Lo más grave del asunto es la incapacidad, por parte del INPC, de procesar y sistematizar dicha información, pues el INPC es el depositario de la mayor cantidad de información arqueológica del país, y de la Amazonía en particular.

Ámbitos a intervenir por parte del Ministerio de Cultura

El Ministerio de Cultura es consciente de que debe existir una instancia oficial que fije el rumbo de la arqueología ecuatoriana, conforme a las necesidades de la nación pluricultural. Por ello, planea crear un nuevo instituto rector que dependa del Subsistema de Patrimonio Cultural (SPC).

Este deberá conformar un Consejo Académico Científico, integrado por profesionales de amplia experiencia y que no necesariamente sean parte del aparato burocrático, sino que promuevan un diálogo y debate profesional, una academia en el verdadero sentido de la palabra, que forme criterios y establezca las prioridades que deben regir la arqueología nacional.

Los ámbitos a intervenir por parte del Ministerio serán los siguientes:

a. Proyectos de investigación
b. Destino del material arqueológico
c. Información y divulgación
d. Arqueología de salvamento
e. Puesta en valor de los sitios arqueológicos
f. Comercio ilícito de bienes culturales

Proyectos de investigación: deben tener carácter regional y contener un marco investigativo sólido, guiado por preguntas teórico-metodológicas pertinentes a la resolución de problemáticas específicas. Hay que propender a conformar un centro de investigación que, en teoría, debería estar vinculado a la universidad, pues se necesita de profesionales sólidamente formados para asumir la tarea de proteger debidamente el patrimonio.

Estrategias

- Establecer zonas de intervención prioritarias, basadas en una estrategia de investigación regional. Los sitios individuales no son ya el interés principal.
- Establecer estándares mínimos requeridos para la realización de proyectos arqueológicos.
- Establecer convenios con las universidades que dentro de sus carreras ofertan el estudio de la arqueología.

Destino del material arqueológico: hay que entender que lo que el arqueólogo excava no son objetos, sino contextos en pos de datos que permitan reconstruir el pasado. No obstante, en esos contextos se hallan múltiples restos materiales que son producto de la presencia de sociedades antiguas. Por tanto, se debe pensar en qué hacer con la evidencia material recuperada en las investigaciones arqueológicas, pues no cabe duda de que esta tiene trascendencia para el presente y fututo de la arqueología nacional. La forma de ser un verdadero custodio de la heredad arqueológica no es recibir cajas de material inventariado en sus bodegas. Es recibir una investigación y todos sus elementos, es decir la evidencia y sus respectivos registros, sistematizados, respaldados y reguardados.

Estrategias

- Elaborar un reglamento actualizado para la custodia y bodegaje del material arqueológico.
- Priorizar el material diagnóstico (aquel que posee características históricas, culturales y artísticas dignas de ser estudiadas e investigadas) del no diagnóstico (aquel que no posee características meritorias de análisis).
- Observar las normas de conservación
- Entregar en comodato a museos públicos del país el material museable.

Información y divulgación: en nuestro país constituye materia pendiente la adecuada difusión del conocimiento que de las sociedades antiguas tienen los arqueólogos profesionales. El intercambio de opiniones y la difusión de los conocimientos adquiridos son el gran vacío de la arqueología ecuatoriana. En el Ecuador, el conocimiento ciudadano de la verdadera historia antigua es una necesidad impostergable.

Estrategias

- Velar por la memoria social de los datos proporcionados por investigaciones anteriores. Para ello, la nueva institución se encargará de procesar y sistematizar la información obtenida con el fin de realizar un estudio comprehensivo de los datos suministrados. Esta tarea puede ser participativa, mediante la realización de talleres con los arqueólogos profesionales.
- Exigir, por parte de la nueva institucionalidad, que se publique una obra científica con aquellos datos sistematizados, siempre bajo la óptica de los estudios regionales de aquella evidencia encontrada.
- Socializar a escala masiva el conocimiento sobre la ancestralidad de nuestras culturas y desarrollar un sentido de antigüedad propio del Ecuador, pues lo importante es transmitir los conocimientos a la comunidad.
- Establecer alianzas con el Sistema Educativo Nacional en todos sus niveles (primario, secundario, superior) para promover la descolonización integral del currículo, especialmente en las áreas destinadas a la formación histórica.

Arqueología de salvamento: la arqueología debe ser eminentemente preventiva, es decir, debe adelantarse a la necesidad del salvamento. Solo así se estará ejerciendo la disciplina en pro del conocimiento y del buen manejo de los recursos patrimoniales. Ahora, en caso de que tenga que aplicarse la arqueología de salvamento esta debe contemplar la proyección del sitio arqueológico a la problemática del ámbito regional.

Estrategias

- Modificar la Ley de Protección Ambiental para evitar que, en la práctica, se apliquen intervenciones técnicas puntuales para obviar este requisito.
- Se debe presentar al instituto rector un plan de trabajo coherente con la noción de lo que es un estudio científico regional y no solo aplicar una intervención técnica.

Puesta en valor de los sitios arqueológicos: el objetivo principal de la puesta en valor de los sitios arqueológicos se realiza con el fin de concienciar y educar a las futuras generaciones sobre el Patrimonio Cultural de la Nación (patrimonio y memoria cumplen un rol central en la construcción de identidades de los pueblos), así como estimular a que pueblos y nacionalidades puedan acceder a su patrimonio cultural. Colateralmente, sirve para integrar y fortalecer la oferta de turismo cultural del país.

No obstante, hablar de uso del patrimonio arqueológico implica considerar previamente la conservación como pre-condición, pues no puede haber uso sin conservación ni mantenimiento. Por tanto, la investigación arqueológica y la conservación de los vestigios deben ser las actividades prioritarias en el sitio arqueológico, en pos de preservar la integridad de la zona arqueológica en su conjunto y el ambiente que la rodea.

Estrategias

- Realizar un diagnóstico de la puesta en valor de los recursos patrimoniales en determinada región.
- Desarrollar un plan de manejo de los sitios arqueológicos, que busque la preservación y conservación cultural y natural de modo integral.

- Desarrollar investigaciones arqueológicas y efectuar la conservación de las evidencias con respeto a la autenticidad y al significado cultural originario.
- Realizar trabajos de intervención en los casos que sean necesarios e indispensables, para garantizar la máxima conservación de los sitios.
- Reconocer que los valores históricos, culturales y naturales del sitio son los que prevalecen sobre el interés turístico.
- Concienciar a las comunidades del potencial del patrimonio cultural como generador de bienestar y desarrollo, para que estas obtengan mejores condiciones de vida.
- Fortalecer, a partir del conocimiento de las manifestaciones culturales, la identidad y autoestima local y regional.

Comercio ilícito de bienes culturales: el coleccionismo es una práctica malsana que provoca la destrucción de los sitios arqueológicos. Si combatimos el huaquerismo debemos estar claros que el causante del mismo es el coleccionismo, pues si hay demanda habrá oferta. Por tanto, el verdadero huaquero es el coleccionista. Sin embargo, las leyes solo condenan al huaquero y no al coleccionista. Lo grave del asunto es que los huaqueros acuden a menudo a arqueólogos profesionales para autentificar sus colecciones fraudulentas y/o hacer "tasar" las piezas robadas. Para un arqueólogo no debe haber disyuntiva alguna respecto a estas acciones: simplemente, no puede hacerlo. Ahora, la cuestión es preguntarse si los objetos saqueados deben ser ignorados. ¿Deben los materiales huaqueados ser objetos de investigación científica? ¿Perderíamos los ecuatorianos, o la arqueología en general, información valiosa si no lo hiciéramos? El acervo de muchos museos ha sido constituido sobre la base de objetos huaqueados; no obstante, no podemos dejar de reconocer que algunos de ellos han cumplido, de alguna manera, una labor de salvaguarda. Sin embargo, somos conscientes que debemos erradicar la práctica del coleccionismo.

Estrategias

- Combatir la huaquería con estudios sociales que posibiliten a las comunidades otras fuentes para mejorar sus condiciones de vida.
- Incorporar a las comunidades vivas al proceso de investigación científica, con el fin de concienciar sobre el verdadero valor que tienen los vestigios del pasado y que de este modo sean partícipes del estudio de sus raíces, de su identidad y del proceso de conocimiento de su devenir histórico.
- Incluir en el currículo escolar, colegial y universitario información sobre el tema, con nociones que vayan más allá de la enunciación, para que los y las estudiantes se conviertan en conocedores y defensores de su propio patrimonio cultural.
- Prohibir, al menos para los museos estatales, la adquisición de piezas arqueológicas provenientes de la huaquería.

Bibliografía

Bákula, Cecilia
2008 "El tráfico ilícito de bienes culturales en América Latina y el Caribe: balance y perspectivas", *http: //www. arqeo-ecuatoriana. ec/es/artículos/*

Ballart, Josep
2002 *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel Patrimonio, Barcelona.

Delgado, Florencio
2006 "Huaquería, coleccionismo y destrucción de sitios arqueológicos", *Apachita*, N.° 5, Boletín del Área de Arqueología (Ernesto Salazar, editor), Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, p. 3-5.
2010 "De coleccionista a arqueólogo. Lecciones del siglo XX", *Apachita* N.° 17, Boletín del Área de Arqueología (Ernesto Salazar, editor), Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, p. 18-22.

Salazar, Ernesto
2007 "Los artefactos huaqueados en la investigación científica", *http: // www. arqeo-ecuatoriana. ec/es/artículos/*

Sylva, Erika
2011 *Políticas para una Revolución Cultural*, Ministerio de Cultura del Ecuador, Quito.

Valdez, Francisco
2010 "La investigación arqueológica en el Ecuador: reflexiones para un debate", *INPC Revista del Patrimonio Cultural,* N.° 2, Quito, p. 6-23.

Yépez, Alden
2007 "¿Arqueología de salvamento o arqueología clientelar? El manejo del patrimonio cultural en la Amazonía ecuatoriana", *Antropología. Cuadernos de Investigación,* N.° 7, Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, p. 37-58.

Política pública en arqueología

¿Ilusión o desidia?

Alexandra Yépez[1]

Introducción

En diciembre de 2008 el Presidente de la República emite el decreto ejecutivo N.º 816 "Emergencia del Patrimonio Cultural", por primera vez en el Ecuador el patrimonio es tratado desde una perspectiva integral. La visión del patrimonio monumental y artístico se va decantando, dando importancia a su contenido simbólico más cercano a los ciudadanos que lo producen y lo reconocen como propio. El patrimonio incluye las prácticas, las manifestaciones y expresiones culturales, estas son vistas como parte de un legado histórico e identitario que se dinamiza en el territorio.

El decreto de emergencia se implementó como un proyecto político y técnico para determinar la diversidad de patrimonios, inventariar, registrar, establecer el estado de vulnerabilidad, de conservación y los mecanismos para su permanencia en el tiempo. Para el registro de la información patrimonial se creó un sistema informático denominado sistema ABACO, donde se ingresó toda la información de los bienes re-

1 Antropóloga, consultora del Plan de Protección y Recuperación del Patrimonio Cultural, SOS. Patrimonio. Ministerio Coordinador de Patrimonio. aiyepez@hotmail. com

gistrados e inventariados del patrimonio: inmaterial, material: mueble, inmueble, documental y arqueológico. El propósito del sistema fue de sistematizar la información para tener un control adecuado, así como para difundir su contenido en el ámbito nacional.

Dicho proyecto se armonizó plenamente con los principios establecidos en la Constitución de la República, en lo referente a las obligaciones, responsabilidades del Estado, ocupándose por primera vez en la historia del país de la gestión del patrimonio cultural. Esta obligación está expresada en los artículos 379 y 380 de la Constitución, así como con los objetivos 8 y 9 del Plan Nacional del Buen Vivir. Todos estos instrumentos apuntan hacia la cultura como eje de desarrollo mirando al patrimonio cultural como pilar fundamental para la autovaloración identitaria. Se reconoce implícitamente que se trata de un recurso primordial para incentivar los procesos de construcción identitaria que sustentan la plurinacionalidad.

Las poblaciones e instituciones locales fueron involucradas en los diferentes componentes del Decreto de Emergencia como actores y detentores del patrimonio. Este proceso levantó muchas expectativas, pues abrió la posibilidad de visibilizar por fin a los patrimonios, que por décadas habían permanecido en el anonimato sufriendo del desinterés estatal en reconocerlos, protegerlos y ponerlos en valor.

El Decreto de Emergencia puso en evidencia el estado de vulnerabilidad y la mala conservación del patrimonio arqueológico. Se constató la ausencia de registros e inventarios, así como la falta de profesionales capaces de llevar adelante una investigación adecuada, y la debilidad institucional para el manejo, control y gestión de este patrimonio tan emblemático.

La información recuperada durante la primera fase del Decreto de Emergencia pasó a ser de uso exclusivo del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, donde se planteó la creación del "Sistema Nacional de Gestión de Bienes Patrimoniales", con el objetivo de que todos los gobiernos descentralizados cuenten con la información necesaria para la planificación de acciones encaminadas a gestionar el patrimonio como

una necesidad de poner en valor y uso social al patrimonio arqueológico como un recurso estratégico. No obstante, a pesar del enorme esfuerzo inicial, muy poco se ha avanzado en la gestión del patrimonio. Los municipios no cuentan con los recursos técnicos necesarios para manejar la información que les fue entregada en respaldos digitales de las fichas de registro. Sin ninguna orientación efectiva los municipios guardan la información, que sigue sin ser depurada y permanece en cajas o en archivos digitales entregados por la Unidad de Gestión de la Emergencia.

Los primeros resultados del Decreto de Emergencia se quedaron sin depurar o consolidar sus contenidos. Sin embargo, el registro permitió evidenciar la vulnerabilidad del patrimonio frente a los riesgos naturales y antrópicos, pero sobre todo evidencio la falta de investigación y contextualización de todos los patrimonios.

Sin desmerecer el aporte que dio el Decreto de Emergencia, en el caso del registro del patrimonio arqueológico, los resultados dejaron grandes vacíos, por la carencia de una metodología adecuada para la identificación de yacimientos arqueológicos.

Para tratar de remediar esta situación el INPC y el Ministerio Coordinador de Patrimonio han contratado una serie de consultorías para sistematizar y complementar la información. En el campo arqueológico se han realizado varios estudios concretos, como las consultarías realizadas por ECOCIENCIA (2010), ADAMA (2012) y la Universidad San Francisco (2011). En estos trabajos se puede constatar la gran cantidad de sitios arqueológicos registrados, la distribución territorial de los mismos, y la relación que estos guardan con áreas protegidas, el sistema nacional de bosques, las zonas de riesgo, las concesiones petroleras y mineras, las zonas de pobreza y las zonas urbanas, entre otras. Además, se proponen los posibles modelos de gestión a aplicarse dentro del Subsistema de Áreas Arqueológicas y Patrimoniales.

En el marco del Decreto de Emergencia se registraron 5815 yacimientos y gracias a la depuración inicial hecha por las consultorías mencionadas, se establecen 5734 yacimientos arqueológicos, con sus diferentes tipologías, en las diferentes provincias del país. Para el tema que

ocupa este análisis, se ha determinado un total de 740 sitios arqueológicos en la Región Amazónica, clasificados en diferentes tipologías: Napo 113, Pastaza 29, Zamora Chinchipe 160, Orellana 107, Morona Santiago 268 y Sucumbíos 63[2].

Por falta de informaciones específicas, el estudio de ADAMA no llegó a establecer con exactitud el número yacimientos que han sido investigados, pero se percibe que seguramente no se alcanza ni al 2%. No ocurre así con los sitios prospectados en el marco de la arqueología de contrato, desarrollada para liberación de áreas destinadas a la implementación de infraestructura: hidroeléctricas, carreteras, concesiones mineras y petroleras. Estos datos reposan en los archivos del INPC desde hace ya varias décadas, pues se supone que con esto se cumplen sus funciones de control institucional. No obstante, hasta la fecha no hay una sistematización de esta información, ni una divulgación efectiva de los resultados la investigación. En muy raras excepciones se ha aportado con información contextual de determinadas áreas.

En este contexto, se puede afirmar fríamente que el registro de los yacimientos arqueológicos en la Amazonía (o en el resto del país) ha aportado muy poco al conocimiento de las culturas ancestrales. Las fichas de registro siguen en una base de datos, que aún no sirve para que se planifiquen, prioricen o se esbocen los planes operativos, las temáticas o las problemáticas de una investigación coherente.

Problemática

Pese a los esfuerzos del Gobierno nacional en dotar de la infraestructura y de los recursos necesarios a las instituciones encargadas de velar por el patrimonio arqueológico, aún no se visualiza el trazo de

2 Tomado de la consultoría realizada por el INPC con ADAMA, "Consultoría para la Construcción del Subsistema nacional de áreas arqueológicas en dos de sus componentes: Módulo de estructura del sistema viable y módulo de estructura del marco normativo."

un camino certero para el futuro de la investigación arqueológica o del patrimonio en general. La ausencia de una estructura institucional adecuada y la falta de claridad en la toma de decisiones por parte de las autoridades del ramo, son la causa de la fragilidad en la gestión patrimonial. Por desgracia, aunque el Decreto de Emergencia trató de concienciar la necesidad de elaborar una política de gestión del Patrimonio, hasta la fecha esta aún no ha visto la luz.

La situación es en sí contradictoria, pues varios artículos de la Constitución[3] abren el camino para el fortalecimiento del ámbito patrimonial arqueológico, pero como que estos no se toman en cuenta y por ello no se ha logrado materializar sus mandatos básicos:

Art. 377 *El sistema nacional de cultura tiene como finalidad fortalecer la identidad nacional; proteger y promover la diversidad de las expresiones culturales; …. y salvaguardar la memoria social y el patrimonio cultural. Se garantiza el ejercicio pleno de los derechos culturales.*

Art. 378. *El sistema nacional de cultura estará integrado por todas las instituciones del ámbito cultural que reciban fondos públicos y por los colectivos y personas que voluntariamente se vinculen al sistema. Las entidades culturales que reciban fondos públicos estarán sujetas a control y rendición de cuentas. El Estado ejercerá la rectoría del sistema a través del órgano competente, con respeto a la libertad de creación y expresión, a la interculturalidad y a la diversidad; será responsable de la gestión y promoción de la cultura, así como de la formulación e implementación de la política nacional en este campo.*

Art. 380 *Serán responsabilidades del Estado:*

1. Velar, mediante políticas permanentes, por la identificación, protección, defensa, conservación, restauración, difusión y acrecentamiento del patrimonio cultural tangible e intangible, de la riqueza histórica, artística, lingüística y arqueológica, de la memoria colectiva y del conjunto

3 http: //www. asambleanacional. gov. ec Constitución de la República del Ecuador

de valores y manifestaciones que configuran la identidad plurinacional, pluricultural y multiétnica del Ecuador.

2. Promover la restitución y recuperación de los bienes patrimoniales expoliados, perdidos o degradados, y asegurar el depósito legal de impresos, audiovisuales y contenidos electrónicos de difusión masiva.

Han transcurrido cuatro años desde de la expedición de la nueva Constitución de la República y cinco años desde la creación del Ministerio de Cultura (rector de la política pública y el responsable de construir el Sistema Nacional de Cultura y el Subsistema de Patrimonio), sin embargo, hasta la fecha no existen políticas claras ni una institucionalidad definida. La estructura orgánica del Ministerio de Cultura duplica las funciones que tradicionalmente ha tenido el INPC en lo que se refiere al control, regulación y gestión patrimonial. Empero, hasta la fecha no se ha propuesto una reestructura institucional, con una visión sistémica que defina competencias y responsabilidades.

En temas de política patrimonial, el Ministerio de Coordinación ha suplido ciertas falencias institucionales, mediante la generación de proyectos emblemáticos, (mismos que intentan cubrir con la gestión de los patrimonios locales) o el Plan de Protección y Recuperación del Patrimonio: SOS Patrimonio. Estas iniciativas impulsan una política de conservación, inventario y registro del patrimonio, pero en ningún caso se ocupan de la investigación del patrimonio arqueológico, por no estar dentro de sus competencias. El ministerio tiene por función coordinar, concertar y monitorear las políticas públicas, así como a las acciones sectoriales, intersectoriales e institucionales.

Sarcásticamente, el Ministerio de Cultura, supuesto ente máximo del ramo, está supeditado al INPC en los temas de control, gestión, regulación y conservación patrimonial.

En la actual estructura orgánica el Ministerio de Cultura[4] se cuenta con dos subsecretarias: la de Patrimonio y la de Memoria Social y Museos. esta última tiene dentro de sus ámbitos de competencia la gestión de sitios arqueológicos y el manejo de la mayor reserva de bienes patrimoniales arqueológicos (el Museo Nacional). Sin embargo, hasta ahora no se observan cambios substanciales en la gestión de las reservas. La investigación está ausente de los museos y las muestras congeladas dentro de los contenedores empolvados que se exhiben a media luz. La Subsecretaría de Patrimonio tiene bajo sus competencias la conservación, el inventario y el control del patrimonio, pero desgraciadamente no cuenta con el equipo mínimo de especialistas necesarios para una gestión integral del patrimonio duplicando las funciones de competencia del INPC.

De acuerdo a la ley vigente de Patrimonio Cultural, en el Art. 4 se especifican sus funciones:

- Investigar, conservar, preservar, restaurar, exhibir y promocionar el Patrimonio Cultural en el Ecuador; así como regular de acuerdo a la Ley, todas las actividades de esta naturaleza que se realicen en el país;
- elaborar el inventario de todos los bienes que constituyen este patrimonio, ya sean propiedad pública o privada;
- efectuar investigaciones antropológicas y regular de acuerdo a la Ley estas actividades en el país;
- velar por el correcto cumplimiento de la presente Ley; y,
- las demás que le asigne la presente Ley y Reglamento.

En el ámbito arqueológico la gestión y el control de este patrimonio están dispersos y los planteamientos del Gobierno Central resultan poco coherentes en lo que respecta al desarrollo de la investigación científica. Con base a la nueva configuración administrativa del Estado en los temas de Investigación el SENECYT como la única institución que

4 Acuerdo Ministerial N.º DM-2012-004 publicado en el Registro Oficial SUPLEMENTO n.º 265 de 16 de marzo de 2012.

tiene competencia y es quien tiene la rectoría en materia de políticas de investigación científica.

Por otro lado, la gestión recae también en los GAD (gobiernos municipales) como versa en el Art. 264:

Los gobiernos municipales tendrán las siguientes competencias exclusivas, sin perjuicio de otras que determine la ley:…. numeral 8 Preservar, mantener y difundir el patrimonio arquitectónico, cultural y natural del cantón y construir los espacios públicos para estos fines.

En la misma línea, el Código Orgánico de Organización Territorial, Autonomía y Descentralización[5] define en el Art. 144.

- Ejercicio de la competencia de preservar, mantener y difundir el patrimonio cultural.– Corresponde a los gobiernos autónomos descentralizados municipales, formular, aprobar, ejecutar y evaluar los planes, programas y proyectos destinados a la preservación, mantenimiento y difusión del patrimonio arquitectónico, cultural y natural, de su circunscripción y construir los espacios públicos para estos fines. Para el efecto, el patrimonio en referencia será considerado con todas sus expresiones tangibles e intangibles. La preservación abarcará el conjunto de acciones que permitan su conservación, defensa y protección; el mantenimiento garantizará su sostenimiento integral en el tiempo; y la difusión procurará la propagación permanente en la sociedad de los valores que representa.

Aunque, para el manejo patrimonial, la Constitución especifique competencias que recaen en los gobiernos locales, en la generación de política pública no deja de ser el Estado nacional él que tiene el poder de control, gestión del patrimonio cultural y específicamente del patrimonio arqueológico (pues es de carácter nacional) como un recurso estratégico. Así lo expresa el Art 379:

5 http: //www. derechoecuador. com Código Orgánico de Organización Territorial, Autonomía y Descentralización Registro Oficial No. 303 - Octubre de 2010.

Los bienes culturales patrimoniales del Estado serán inalienables, inembargables e imprescriptibles. El Estado tendrá derecho de prelación en la adquisición de los bienes del patrimonio cultural y garantizará su protección. Cualquier daño será sancionado de acuerdo con la ley.

No obstante, la competencia que da el Estado a los gobiernos municipales requiere de un proceso sostenido de capacitación y sensibilización a corto, mediano y largo plazo; además de la dotación de recurso humano técnico y recursos económicos para lograr incidir en sus planes operativos y se contemple la gestión patrimonial.

Todo ello conlleva a la necesidad de la creación de un Subsistema de Patrimonio coherente con los principios constitucionales, creando un modelo institucional acorde a las necesidades del patrimonio arqueológico y otorgando responsabilidades y atribuciones en base a políticas públicas. De lo contrario, la dispersión y la falta de articulación institucional pondrían en riesgo la permanencia de este patrimonio.

De acuerdo al diagnóstico realizado por la SENECYT sobre los institutos de investigación, el INPC no habría desarrollado la actividad de investigación como una parte esencial de lo que está dentro de sus atribuciones; concentrando su orientación más bien al trabajo administrativo y de control y, en los últimos años, al registro e inventario de los bienes patrimoniales.

Esta situación obliga a que las instituciones sean reorientadas dentro de una estructura que permita cumplir con los diferentes procesos que el ámbito patrimonial demanda. Por ello la necesidad de crear un verdadero instituto de investigación, donde no se pongan en un mismo saco los procesos de control, conservación, inventario, gestión e investigación, como ocurre en la actualidad con el INPC, que dentro de sus competencias se encarga de todo al mismo tiempo, imposibilitando un manejo adecuado de los bienes patrimoniales.

En el ámbito arqueológico, por ejemplo, la actividad del Instituto de Patrimonio es básicamente de control y regulación, mas no de investigación. En el último año, dada la coyuntura con la SENECYT, se han

destinado recursos para desarrollar proyectos de investigación a nivel macro, pero que no tienen una verdadera orientación de lo que debería ser una investigación arqueológica coherente. Los estudios se concentran, específicamente en realizar análisis de laboratorio de los materiales arqueológicos extraídos en el marco de la arqueología de contrato, mismos que no dan una información contextual integral, como se requiere para investigación sistemática con problemáticas específicas bien fundamentadas. Esta información queda suelta y no contribuye al conocimiento de nuestras culturas ancestrales (sus modos de vida, cosmovisión, saberes, tecnología e interacciones entre otros).

Si bien es cierto que el Estado designa recursos para el patrimonio, el uso de estos se concentra más en temas de conservación y de restauración de ciertos inmuebles y monumentos arqueológicos.

En todos los casos, no se contempla la investigación, que debería ser el primer paso para cualquier intervención. Un sitio arqueológico, sin contenido histórico no educa, no trasmite, no concientiza sobre el valor cultural y peor aún no se convierte en un recurso identitario, que pueda incidir como un recurso económico dentro de las poblaciones actuales.

La conservación solo llega a maquillar las mal llamadas *RUINAS ARQUEOLÓGICAS,* en medio de territorios o zonas rurales, que por lo general son marginales a todo desarrollo. El futuro del valor de los yacimientos arqueológicos se hace así incierto, y en muchos casos éstos constituyen un estorbo para las autoridades responsables de velar por estos bienes.

La falta de un manejo adecuado de los bienes arqueológicos, por la ausencia de institucionalidad y de políticas públicas, ha convertido a los sitios arqueológicos en espacios muertos y a que los materiales arqueológicos no museables sean considerados como *BASURA ARQUEOLÓGICA*. En la práctica, estos materiales son los que guardan la mayor cantidad de información cultural, por ser susceptibles a reinterpretaciones ulteriores y al análisis con una tecnología más desarrollada. En las últimas décadas se ha visto como la ciencia arqueológica ha

dado saltos tecnológicos considerables, por lo que es evidente que hay que efectuar una curaduría eficiente para que las futuras generaciones puedan sacar el mayor provecho del patrimonio que hoy se rescata. Este es precisamente el caso de los materiales, producto de las excavaciones científicas rescatado en las últimas décadas por el ex Museo del Banco Central, tanto en la Sierra como en la Costa.

Para el caso específico de la arqueología amazónica, en las últimas décadas se han desarrollado de manera aislada investigaciones muy parciales, la mayor parte de los trabajos se orientan a la arqueología de contrato, con informes que reposan en el INPC. A pesar de ello, muy poco se conoce de la ocupación prehispánica de las zonas intervenidas. Los estudios iniciales de Bushnell (1946), Evans y Meggers (1968) o de Porras (1961, 1971)[6] marcaron pautas sobre la presencia del hombre en la Amazonía; y aunque se cuestiona el aporte dado por los investigadores extranjeros, sus estudios siguen siendo la base de interpretaciones y reinterpretaciones de los datos rescatados. Se quiera o no admitirlo, estos siguen siendo los referentes de la práctica arqueológica en la baja Amazonía del norte del país.

Han pasado ya más de dos décadas del inicio de la práctica usual de los estudios relacionados con el mal llamado de impacto ambiental y la investigación arqueológica amazónica sigue siendo tratada de manera aislada, sin una visión de conjunto, y con resultados marginales que no se difunden. El costo del impacto ambiental minero y/o petrolero es incalculable, pero el fruto de estos supuestos estudios es aún incierto e intrascendente.

---

6 Bushnell, G. H. S., 1946, An archaeological collection from Macas, on the eastern slopes of the Ecuadorian Andes, *Man* 46: 2-6; Evans, Clifford; Meggers, Betty, 1968, *Archaeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador*. Smithsonian Contributions to Anthropology N.º 6, Smithsonian Institution Press, Washington; Porras Garcés, Pedro I. 1961, *Contribución al estudio de la arqueología e Historia de los valles Quijos y Misahuallí (Alto Napo) en la región oriental del Ecuador*, Editorial Fénix, Quito; - 1971, Reseña histórica de las investigaciones arqueológicas en el Oriente ecuatoriano. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 54(117): 133-145.

En los últimos quince años, gracias a financiamientos externos se han desarrollado investigaciones de largo alcance en Morona Santiago y Zamora Chinchipe. Estas han puesto en evidencia el potencial histórico-cultural de la región oriental que obliga a replantear los viejos postulados e imaginarios sobre las tribus de salvajes, cuyo entorno ecológico no posibilita un desarrollo cultural significativo. Hoy se sabe que la Amazonía engendró un proceso civilizatorio propio, con el desarrollo de sociedades complejas, jerarquizadas, poseedoras de una tecnología muy avanzada, que llegaba a materializar la conceptualización simbólica de la estructuración del espacio (Descola 1988, 2005)[7].

Pese al conocimiento limitado, hoy se sabe del potencial de la arqueología amazónica, que señala la deuda histórica que la civilización americana tiene con los pueblos selváticos. A pesar de lo que aún subsiste de esas evidencias nada se ha hecho por recuperar la memoria social de un pasado emblemático. La arqueología de rescate solo ha llegado hasta un punto: *liberar zonas boscosas, cerradas para el desarrollo moderno*; entonces surge una serie de preguntas obvias: ¿Cómo descolonizar el pensamiento? ¿Cómo recuperar la verdad y deconstruir la falsa historia? ¿Cómo dar sustento a la ancestralidad milenaria? ¿Cómo deconstruir el imaginario amazónico del bueno salvaje inútil? ¿Cómo entender su cosmología y la percepción del mundo que aún persiste en las distintas nacionalidades amazónicas? Sin investigación NADA es posible, la Amazonía sigue siendo entonces un recurso de explotación para la extracción de recursos naturales y no de reivindicación identitaria regional y nacional.

Con el Decreto de Emergencia, de alguna manera el Ministerio Coordinador ha implementado como política prioritaria el registro e inventario de los bienes patrimoniales, tarea que el INPC debió cumplir desde hace más de cuarenta años. Si bien esta es una actividad necesaria,

---

7 Descola, Philippe 1988, *La Selva Culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*, Abya-Yala, IFEA, Travaux de l'IFEA T XXX, Quito; - 2005, Par-delà Nature et Culture, Editions Gallimard, Paris.

en la práctica se siguen acumulando fichas que nadie revisa, y lo que es peor, sin que nadie vislumbre la necesidad de aplicar una política de intervención, de investigación del patrimonio arqueológico. El resultado triste es que las bases de datos no cumplen su función social y las poblaciones locales nunca llegan a conocer el contenido histórico y contextual de este valioso patrimonio. De nada sirven las fichas de registro, o la magia de los puntos geo-referenciados sino se puede decir nada del proceso histórico que han vivido y que siguen viviendo los pueblos amazónicos. En este contexto no hay ninguna construcción o valoración de la identidad o de la memoria ancestral.

Otro de los aspectos que se suma a la problemática del manejo del patrimonio arqueológico es la falta de diálogo entre las instituciones, y de estas con los actores o gestores del estudio de la arqueología. Las convocatorias se limitan a pequeños círculos de profesionales, que en el mejor de los casos tratan temas muy puntuales o políticamente coyunturales. Entre los investigadores, la práctica de la arqueológica de rescate ha provocado niveles de competencia mal sana, e incluso estados de paranoia colectiva. Frente al vacío de institucionalidad y de políticas públicas coherentes e integrales, los gestores de la arqueología se han quedado sin voz lo que es peor sin capacidad de reflexión. La prueba de ello es que no se ha llegado a efectuar un debate serio frente a estas problemáticas. Sin embargo, hay que reconocer que las instituciones del Estado no son siempre las responsables absolutas, entre los profesionales hay dejadez o conveniencia; las consultorías puntuales son más rentables que sentarse a forjar un presente y un futuro para la arqueología ecuatoriana.

En el marco del presente coloquio el Ministerio de Cultura perfiló un diagnóstico de la situación del patrimonio arqueológico (ver el documento en este volumen), pero solo quedó en renglones, sin que se haya dado continuidad ni sustento a su propósito. La falta de comprensión de la problemática del patrimonio arqueológico es uno de los hechos más vulnerables y descuidados por décadas. Hoy se hace imposible pensar en una política de investigación sostenida, pues en las esferas oficiales se cree que esta se puede construir desde los escritorios

vacíos o, mejor aún, de entregar esta responsabilidad a otras instituciones especializadas (SENECYT), o que deleguen sendas consultarías con experticias en la burocracia internacional.

Resumen de la problemática

- En el plano oficial y a pesar de lo que estipula la Constitución NO se ha creado el Subsistema de Patrimonio: no hay institucionalidad coherente con los mandatos constitucionales.
- Hay una dispersión institucional que duplica la gestión y que en la práctica no la ejerce. No se cumplen las funciones de control en temas de conservación, investigación o difusión. Las funciones se duplican dentro de las distintas instituciones (Ministerio de Cultura, INPC, Ministerio Coordinador de Patrimonio, los GAD) y no se uniformizan, cada una siente que tiene una misión y una visión especifica de las problemáticas.
- Hasta ahora solo se ha dado una construcción política y no técnica de las instituciones encargadas del ámbito patrimonial. La consecuencia directa es una FALTA de POLÍTICAS de GESTIÓN PATRIMONIAL ARQUEOLÓGICA.
- La presente ley de patrimonio es obsoleta y el proyecto de la nueva Ley de las Culturas no actualiza, ni mejora la legislación patrimonial. El INPC controla y gestiona el patrimonio, pero en la práctica actúa como juez y parte. No existe una definición de los instrumentos jurídicos para el patrimonio arqueológico, aún se cuenta con la legislación de 1984.
- No hay interés en generar políticas para la investigación arqueológica, el Ministerio de Cultura se desentiende de su responsabilidad como rector de la política pública.
- Falta de formación real de profesionales en el campo de la arqueología científica. No existe formación académica de tercer nivel para arqueólogos. La única escuela de formación de tercer nivel forma estudiantes técnicos para la práctica de la arqueología

de contrato, descuidando las verdaderas metas de la arqueología social.

- Desde las instituciones no se generan proyectos de investigación científica con problemáticas regionales.
- La gestión del patrimonio arqueológico solo está orientada a la conservación de monumentos sin contexto histórico cultural, solo se centra en una visión económica supuestamente destinada al turismo.
- Los resultados de la arqueología de contrato se concentran mayoritariamente a dar información muy limitada (con metodologías técnicas simplistas: pruebas de pala) sobre supuestos sitios y non sitios. La finalidad de un informe se reduce a producir datos estadísticos de un modelo imaginario de la ocupación del espacio, o de la presencia de tiestos. A veces hay análisis especializados de pasta/arcilla que no trascienden a nada más que mostrar cortes delgados (en el mejor de los casos), a partir del cual se pueden (o no) hacer filiaciones intuitivas o estadísticamente posibles. La ciencia dura al servicio de la historia antigua de los pueblos amazónicos.
- El registro de sitios arqueológicos no está depurado, ni ingresado al sistema ABACO para el uso efectivo de gestores o de los investigadores. Ni pensar aún en la puesta en uso social con la difusión de la información rescatada.
- Oficialmente se pretende elaborar y ejecutar las políticas públicas para el manejo del patrimonio arqueológico desde la capacidad instalada en el Ministerio de Cultura. Infelizmente, esta resulta ser la institución más débil, pues como se ha visto, desde su creación hace ya cinco años no ha engendrado aún proyectos o delineado una política pública cultural.
- Las carencias en temas arqueológicos son actualmente suplidas por el Ministerio Coordinador de Patrimonio que cuenta con presupuestos coyunturales destinados a reforzar la acción de las otras instituciones.
- Las colecciones de cultura material antigua (tiestos, piedras, huesos, conchas, etc.) producto de investigaciones arqueológicas son

definidas como BASURA ARQUEOLÓGICA por parte de la institución encargada del control de la buena conservación de los recursos patrimoniales.

La duplicación de funciones en temas patrimoniales agudiza la problemática del manejo del patrimonio arqueológico. Sin una institucionalidad coherente resulta imposible generar una política pública. Sin claridad en las responsabilidades y obligaciones oficiales es imposible cumplir con los mandatos determinados en los principios constitucionales que señalan los Artículos: 377, 378, 379, 380

- Las colecciones de bienes patrimoniales arqueológicos ahora son solo parte de contenedores, donde la difusión y la investigación son inexistentes.
- Las competencias que asigna la Constitución de la República a los gobiernos descentralizados para el manejo de los recursos patrimoniales se han establecido con serias falencias, en la práctica hay que reconocer que en la actualidad hay:
- Falta de capacidades para administrar el patrimonio.
- Falta de personal especializado.
- Los GAD no tienen la capacidad de generar planes de manejo y peor aún de control o de conservación del patrimonio.
- Los funcionarios municipales no saben cómo manejar los datos del registro patrimonial.
- En la práctica NO hay conocimiento o un interés real en la arqueología no monumental (sitios y non sitios) ni en las evidencias de cultura material (de cualquier tipo que no sean económicamente significativos).

Pautas para establecer políticas de investigación arqueológica

Siguiendo un orden lógico, la construcción de políticas públicas es un proceso que involucra varias etapas: En primera instancia, la decisión del Estado y de las instituciones encargadas de su ejecución; un diagnóstico analítico y crítico del estado de situación; una línea base

para establecer problemáticas; perfilar las posibles líneas de acción a seguir a corto, mediano y largo plazo; el involucramiento de los actores institucionales y gestores del patrimonio, que interviene en todo el proceso hasta la socialización y validación. Una vez validado, este proceso requiere de la formulación de planes y programas que tengan un sustento jurídico, financiero y operativo.

Toda política puede reorientarse según las necesidades que demanda la problemática, siendo fundamental sentar las bases iníciales para ir consolidando su accionar en el camino, no sin antes establecer una estructura institucional para poder bajar la política pública.

En el ámbito del patrimonio arqueológico son necesarios todos estos pasos para generar políticas coherentes. Actualmente se cuenta con valiosa información que permite la construcción de una línea base y la identificación de problemáticas prioritarias. Para ir consolidando los planes de acción se hace necesario un diálogo intersectorial amplio, sostenido entre las instituciones estatales y los actores de la investigación patrimonial. La administración gubernamental debe dar las pautas para consolidar la institucionalidad y para la construcción de líneas de política pública. Estas podrían ser de este orden:

Crear un instituto de investigación científica, con una visión sistémica e interdisciplinaria. El instituto deberá orientar la investigación arqueológica fuera de las competencias de control, inventario y regulación para así evitar conflicto de intereses y duplicación de funciones.

Acciones

1. Nombrar un comité científico, no burocrático, para sentar las bases orgánicas y la orientación conceptual de la investigación científica del Instituto.

Generar planes de investigación de largo alcance, priorizar problemáticas y generar proyectos con sustento científico, económico y profesional.

Acciones

1. La base de datos del registro de sitios arqueológicos debería ser retroalimentada con los datos generados por la investigación. De esta manera se tiene un registro actualizado que permite la planificación de futuras investigaciones. La información generada por el Decreto de Emergencia que se ha visto complementado por las diferentes consultorías externas debe ser sistematizada para orientar la formulación de modelos de gestión y planes de manejo. La investigación del patrimonio arqueológico no puede sufrir de la falta de interacción institucional, que subutiliza la información y causa la duplicación de esfuerzos y recursos. Los estudios realizados deben contribuir a la planificación coherente de la gestión patrimonial, pues son los fundamentos de las líneas de política pública en el ámbito arqueológico.

2. Actualizar la línea base existente para determinar las necesidades y los vacíos de la investigación arqueológica. Una parte importante de este trabajo es la depuración de los informes generados por los trabajos generados en el ámbito de impacto ambiental. Con esta tarea se actualiza y se complementa la información bibliográfica existente.

3. Poner en valor y efectuar una curaduría responsable de las colecciones arqueológicas, producto de investigaciones científicas pasadas. Es necesario dotar a este patrimonio de los medios de conservación, tanto técnicos como administrativos.

4. Conformar equipos de trabajo interdisciplinarios con especialistas en determinadas problemáticas. Estos equipos deberían movilizarse en las tres regiones del país, según las necesidades y las prioridades fijadas.

Dotar de cuadros profesionales, con técnicos especializados en distintas ramas del quehacer científico.

Acciones

1. Impulsar la formación de tercer nivel para arqueólogos. En la actualidad hay una fiebre de maestrías en arqueología, no necesariamente orientadas a los arqueólogos. Se ha descuidado la formación integral de una nueva generación de profesionales en el campo de la arqueología académica.

2. Impulsar escuelas de campo para que los estudiantes se puedan formar en las fases de la práctica arqueológica. Los proyectos científicos deberían ser siempre la primera opción pedagógica. Pues existen varias escuelas de campo (nacionales y extranjeras) que no manejan problemáticas científicas.

3. Dotar de laboratorios para análisis científicos especializados, con la formación continua de técnicos competentes en las nuevas metodologías. Estos laboratorios deben ser el respaldo de los proyectos de investigación.

Capacitación integral, en el campo de la gestión patrimonial, a los gobiernos descentralizados.

Acciones

1. Concienciar y capacitar a las autoridades y a los funcionarios municipales sobre la importancia del patrimonio arqueológico. Recalcando la importancia de las atribuciones y responsabilidades otorgadas por la Constitución.

2. Capacitar en el campo de la gestión patrimonial, para poder generar planes de manejo de los bienes arqueológicos.

3. Estructurar cuadros técnicos mínimos relacionados con la gestión del patrimonio dentro de la estructura orgánica de los municipios.

4. Incentivar a los gobiernos seccionales para que inserten en sus planes operativos proyectos de gestión del patrimonio arqueológico.

Difundir el patrimonio arqueológico

Acciones

1. Difundir de manera sistemática y pedagógica los avances de la investigación mediante, publicaciones especializadas.

2. Divulgar el patrimonio arqueológico actualizado para el sistema educativo primario y secundario.

3. Divulgar para el público en general: medios escritos, prensa, audiovisuales con lenguajes cercanos.

4. Divulgar el avance de las investigaciones arqueológicas en la comunidad local y regional, mediante conversatorios, grupos focales, conferencias, charlas, videos, y publicaciones de fácil comprensión.

Involucrar a los actores ciudadanos en los procesos de investigación patrimonial

Acciones

1. Propiciar la participación de los actores ciudadanos en los procesos de investigación arqueológica en las localidades y particularmente en las zonas de influencia.

Conclusiones

El aceptar las críticas y hacer un *mea culpa* es adoptar una posición madura frente a una problemática compleja, que en la actualidad no tiene visos concretos de solución.

Sería irresponsable el dejar pasar la oportunidad de construir el camino para la investigación arqueológica como mecanismo de trans-

formación social, que permita el conocimiento de la historia antigua y de su apropiación como parte de la memoria del territorio ecuatoriano.

No se debería dejar pasar la oportunidad del interés y la disposición que tiene el Gobierno nacional en dotar de recursos para el patrimonio cultural, que con una visión amplia ha asumido el patrimonio como un eje de desarrollo importante y como un factor primordial para la construcción identitaria y de reconocimiento a la diversidad.

El Ministerio de Cultura plantea como política descolonizar el conocimiento en el ámbito cultural y sentar las bases de la ancestralidad como principio de reivindicación de los pueblos, pero para ello es necesaria la deconstrucción de la historia desde la ancestralidad. Paradójicamente los museos están mudos, ya no hay investigación lo que supone que no hay nada nuevo por conocer sobre las antiguas civilizaciones. No hay un nuevo discurso, todo está congelado en el tiempo y los bienes patrimoniales que ahora se empolvan tras las vitrinas. Salta la pregunta ¿dónde está el discurso de la descolonización si no se investiga?, ¿si aún se manejan conceptos e imaginarios trasmitidos desde un discurso hegemónico y homogeneizaste? ¿Dónde se ubican las antiguas civilizaciones, cargadas de saberes ancestrales, cómo se puede reivindicarlas, no como tribus de salvajes, sino como civilizaciones primigenias que aportaron a la construcción de la identidad y del territorio que hoy se denomina Ecuador?

Sin investigación no se puede construir una historia propia, sino se sensibiliza y valoriza la visión que se tiene sobre el contenido del patrimonio arqueológico, solo se tendrá una historia vaciada de sentido.

Desde esa perspectiva nos urge asumir la responsabilidad como profesionales, la ilusión de contar con una institucionalidad coherente para desarrollar la investigación arqueológica, con políticas públicas que conduzcan a sentar las bases de un conocimiento más integral y científico de nuestra primera historia no puede desvanecerse por desidia.

Todo proceso revolucionario exige cambios de comportamiento, cambios del estado de las cosas para ello es imprescindible propiciar

espacios de diálogo interdisciplinario desde los gestores del patrimonio arqueológico y desde las instituciones del Estado.

La intención no es encontrar culpables, es propiciar un espacio de reflexión que conlleve a la acción y no a la indiferencia de dejar pasar la oportunidad bajo los instrumentos existentes y condiciones óptimas para juntos construir una nueva historia no desde la dependencia sino desde la resistencia y de la razón de nuestra existencia en un territorio milenario.

Lineamientos para una política arqueológica en el Ecuador

El Colectivo Ciudadano de Profesionales Arqueólogos del Ecuador se formó el 6 de enero de 2011, con la intención de hacer escuchar su voz al plantear un posicionamiento claro y firme del gremio frente a las políticas estatales de gestión del patrimonio actualmente en curso de implementación. Esta intención del Colectivo fue manifestada mediante una carta enviada a la Presidencia de la República con copia a las diferentes instituciones vinculadas al ámbito del patrimonio natural y cultural. Efectivamente, todos los arqueólogos que ejercemos en el Ecuador estamos de acuerdo en que el contexto político actual es clave y que el manejo de la arqueología en el país requiere cambios radicales.

Así, en reuniones subsiguientes, el Colectivo estableció la necesidad de definir los lineamientos de una "política institucional pública para la investigación, conservación, protección y puesta en valor y uso social del patrimonio arqueológico a nivel nacional". La primera reunión del Colectivo se realizó en las instalaciones del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) de Quito, mientras que las tres siguientes fueron organizadas en la sala multimedia del Parque Arqueológico Ecológico Rumipamba. Debido a diversos motivos, no todos los colegas pudieron participar a estos encuentros. Es por esta razón que se decidió crear un blog interactivo (http: //colectivo-ciudadano. arqueo-ecuatoriana. ec/), para que quienes no podían asistir a las reuniones se enteren

de los avances y puedan opinar sobre los mismos a través de los espacios reservados a este efecto. El diseño de este blog buscó asimismo facilitar el manejo y la participación de los usuarios.

La última reunión del Colectivo tuvo lugar el pasado 11 de agosto de 2011, con ocasión del Coloquio Internacional 'Arqueología Regional en la Amazonía occidental: temáticas, resultados y políticas', auspiciado por el Plan SOS Patrimonio, el Ministerio de Cultura, el Ministerio Coordinador de Patrimonio Natural y Cultural, el Instituto Francés de Investigación para el Desarrollo (IRD por sus siglas en francés), el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA por sus siglas en francés), y la Embajada de Francia en el Ecuador. En esta ocasión se presentó un documento de trabajo y se planteó la necesidad de finiquitar la propuesta de política arqueológica diseñada por el Colectivo de Arqueólogos, cuyo texto se presenta a continuación:

Declaración de principios

De acuerdo al artículo 1 de la Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico (preparada por el Comité Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico [ICAHM], y adoptada por la Asamblea General del ICOMOS en Lausana en 1990), "el patrimonio arqueológico representa la parte de nuestro patrimonio material para la cual los métodos de la arqueología nos proporcionan la información básica. Engloba todas las huellas de la existencia del hombre y se refiere a los lugares donde se ha practicado cualquier tipo de actividad humana, a las estructuras y los vestigios abandonados de cualquier índole, tanto en la superficie, como enterrados, o bajo las aguas, así como al material relacionado con los mismos".

La finalidad general de la arqueología es el conocimiento histórico de los pueblos, mediante el estudio de este recurso no renovable, más precisamente a través del rastreo de actividades pasadas (históricas o anteriores al uso de la escritura). Se subrayan las palabras "conocimiento histórico", pues el propósito de todo trabajo arqueológico es indagar

sobre el comportamiento humano de épocas en donde las prácticas culturales se registraban esencialmente en la memoria colectiva, a través de los relatos, ritos y saberes ancestrales transmitidos de generación en generación, y materializados en los vestigios.

Por ende, al hablar de fijar las políticas de investigación arqueológica se debe entender la construcción de las líneas conceptuales de acción que normen el estudio arqueológico, concebido como la práctica científica que se ejecuta con la finalidad de indagar diversos aspectos de la historia antigua. La investigación arqueológica parte de la recuperación y estudio detallado de los restos de cultura material que se encuentran (o no) inmersos dentro de un paisaje cultural, y comprende el establecimiento puntual de las múltiples asociaciones que forman los contextos arqueológicos, pues en ellos se encuentran las pautas para la inferencia del conocimiento histórico-social.

Las políticas de investigación deben surgir de la necesidad de llevar a cabo procesos coherentes del estudio de los recursos arqueológicos existentes en el territorio nacional. Las políticas de investigación deben incluir la gestión a corto, mediano y largo alcance de los recursos arqueológicos recuperados, de manera a poder estudiarlos, conservarlos y difundirlos adecuadamente, para que estos puedan ser puestos en valor y revestir un uso social. Solo así se justifica la alteración (y a veces la destrucción) de los recursos patrimoniales, pues el conocimiento histórico-social es la esencia y el único producto verdaderamente provechoso de la investigación arqueológica.

La construcción de políticas de investigación arqueológica no es una prerrogativa del Estado, sino que debe nacer de la comunidad, consciente del significado del patrimonio arqueológico y de su importancia en todos los procesos de recuperación de la memoria social de un pueblo plurinacional y multicultural. Por ello, el Colectivo Ciudadano de Arqueólogos tiene la obligación de contribuir al señalamiento de los principios básicos y de las consideraciones científicas que deben ser razonadas al momento de crear las políticas de investigación.

Tomando en cuenta su rol a nivel identitario y la fragilidad de su material de estudio, la práctica arqueológica implica una fuerte responsabilidad social, por lo que se asocia a un marco deontológico específico.

La institucionalidad atraviesa todos y cada uno de los aspectos del quehacer arqueológico. Es responsabilidad del Estado conocer, proteger, conservar y difundir el Patrimonio arqueológico del país. De acuerdo a la reglamentación vigente, el INPC es el organismo encargado de dictar y de reforzar la política del manejo de los recursos arqueológicos, cosa que en la práctica ha sido su mayor debilidad.

En este sentido, el Colectivo Ciudadano de Arqueólogos Profesionales del Ecuador se propone "definir una política institucional pública para la formación académica, la investigación, conservación, difusión/divulgación y puesta en valor con uso social del patrimonio arqueológico a nivel nacional". Esta política debe ser previa a la definición de cualquier tipo de plan de manejo del patrimonio arqueológico, al optimizar cada uno de sus componentes.

Se esbozará primeramente un diagnóstico general de la situación actual de la arqueología del país, antes de enunciar los objetivos que esta política busca implementar, objetivos que se dividen en cuatro aspectos fundamentales: investigación, conservación, difusión/divulgación y puesta en valor con uso social. Cada uno de estos aspectos será desarrollado a través de un diagnóstico específico, así como la presentación de las metas correspondientes y de los actores involucrados en su cumplimiento.

El diagnóstico general

Conocer la realidad social actual del Ecuador es esencial antes de poder hablar del recurso arqueológico como tal. Este diagnóstico deberá tomar en cuenta esta realidad, la cual explica en parte la destrucción sistemática a la que ha sido sometida el registro arqueológico del país (por ejemplo: la huaquería y el tráfico ilícito como consecuencias tanto de la pobreza como de la codicia de los traficantes, las realidades del mundo rural…).

Se deberá incluir una perspectiva histórica de la práctica arqueológica en el país, de cara a evaluar su desempeño actual. No se trata de descalificar o juzgar lo que se ha hecho anteriormente, sino más bien de tenerlo en claro, con el propósito de elaborar una propuesta viable en base a los aciertos y desaciertos del pasado. Esta perspectiva deberá evocar la débil institucionalidad estatal en materia de gestión de los bienes arqueológicos, la dispersión de la definición y ejecución de iniciativas en este ámbito, la debilidad en la aplicación de las leyes y reglamentos, la ausencia de política pública para la investigación arqueológica, así como la falta de recursos.

La debilidad académica (o falta de formación arqueológica-antropológica), la orientación deficiente de la arqueología de rescate (impacto ambiental) tal como se la maneja en la actualidad, la ausencia de planificación y de resultados que den contenido a los procesos histórico-culturales, así como la ausencia de una política de sensibilización de las poblaciones asociadas directamente a territorios arqueológicos que han limitado los procesos de apropiación pero sin generar una conciencia frente a estos recursos, son aspectos adicionales que deberán ser considerados en este diagnóstico.

En lo que se refiere al estado de los recursos arqueológicos del país como tales, habrá que mencionar desde luego el inventario que se levantó a raíz del Decreto 816 de Emergencia Patrimonial, el cual evidencia el estado de vulnerabilidad y desprotección de los recursos arqueológicos en el país, y la urgencia de generar y consolidar una política pública de investigación arqueológica.

Los objetivos

Formación académica

Problemáticas, causas, potencialidades (diagnóstico puntual)

Existe una mitificación social de la arqueología, a menudo asociada en el imaginario colectivo al ámbito de la búsqueda de tesoros o

de aventura extrema, totalmente antagónico a una fuente de ingresos estable, lo cual desacredita esta profesión en el ámbito de las aspiraciones universitarias.

Los programas escolares y colegiales difunden una visión obsoleta e inadecuada de la arqueología, basada en una presentación "tipologizada" de las culturas precolombinas, que no toma en cuenta las interrelaciones y los procesos que las vincularon entre ellas. Realidad que a su vez desvalora a la arqueología como disciplina y desemboca de igual manera en un desinterés por la carrera.

La oferta de carreras universitarias en arqueología es prácticamente inexistente en el Ecuador (actualmente una sola universidad ofrece cursos básicos a nivel de licenciatura [PUCE], y otra efectúa un programa de maestría abierto a todo público, sin necesidad de una licenciatura en arqueología [ESPOL], por lo que la cantidad de profesores potenciales es muy baja).

A pesar de cierto progreso en ese sentido, la arqueología sigue siendo una profesión "elitista", al alcance de quienes tienen/tuvieron la posibilidad de estudiar en Quito, Guayaquil o en el extranjero. Como resultado, los arqueólogos formados son pocos, y existe una fuerte desigualdad académica entre ellos, realidad particularmente palpable en las llamadas "fiscalizaciones" de proyectos llevadas a cabo por las entidades culturales, en que a menudo un licenciado (en el mejor de los casos) evalúa a un Ph. D. Idealmente, los arqueólogos de las entidades estatales deberían ser Másters o Phd como mínimo.

A su vez, la escasez de arqueólogos y de ofertas de formación en arqueología variadas y económicamente asequibles, genera una multitud incontrolada de personal no calificado o con un entrenamiento técnico mínimo ("para-arqueólogos" de diversos niveles), que pueden tanto aportar como perjudicar al patrimonio arqueológico.

Lineamientos

La arqueología no es un mito; atañe a un aspecto fundamental de la nación, a saber, el conocimiento de su pasado y por consiguiente, de su identidad. Por lo tanto, debe recibir una atención especial en la educación básica y ser incentivada a nivel universitario. El patrimonio arqueológico es frágil y norenovable: debe ser estudiado de forma responsable, por especialistas adecuadamente preparados.

Metas y actores involucrados

Comprometer a los arqueólogos a generar congresos y talleres en colegios y universidades sobre la información que producen, de manera a informar a la sociedad sobre lo que realmente es la arqueología y por lo tanto, contribuir a desmitificar los estereotipos existentes sobre la profesión, incentivando así a los estudiantes a seguir la carrera. Actores involucrados: arqueólogos y académicos en las ciencias históricas y antropológicas.

Redefinir los contenidos de los programas escolares y colegiales que atañen a temas arqueológicos. Actores involucrados: Comité Científico (ver apartado siguiente –Investigación–), Ministerio de Educación.

Definir planes y programas para que el Estado instaure la formación completa y multidisciplinaria en arqueología en las universidades estatales, a través de la apertura de carreras que tengan los recursos necesarios y cierta distribución geográfica; con este propósito, se podría realizar previamente algún tipo de "encuesta" sobre las regiones en donde el implemento de una carrera de arqueología sería más factible. Se insiste en el punto de la repartición geográfica de la enseñanza arqueológica: cada región del Ecuador cuenta con un rico patrimonio arqueológico, y requiere a su vez conocer y construir sus procesos identitarios en base a él. Actores involucrados: entidades culturales, autoridades de educación superior, Comité Científico [definición de pénsums universitarios].

Asegurar acciones conjuntas entre las entidades educativas a cargo de la formación arqueológica y los diversos ministerios relacionados con el patrimonio y la cultura (Ministerio de Educación, Ministerio de Cultura, Ministerio Coordinador de Patrimonio Natural y Cultural, Ministerio de Turismo, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural). Actores involucrados: arqueólogos, entidades culturales, autoridades de educación superior, Comité Científico [definición de pénsums universitarios].

Contribuir en procesos de capacitación para el buen manejo y puesta en valor de los recursos patrimoniales arqueológicos, de manera especial a los GAD, de acuerdo al artículo 264 numeral octavo de la Constitución de la República, así como al artículo 144 de la de ley del COTAD.

Definir y regular la práctica arqueológica (reconocimiento y reglamentación de actividades de los “para-arqueólogos”, pasantes, estudiantes egresados, tesistas, etc.). Actores involucrados: Ministerio de Cultura, entidades culturales, arqueólogos, Comité Científico.

Capacitar a los técnicos en arqueología y a los funcionarios que trabajan directa o indirectamente con el patrimonio arqueológico (empleados municipales por ejemplo), a través de cursos y talleres. Actores involucrados: Comité Científico, Ministerios de Cultura y de Coordinación de Patrimonio, entidades culturales, CECAP (Centro Ecuatoriano de Capacitación Artesanal).

Investigación

El Estado tiene la obligación de desarrollar la investigación arqueológica.

Problemáticas, causas, potencialidades (diagnóstico puntual)

En el contexto actual, la investigación se vuelve secundaria frente a los famosos “planes de manejo” y a la visión del patrimonio arqueo-

lógico como fuente de rédito turístico. Sin embargo, ningún plan de manejo o turístico puede ser sustentable sin un respaldo investigativo (científico) eficiente.

Actualmente, no hay ninguna coherencia en la práctica arqueológica tal como se la está llevando a cabo oficialmente en el país: cada investigador trabaja de manera aislada, sin ninguna visión de conjunto o política investigativa oficial. No hay ninguna continuidad entre los diversos proyectos arqueológicos que se están realizando en el Ecuador, y menos aún, una visión de las prioridades que debería proyectarse en la práctica arqueológica en sí (por ejemplo: la necesidad urgente de completar cotidianamente el inventario arqueológico o de replantear el cuadro de periodización vigente…).

El acceso a la información generada por los proyectos arqueológicos "oficiales" ejecutados por los colegas es problemática, lo cual no contribuye al flujo necesario de la información y peor aún, a la interacción necesaria entre arqueólogos.

Hoy en día, las investigaciones arqueológicas son gestionadas a partir del INCOP y su portal de Compras Públicas. No obstante, la investigación arqueológica NO es un servicio mercantil ni obra de ingeniería pública. EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO Y SU INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA NO SON UNA MERCANCÍA QUE SE NEGOCIA AL MEJOR POSTOR; EXIJEN MÁS BIEN UNA ESPECIALIZACIÓN EN PROBLEMÁTICAS ESPÉCIFICAS QUE NO ESTÁ AL ALCANCE DE TODOS LOS PROFESIONALES. Por ende, no tiene su lugar en el mercado de la oferta y la demanda. En calidad de disciplina científica, se rige a parámetros distintos que pueden ser obstaculizados e inclusive desfigurados al ser incluidos en las ofertas de sistemas pertenecientes a otros ámbitos, tales como el de "Compras Públicas".

La práctica arqueológica está actualmente sujetada a las fluctuaciones administrativas de las diversas entidades que la manejan, cuando debería ser lo contrario: la arqueología en cuanto a disciplina científica tiene prioridades, parámetros y criterios definidos, los cuales deben ser

acatados por las entidades que se relacionan con el patrimonio arqueológico, independientemente de los cambios administrativos o políticos.

Lineamientos

El arqueólogo es ante todo un científico social. La finalidad de la investigación es el conocimiento del pasado, de la identidad ancestral y del manejo histórico de los recursos existentes en un territorio delimitado. (Definición de lo que es la investigación arqueológica: ¿qué comprende?, ¿quiénes intervienen en ella?, ¿cómo se hace?, ¿para qué?, ¿para quiénes?, ¿quién la evalúa?).

Si bien existen distinciones en torno a las variantes que puede revestir la práctica arqueológica de acuerdo a sus fuentes de financiamiento y/o metodologías (arqueología pública, privada, o de rescate), la arqueología es una sola. La definición de los parámetros específicos que atañen a cada una de las diversas manifestaciones del quehacer arqueológico es materia de reglamentos, los cuales deben respetar los enunciados explicitados en la presente política (ejemplo: acatar el enfoque regional que exige una investigación arqueológica adecuada en los proyectos de arqueología de contrato. Restringir una excavación a un espacio definido por una obra de infraestructura moderna mutila totalmente la interpretación de huellas materiales producidas en un espacio cultural completamente ajeno a la realización de dicha obra).

Así, la importancia del dato que lleva al conocimiento es tal, que en todos los casos se debe aplicar el mismo esfuerzo económico y el mismo rigor científico en la obtención de la información arqueológica. Los métodos, los procedimientos y las finalidades son los mismos en todas las intervenciones de carácter arqueológico, por lo que los trabajos deberán necesariamente ser la responsabilidad exclusiva de un equipo de profesionales, dotados de los conocimientos académicos que aseguren la aplicación de los procedimientos adecuados. Toda intervención deberá contar con la presencia continua de por lo menos un arqueólogo

académicamente titulado que garantice el rigor y la calidad científica de los trabajos.

Metas y actores involucrados

Crear un comité científico (académico) que defina las políticas, las zonas y los temas prioritarios que deben ser tratados a nivel nacional por la práctica arqueológica en materia de investigación. Este comité deberá asegurar la calidad de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el país y el profesionalismo/experiencia de quienes las realizan. (Actores involucrados: arqueólogos profesionales y una participación puntual de la máxima autoridad/ Ministro del ramo).

Proponer una inclusión de la práctica arqueológica investigativa en el Sistema de Compras Públicas respetuosa de la deontología de la disciplina (Actores involucrados: arqueólogos profesionales, institucionalidad del Estado).

Elaborar cotidianamente el inventario general de los recursos arqueológicos del país. Este es un proceso continuo que se debe ir incrementando en la medida en que el conocimiento y el reconocimiento avanzan, pero el inventario solo es un medio (un instrumento de gestión y de planificación), y no puede convertirse en una finalidad.

El inventario existente se nutre de tres maneras:

a. Por la investigación arqueológica sistemática.
b. Por los datos generados en el transcurso de la obra pública o privada al provocar movimientos de tierra intencionales proclives a revelar vestigios arqueológicos. En este caso la ley prevé la obligación de efectuar un estudio profesional previo, preventivo, que registre los bienes existentes y un seguimiento continuo que asegure el posible registro y protección de los vestigios eventuales.
c. Por la información producida de forma fortuita: trabajos de agricultura, desvío de ríos, exploraciones de zonas desconocidas, etc. En todos estos casos el descubrimiento se da de forma no inten-

cional y por ello, no existe el deber legal de realizar un estudio previo. En todos los casos hay, no obstante, la obligación de suministrar los datos pertinentes al INPC (o su equivalente seccional) para que se actualice el inventario. (Actores involucrados: arqueólogos profesionales, comité científico, institucionalidad del Estado y seccional/municipal).

Conservación

El Estado tiene la obligación de conservar el patrimonio arqueológico.

Problemáticas, causas, potencialidades (diagnóstico puntual)

Existe una falta de criterio en la intervención de sitios arqueológicos (monumentales especialmente): muchas de estas intervenciones no incluyen un proceso adecuado de investigación que integre el componente "conservación", el cual debe forzosamente acompañar la excavación como tal y/o un tratamiento/almacenamiento/procesamiento adecuados del material recuperado. Si un sitio no puede ser mantenido, es mejor no someterlo a excavaciones en área/taparlo/no intervenirlo.

Existe una falta de coordinación entre arqueólogos y conservadores en el país.

En algunos casos, la ignorancia/desinterés de las comunidades poseedoras de bienes arqueológicos fragiliza al patrimonio arqueológico frente a las amenazas naturales o antropogénicas (huaquería, tráfico ilícito, etc.).

La huaquería particularmente es una práctica altamente destructiva de los sitios arqueológicos: en general, los huaqueros no tapan los huecos, por lo que, a más de la destrucción inmediata a las que son sometidos, los contextos –o lo que queda de ellos–, quedan expuestos a factores destructivos de todo tipo.

Lineamientos

En calidad de componente frágil y norenovable de la identidad del país, el patrimonio arqueológico merece protección, respeto y un trato especializado específicamente acorde a su naturaleza, el cual debe sujetarse a los principios científicos propios de conservación de los bienes arqueológicos.

Metas y actores involucrados

Incluir obligatoriamente criterios de conservación en el planteamiento de proyectos arqueológicos. Actores involucrados: entidades culturales, arqueólogos.

Desarrollar la especialización universitaria en conservación de bienes arqueológicos. Actores involucrados: Comité Científico, autoridades de educación superior.

Favorecer la coordinación entre arqueólogos y conservadores (Comité Científico, entidades culturales, arqueólogos, conservadores).

Concienciar a las comunidades locales sobre los peligros que amenazan al patrimonio arqueológico y la forma de protegerlos. LAS COMUNIDADES SON LA MEJOR "POLICÍA PATRIMONIAL"… Actores involucrados: arqueólogos, comunidades locales.

Integrar a los huaqueros al quehacer arqueológico a través de una adecuada capacitación-concientización. Actores involucrados: arqueólogos, huaqueros.

Difusión y divulgación

El Estado tiene la obligación de difundir y divulgar el conocimiento arqueológico.

Problemáticas, causas, potencialidades (diagnóstico puntual)

Se producen casos en que el campo de estudio es casi considerado por el arqueólogo como propiedad privada ("mi" sitio), cuando este y la información generada pertenecen legalmente al Estado; por ende, hay despreocupación en cumplir con la obligación de dar a conocer los trabajos. Si bien no es fácil publicar en el país, en la era digital, está al alcance de todos dar a conocer sus trabajos mediante cd's, blogs, etc. Desde luego, corresponde a cada investigador proteger la información divulgada y difundida de acuerdo a lo estipulado por la Ley de Propiedad Intelectual.

No existe una coordinación permanente entre los arqueólogos y los demás segmentos de la sociedad (medios de comunicación, docentes primarios/secundarios/universitarios, Ministerios de Educación, Patrimonio, Turismo, etc.). Siendo así, la información que estos medios comunican a la sociedad sobre temas arqueológicos es muchas veces desactualizada/deformada/incompleta/incorrecta/irresponsable (especialmente sobre temas relacionados a la huaquería en este último caso).

En los museos –vínculos predilectos entre la sociedad y la investigación–, los guiones están a menudos desactualizados, no llaman la atención del público (son elitistas y "aburren"), con lo cual se desinteresa a la comunidad del quehacer arqueológico y sus implicaciones.

Los arqueólogos desaprovechan los diversos espacios culturales actualmente existentes para divulgar los resultados de su trabajo (radios, prensa, eventos organizados por las entidades culturales, portales de internet).

Debido a estas deficiencias, la sociedad no está al tanto de lo que hacen los arqueólogos. La arqueología sigue siendo percibida como una ciencia "oculta", algo fantástica, que a lo mucho evocará para la mayoría de gente la imagen de tesoros, de Indiana Jones o de "huesos viejos".

Por ende, la arqueología no se ve como una disciplina esencial dentro de la cultura y las autoridades no se preocupan por invertir en

proyectos arqueológicos ni en proteger el patrimonio arqueológico de los riesgos que lo amenazan (círculo vicioso).

Lineamientos

La arqueología es parte del fundamento identitario del país; el patrimonio arqueológico es propiedad del Estado. Como consecuencia, es obligación deontológica del arqueólogo difundir lo que hace y encuentra, y de las autoridades, exigirle y ayudarle a que lo haga.

Metas y actores involucrados

Incluir obligatoriamente en las propuestas de proyectos arqueológicos un rubro de difusión y divulgación de los resultados de los estudios mediante soportes digitales (cd's, publicación de los informes en las páginas web de las autoridades culturales y educativas, difusión a museos, medios de comunicación, autoridades locales –en este caso en un lenguaje claro y entendible para el público nofamiliarizado con la disciplina arqueológica). Actores involucrados: investigadores, autoridades culturales y educativas, seccionales, medios de comunicación.

Actualizar los guiones de los museos y trabajar en volverlos más atractivos y dinámicos. Actores involucrados: investigadores, autoridades culturales, seccionales (turismo), museólogos, museógrafos, comunidades.

Controlar que tanto el proceso de difusió-divulgación de las investigaciones como el de actualización constante de los museos sea llevado a cabo de forma satisfactoria. Actores involucrados: comité científico, autoridades seccionales.

Puesta en valor con uso social

El Estado tiene la obligación de poner en valor y dar un uso social al conocimiento arqueológico.

Problemáticas, causas, potencialidades (diagnóstico puntual)

El imaginario colectivo equipara a menudo arqueología y turismo, mutilando así notoriamente los alcances de la investigación arqueológica. En efecto, como se vio en el apartado anterior, el turismo ayuda a la divulgación de la información arqueológica, componente esencial de la disciplina, pero ciertamente no el primero ni el único.

Los procesos actuales de reconstrucción identitarias carecen de un sólido respaldo histórico o científico, debido a que la coordinación entre los órganos sociopolíticos involucrados en estos procesos y los científicos es prácticamente inexistente.

La práctica arqueológica está a menudo completamente desligada de la realidad social de las áreas de estudio.

Lineamientos

La práctica arqueológica va de la mano con la concientización de la sociedad sobre el quehacer arqueológico y de la importancia del conocimiento histórico ancestral.

La función social de la práctica arqueológica atañe al respeto de las comunidades con las que el investigador se relaciona en el transcurso de sus proyectos.

De acuerdo a las Normas de Quito definidas en 1967 por los Gobiernos de América para la conservación y utilización del patrimonio monumental, y más precisamente al capítulo sexto de este documento sobre LA PUESTA EN VALOR DEL PATRIMONIO CULTURAL:

“1. El término “puesta en valor”, que tiende a hacerse cada día más frecuente entre los expertos, adquiere en el momento americano una especial aplicación. Si algo caracteriza este momento es, precisamente, la urgente necesidad de utilizar al máximo el caudal de sus recursos y es evidente que entre los mismos figura el patrimonio monumental de las naciones.

2. Poner en valor un bien histórico o artístico equivale a habilitarlo de las condiciones objetivas y ambientales que, sin desvirtuar su naturaleza, resalten sus características y permitan su óptimo aprovechamiento. La puesta en valor debe entenderse que se realiza en función de un fin trascendente que en el caso de Iberoamérica sería contribuir al desarrollo económico de la región.

3. En otras palabras, se trata de incorporar a un potencial económico, un valor actual; de poner en productividad una riqueza inexplotada mediante un proceso de revalorización que lejos de mermar su significación puramente histórica o artística, la acrecienta, pasándola del dominio exclusivo de minorías eruditas al conocimiento y disfrute de mayorías populares.

4. En síntesis, la puesta en valor del patrimonio monumental y artístico implica una acción sistemática, eminentemente técnica, dirigida a utilizar todos y cada uno de esos bienes conforme a su naturaleza, destacando y exaltando sus características y méritos hasta colocarlos en condiciones de cumplir a plenitud la nueva función a que están destinados.

5. Precisa destacar que, en alguna medida, el área de emplazamiento de una construcción de principal interés resulta comprometida por razón de vecindad inmediata al monumento, lo que equivale a decir que, de cierta manera, pasará a formar parte del mismo una vez que haya sido puesto en valor. Las normas proteccionistas y los planes de revalorización tienen que extenderse, pues, a todo el ámbito propio del monumento.

6. De otra parte, la puesta en valor de un monumento ejerce una beneficiosa acción refleja sobre el perímetro urbano en que este se halla emplazado y aún desborda esa área inmediata, extendiendo sus efectos a zonas más distantes. Ese incremento del valor real de un bien por acción refleja constituye una forma de plusvalía que ha de tomarse en cuenta.

7. Es evidente que en la medida que un monumento atrae la atención del visitante, aumentará la demanda de comerciantes interesados

en instalar establecimientos apropiados a su sombra protectora. Esa es otra consecuencia previsible de la puesta en valor e implica la previa adopción de medidas reguladoras que, al propio tiempo que faciliten y estimulen la iniciativa privada, impidan la desnaturalización del lugar y la pérdida de las primordiales finalidades que se persiguen.

8. De lo expuesto se desprende que la diversidad de monumentos y edificaciones de marcado interés histórico y artístico ubicados dentro del núcleo de valor ambiental, se relacionan entre sí y ejercen un efecto multiplicador sobre el resto del área que resultaría revalorizada en conjunto como consecuencia de un plan de puesta en valor y de saneamiento de sus principales construcciones".

Por otra parte, según el glosario oficial de la UNESCO relativo al patrimonio inmaterial (http: //www. unesco. org/culture/ich/index. php?lg=es&pg=00055), "los usos sociales conforman la vida de cada día y los miembros de la comunidad están familiarizados con ellos, aunque no todos participen los mismos. La Convención de 2003 privilegia los usos sociales específicos que están especialmente vinculados a una comunidad y contribuyen a reforzar su sentimiento de identidad y continuidad con el pasado. Por ejemplo, en muchas comunidades los actos de salutación y felicitación son informales, pero en otras son más sofisticados y rituales por constituir un rasgo de identidad social. De modo análogo, los intercambios de obsequios pueden ser actos comunes y corrientes, o revestir un carácter formal y un importante significado político, económico o social. Los usos sociales, rituales y acontecimientos festivos revisten formas extraordinariamente variadas: ritos de culto y transición; ceremonias con motivo de nacimientos, desposorios y funerales; juramentos de lealtad; sistemas jurídicos consuetudinarios; juegos y deportes tradicionales, ceremonias de parentesco y allegamiento ritual; modos de asentamiento; tradiciones culinarias; ceremonias estacionales; usos reservados a hombres o mujeres; prácticas de caza, pesca y de recolección, etc. Estas abarcan también una amplia gama de expresiones y elementos materiales: gestos y palabras particulares, recitaciones, cantos o danzas, indumentaria específica, procesiones, sacrificios de animales y comidas especiales.

(…)

Muchas comunidades han registrado una participación creciente de turistas en sus acontecimientos festivos y, aunque esa participación pueda tener aspectos positivos, las festividades sufren a menudo las mismas consecuencias que las artes tradicionales del espectáculo. La viabilidad de los usos sociales y los rituales, y en particular la de los acontecimientos festivos, puede depender también en gran medida del contexto socioeconómico general. Los preparativos, la confección de disfraces y máscaras y los gastos con los participantes suelen ser muy caros, y en momentos de crisis económica no siempre se pueden costear.

Para asegurar la continuidad de los usos sociales, rituales o acontecimientos festivos es preciso movilizar a un gran número de personas, así como a las instituciones y mecanismos sociales, políticos y jurídicos de la sociedad. Sin dejar de respetar los usos tradicionales que puedan circunscribir la participación a determinados grupos, puede ser conveniente a veces alentar la máxima participación posible del público en general. En algunos casos puede ser necesario adoptar medidas jurídicas y oficiales que garanticen el derecho de acceso de las comunidades a sus lugares sagrados, objetos o recursos naturales imprescindibles para la práctica de los usos sociales, rituales o acontecimientos festivos correspondientes".

En definitiva, la puesta en valor de un bien o recurso arqueológico es el proceso a través del cual este llega a ser apreciado por la colectividad, al ser considerado como propio o fundamental desde el punto de vista cultural, identitario, social, científico, turístico, etc. Este proceso involucra a la práctica arqueológica en todos sus aspectos (especialmente aquellos relacionados con la conservación, la divulgación), pero cobra sentido únicamente dentro de una interacción permanente entre el investigador y la sociedad (especialmente las comunidades de las áreas de estudio implicadas). Estas son las que –en último término, y a raíz de la interacción con los científicos–, definirán el uso social de su patrimonio, es decir, el sentido identitario, cultural o eventualmente económico del mismo.

Es obligación del arqueólogo asegurar esta interacción desde el inicio del proceso investigativo hasta su culminación. En efecto, la sociedad es la encargada de dar sentido y perpetuar los resultados del trabajo arqueológico.

Metas y actores involucrados

Asegurar que el manejo de los sitios no sea función exclusiva de las comunidades y organismo locales, sino que incluya también la participación de arqueólogos y tenga una repercusión nacional.

Incluir obligatoriamente en los diseños de proyectos estrategias que aseguren la participación de las comunidades dentro del proceso investigativo, desde el diseño de los estudios hasta la difusión de sus resultados, pasando por cada una de las etapas de su ejecución. Desde luego, iniciativas de este tipo deberán tomar en cuenta la realidad de cada sitio (actores involucrados: arqueólogos, entidades culturales, comunidades).

Pensar los museos desde el punto de vista de la educación antes que del turismo (actores involucrados: arqueólogos, museólogos, museógrafos, comunidades).

Promover proyectos de educación patrimonial participativos, con la finalidad de contribuir a la apropiación de los sitios arqueológicos por parte de las comunidades (actores involucrados: arqueólogos, entidades culturales y educativas, comunidades).

Diseñar los proyectos conjuntamente con las autoridades seccionales, lo cual, en última instancia, permitirá al arqueólogo inmiscuirse de forma eficiente en la realidad social de su área de estudio, y contribuir a que la investigación sea un aporte concreto a las diversas necesidades sociales de las comunidades involucradas (actores involucrados: arqueólogos, entidades culturales, gobiernos seccionales).







El presente libro reúne las intervenciones más destacadas del coloquio internacional Arqueología regional en la Amazonía occidental: temáticas, resultados y políticas. El coloquio surgió como respuesta a una necesidad que se ha venido sintiendo en el transcurso de los últimos 10 años sobre el estado de las investigaciones arqueológicas efectuadas en la parte occidental de la Amazonía de los países andinos. El problema real es la falta de intercambio de información básica sobre las pesquisas y los nuevos datos que se generan en la ceja de montaña. Los arqueólogos que trabajan en esta área reconocen el gran vacío que existe en la información regional sobre los avances alcanzados en la investigación de los países vecinos. Aunque las problemáticas que se enfocan en los distintos países de la región andina sean diferentes, todos concuerdan en que lo que se logra en un país, beneficia necesariamente al conocimiento y a las estrategias que se deberían implementar en la región. Una ciencia joven debe construirse con el aporte de todos sus actores y una perspectiva regional multiplica las oportunidades de avanzar a un ritmo más acelerado.

La discusión de las políticas de investigación no sólo incumbe a los practicantes, sino sobre todo es una responsabilidad del Estado. Entre sus obligaciones sociales, éste debería plantear los objetivos y las problemáticas, trazar las estrategias y organizar sus recursos para lograr las metas que se pretende alcanzar. La investigación debería regirse por un plan socializado y coherente que englobe el estudio, la conservación y la difusión de los recursos patrimoniales (naturales y culturales), pues sin estos pasos previos no es posible ponerlos en función social. Las políticas de estado deben guardar coherencia con el plan de gobierno y en materia patrimonial debe fijarse como objetivo a corto plazo la recuperación de la identidad ancestral y la construcción de un sentido de unidad dentro de la pluriculturalidad que caracteriza al Ecuador actual.



Institut de recherche pour le développement





IFEA
INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS
UMIFRE 17, CNRS - MAE





